



Por la
venganza
y el honor

Escocia III

romance histórico

ISABELLA ABAD

Por la venganza

y el honor

ESCOCIA 3

ISABELLA ABAD

Diseño de portada: La Taguara Design
(Stefanía Gil —Helena Moran Hayes)
coverdesigneditorial@gmail.com

©Reservados todos los derechos.

Octubre 2019.

Todos los personajes y situaciones son creaciones de la autora, cualquier parecido con la realidad presente o pasada es mera coincidencia.

Nota de la autora

¡Gracias por adquirir esta novela, 3a de la serie Escocia! Esta novela marca el final de la saga, cierran todas las historias del Clan Campbell.

Si aún no lees las anteriores, puedes hacerlo dirigiéndote a este link:

[amazon.com/author/isabellaabad](https://www.amazon.com/author/isabellaabad)

Espero que disfrutes la lectura y hacerme saber tu comentario en las plataformas Amazon o Goodreads. También puedes hacerlo en mis redes, donde te invito a seguirme y estar conectados. En Twitter @isabellaabad1, IG abadisabella.

Si deseas info o adelantos, no dejes de suscribirte a mi Newsletter:

[https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)

Uno.

Brod se movía con presteza y sus grandes zancadas demostraban a las claras cuán enfadado se sentía ante el escaso razonamiento de su primo Lean quien, como un tonto, insistía en afirmar que esa mujer, la tal Sarah Mac Day, era el amor de su vida. No podía creer tamaña insensatez; ¿cómo no se percataba de su doble faz, de la malicia de sus ojos y la pobreza de su espíritu? Era algo que a él se le presentaba cristalino, y eso que no era el más calificado para analizar personas en este castillo.

Lean era un simplón; le había adjudicado mayor inteligencia, pero estaba visto que aquella estaba solo dedicada a los libros y a toda la información que el tío Ewan le había enseñado desde pequeños. No sabía nada de la vida ni de las mujeres y eso le hacía caer en las garras de la primera que le sonreía con falsa ingenuidad.

Se lo había advertido varias veces y nada, ningún caso. Era tan obtuso como para enrostrarle intenciones con ella. ¡A él, su sangre, su amigo de todas las horas! ¡Cómo si no supiera que jamás podría traicionarlo! ¡Eran como hermanos! ¿Podía alguien cegarse tanto por unas faldas? Era evidente que sí. Con las varias candidatas interesadas en él, su primo había ido a fijarse en alguien que no lo merecía. "Infeliz", despotricó en su mente y pateó un solitario vaso de madera contra el muro, golpe que en la quietud de la noche sonó como un estampido, alertando a los perros y haciendo que el guardia se asomara desde la almena, para mirarlo con extrañeza. Elevó una mano en señal de tranquilidad y aquel volvió a su lugar.

Le frustraba que solo él pareciera percibir que esa mujer, Sarah Mac Day, era una arpía. No debería sorprenderlo, sin embargo, considerando que el comportamiento de la fémica frente al resto distaba de ser tan evidente. Él percibía su mirada hambrienta, la forma descarada en la que se humedecía los labios y los mordía al mirarlo, las caídas provocativas de ojos. Dos oportunidades habían bastado para que aquilatara su real carácter. Era una mujer deseable, vaya que sí. La flor más bonita del clan, al decir de su padre, un laird menor ansioso de conseguir la aquiescencia y unión con los Campbell.

Se había presentado con su hija como trofeo y Lean había babeado por ella al instante, empujando a Glenn a que les invitase en otras oportunidades. Con galantería propia de un cordero, su primo había caído rendido ante ella, algo que parecía sin remedio. Pocas oportunidades fueron suficientes para que le pidiera a su padre, el engolado y satisfecho panzón Tristán Mac Day, la posibilidad de cortejarla, comprometiéndose al casamiento.

Había dejado de ser su fiel compañero, su amigo, para pasar a ser un hombre atormentado por el amor. Una ficción que le hacía perder vigor ante una mujer que distaba de ser la ingenua y compuesta damisela que representaba. Sus ojos mostraban gula y sabiduría frente a los hombres, así como se tornaban calculadores. Lean no era más que un escalón para ella, no significaba nada, podría jurarlo.

Trató de abrir sus ojos, incitarlo a otros lechos para que diera salida libre a su libido, pero nada. Para colmo, ni siquiera podía convencer a los demás en la familia, que veían su actitud desatinada y desproporcionada, casi de celos. Increíble, considerando lo intuitiva que era su madre Isobel y lo sabio de su tío Ewan. A todos les adjudicaba buen saber e inteligencia. ¿Cómo era que él, poco versado en la gente y sus sentimientos, podía leer a esa mujercuela y los demás no?

Ahora mismo, mientras ascendía ceñudo por las escaleras de piedra hasta la cima de la muralla, en el gran salón del castillo todos brindaban por el éxito de la empresa militar que acometerían y por el futuro matrimonio. Al menos, la perspectiva de irse le calentaba el pecho con expectativa. Irlanda los esperaba, a él y a su tío Lyle, así como a una buena comitiva de highlanders que se habían decidido a hacer justicia. Lean había declinado ir, era increíble su cobardía. Se corrigió, sabiendo que era injusto. Lean soñaba con Londres y sus misterios y novedades, y esa decisión la había tomado antes de que la mentada Sarah se apoderara de sus sueños.

Al llegar arriba caminó por el estrecho arquitec que circundaba la muralla, observando la oscuridad que comenzaba a abatirse sobre el castillo Campbell. Apenas se adivinaban las montañas. En los prados y bosques comenzaba a latir la vida nocturna. El aire frío cortó sus malos pensamientos y lo agradeció.

Eran tiempos revueltos. La paz que había reinado desde 1632 se había ido descomponiendo con lentitud, especialmente en las Tierras Bajas, más al sur, en Inglaterra misma e Irlanda. Pero como eran las tierras de Carlos Estuardo, todo tenía que ver con todo y los rumores de guerra cruzaban de un lado a otro. La religión y los impuestos eran los temas álgidos que, desde Londres, se extendían e impactaban en los lugares que dependían de la monarquía.

Detrás, como siempre, los intereses políticos y económicos de la clase más poderosa. Carlos, con porfiada torpeza, había movido sus fichas buscando implantar el anglicanismo y aplastar definitivamente a la Kirk escocesa, la iglesia presbiteriana. Había provocado la rebelión de sus súbditos escoceses, que veían esto como una cuestión de orgullo nacional.

En Irlanda, la respuesta fue la organización de los católicos, con lo cual el Rey obtuvo rebelión armada cuando pretendía obediencia ciega. Su necesidad de recursos para gestar su contraofensiva de poder lo llevó a convocar al Parlamento, institución que él mismo había disuelto años antes. Esto fue visto como una claudicación por los calculadores burgueses londinenses, quienes se negaron a nutrir con sus dineros las empresas alocadas de ese tirano que los había mantenido lejos de la representatividad durante tanto tiempo.

Desde 1639, las guerras civiles y rebeliones espontáneas se organizaban en distintas partes del reino, con excepción de las Highlands, que se mantenían extrañamente calmas, tal vez esperando que algo de esto les impactara de manera real, con la tranquilidad que precede a la tormenta. A Brod le interesaba bien poco la religión y se mantenía fiel a las ideas de su padre Glenn, al que admiraba sin cortapisa. Su progenitor era un guerrero, un líder que sabía cuándo y con qué negociar. Su historia lo precedía; su nombre inspiraba respeto en cualquier reunión de fieros lairds e inflamaba de orgullo el pecho de su hijo.

Glenn era de los que opinaba que antes valía malo conocido que bueno por conocer, haciendo referencia al monarca Estuardo, con el que habían tenido idas y vueltas, vaivenes que casi los habían llevado a la guerra, en verdad, pero el panorama era complejo. Quien aparecía como antagonista era un hombre duro, un puritano fanático difícil de desentrañar para cualquiera y más para un highlander: Oliverio Cromwell.

«Mantengámonos apartados de los conflictos mientras podamos, en la medida que no nos impliquen directamente. De lo contrario nos van a llevar por caminos que no nos convienen», había sentenciado Glenn. «Allá los panzudos ingleses con sus ínfulas de participación política y su cuidado extremo de los bolsillos. Ninguno de ellos va a mirar por nosotros. Para Carlos, sin embargo, aunque le pese, somos súbditos. De segunda, pero lo somos».

Las muchas súplicas y razonamientos de Brod y la terca decisión de Lyle le habían hecho dar,

con muchos reparos, la anuencia para esa especie de cruzada a Irlanda. El objetivo era defender a los colonos escoceses que habían emigrado a esas tierras tiempo atrás y hoy estaban siendo masacrados por la rebelión católica.

No pocos escoceses, sin nada que perder y mucho para ganar, se habían ido hacia varios años impulsados por las promesas del Lord Strafford, máximo representante del Rey en Irlanda, que les había dado tierras como incentivo. Por supuesto que eso había sido tras expulsar a sus poseedores naturales, irlandeses contrarios a la política real. Eso implicó que la nueva vida no estuvo exenta de riesgos para los colonos, naturalmente vistos como invasores. Ahora estaban enfrentando la revancha y agobiados por la rebelión.

«Es una cuestión de honor y lealtad defender a los nuestros», había dicho su tío Lyle, inmune a las presiones de su esposa Brittany, que buscaba con energía y poco éxito calmar sus apasionadas diatribas. Brod había coincidido con él. Desde 1640 se hablaba del ejército de irlandeses pagos que llegaría a Escocia, buscando someter a los rebeldes escoceses que iban contra el Rey. No era el caso del clan Campbell, pero, ¿harían acaso alguna diferencia? ¿Permitirían ellos que se tomaran la vida de escoceses, de niños y mujeres, como si fueran unos cobardes, amparados en la tranquilidad que les rodeaba en las Tierras Altas?

Algunos de los antiguos amigos de su tío, cosechados en la corta época de bandolerismo que protagonizó, estaban sufriendo en carne propia el castigo en Irlanda y Lyle se comprometió a ayudarlos. Brod puso su espada a su servicio. Había sido formado y preparado por Lyle en las lides de la pelea y coincidía en las características de sanguíneo e impulsivo, unas que su madre y su padre no habían podido limar.

Habían sido semanas de discursos que buscaban hacerlo razonar, de súplicas, de enojos. Su padre despotricaba por la falta de juicio de Lyle y Brod, su madre lo miraba y trataba de contener sus ansias. Brittany usó todas sus artimañas para detener a Lyle: lo insultó, lo confrontó, le hizo el vacío, se mudó a otra ala del castillo con los pequeños Emma y Declan. Lyle no dejó de cercarla y seguirla, pero sin ceder.

Al final, todos entendieron que nada podían hacer contra esos dos colosos enconados y enérgicos, sacudidos por la voluntad de ayuda y por la necesidad de ir por aventuras. Ruegos, tonos elevados, discursos altisonantes, dieron paso a preparativos que garantizaran las mejores posibilidades. Glenn usó su influencia para lograr el concurso de otros clanes, de guerreros sólidos, buenos caballos y espadas filosas. En consecuencia, partirían en pocos días, cuando estuviera todo dispuesto. Era un buen contingente el que se había conseguido reunir, más de ciento cincuenta hombres dispuestos a la pelea en suelo extraño.

Brod sintió la sangre correr con más fuerza al pensar en esto y una excitación creciente cobró vida, manifestada en sus manos que apretaron la espada, esa afiladísima y especial que su padre había hecho forjar para él tomando el modelo de su propia espada, la famosa Claymore del abuelo Gordon. Había sido un regalo sorpresivo que le mostró a las claras que su padre, a pesar de confrontar sus deseos cada tanto, entendía lo que sentía en relación al combate.

—Sabía que te encontraría aquí —escuchó la voz del Megan, que lo sorprendió y sacó de sus pensamientos. Tenía esa cualidad casi etérea, como si pudiera materializarse en los lugares—. Has estado al borde de la grosería con esa gente, desairarlos así solo alimenta el encono que Lean tiene contra ti en este momento.

—Poco me importa —rezongó, dándole la espalda para que ella no percibiera su emocionado enojo. Como si pudiera; ella lo conocía como a la palma de su mano—. Es un tonto, más que tonto. Dejarse envolver de esa manera.

—Te precipitas en tus juicios sobre los demás. Siempre lo haces. Atormentas a los otros, a Lean en este caso, quien es casi como nuestro hermano. Debemos apoyarlo.

—Por eso mismo, me indigna que no sea capaz de entender mis advertencias y ver más allá de sus deseos y esa cara bonita que lo ha seducido, casi embrujado.

—Prejuzgas —sentenció ella con poco convencimiento interno mientras se acodaba su lado.

No podía decirle que tenía sus reservas con relación a la tal Sarah ya que alimentaría la abierta hostilidad de Brod y perjudicaría al querido Lean. No era algo que quisiera y creía que el tiempo sería el juez más adecuado. ¿Para qué precipitarse? Lean estaría lejos un tiempo, tendría oportunidad de pensar y reflexionar, incluso de encontrar a alguien más adecuado. Tal vez la misma mujer lo hiciera. ¿Quién podría anticipar como el transcurrir de los meses afectaría todo? Observó a su hermano con afecto y le palmeó el brazo, procurando llevarle algo de calma.

Él le sacaba una cabeza, pues media casi seis pies, aunque por supuesto no alcanzaba el tamaño del tío Lyle, el gigante familiar. El cabello castaño ensortijado y largo hasta los hombros cubría los laterales del rostro y aunque no podía ver los azules ojos de su hermano, Megan sabía que ardían furiosos.

—Debes darle tiempo.

—Tiempo... No hay, nos vamos pronto y él ha renunciado a la posibilidad de vivir un poco más, de experimentar aventuras y enfrentarse a aquellos que toman de rehenes a los nuestros. Lo que soñábamos desde niños.

—No puedes pensar con seriedad que todos quieren lo mismo para su vida. Ustedes no pueden ir como adalides de la guerra, juntos en toda oportunidad. Ni siquiera estoy convencida de que Lean quisiera lo mismo que tú de pequeño. Muchas veces se dejaba arrastrar por tu intensidad y ardor, Brod, tú lo sabes, él prefiere los libros a las armas, por más que las maneje muy bien. El destino de cada uno se forja en base a las decisiones que tomamos. Bueno, ustedes que pueden decidir.

El tono de Megan se volvió amargo en este punto y Brod la miró, entendiendo por qué su voz se quebraba y su semblante se volvía tormentoso. Le entristeció; sabía que, a diferencia de Lean que tenía la chance y la rechazaba, Megan deseaba con todas sus fuerzas ir a Irlanda. Era una guerrera nata; ya de niña había obligado a Glenn, a fuerza de llantos y firmeza inquebrantable, plantones nocturnos a su puerta incluidos, a que le permitiera tomar lecciones de espada y cuchillo con ellos. Ella había demostrado su habilidad con el metal; valiente, hábil y ágil como el mejor guerrero.

Pero su condición de mujer, tradicionalmente asociada a otros roles, relegaba sus deseos. Anhelaba participar en la expedición y ayudar a aquellos que estaban pasando mal, poner su acero al servicio de lo justo, pero era algo fuera de discusión para Glenn. Este la había conminado a abandonar toda idea que incluyera formar parte del ejército y no cedió a pesar de que ella le quitó la palabra durante semanas. Aún era así. Brod lamentaba la situación, aunque no podía más que compartir los celos y precauciones de su padre, cosa que no le diría a ella, a riesgo que le partiera la crisma. Intentó volver la charla a sus discusiones con Lean.

—Tienes razón, Megan, me gustaría que nuestro primo me acompañara en esta y otras aventuras. Crecimos juntos, la amistad y el cariño están presentes siempre. No obstante, no soy tan obtuso como para anteponer mis intereses o deseos a su felicidad. Simplemente creo que la tal Sarah no es para él, no lo merece.

—No digo que seas obtuso, Brod —lo corrigió cariñosamente—. Te sé inteligente y fiel, eres el futuro gran laird.

—Juraría por nuestra madre, para mí lo más sagrado, que esa mujer es una manipuladora y no le importa Lean en lo absoluto. Si supieras...

Se detuvo; no quería decir inconveniencias frente a Megan.

—¿Como te mira? —completó ella la frase, sorprendiéndole con su agudeza—. Claro que lo he visto. Pero todo se resuelve si tú no lo haces de vuelta, si no devuelves la provocación, si no la aceptas.

—Ella es ese tipo de mujeres que siempre apuesta más alto, que busca salirse con la suya y cumplir sus caprichos.

—No lo sabes bien. No sabes tanto de la vida ni de las mujeres —le indicó algo burlona y él la miró de hito en hito—. Debes dejar de pensar por Lean. Tal vez sería bueno que reflexionaras acerca de si lo que realmente te duele no es que él tiene su futuro decidido y tú no.

—No soy egoísta ni me niego a la felicidad de los míos, me conoces mejor que eso.

—Pues demuéstalo. Busca amigarte con Lean, deja de echar leña a fuegos inexistentes.

Dos.

Brod gruñó algo ininteligible mientras Megan se retiraba hacia un extremo. Suspiró con más calma. El frío y las palabras de su hermana le despejaban la cabeza de malos pensamientos. Ella tenía razón: no podía culpar a Lean por enamorarse, por más que él pensara que era una fruslería. Era consciente de que ese sentimiento existía; sus padres eran el fiel reflejo del romance, así como Kirstie y su tío Ewan. Que fuera algo impensado para él, algo que creía que no le ocurriría nunca, no quitaba que otros lo pudieran disfrutar.

Desde pequeño sintió que el amor no tendría cabida en su vida, pues ¿quién podría igualar ante sus ojos las cualidades de las Campbell? ¿Qué mujer podría impactarlo como para abandonarlo todo y entregarse? Bien estaba que no había nada como el calor de un cuerpo femenino contra el que pegarse, del que disfrutar y al que arrancar gemidos, sobre el que cabalgar a la gloria pasajera del desagote físico. De ahí a sentir la necesidad emocional de la unión diaria, había un largo, larguísimo trecho.

—Ve adentro, Megan. Estoy bien y como siempre, tienes razón —le señaló y ella asintió en silencio para dar la vuelta y descender con agilidad.

La observó. Nadie, salvo su madre Isobel, podía aconsejarle tan claro y traerlo a tierra. Cuando por fin se decidió a volver adentro, lo hizo directo a su habitación. Estaba harto de chácharas inútiles y paralizantes y no tenía humor para aguantar la chabacanería de Tristán Mac Day. Su familia lo hacía por Lean y no les afectaba como a él. Para su padre la hospitalidad y gentileza eran un deber y trataba a los líderes, sin importar su real influencia o fuerza, con respeto.

Lo respaldaban muchos años sosteniendo la necesidad de la unión entre los distintos clanes y esta se mostraba más y más necesaria, dados los recientes acontecimientos. El abierto desafío que los Mac Donald representaban crecía semana a semana. Se habían separado hacía cinco años del resto desairando a su padre y, cada vez que podían, estaban prestos a ubicarse en las filas contrarias. Sus deseos de tierras eran el quid del asunto.

Eso era tarea de su padre, pensó entonces y suspiró. Al menos por ahora... Un día le tocaría asumir el liderazgo del clan y su principal temor era no dar la talla, no poder estar a la altura de sus antecesores. Cada vez que se planteaba ese asunto, que Glenn se lo hacía notar, invitándolo a la charla y la decisión conjunta, lo dejaba pasar. Lo que su padre adjudicaba a desidia y falta de interés no era más que miedo, uno que solo podía confesarse a sí mismo.

Ingresó a su recámara y la calidez lo envolvió, haciéndolo percatar de lo aterido que estaba. Quitó sus botas, kilt, plaid y camisa con rapidez frente al fuego, dispuesto a involucrarse desnudo en las pieles y dormir hasta el otro día. Entonces, el movimiento lo alertó y en la penumbra generada por los leños la vio en su lecho, haciendo que su corazón se detuviera y la alarma sonara en su cerebro. El aturdimiento y desconcierto lo inmovilizó, para dar luego paso a una cólera fría y peligrosa que sintió correr como un escalofrío por su columna vertebral.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te has atrevido? Quiero que te marches de inmediato —dijo, procurando eliminar toda entonación de su voz.

—Brod... ¿Así celebras que una mujer te espere en tu cama?

La voz insinuante y enronquecida, el cabello color fuego cayendo como cascada, el rostro brillante por la luz mortecina, todo la mostraba hermosa y deseable. Lo sabía, ella sabía el impacto que causaba y no sentía vergüenza alguna, por lo que redobló la apuesta y con descaro se

levantó, haciendo a un lado toda cobertura, desafiándolo con su desnudez: los senos enhiestos, el cuerpo cremoso y rotundo, plagado de curvas sinuosas que invitaban a la locura del sexo. Era inevitable sentirse conmovido y excitado; su boca invitaba y el cuerpo parecía envolverlo desde lejos, mas Brod no cayó en su trampa. El fugaz descontrol de sus instintos fue rápidamente apagado por su indignación.

—¡Eres una vulgar zorra, Sarah Mac Day, lo supe desde que te vi!

Ella asestó el insulto con una media sonrisa. Veía sus ojos fulgurar y estaba segura de que él usaba palabras duras para evitar que su deseo lo traicionara. Tenía planes con él, uno muy concreto, y no iba a dejar que simples palabras la arredraran. Su futuro se organizaba abajo, en el gran salón del castillo, y lo aceptaba como una buena hija. Su libido, por otro lado, le pedía el fuego de Brod Campbell y ella no era mujer de desobedecer a sus instintos. Que su padre arreglara el casamiento necesario para una alianza digna; ella le daría a su cuerpo la dosis de placer merecido.

Se acercó al joven, que permanecía aparentemente imperturbable, y se pegó a él, ronroneando y tomando su rostro con ambas manos, a la vez que lo besaba. Lo sintió endurecido y sonrió; él estaba alterado a pesar de su falta de reacción. Deslizó su mano por el ancho pecho, dibujando sus pectorales mientras su lengua humedecía sus labios y miraba hacia arriba, para encontrarse con los azules ojos que la habían impactado apenas conocerlo.

Lo deseaba con la fuerza de un viento tempestuoso y no le importaba nada más. Estaba acostumbrada a salirse con la suya, era casquivana por naturaleza y lo aceptaba. No había hombre que se resistiera su encanto y contaba con ello para darse el mejor de los mundos. Sus labios apresaron la tetilla izquierda y succionaron a la vez que su mano envolvía la hombría tensa. La reacción la sorprendió; Brod se despegó y tomó la camisa, poniéndola sobre sí con energía.

—¡Quita! Eres indigna de Lean, él sabrá quién eres.

Lo miró, impactada por su rechazo y el desprecio que se percibía en sus ojos, humillada y poco a poco entendiendo que su apuesta había sido muy alta. Escuchó apenas la retahíla de improperios, su mente recalculando qué debía hacer. Le dio la espalda para recoger su ropa, regada como pétalos en el piso. La sorpresa trocó en ira dando progresivamente alas a sus manos e ideas sin par a su cerebro: «Perro Campbell, mil veces poco hombre. Reniegas de mi cuerpo y mis caricias, te crees mejor y osas despreciarme como si fuera una campesina».

—¡Vete, vete ya o no respondo! —siseó él, cada vez más deseoso de perderla de vista.

Ella alcanzó la puerta, que abrió a tientas aún a medio vestir y al salir al pasillo se topó con Lean, para su horror y sorpresa. A pesar de la impresión, su astucia hizo que pudiera leer en el rostro del muchacho, entendiendo sus primeros pensamientos. Por ello su faz, atormentada por la rabia, mutó en mueca de desesperación, tirándose en los brazos de Lean, fingiendo huir. Sus hipos alocados dejaron entrever una acusación.

—Lean, Lean... Por favor, ¡ayuda! Tu primo... Ha intentado propasarse conmigo... Me topé con él y me insultó. Quise convencerlo de mis buenas intenciones contigo... Lo hice, pero... ¡Me atacó...!

El envaramiento y gesto de protección con que la recibió, poniéndola detrás de su propio cuerpo, así como las palabras subsiguientes, alentaron la esperanza que por unos instantes había visto perdida. No lo había arruinado, al parecer. Su padre estaría furioso si así fuera. Esperaba que la ingenuidad de Lean fuera suficiente para creerle.

—¡Sabes que miente! —espetó Brod, parado en el vano de la puerta y mirando a su primo con fijeza, buscando la reacción adecuada.

Eran hermanos de la vida, familia, se conocían.

—Sabía que estabas celoso, pero no imaginé que serías capaz de algo así.

La voz de Lean, baja e intensa, hablaba de ira y acusaba con certidumbre. Brod lo observó, incrédulo, para luego agregar:

—Te advertí que no era de confiar y esta es una buena muestra.

—¡Atacarla para que tu postura tenga validez! ¡Qué poco hombre lo tuyo!

—Quiso tomarme, quedarse con la flor de mi pureza, esa que te pertenece solo a ti —lo arengó Sarah desde atrás.

—Dudo que esa exista en realidad —señaló con rudeza Brod, perdida la paciencia y cualquier consideración hacia esa zorra.

Lean lo acometió a golpes, tomándolo por sorpresa y derribándolo, por lo que se levantó con furia ciega y contrató sin frenos, llevando a su primo, más bajo y menos musculoso contra el muro, tomando su garganta.

—¡No entiendes que miente! La encontré en mi cama, dispuesta a todo.

Lean se debatió y Brod sintió el golpe en su pierna,

—Deja a mi prometido, déjalo, ya has hecho suficiente daño.

—Lean —dijo Brod, buscando calmarse y dejar atrás su rabia—. ¿En verdad puedes pensar lo peor de mí? —señaló con tristeza, para luego girar y meterse en su habitación, sin dar entidad a la furibunda mujer que le insultaba con palabras de carretero, perdida la compostura.

Antes de cerrar vio que Lean miraba al piso y se acomodaba la ropa. Ni en sueños hubiera imaginado que su amistad y el vínculo de familia pudiera quedar sepultado por el peso de una mala mujer. Deseó como nunca irse de inmediato, marchar al combate y enfrentar mil enemigos que le quitaran el sabor amargo de la decepción en su garganta.

Lean intentó calmarse y razonar con frialdad, algo que de habitual podía permitirse sin esfuerzo. Esta no era sin embargo una situación común; Sarah sollozaba e hilaba frases que hablaban de abuso y maltrato, con palabras bastante sorprendentes que no parecían corresponder a la belleza de su boca y su compostura habitual. Su hermosura lo tenía obnubilado y tenía que reconocer que lo único malo esos días había sido la constante prédica de Brod en su contra.

Su primo no podía alegrarse por él y tenía que manchar la reputación de Sarah sin siquiera darle la oportunidad de conocerla. Y ahora esto... Agredirla como ella decía. Su mente se resistía a creerlo, pero lo había visto: ella a medio vestir, saliendo abrupta y desesperada de su dormitorio, alterada en todas sus fibras. ¿Como podía Brod ser tan vil? No podía aceptar que una mujer lo prefiriera a él, al tímido Lean por una vez. Lo sabía arrogante y esta era una muestra más.

—No es mi culpa —susurraba ella su lado, tomando su mano—. Quise componer las cosas, me di cuenta de que no me aceptaba y supe cuán cercanos eran. Traté de arreglar la situación y ahora...

—Tranquila —contestó, intentando una sonrisa que escondiera la tormenta interior y la furia que hacía que sus manos temblaran—. Ve a tu habitación, esto lo soluciono yo. Ve y descansa. No te inquietes.

Sarah lo observó con cautela y asintió. Su mejor actuación estaba hecha, buscando enmendar un error mayúsculo de su parte al medir tan mal a Brod. Lo había deseado y había ido por él, para recibir su rechazo y desprecio, además de la sorpresa de que Lean la encontrara en el momento menos indicado. Si no se equivocaba, las tensiones entre ambos pesaban y Lean se inclinaba a su favor. Su actitud sumisa y pacata debía ser ejemplar, no podía permitirse un error más. Temblaba internamente solo de pensar que su padre se enterara de su mal paso. Había puesto la estrategia de

su clan en juego.

—Lean, por favor, no hagas público esto, no le digas a nadie. Moriría de vergüenza, además de que le creerían a él. Es el hijo del laird, después de todo —entornó sus largas pestañas y bajó el rostro, para luego dar un paso y trastabillar, haciendo que él la tomara en brazos.

—No te preocupes —le indicó, acariciando su cabellera y llevándola por los hombros—. Ve, duerme, olvida todo.

—¿Cómo podré mirar de vuelta a tus ojos? —lo enfrentó tomando sus manos—. Mi error fue por ansiosa. No deseo provocarte mal, ni que por mi culpa peles con los tuyos.

—No es tu responsabilidad, créeme.

—Por un instante, sentí que mi cordura se perdía —argumentó ella—. Brod te tiene envidia, está claro.

Notó que él apretaba las mandíbulas y un malévolo placer la consumió. Había percibido el dolor en Brod cuando Lean le confrontó y notó que no le creía. Esa sería la forma en la que aquel pagaría su desprecio, ya se encargaría ella de romper cualquier sentimiento filial que los conectara; a Brod Campbell le costaría muy caro el desaire.

—Estoy tan feliz de que te hayas fijado en mí, Lean. Desde el primer instante rogué que el destino nos uniera —rozó su mejilla poniendo miel en sus labios y mirada—. Ojalá esto no cambie las cosas entre nosotros.

—Para nada —le aseguró él—. Nada me separará de ti y el compromiso que asumí. Como lo prometí, a mi retorno de Londres, dentro de unos meses, celebraremos el matrimonio.

Ella sonrió y bajó la mirada para luego darle un casto beso en la mejilla y cerrar la puerta, en la que se apoyó aliviada. Tenía que ser más astuta, se había equivocado y no podía volver a pasar.

Tres.

La larga caravana serpenteaba, recorriendo con agilidad el camino abierto por décadas y décadas de caballería que iba y venía, de un lugar a otro de las Highlands. Los múltiples colores de los tartanes que marchaban mezclados por el llamado a la aventura, las cabalgaduras de pelo variado, los gritos y risotadas excitadas de los hombres, todo conformaba un ejército improvisado y heterogéneo que avanzaba con energía. La incertidumbre generaba expectación, pues se avanzaba a un territorio que desconocían: Irlanda, tierra a la que los convocaba la defensa de los compatriotas que estaban siendo afectados.

Lyle y Brod iban a la cabeza, el primero con el alivio de dar rienda suelta a sus instintos, pulsión contenida por muchos años por los celos de Brittany, quien había quedado espantada por las heridas sufridas por su amado al rescatarla hacía casi diez años. Las oportunidades para las escaramuzas y los conflictos habían quedado relegadas a un plano meramente deportivo para el gigante, lo que también le gustaba, en especial cuando las caricias de su esposa calmaban sus ánimos exaltados. Pero en el fondo de su corazón las energías bullían y pedían campo libre y correrías.

El caso de Brod era diferente; adiestrado y preparado para la guerra, esta había escaseado en la región. Había demostrado su excelencia con la espada y en la lucha cuerpo a cuerpo, así como en cada práctica y juego entre los clanes, pero no había tenido la oportunidad de enfrentar a un enemigo que en verdad lo desafiara sin piedad ni cuartel. Compartía con su tío los ímpetus y le consumía el hambre y la inquietud por recorrer otros mundos y conocer otras realidades.

Este deseo, que había ido creciendo a medida que escuchaba acerca de los levantamientos y las rebeliones en contra o a favor del Rey, en pos de defender la religión de unos y de otros, se había hecho más urgente con el pasar de los años y los meses. Sentía que su espada debía participar en uno de los lados, que no podía permanecer ajeno mientras las regiones ardían y los hombres se batían con pasión. No tenía clara, sin embargo, cuál era la opción correcta, cuál era el justo bando que debía recibir su apoyo.

Su padre procuraba contener los ánimos soliviantados impulsando la paz como la única forma de crecer y lograr que la mayoría de los arrendatarios y campesinos vivieran de buena manera. Era el razonamiento de un laird experimentado y un guerrero sin igual, pero que en su madurez comprendía que sus necesidades de combate no podían pasar por encima de aquellos a los que había prometido proteger: a los que arqueaban la espalda para proveer el alimento y trabajaban sin descanso. Empero, toda prudencia tenía sus límites a juicio de Brod, pues corría el riesgo de convertirse en peligrosa inacción.

Las terribles noticias que cruzaron los campos irlandeses para llegar a las Tierras Altas hablaron de desmadres, de torturas, de violaciones y violencias hacia los colonos escoceses que habían partido, hacía ya buen tiempo, para poblar aquellas tierras. Eran personas de trabajo o antiguos soldados devenidos en campesinos, que habían encontrado en la vecina isla una esperanza y un lugar donde estar. Esto había sido crudamente arrebatado por las violentas revueltas de los autóctonos, que reivindicaban recuperar sus tierras y defender sus creencias religiosas, las que consideraban pisoteadas por los emigrados.

Grande había sido el disgusto de Lyle al enterarse de que algunos de sus amigos habían sido afectados, noticias que trajo al castillo un monje que apenas había podido escapar de las revueltas

y que atizó el fuego al señalar los vejámenes a los que se los sometía con alevosía. Desde el primer momento insistió en la necesidad de acudir en auxilio de los mismos, posición que rápidamente secundó Brod, quién suplicó reiteradas veces el permiso para ir en ayuda de aquellos.

La renuencia de su padre le hizo rebelar y confrontarlo por vez primera, anunciando que iría con otros en rescate de los escoceses afectados, con o sin la autorización del laird. Este finalmente había cedido, entendiendo con amargura que no podía controlar por siempre a su hijo, ya un adulto fuerte y decidido, que pugnaba por defender aquello en lo que creía.

Sabía que la causa era importante y que su hijo debía tener oportunidad de elegir y pelear por lo que creía de justicia. Confiaba en su primogénito y sus capacidades, demostradas en las lides de práctica o deportivas: era hábil y potente con la espada, así como fuerte y ágil como un toro en la pelea cuerpo a cuerpo. Además, un jinete consumado. Comprendía que sus habilidades pugnaban por probarse en la guerra.

Glenn, y en especial Isobel, hubieran preferido posponer su decisión, pero ya no era el niño dócil al que su madre podía convencer. Su temor fue desestimado por un seguro y maduro Brod, que la instó a confiar en él y en su cordura, además de sus dotes de guerrero.

«No busco exponerme e ir hacia las espadas enemigas como un redomado tonto, madre. Tengo el conocimiento, la práctica, la astucia y el valor para saber cómo actuar. Han de confiar en mí, porque mi decisión es irrevocable. Preferiría irme con la tranquilidad de que me apoyan», les había dicho con énfasis. Isobel había derramado alguna lágrima y Glenn había asentido con gravedad, en su fuero interno sintiéndose orgulloso de su hijo.

Megan había sumado su voz y había insistido en que ella también quería ir, para ser silenciada por su padre sin opción a réplica. Brod la había contemplado con pena mientras aquella argumentaba con pasión, sabiendo de su hambre por conocer el mundo, aunque con la tranquilidad de no tenerla como preocupación a su espalda. Sabía que su hermana lo despellejaría si supiera lo que pensaba, mas la que acometerían era tarea de hombres.

El reciente conflicto con Lean, producto de la aparición de la nefasta y ambiciosa Sarah Mac Day, no había hecho más que dar impulso y exacerbar los deseos del muchacho. Les haría bien distanciarse y darse tiempo para la reflexión, pensaba; tal vez aquel iluso de su primo recobraría el buen juicio y entendiera que estaba siendo enredado por una pasión que se demostraría corta y al final no lo llenaría. Eso anhelaba, al menos. Le hubiera encantado contar con Lean al lado, pero las cosas eran como eran. No tenía mucho sentido darle vueltas y pensar en otros giros, solo se derramaban emociones y se perdía energías y no era momento para ello.

Ahora que por fin estaban en camino y se avizoraba el conflicto no muy lejos, era menester prepararse, estar atento, aprovechar las instancias para conocer a los hombres, sus falencias y sus virtudes. Aquilatar a quienes estaban al lado, eso había que lograr, decía siempre Glenn; eran quienes lucharían mano a mano, espalda con espalda, por lo que era vital generar la imprescindible conexión de hermandad que la guerra requería en los que iban en el mismo bando. Prepararse para ser líder, para lograr el respeto y la admiración de los demás.

«No busques la gloria vana en la pelea, hijo», le había aconsejado. «No subestimes la importancia del tiempo de la camaradería y la comunión de los hombres que van por un mismo objetivo. Escucha a tus hombres, averigua qué quieren. Pule sus deseos, que nada corrompa la meta final. Hay que evitar los conflictos estériles. Sé comprensivo, sé fuerte, sé justo. No te muestres débil. Lyle será un apoyo fundamental y confío en él con la convicción del enorme corazón que lo motiva. Su mano sostendrá fuerte la espada y no desmayará para apoyarte. Pero tú

debes curtirte y comenzar a ser el líder que este clan necesitará en un futuro no tan lejano».

«No digas eso, padre», le había contestado. Brod detestaba la sola idea de imaginar al clan sin su padre.

«Digo lo que es. Irás en el medio de una hueste variopinta, con hombres duros y dispuestos a dar ayuda. También son hombres de pelea fácil si no se les contiene. Las rivalidades entre algunos expresarán los recelos entre sus clanes. Debes evitar que sus rencillas exploten y ensucien el objetivo».

Menuda tarea, pensaba Brod, observando en la marcha a los díscolos, ruidosos, petulantes, callados, ceñudos y tantos más que conformaban el grupo. Algunos no eran difíciles de leer e interpretar; los suyos le responderían sin dudar, en honor a su padre y por respeto a Lyle. Los demás, probablemente esperarían verlo en acción. Tenía que demostrarles su real valía. Tenía que demostrársela a sí mismo, sentenció. Apretó los dientes y taloneó su corcel, para dar la vuelta y comenzar a conocerlos.

Cuatro.

Desde el fondo de la columna de hombres, avanzando con lentitud entre los más rezagados de los guerreros, aquellos con los caballos menos ágiles en el improvisado batallón, un desgarrado joven cabalgaba con solvencia en un corcel de relativa buena alzada. Envuelto en telas oscuras y de dudosa calidad, su raída vestimenta no explicitaba pertenencia a un clan en particular. Todo él era un manojo de pobreza: sus piernas enfundadas en botas altas y complementadas con lana, sus manos cubiertas con guantes, un sombrero que le quedaba grande y encasquetado dejando entrever unos ojos que brillaban ansiosos. El cabello emergía en chuzas castañas desprolijas. Desprendía dejadez e incluso debilidad, tal era su pequeñez al lado de los guerreros más corpulentos.

Nadie sospechaba que, bajo tal disfraz, armado con paciencia y producto de la quita de ropas acá y allá a campesinos y soldados de las huestes de los Campbell, la osada Megan se estremecía de entusiasmo y emoción. Lo había logrado, había podido unirse al ejército, burlando las órdenes de su severo padre, quién había negado una y otra vez la posibilidad de que las mujeres tuvieran un papel de preponderancia en cualquier lugar donde la pelea fuera protagonista. La sensación de la injusticia la había carcomido y había pasado noches en vela, indignada y dolorida por su condición de mujer. Si ella fuera hombre, ¡cuán distinto sería todo!, pensaba rabiosa. Sus deseos y decisiones se acatarían sin dudar. Pero vivía en un mundo de hombres.

Era contradictorio. Las mujeres Campbell eran respetadas, incluso sus esposos temían las instancias de fiera disputa verbal y de silencios sepulcrales. En la situación del mundo externo al castillo, todo cambiaba. A ella la habían preparado durante años para la defensa, enseñándole cómo usar la espada y el cuchillo con maestría, tretas físicas para dominar a un enemigo mayor; todo lo imprescindible, a la par de su hermano Brod o su primo Lean. Mas cuando llegaba el momento de aplicarlo a la vida, se la trataba como si fuera una frágil princesa.

Ella había demostrado hasta el hartazgo su capacidad de combatiente arrojada y letal en las oportunidades en que los toneles de madera eran enemigos potenciales. En varias ocasiones había llegado a derrotar a su primo Lean y hasta empatado con su hermano, dando evidencias sobradas de sus cualidades. Se la había entrenado como a un hombre, pero no se le permitía igualdad de condiciones. Esto la enardecía y por ello, cuando estuvo segura de que no convencería a su padre por la vía honesta, tramó en secreto para lograr formar parte del ejército que se iba a Irlanda.

Necesitaba de la aventura, conocer el mundo, despegarse de las protectoras manos de su madre tan querida y de la celosa guardia que se imponía sobre ella. Megan era tan inteligente, tan intuitiva y capaz como su progenitora Isobel para las hierbas y mejunjes, incluso dotada de una cualidad adivinatoria que le permitió, en algunas oportunidades, adelantarse a sucesos. A veces sus sueños eran intensos, algo difusos y premonitorios; otros, no los recordaba. Además, era fuerte y valiente. ¿Por qué debía quedarse en las comodidades y laureles del castillo cuándo era claro que los escoceses necesitaban de todas las espadas disponibles y dispuestas?

No hubiera podido planificar y ejecutar todo sola y por eso había contado con la ayuda temblorosa y vacilante de su prima Beth, amiga de todas las horas, quien había cortado con pena el cabello de su prima. Las sedosas matas de brillosos bucles de un castaño rojizo habían sido quemadas en la hoguera de la habitación. No lo sintió, era el sacrificio necesario para emprender la acción que tanto deseaba.

Antes de que el sol se izara y se anunciara la partida del contingente que se había reunido en

las afueras, en la explanada, había asumido el disfraz, procurando cubrir cada centímetro de piel de sus brazos y piernas, tratando que su apariencia la pusiera fuera del foco de cualquiera de los hombres belicosos y enérgicos que marchaban.

No dejaban de ser peligrosos; conocían a los Campbell y Megan sabía que los suyos jamás osarían levantar una mano contra ella cuando la reconocieran, si esto ocurría. Pero los demás, quienes venían a acompañar la marcha; los Grant, los MacDowell, lo Stewart. ¿Quién podía saber qué sentimientos, qué almas portaban esos hombres? Nada de eso había disuadido a Megan, quien había hecho oídos sordos y selectivos a todas las previsiones que Beth pudo pensar y argumentar.

Cuando esta vio que no había remedio, que lo haría igual sin ella, procuró ayudarla para que fuera lo más creíble posible. Por fortuna, el frío que comenzaba a calar los huesos era buena justificación para los ropajes apretados y las telas que envolvían, aunque los delicados rasgos de su rostro eran difíciles de enmascarar, por lo que hubo que aplicar un tizne sutil que le dio un color casi enfermizo. Después de ese apoyo, solo podría orar por ella y repetirle que se apartara del conflicto lo más que pudiera. Así se lo prometió Megan, vueltos sus ojos y su corazón hacia las tierras de Irlanda. ¿Quién sabía que le esperaba allí con seguridad? Su corazón y sus sueños le decían que la aventura y la pasión.

Sabía que si su hermano Brod la descubría, estaría en graves aprietos, pero confiaba en que eso ocurriera cuando ya fuera inevitable y la vuelta imposible. Haría lo que estuviera a su alcance. para que esto fuera así. Había planeado con cuidado y sabía que era esencial ser lo más parca posible y marchar separada de los primeros puestos; había impostado la voz durante días, a solas y con Beth, buscando dar gravedad a su tono.

Había seleccionado la espada con cuidado de la variada colección que se guardaba en la sala de armas del castillo, una buena pero no de las mejores. No la extrañarían de inmediato. La había hecho afilar con el herrero, comentando que era un regalo para su hermano, así como un cuchillo, que guardó celosamente en una de sus botas. El caballo había sido comprado en el último momento a un arrendatario del lugar que no había manifestado gran curiosidad ante el hecho de que la primogénita de los Campbell regateara por un jamelgo cuando tenían a disposición los mejores corceles de la región. Los caprichos de la nobleza, tal vez había pensado.

Todo había resultado bien y cuando se mezcló con los demás en marcha hacia Irlanda, la infinita sensación de libertad removi6 su est6mago como si volaran mil mariposas en 6l. Nunca se había sentido tan viva; los rayos del sol parecían calentar m6s que nunca y el verdor de los prados y bosques era m6s intenso; todo a su alrededor le indicaba que sus sue6os se cumplirían.

Extra6os eran esos pensamientos, considerando que la mayoría de las j6venes como ella estaban planeando su casamiento. De hecho, era ese el plan de su padre Glenn; le había escuchado con estupor hablando con Isobel acerca de la necesidad de comenzar a presentarle candidatos. Su 6nimo se había soliviantado ante la osadía de ignorar sus sentimientos en un tema tan crucial. Lo había enfrentado tratando de dejarle claro que ella no era un objeto del que 6l pudiera disponer. Su discusi6n había sido agria, como nunca entre ambos, dejándola sollozante y angustiada por la rigidez de su padre, de habitual m6s flexible y amable.

La suave mano de su madre la había calmado y había derramado miel en las noches del laird hasta convencerlo para que viniera hasta ella a explicarle el porqu6 de su actuar. Reconoci6 que sus preocupaciones por mantener la paz y las alianzas tan duramente conseguidas lo hacían pensar m6s como l6der y estrategia que como padre, aunque tambi6n le dijo que ya estaba en tiempo de formalizar. Las opciones no eran tantas, solo le rogaba que estuviera abierta a conocer j6venes. No le impondría a nadie, mas tambi6n tenía que ceder.

Megan adoraba su padre y sabía de su pasión por las Tierras Altas y por mantener la unidad de los clanes, pero ella era una mujer libre y decidiría quién sería su esposo. De seguro no uno de los timoratos, vanidosos y orgullosos hijos de los clanes cercanos a los que conocía y de los cuales ninguno le atraía en particular. Pues bien, su padre se tiraría los pelos cuando descubriera lo que había hecho y con seguridad tal acción la sacaría del círculo de las mujeres deseables como esposas. ¿A quién interesaría una mujer tan díscola?

La marcha, al principio liviana, se transformó en una intensa y esforzada, en la que los hombres se turnaban para demostrar su resistencia, forzando a los caballos a ganar kilómetros y alcanzar la costa cuanto antes. El traqueteo del trote, la falta de costumbre a jornadas tan agotadoras que no parecían tener fin, la alimentación casi cruda, todo comenzó a afectar a Megan a partir de los primeros días; sus músculos querían aullar, agarrotados y casi dormidos, los huesos chillaban de dolor. Su cuerpo parecía haber tomado la forma de la grupa del caballo.

No se le ocurrió, empero, que su boca expresara lo que su mente gritaba; el orgullo la impelía a continuar y mantener el mismo ritmo que el resto. Al fin de cada jornada de marcha comía lo que podía, los despojos que quedaban de la primera embestida de los brutos, que desgarraban y mordían con saña la carne de los animales que se cazaban.

Dormía como un tronco cerca de su apero, cubierta por las mantas, escuchando los eructos, risotadas, amén de las escaramuzas entre los hombres, a los que evitaba mirar cuando iban de cuerpo muy cerca, levantando sus kilts sin pudor. ¿Por qué habrían de tenerlo? Algunos se desnudaban para darse improvisados baños mientras ella estaba lavando sus manos o cara, acción que la hacía retirarse con lentitud, tratando de no demostrar turbación o problema, nada que la hiciera sospechosa o foco de burlas.

Con el paso de los días se convirtió en quien cuidaba de los caballos y eso le dio un segundo plano que agradeció. Alguien debía hacerlo y no extrañó que el menos dotado de los guerreros se encargara. Se acercaba en silencio al resto, esbozando monosílabos, asintiendo o negando con la cabeza baja a quienes le pedían por leña, agua o cualquier menester menor. Su origen no generó curiosidad; nadie se preguntó a qué clan pertenecía ese oscuro y enclenque joven que probablemente no tenía más que hacer o a quien seguir.

Se mantuvo lejos de los suyos, Brod y Lyle, a los que miraba departir alegremente o imponer normas al rústico batallón que componían. Su hermano aparecía iluminado y transformado, feliz de poder salir de la protección y tutela constante de sus padres, que a veces imponían casi una cárcel. Ella tenía la misma sensación y le rebelaba no poder compartirlo por el hecho de ser mujer.

A medida que abandonaban las Tierras Altas y se acercaban a la costa, nuevos y bellos paisajes la conmovieron. Los prados parecían no tener fin, rodeados de las cadenas rocosas y bordeados por acantilados adornados de cactus. Eran otros cielos los que abrigaban su marcha, unos tormentosos y grisáceos, rosáceos y azules. La incógnita y expectativa la fue ganando a medida que el objetivo se aproximaba, las mismas sensaciones que al resto de los hombres. El mar estaba cada vez más cerca y su cruce sería el que los acercara a la meta: Irlanda.

Cuando por fin llegaron, casi perdió el aliento. Ante ellos, la masa de agua oscura e inmensa parecía no tener fin. El mar estaba bastante picado y con intenso oleaje, producto de la tormentosa jornada en la que arribaron. Megan se sintió empequeñecida y asustada y siguió al resto como una autómatas, pegada al cuello de su caballo y procurando contener su inquietud pues el animal, nervioso como los otros, bufaba y hacía complicado el avance. Los hombres gritaban, arengando a la caballada a entrar a los barcos que los trasladarían a la costa irlandesa. Estos dos navíos

habían sido contratados por los vigías de avanzada y más que barcos, parecían frágiles cáscaras azotadas por el agua agitada.

No tenían mucho lugar, por lo que deberían hacer el cruce en dos veces. A ella le tocó en el primer viaje, ya que algunos de los hombres más fuertes cedieron su sitio, renuentes, esperando comprobar que tan bien salía el de avanzada. Así que se mantuvo pegada a la borda, mirando el horizonte y procurando que el agua salobre que golpeaba y sacudía la embarcación no la horrorizara, aguantando las ganas de vomitar.

Cinco.

Cuando finalmente tocaron tierra y descendieron, Megan pudo respirar y vaciar su estómago. La playa desolada de vida humana los acogió, quebrado su silencio por la algarabía de los alcatraces, frailecillos y otros pájaros que caían en picada desde los acantilados costeros, murallones de piedra impresionantes. Era un espectáculo sin igual al cual la mayoría no estaba acostumbrado pues no habían viajado fuera de los verdes prados de las Tierras Altas. Avanzaron y sus pasos crujieron al pisotear las conchas que tapizaban los primeros metros de la arena. Unas nubes amenazadoras acá y allá anunciaban la posibilidad de la lluvia de la que tanto les habían hablado, esa que solía caer sin aviso en las tierras irlandesas, un día sí y otro tal vez.

Las horas que pasaron en espera del siguiente contingente le permitió recuperarse, moviéndose con otros en la exploración para encontrar un sitio donde los corceles pudieran pastar y tomar agua. A algunos cientos de metros, en la ribera de un bosque pequeño, encontraron un arroyo cristalino que se contorneaba para alcanzar la desembocadura en el mar. Allí se instaló, entre los árboles, con tres más. Dormitó y comió algo de galleta seca que le ofrecieron; nada más podría resistir dado que todavía sentía en su cabeza el bamboleo desequilibrante del mar.

Un poco más lejos veía a su hermano y tío que iban y venían, hablando con los guerreros, seguramente planeando los próximos pasos. Dos hombres, los que Megan sabía eran los más hábiles en el rastreo, partieron sin demora para lados contrarios, con seguridad en busca de caminos y peligros adelante. Cuando el resto de la expedición arribó, casi al caer la tarde, se convocó a todos al campamento central.

—¡¡Hombres!! —gritó Lyle, incitándolos a reunirse alrededor de la gran fogata que habían improvisado—. ¡Todos aquí!

Cuando estrecharon el círculo, cedió la palabra a Brod, quien se sorprendió por la responsabilidad que su tío le daba, pero sin titubeos evidentes se hizo cargo del discurso.

—Aquí estamos, guerreros. La primera parte de nuestro viaje, la más fácil, está hecha. Hoy comienza en verdad nuestro trayecto. Estamos en terreno desconocido. Es menester que avancemos con cautela, alertas a todo lo que pueda ser peligroso. No debo decirles a que hemos venido —todos gritaron, asintiendo—. Nuestros amigos y sus familias nos necesitan. Estamos aquí para ayudarlos y detener la barbarie que algunos de esos fanáticos católicos han iniciado —se escucharon voces de aprobación, lo que le dio tiempo para pensar en el tono de sus próximas palabras, que debía ser justo y de mando, sin sonar altisonante o agresivo. Su capacidad para liderar estaba en la mira y no podía errar—. Bajo ningún concepto esto a ser pretexto para que cometamos los mismos desmanes. ¡No pagaremos con muertes inocentes lo que ellos hayan hecho!

—¡Es justo! —gritó uno de los hombres desde el fondo, haciendo que los demás asintieran.

—Debemos encontrar a Justin MacGregor y los suyos —gritó Lyle a su lado—. Ellos estaban no muy lejos de la costa y serán nuestros guías. Nos indicarán a quiénes tenemos que auxiliar, de modo que el tiempo que estemos lejos de nuestras tierras sea lo más útil y menos costoso en hombres y vidas.

—¡No hemos venido a morir a estas tierras, highlanders! —arengó Brod a los hombres, quienes respondieron elevando sus espadas.

Megan se sintió imbuida del mismo espíritu enfervorizado, el deseo de aventura y justicia atravesándola como una sensación física. La llenó de orgullo ver a Brod crecer y tomar estatura

de líder entre hombres rudos, algunos guerreros de batallas viejas. El resto de la tarde y noche fue de aprontes, charlas exaltadas y comida. La vuelta de los vigías trajo novedades de lo que les esperaba e implicó la elección del trayecto que emprenderían al otro día. Luego, el silencio se fue imponiendo como un manto.

Tanto a Brod como a Megan les llevó tiempo conciliar el sueño. Al primero le costaba sosegar sus ansias de marcha y aventuraba su mente en los conflictos venideros, a la vez que se complacía por lo que consideraba un avance en su rol. Le aliviaba comprender que podía con la tarea de liderar, al menos en la calma. Mañana comenzaba el desafío verdadero. A Megan le preocupaba no poder recuperarse físicamente y no responder con su espada cuando el conflicto se desatara. Comenzaba a entender algunas cosas que su padre le había dicho.

Horas más tarde el alba se abrió paso con calma, iluminando de otra forma el lugar y eliminando las grisáceas tonalidades de la tormenta. Los hombres se pusieron en pie y alistaron con presteza para comenzar el avance por prados muy verdes tapizados de tréboles, envueltos por una brisa fría que no igualaba al cortante viento de las Highlands. Se fueron alejando, lo que les fue quitando el espectáculo del mar y se abrió paso a la vegetación frondosa: bosques de hayas y robles, hogar de hurones y zorros rojos, que aquí y allá se les cruzaron. Los rastreadores fueron enviados adelante, con la misión de recorrer más terreno. Al mediodía aún no habían regresado.

Brod y Lyle supusieron que habían avanzado al no encontrar cerca un sitio donde pudieran extender el campamento, a resguardo de cualquier encerrona. Sin embargo, el paso de las horas y la falta de contacto obligó a la decisión de parar.

—Detrás de ese monte —señaló Lyle una arboleda y Brod asintió—. Lo atravesaremos y buscaremos un buen sitio al abrigo de las colinas.

Todos en la vanguardia asintieron. El hambre comenzaba a ganar a las filas y los gruñidos de protesta por el ritmo se hacían sentir. El sendero estrecho que se internaba en el bosque daba paso a tres o cuatro hombres y los primeros ingresaron. El bello paisaje comenzaba a perder nitidez a medida que los rayos del sol se tornaban oblicuos y en franca caída. Megan iba en la retaguardia y como el avance se tornó lento, decidió que lo mejor era dar alivio al pobre corcel, tan impactado por el cambio de ambiente como ella, por lo cual desmontó y caminó a su lado, sosteniendo las riendas.

Se retrasó un poco del resto, despreocupada; no había forma de perderse ya que el objetivo era acampar al otro lado. De pronto, el movimiento adelante se tornó frenético; los gritos la pusieron en extrema alerta e hicieron que la adrenalina y el miedo dieran alas a sus pies. Al contrario de lo que hubiera sido inteligente, soltó el caballo y sacó su espada de la vaina, avanzando hacia donde los hombres daban voces y gritos, sin entender qué ocurría. Se detuvo y miró el pandemonio a su alrededor, pensando qué hacer, para luego decidir tomar por el costado y rodear la situación, fuera cual fuera.

Se internó entre los árboles, escondiéndose para observar y tener una idea cabal de lo que pasaba. Esto le permitió ver que estaban bajo ataque: a cinco metros de su escondite y en el sendero, sus compañeros se debatían, espadas en mano, caracoleando en sus monturas, procurando asestar sus aceros en los hombres a pie que les rodeaban y hostigaban. Tal parecía que les habían estado esperando; probablemente dejaron pasar a los primeros y cuando la mayoría estuvo entre los árboles, atacaron.

La joven se pegó al tronco de un pino, su corazón latiendo a mil, intentando calmar los nervios. Miró otra vez, justo cuando uno de los gigantes de su tropa caía entre varios de esos desgreñados atacantes y era salvajemente degollado. La sangre saltó por todos lados y ella volvió

a resguardarse, horrorizada. ¿Quiénes eran esos salvajes mal vestidos y armados que, sin embargo, atacaban con tal energía y barbarie? Llevaban las de ganar, al parecer y esto tenía que ver con lo sorprendente de su ataque. Debían ser la razón para el no retorno de los rastreadores, que sin duda no habían salido con vida.

Tomó aire y volvió a asomarse, para ver a su hermano llegar a la carrera, embistiendo con su caballo y espada e hiriendo de muerte a dos, para luego desmontar y atacar sin cuartel a tres de los malencarados, a los que hirió e hizo huir, demostrando un valor, habilidad y agilidad extraordinaria. Un poco más allá, su tío Lyle lidiaba con dos hombres, a los que batió con una facilidad extraordinaria, demostrando el porqué de su fama.

Megan se forzó a hacer algo, a actuar. A ello había venido y tenía que demostrarlo, aun cuando sus piernas le temblaran. Estaba aquí para luchar y no para ser mera espectadora de una carnicería. Contuvo la respiración y entonces se incorporó, emergiendo del gran árbol con la espada tomada con ambas manos, para precipitarse sobre los irlandeses que tenían a maltraer a los guerreros del clan Grant. Sacudió su espada con fuerza, haciendo que el filo hiriera al atacante en su mano, logrando que este dejara caer la espada, momento que fue aprovechado por el recién salvado para dar el golpe de gracia. La sangre espesa y abundante saltó del brutal tajo con tal presión que le salpicó cara y pecho, provocándole una arcada.

Se forzó a mirar hacia otro lado y continuar su avance hasta el corazón de la lucha. Aquí y allá refulgían los aceros y cuando casi alcanzaba un enemigo, la sorprendió una estocada que logró quitar la espada de su mano. Se inclinó instintivamente, esquivando el siguiente ataque, que si la hubiera alcanzado la hubiera matado seguro. Buscó el cuchillo en su bota y con furia lo asestó adelante, para dar una puñalada de muerte al hombre bajo que la había desarmado. No lo miró e hizo fuerza para quitar el cuchillo de la herida.

Fue en ese momento que vio como uno de los atacantes se dirigía con fiereza hacia su hermano, quien luchaba de espaldas. Corrió como nunca y se abalanzó para cortar el paso y sorprender al cobarde, al que logró hacer caer con su empuje. Se tiró encima de él y antes de permitir que se elevara, volvió a usar su cuchillo, cerrando los ojos, mientras notaba que se hundía cortando músculos y quebrando huesos, con un ruido sordo que no olvidaría en su vida. Así estuvo unos segundos, cuasi en trance, hasta que la voz de su hermano la obligó a volver a la realidad.

—Hombre, gracias, pero ¡párate ya!

Tomó la mano tendida y se incorporó, aceptando el agradecimiento con un asentimiento de su cabeza, para retirarse de inmediato. Se encontraba casi en shock. El fragor de la pelea se aquietaba alrededor, como un fuego que perdía vigor. Las voces y gritos, los choques de las armas se hacían cada vez menos, hasta desvanecerse. Los enemigos estaban en fuga. Había sido brutal.

Se alejó y se sentó contra un tronco, observando como todo volvía a la calma. Los guerreros limpiaban y envainaban sus espadas, buscaban y calmaban a sus caballos, se felicitaban y alababan. Lyle hablaba con Brod a varios metros, palmeando su espalda en evidente felicitación y complacencia. La tropa se recomponía y los heridos eran ayudados, a la par que se contaban los muertos, escasos pero reales.

La trampa había sido una sorpresa amarga, de poca efectividad desde el número, pero daba cuenta de lo peligroso de este lugar desconocido y de sus habitantes, que estaban expectantes y no dudaban a la hora de matar. La noche que caía hizo apresurar a todos y Brod les estimuló a los gritos, organizando la marcha para llegar a una zona más segura. Un muro rocoso fue el elegido para reagruparse y pasar la noche.

Seis.

La adrenalina corría por su cuerpo con una intensidad inusitada, una que Brod atribuyó a la ansiedad. Su corazón latía con rapidez, empujado por la convicción de que los suyos eran buenos instintos. A la sorpresa y el desconcierto inicial provocado por el ataque había respondido sin flaquear y eso lo enorgullecía. Entre sus temores recurrentes desde muy joven estaba inmovilizarse o paralizarse en el instante de la lucha real. Antes de este día, él no había pasado más que de participar en escaramuzas de juego o algunas rencillas menores con rivales de poca monta.

Esta había sido una encerrona y habían luchado contra hombres con escasa técnica guerrera, aunque con un empuje arrollador y ciego coraje. Comprobó en terreno que todos los relatos acerca del arrojado de su tío Lyle eran reales; era un hombre de una fortaleza y un brío impresionante. Era, además de un gran guerrero, un buen líder que congregaba a los hombres y los entendía, compeliéndoles a reagruparse, buscando sacarlos de la excitación de la sangre, incentivándoles a restañar sus heridas. Habían quedado sacudidos, además de desconfiados de que el enemigo pudiera resurgir detrás de cualquier árbol o piedra.

Había que estar preparados, actuar con astucia y no olvidar que su arribo era más que notorio y los locales estaban pendientes de sus movimientos y contaban con el conocimiento del terreno del que ellos carecían. «Pero nosotros tenemos la fuerza y podemos contra ellos. No son guerreros, eso está claro», reflexionó, procurando calmarse. La nerviosidad de la pelea aún lo sacudía y ramalazos del enfrentamiento lo asediaban. Que hubiera respondido como era de esperar dado su entrenamiento y su estirpe, no contradecía que le hubiera impactado lo sangriento y terrible del choque de las espadas. Comprobar lo sencillo que era quitar una vida o perder la propia.

Fue una noche larga en la cual se despertó varias veces, oyendo con atención, procurando discernir peligros entre los ruidos, aleteos y ulular de los seres nocturnos, algunos de los cuales producían sonidos nunca antes escuchados. El levantarse y ponerse en movimiento fue moroso para muchos que, como él, no pudieron pegar un ojo pensando que de la oscuridad y de las desconocidas matas pudieran brotar los salvajes una vez más.

A Brod le preocupaban los más jóvenes, aquellos que se habían sumado a la aventura con la expectativa de conocer otros lugares, pero también por no saber qué más hacer. El que lo había salvado en el bosque, no sabía si por suerte o habilidad, había parecido muy conmovido. Lo entendía, vaya si lo hacía, aunque no lo demostraría jamás ante el resto. Era lo que se esperaba de él, ¿cómo podría pensar en liderar alguna vez si no podía superar ver un poco de sangre? Era menester recomponerse y seguir, y así lo ordenó, apuntalado por Lyle. A poco de avanzar, la lluvia comenzó a azotarlos con crudeza, descolgada de improviso. A pesar de ser muy fina, calaba los huesos.

—¡Este sí que es un clima del demonio, muchacho! —sentenció su tío, con una ancha sonrisa—. Seguro que la han invocado los propios irlandeses, usando esas oraciones antiguas y mágicas de los celtas. Se los ve tan salvajes como los que se describen en esas viejas fábulas. Pues nada, ¡no nos va a vencer un poco de agua, señores! —gritó hacia atrás y la primera línea contestó elevando sus puños.

—Sí que sabes cómo mantener el espíritu del grupo —le sonrió Brod.

Entendía que esa era una lección que tenía que aprender; su liderazgo debía forjarse en base a experiencias de lucha, pero también observando a aquellos que tenían influencia y capacidad de incidir sobre el resto. Él tenía natural ascendiente sobre los hombres de su edad, quienes inevitablemente respetaban la estirpe que representaba y también le admiraban. Sus puños y su agilidad se habían hecho conocidos entre los más jóvenes. Mas era diferente entre hombres aguerridos, acostumbrados a la rebeldía y a la lucha; estos solo se plegaban ante aquel que veían noble, valiente y fuerte. Y astuto.

Tan de improviso como apareció, la lluvia se detuvo y el cielo se despejó, permitiendo que los verdes y celeste volvieran a hacerse dueños de la vista. El olor de la tierra mojada y de las pequeñas flores aromatizaban el aire húmedo. A lo lejos, comenzó a vislumbrarse un conjunto de lo que parecían poblaciones, oscuras y desordenadas sombras recortadas en el horizonte.

—Allí debería estar MacGregor —dijo Lyle, la vista directa al frente—. Tengo un muy mal presentimiento. Enviemos algunos hombres a que observen primero. No podemos caer en trampas.

—Preferiría que llegáramos todos juntos —sentenció Brod—. La idea de perder algunos hombres más no me seduce.

Lyle asintió.

—¡Hombres, atención! Poblado a lo lejos. Nos acercaremos con calma y veremos. Si es lo que creemos, podremos encontrar a algunos de los que vinimos a buscar.

A paso más lento, cuidando la retaguardia y los laterales, avanzaron oteando sin cesar por la posible presencia de enemigos. Más tranquilos al no visualizar lugares que pudieran prestarse para una nueva trampa, se acercaron a los despojos de lo que había sido una aldea de dimensiones reducidas. Restos de casas, maderos ennegrecidos, techados en el suelo era todo lo que se podía apreciar. La columna de hombres se detuvo a unos veinte metros de las ruinas y cuando Brod dio la orden, comenzaron a circular por los alrededores y lo que había sido la vía principal. Los corrales vacíos, la falta de hombres o animales, excepto algunos carroñeros dando cuenta de algunos restos indistinguibles, todo era ominoso mensaje de muerte.

—Esto era un poblado de los nuestros —murmuró Lyle, y la amargura se notó en su voz.

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó Brod, aunque de inmediato se percató de los retazos de un plaid que colgaba de una viga.

—Esos son los colores de los MacGregor —chilló uno de los que les seguían—. ¡Los han arrasado!

Las voces de exasperación y furia se multiplicaron detrás al alcanzar la convicción de que habían llegado tarde. Entonces, al llegar a la zona trasera, vieron algunos túmulos.

—Enterramientos —murmuró alguien—. Pero, ¿quién mataría y luego enterraría a sus víctimas?

—Esos irlandeses son extraños.

—Aquí no queda nadie vivo —gritó uno de los hombres y la mayoría coincidió.

Algunos desmontaron, Brod entre ellos, y circularon por los restos de las viviendas, mirando cacharros y objetos que debieron haber sido de uso de los que ya no estaban. Un desierto humano.

Al poco de deambular, era evidente que nada había por hacer allí y Lyle gritó la orden:

—¡Avancemos!

Brod asintió, su rostro endurecido por la contrariedad. Uno de sus objetivos, salvar a los antiguos compañeros de lides de su tío, ya parecía no tener forma de cumplimentarse.

Megan avanzó entre los últimos de la formación, con el corazón encogido ante las evidentes muestras del desastre. Todo era gris y hablaba de muerte. Desmontó, conmovida. Aquí habían

vivido familias, probablemente habían sido felices y nada quedaba; apenas fantasmales muestras de lo que debió haber sido una tranquila villa de campesinos. Sus pensamientos y una opresión piadosa la hicieron detenerse. Techos derrumbados, ladrillos ennegrecidos. Un pozo que parecía seco, cueros rotos, sillas destrozadas. Se inclinó para recoger un objeto que identificó como una talla de madera que parecía un juguete y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Qué fin habrían tenido estas familias! Tarde, muy tarde llegaban.

Entonces, un ligero movimiento en uno de sus costados la puso en alerta. Se incorporó con rapidez y miró hacia el lugar, en absoluta tensión. Sus compañeros ya le llevaban unos buenos treinta metros de delantera, atendiendo a la orden clara de seguir. Pensó en desecharla fugaz visión como una fantasmal ilusión de sus sentidos y justo otra vez esta se repitió. Aguzó su vista y entonces lo vio, un bulto que reptaba entre los maderos caídos hasta lograr parapetarse detrás de una pared semiderruida. Unos ojos aterrados, cuasi transparentes, fue lo único que pudo apreciar.

«¡Un niño escondido entre las ruinas!», pensó con desesperación y avanzó hacia la pared, sin dudar. Al rodearla se encontró con una muchacha acurrucada en uno de los rincones, con una expresión de miedo infinito en su boca abierta que no emitió, a pesar de todo, sonido alguno. El desconcierto la detuvo y atinó a hacerle un gesto de calma, extendiendo sus dos manos para tranquilizarla. Fue en ese instante que, sin aviso previo ni ruido alguno que la alertara del peligro, sintió el áspero y cortante filo de una espada en su cuello, así como una voz baja y ronca que la instó a detenerse:

—¡Quieto, si das un paso más te rebano el cuello!

«Una trampa, he caído en una trampa», se desesperó y los nervios jugaron en su contra, haciéndola dar vuelta intempestivamente, tras lo cual sintió un dolor lacerante en uno de sus hombros. Gritó y el hombre maldijo, a la vez que hacía gestos a la muchacha para que se refugiase detrás suyo, mirando por encima del parapeto con urgencia.

—¿Es que quieres morir, insensato? —musitó a Megan, que tomaba su brazo con dolor, mirando como un hilo de sangre lo teñía de rojo.

Esta negó y se obligó a mirar fijo al enemigo. Si iba a morir, debía ser con honor. El que estaba enfrente era un hombre muy alto, de ojos oscuros y brillantes, con su rostro semicubierto por la espesa barba y vestido con ropas de campesino. Pero su espada no era la de uno. Poco más pudo ver, porque entonces escuchó las voces y el galope frenético de los suyos que volvían. En el silencio del paisaje, fue su grito de dolor el que surcó el aire y alcanzó a los que se retiraban, haciéndoles retroceder, para su fortuna. Haciendo caso omiso a la amenaza del hombre, volvió a dar voces para orientarlos. La figura de Brod fue la primera que vio y su corazón agradeció su llegada, con su espada en alto. La distracción le costó caro ya que los brazos del hombre rodearon su cintura y el metal volvió a amenazar su cuello.

—¡Deberán dejarnos en paz o este hombre muere! —sentenció en su oreja el desconocido.

—¡No aceptamos órdenes de irlandeses cobardes! —barbotó Brod, entreteniéndolo al barbado mientras Lyle, con una agilidad impropia de alguien tan grande, se colaba por la retaguardia y tomaba a la desconocida y frágil joven, elevándola por la cintura y gritando:

—¡Su vida por la de mi soldado!

Los dos hombres se midieron y entonces el irlandés dejó caer su arma, haciendo ver que se rendía. Megan cayó de rodillas en un gesto de debilidad fugaz, pues se obligó a elevarse de inmediato, con el miedo en sus huesos y deseando salir del foco de atención. Trató de pasar desapercibida mientras buscaba la protección de los árboles y desaparecía de la vista del resto de los guerreros que, agitados y nerviosos por la escena que habían presenciado, discutían y

argumentaban acerca de lo que se debía hacer con los recién descubiertos, en especial con ese hombre tan alto que competía de igual a igual con Lyle, a pesar de su delgadez.

Cayó de bruces cuando se vio sola y trató de que sus manos dejaran de sacudirse. La tensión vivida la había dejado exhausta, temblorosa y con una necesidad urgente de llorar y ser consolada por su madre, como si se tratara de una pequeña niña. No podía presentarse de esa forma frente ante el resto, sería objeto de hazmerreír y de una atención que no podía sostener. «Debes calmarte y asumir las consecuencias de la decisión que tomaste», se dijo fustigándose por su debilidad». «Argumentaste muchas veces que eras capaz de soportar lo mismo que el resto de los hombres y te comportas de la forma que tus familiares supusieron que lo harías. Como una débil mujer que no puede tolerar la lucha ni soportar un poco de tensión».

Cuando por fin pudo acompasar su respiración y procesar lo que había ocurrido, valoró lo cerca que había estado de morir. Aún sentía el frío del cuchillo en su cuello y estaba segura de que ese hombre, al que apenas sí había podido apreciar, la habría matado de ser necesario. «Así son los guerreros, Megan. Las batallas. Hay muertos, heridos y mucho, mucho peligro. Quisiste venir, engañaste para esto, a aquellos que más quieres. ¡Deja el lloriqueo, levántate y compórtate como el resto!». Estaba acomodando sus guantes cuando escuchó la fuerte voz de su tío que la increpaba a unos metros. Volvió a sentir el corazón latiendo fuerte, casi en su garganta. ¿La habían descubierto?

—¡Tú, muchacho, ven aquí! ¿Dónde te habías metido? Pasaste un susto de muerte, seguro que nunca habías estado en medio de una situación así. Quédate con el resto, no te alejes, no sabemos cuántos otros hombres pueden haber por allí. No te podemos estar guardando las espaldas por siempre.

El vozarrón era fuerte y no daba lugar a la réplica. Megan asintió y lo siguió como pudo. Su tío avanzaba con zancadas extraordinarias hasta alcanzar el centro del poblado, lugar que había sido adoptado momentáneamente para el descanso. Las sombras ya se avecinaban y el viento se tornaba más intenso. Dispuesta a volver a ubicarse cerca de quienes habían sido sus compañeros de marcha se fue hacia uno de los lados, pero el grito la paralizó.

—¡Por aquí he dicho, jovencito!

¿Es que su tío no pensaba dejarla tranquila? Era un incordio; llegado el momento se lo diría.

—¡Que vengas! —ladró—. Brod quiere tenerte cerca y yo también. Alguien debe ocuparse de esta chica —le señaló a la muchacha que había descubierto un buen rato atrás. Esta mantenía su rostro bajo, aunque exteriormente no parecía demasiado afectada por lo ocurrido. Si acaso, se notaba alivio en su faz—. Encárgate de que coma algo y tráele agua. La han pasado bastante mal si atendemos a lo que dice su protector.

Asintió y se dirigió al sitio donde el improvisado cocinero tenía las provisiones. Trató de armar una porción decente, algo que ella podría comer. No es que hubiera mucho, salvo mendrugos de pan y algunas verduras. La carne de la caza se terminaba y estaban racionando hasta poder tener más. Fue por agua fresca y provista de todo, se dirigió a la muchacha. Tenía que hacer las cosas bien para no ganarse las amonestaciones y atención innecesaria.

Mientras se acercaba con las provisiones, vio que su hermano y su tío charlaban en tono perentorio, aunque amigable, con el denominado protector de la mujer, el que casi le rebanó el cuello. Bajó la vista y le dedicó atención a la muchacha: tenía un rostro finamente cincelado, desde lejos se percibía la claridad de sus ojos y el cabello castaño y lacio caía sobre sus hombros, suelto y algo salvaje. Desprendía un aura magnética, lo percibía aun de lejos, mas su rostro era inexpresivo.

Al llegar le tendió el plato y el vaso de madera. Ella elevó su cabeza y esbozó una sonrisa que la impresionó por su tristeza. Sus ojos desnudaban un alma buena y la leve inclinación fue todo el agradecimiento que obtuvo. Su natural gentileza llevó a Megan a hablarle algo, para tranquilizarla. Que no manifestara temor no significaba que no lo sintiera, razonó. Después de todo, la rodeaban una inmensa mayoría de hombres salvajes y cuyas intenciones no podía adivinar.

—No sientas temor, somos escoceses y buscamos solo ayudar a los nuestros. Nuestros líderes son hombres justos y no buscan causar dolor ni muertes innecesarias.

La muchacha la miró con mayor atención y Megan se asustó. Por un instante había olvidado impostar la voz, como una reverenda tonta, desnudando su condición femenina. Se detuvo y observó la cara de la muchacha que la observaba. Era cuestión de tiempo de que la denunciara ante ese protector que había nombrado Lyle para que todo el amparo de su disfraz se perdiera. Hizo una mueca, pero entonces la chica tomó su muñeca y al mirarla, vio que sonreía y asentía. De alguna manera había entendido su situación o la intuía. «Claro», pensó, «ella concluye que mi disfraz se debe al temor y puede comprenderlo».

—Eh, muchacho no pierdas el tiempo —escuchó la voz grave detrás y se elevó de un salto para mirar de soslayo al impactante irlandés que ahora tenía cerca—. Ella sin duda te agradece tu ayuda y el alimento, pero no podrá decírtelo, no habla.

Saberlo la impresionó y en cierta forma alivió; si había confundido la expresión de comprensión y solidaridad en el rostro de la muchacha, su condición la ponía a salvo. Lo que más la inhibió, sin embargo, fue la presencia fuerte y poderosa de ese hombre de ojos inquisitivos.

—Lamento lo de hace un rato y espero que puedas entender, en mi defensa, que, en nuestra condición, la desconfianza ha sido lo que nos ha permitido sobrevivir.

Se separó y se sentó más lejos, masticando con hambre un buen pedazo de pan. Ella asintió y se retiró con torpeza, abrumada por la masculinidad vibrante que desprendía ese hombre, una que la enervó. «Tendrás que aprender a comportarte y dejar de mirar a ese irlandés de esa forma tonta y extraña en que lo hiciste», se recriminó. «Sería peligroso que confundiera tu interés o que cualquiera de los otros guerreros detecte que miras a ese hombre tan fijamente, con cara de ternero degollado». Definitivamente este viaje, esta aventura se ponía más y más intensa y ya no solo tenía que ver con combates. La irrupción de estos desconocidos había cambiado los intereses de Megan y una curiosidad que la carcomía, además de una tensión que desconocía, acababa de instalarse en su cerebro.

Siete.

La expedición se tornaba cada vez más compleja y el objetivo primario que los había traído parecía alejarse. Sentado en el centro de una aldea que era como un esqueleto, apenas esbozo de lo que debió haber sido un poblado de familias y campesinos de trabajo, Brod observaba a sus hombres ir y venir. «Mis hombres», se burló mentalmente. «Este grupo es una conjunción de caracteres y soldados distintos. Nos une una meta que comienza a desdibujarse... ¿Seré capaz de mantener unidos mucho tiempo más a estos guerreros fieros cuando comprendan que aquello por lo que vinimos a luchar y defender es tan difuso como la bruma que nos envuelve cada mañana y cada anochecer? A muchos de ellos se los ve nerviosos, expectantes de lo que pueda pasar y de las trampas de las que podamos ser objeto. Estas personas, por ejemplo», se cuestionó, «¿Quién nos garantiza que no nos estén engañando? ».

Miró una vez más al irlandés que los había desafiado recientemente. Colin, dijo llamarse, para luego agregar que la muchacha era la única sobreviviente de la aldea que había sido, aparentemente y siempre de acuerdo a sus términos, saqueada por rebeldes. Al parecer, la muchacha era hija de colonos escoceses y sus padres habían muerto en una embestida rápida y salvaje. Colin la había encontrado casi exánime, rodeada de cadáveres y enloquecida de pavor. Se había compadecido de su situación y de la cobarde acción que había eliminado a personas que eran simples campesinos. La había ayudado a enterrar a sus muertos y luego la tomó bajo su protección.

Poco habían podido hacer, salvo guarecerse en los despojos del poblado, alimentándose de lo que quedaba, lo que no había sido robado por los atacantes. Estos estaban en la zona y cada tanto iban y venían. De hecho, Colin dijo que los había confundido con ellos y luego, al ver el colorido multicolor de sus plaids, había evaluado la situación como aún peor. Después de todo él era un irlandés y la muchacha poco podría decir en su favor; era muda. Al menos eso parecía, no le había hablado desde que la había encontrado.

Todo sonó muy creíble, pero ¿qué pasaba si los engañaba y en realidad formaba parte de un grupo que procuraba cercarlos? Era una posibilidad, aunque Brod tendía a creer en las palabras del hombre, al que notó honestidad en la mirada. Miró a la joven muda. Los harapos que vestía y la suciedad no conseguían esconder a sus ojos la exquisita femineidad y delicadeza de sus facciones, coronadas por una mata castaña brillante. La compadeció, no podía siquiera imaginar el dolor terrible de ver morir a su familia ante sus ojos, de la forma más atroz. Era probable que hubiera sido violentada, su virtud mancillada por los cobardes. Era factible que mirara con pavor a la enorme cantidad de hombres que cruzaban el pueblo de lado a lado, pensando en los peligros que podrían representar para ella.

—Esto no nos puede detener, Brod —la voz de su tío sonó a su lado y él asintió.

—El irlandés dice que hay por lo menos dos aldeas más en las que tiene conocimiento de que vivían escoceses, aunque no pueda dar fe de que se mantengan en pie. Es muy factible que en una de ellas hayan estado o aún estén tus amigos. Hemos de continuar, concuerdo.

—Debemos movernos rápido. Nuestros atacantes se deben estar organizando. Cada minuto que perdemos les da lugar para que preparen su ataque. Mañana mismo hemos de marchar a un ritmo más veloz que el anterior. Veremos de llegar a esas aldeas y salvar a aquellos que podamos.

—No nos conviene aventurarnos mucho más, cuanto más lejos de la costa estemos, menos posibilidades de escapar. Nuestra voluntad de aplicar justicia ha de ir de la mano con la razón — señaló Brod.

Lyle acordó. Ingresar al corazón de las tierras de Irlanda era ser blancos andantes. La fantasía primigenia de todos había sido llegar al territorio, pelear y salvar a los escoceses sin dificultades ni escollos extras. La realidad demostraba ser bastante más complicada.

—De tener éxito en nuestro siguiente tramo... Habremos cumplido nuestra meta, pero debemos considerar que nuestro retorno se enlentecerá. No lo habíamos pensado.

—Coincido contigo. Pero lo resolveremos —Lyle sacudió la cabeza, renuente a fijar problemas de antemano. Miró al costado y le señaló con la barbilla—. Esa mujer... Pobrecilla. Ha de estar aterrada.

Brod sonrió al percibir en su tono una preocupación casi paternal. Tan grande y feroz como parecía su tío, era fácilmente arrinconado por la piedad. De seguro pensaba en lo similar de esa chica con las edades de sus sobrinas.

—Él la cuidará bien —Brod le señaló al soldado, que no era otro que la disfrazada Megan—. Lo sacamos de la primera línea y eso no estará mal, considerando que acaba de pasar el susto de su vida en manos de ese irlandés.

—Bueno, ese es el mismo que te salvó la vida y estás en deuda. Que le pagues con un poco de tranquilidad es justo. No se le va a quitar el susto en meses —rio.

La situación de sentirse bajo observación y expuestos a encerronas había exaltado a algunos de los hombres, que debieron ser contenidos para que no se arrojaron irreflexivamente a cabalgatas infructuosas. A todos había ganado la expectativa y el deseo de luchar frente a frente con los responsables de la cobarde destrucción y muerte de personas indefensas. Brod y Lyle hicieron imperiosos esfuerzos por calmar los ánimos y asegurarse de que la belicosidad y la sed de venganza no entorpecieran la marcha dando lugar a descuidos que afectarían la seguridad.

Había que estar más alertas que de habitual, no solo reforzando la guardia cuando estaban acampados, sino cuidando la marcha, incentivando a los vigías a mimetizarse con el paisaje y a realizar sus avanzadas con extremo cuidado. Los guerreros más diestros y experimentados se colocaron en la vanguardia y retaguardia, dejando al medio a aquellos que no tenían experiencia de lucha y por tanto podrían vacilar o complicar en un combate cuerpo a cuerpo.

Hacia la mitad del batallón marchó entonces Megan, convertida en guardia de la joven muda, que tenía doble respaldo, pues el irlandés no la perdía de vista. Para Megan él era una visión intimidante, pero sus ojos se negaban a prescindir de esa figura quieta y callada. Le impresionaba su rigidez, todo él era muestra de tensión y de alerta constante, parecía estar en todos lados donde mirara. Megan buscó comportarse con normalidad frente a él, aunque sentía que su torpeza se agudizaba y maldecía no poder dar una imagen más firme. Probablemente era un pobre remedo de guerrero ante sus ojos, básicamente un esperpento.

Colin era su nombre y para todos se convirtió simplemente en “el irlandés”. Lyle, y en especial Brod, le tomaron rápida confianza y aprovecharon su conocimiento del terreno. Por él supieron de las rutas alternativas a la que habían considerado, lugares factibles para una emboscada, las zonas más seguras para acampar. Una de las noches luego de un avance que cansó a todos, Megan escuchó un diálogo entre él y su hermano, y sus palabras le permitieron entender la constante amargura que se traslucía en sus ojos. No prestaron atención a su presencia cercana, de seguro ambos convencidos de su inutilidad.

—Tal vez creas que venimos a esta tierra a exprimirla, a tomarla —señaló Brod—. Si así

piensas, te equivocas. No tenemos intención de quedarnos con aquello que no nos pertenece. Los escoceses valoramos altamente la tierra que es nuestra por derecho y sabemos defenderla. Hemos venido a ayudar a aquellos que están siendo perseguidos, torturados y eliminados. Y es aún peor de lo que pensábamos. No han tenido piedad.

—No pienso nada, solamente observo. La fuerza y el golpe se pone sobre aquellos que son más débiles. Estos compatriotas míos... —la pesadumbre se notaba en su voz grave y el gesto de amargura—. Los que han cometido estos atropellos han perdido todo norte, toda cordura. En lugar de dirigir su odio y su sed de venganza hacia aquel que realmente les ha quitado lo suyo. ¡Contra ese maldito Conde de Stratford deberíamos marchar todos! Él dice representar al Rey, aunque sospecho que hace mucho por sí mismo; no para de esquilmarnos de maneras indecibles... En lugar de ir contra él, han cobrado la ofensa en la carne y la sangre de aquellos que vinieron para lograr una vida mejor. Labradores, inocentes.

—¿Cómo es que tú te has puesto del lado contrario y proteges a escoceses? —indagó Brod, con curiosidad.

—Cualquier hombre de bien lo haría, un guerrero que se precie no mata por el deseo de derramar sangre. Soy... Fui un guerrero y después un campesino. Mi familia... —su voz se hizo más baja y Megan tuvo que aguzar el oído y acercarse, fingiendo avivar el fuego, para escuchar lo siguiente—. Mi mujer, mi hijo... Mis amigos. Todos fueron arrasados sin piedad. Vivíamos mezclados, algunos irlandeses y otros escoceses. Nos unía la voluntad de trabajar. Nuestro error fue estar en el medio del camino de hombres sedientos de justicia... No, de venganza. Tomaron sus vidas y tierras, así como hicieron con las de este poblado que pasamos y la familia de esta joven que sobrevivió —el tono se quebró en ese momento.

Megan dejó de agregar ramas y simplemente escuchaba, pero los dos estaban demasiado ensimismados en el diálogo para observarla. Apreció la comprensión de su hermano y su inteligencia para extraer de ese hombre tan silencioso el testimonio que necesitaba para confiar en él. Porque había dolor en los ojos de Colin, esa mirada honesta y límpida que solo aparece cuando uno expone su corazón en palabras. El rostro contraído hacía ver que sufría y que las heridas internas eran profundas. Megan sintió tal piedad que su garganta se cerró.

—Era escocesa... —siguió entonces Colin.

—¿Cómo? —preguntó Brod, sin entender.

—Mi esposa. Era una de los suyos. Me hizo olvidar mis andanzas y mis ansias de guerrero. Me convertí en campesino y en herrero, sin haber hecho antes ninguna de las dos funciones. Nada me importaba más que estar con ella. A su lado conocí la paz y el amor. Todo eso me fui arrebatado esa noche —su voz cobró vigor y la furia hizo temblar las frases—. ¡Esos cobardes asolaron, quemaron y mataron sin misericordia! Mi vida terminó en ese momento. He sido una sombra impenitente desde entonces. De no haber encontrado esa aldea y a esa muchacha que necesitaba ser rescatada y protegida, me hubiera matado yo mismo.

Megan estaba azorada. Sentía el dolor de él en su corazón; dolor por la injusticia, por la pesadilla de su tragedia. Ese hombre quería y protegía. No podía pensar en cualidades más esenciales en un hombre. Sin querer, derramó una de las calderas y el ruido provocado alteró la conversación. Balbuceó una disculpa tonta, y se retiró tan rápido como pudo. Ya lejos y contra un árbol, se envolvió en su plaid y procuró ganar calor. La noche era fría y se sentía en cada articulación y músculo.

La piel de sus manos estaba despellejada, la resequedad de su rostro y sus labios era molesta, el cansancio físico y espiritual comenzaban a pesar. Su cabeza bullía de ideas y no podía apartar

sus ojos de la figura de Colin junto al fuego, que iluminaba su perfil. Apreció su mandíbula recta, el cabello largo y oscuro que tocaba sus hombros y esos ojos, quietos como pozos intensos, como no había visto antes. Lo vio mirar en su dirección y le pareció que su mirada se posaba sobre ella como si pudiera atravesar la oscuridad y atraparla en el acto de observarlo.

Megan maldijo; cada hora que pasaba, la presencia de él iba ganando espacio en su retina y en su cabeza. Se increpaba por cometer el error constante de mirarlo. No había tenido problemas de rodearse de hombres, había desarrollado la capacidad de inmunizarse a las naturales actitudes de los guerreros que iban de cuerpo tras los árboles y cerca de ella o se bañaban sin pudor en los arroyos. Se hizo pronta idea de cómo ignorarlos, dejar el rubor y comportarse de manera natural con ellos. Con él, sin embargo, no era fácil. Ver su torso desnudo, sus pectorales marcados y los bíceps que enunciaban fuerza extraordinaria, era conmovedor y preocupante. Mirarlo, a hurtadillas, fugazmente, o en forma directa y constante cuando estaba de espaldas, le permitió notar que no se quitaba en ningún momento un collar de cuero trenzado, el que supuso un objeto muy especial. Tal vez era un recuerdo de esa mujer de la que hablaba con tanto dolor. ¡Ojalá ella alguna vez pudiera sentirse tan amada como esa mujer cuyo final había sido tan trágico!

Luego de varios días de marcha por un camino alterno llegaron a una de las aldeas que Colin había mencionado. Encontrarla quemada fue todo un desaliento, pero para sorpresa de los frustrados escoceses, desde la espesura y a los gritos aparecieron varias personas, gesticulando algunos en gaélico para dar cuenta de su origen. Unos pocos hombres y más mujeres, además de cuatro niños de edades diversas eran quienes lograron sobrevivir a la incursión de las brigadas de hombres sueltos. Uno se acercó corriendo y a los gritos, coreando el nombre de Lyle, que con emoción lo reconoció como su amigo. Se abrazaron y palmearon con emoción y alivio evidente.

Ese mismo hombre fue quien presentó a los suyos, quienes fueron relatando las vicisitudes y los peligros que habían atravesado, así como el hambre que estaban pasando. Fueron rápidamente socorridos y luego de calmados nervios y estómagos, fue momento para que contaran la suerte que habían corrido otras aldeas. Dos de ellos las habían recorrido con cautela, observando desde lejos, solo para comprobar que nadie más había sobrevivido. Estaban muertos o se habían unido a los forajidos. No había otras opciones.

—Así pues, no hay nadie más a quien rescatar —Lyle meneó la cabeza con tristeza.

—Ha sido una matanza cruel, mi amigo. Esos irlandeses se cobraron bien cara la deuda que creían teníamos con ellos. No fuimos responsables, sabe Dios que no queríamos perjudicar a nadie. Cuando vinimos, lo hicimos pensando que viviríamos en paz. No teníamos idea de que la tierra que obtuvimos era de otros, que fueron exiliados con crudeza por no acordar con el gobernante. No les importó, para ellos somos los usurpadores.

Esa noche Lyle y Brod conversaron y decidieron que lo mejor era convocar al resto. Eran dos líderes improvisados que contaban con información que los demás tenían que conocer. Alrededor de la fogata, fueron detallando lo que les esperaba si continuaban. Hundirse en el territorio enemigo no era más que arriesgarse sin necesidad, expuestos a que la vuelta se complicara. La novedad de que no había mucho más por proteger enardeció a algunos que, sedientos de sangre, hablaron de llevar a los irlandeses hasta el mismo corazón de sus montañas. Con cautela para no ser malinterpretado y acusado de cobardía, Brod argumentó en contra, basando sus argumentos en lo que los recién rescatados les habían especificado.

—Hemos hecho lo que hemos podido, hombres. Hemos enfrentado al enemigo cuando éste cobardemente se ha presentado, pero ya vemos que lo único que hace es asolar aldeas. Logramos rescatar algunos de nuestros hombres y ellos son los que nos aseguran que no hay más escoceses

en muchas leguas a la redonda. Es momento de regresar.

Los más pertinaces hablaban de continuar, pero la experiencia y el cansancio de la mayoría primó. Seguir era perder energías, forzar a sus caballos y exponer a todos. Si no había nadie más a quién proteger o rescatar, lo único que harían sería enardecer más a los irlandeses al tomar en terreno las provisiones necesarias para abastecerse. Un ejército que marchaba necesitaba caballos frescos, alimentos y espadas, que deberían arrebatarse.

—No hay tiempo para discusiones —sentenció Brod, estableciendo con firmeza su postura, que fue secundada por Lyle, quien observaba con satisfacción y orgullo como su sobrino se iba ganando con energía e inteligencia su lugar de líder—. Los quiero en posición para partir a primera hora.

Dicho esto, dio la vuelta y se dirigió a Lyle. Era menester decidir una estratagema a los efectos de poder retroceder hasta el lugar donde habían desembarcado sin perder soldados y a la vez proteger a las familias. Colin los escuchó en silencio, para luego pedir la palabra. Su sugerencia fue bien recibida, por astuta y fruto de la experiencia. Un grupo debería actuar como señuelo, propuso, tomando el camino obvio que habían seguido para ingresar. Todos aquellos soldados que quisieran ofrecerse.

—Probablemente en algún lugar del camino nos están esperando con las espadas prontas y dispuestas a cobrar algo de sangre —continuó—. Que tengan lo que esperan es bueno: la atención y los esfuerzos de las bandas que pululan por la campaña estarán sobre esa columna organizada. Por otro lado, por un camino mucho menos conocido, con vericuetos y protección rocosa de las montañas, otro contingente, el de los más débiles, marchará. Será más lento, aunque el camino es más corto.

—¿Y si todos fuéramos por él? —preguntó Lyle—. Nos permitiría llegar antes.

—Es un camino angosto y si bien poco conocido, muchos jinetes ruidosos y coloridos llamarían la atención. Al no verlos por donde se supone que deberían regresar, levantarán sospechas inmediatas.

—No se hable más. Aseguraremos una custodia eficiente y los demás marcharemos por el otro lado.

—Yo iré con los más débiles. Mi espada a su servicio y mi guía como garantía —ofreció Colin con seriedad, poniendo su palabra como sostén de su compromiso.

—Que así sea. Colin...Gracias —dijo Brod y el irlandés meneó la cabeza.

No lo hacía por conseguir agradecimiento, sentía que era su deber. Había una diferencia que podía hacer y dar un sentido a su vida.

Así decidido, la mañana siguiente muy temprano casi tres cuartas partes de los jinetes tomaron al galope el camino más descubierto. El resto, hombres y mujeres más algunos niños, a caballo y a pie, buscaron el acceso a un camino que serpenteaba entre colinas y bosques. Si todo iba bien, ambos contingentes concluirían su trayecto en una de las zonas costeras más hermosas de Irlanda, desde donde podrían marchar al hogar. Volver a sus Tierras Altas.

Ocho.

Se acercaban a la costa y hasta el momento todo había salido como lo habían planeado hacía ya cuatro días, cuando se habían convencido de que no había más que hacer en esas tierras. El trayecto había sido accidentado, aunque menos lento de lo pensado; habían debido detenerse de tanto en tanto para evitar obstáculos naturales como murallones de rocas y cursos de agua que surgían, salpicando y bordeando los campos. El señuelo que representaba el otro contingente de escoceses en marcha por las campiñas irlandesas, plan estructurado ex profeso, funcionaba. No se habían cruzado con nadie; aquellos debían estar atrayendo a las no pocas partidas de hombres sueltos que asolaban la región.

Colin arrugó el semblante, demostrando en su faz lo contradictorio de su sentir al respecto. No podía culpar por entero a esos bandoleros por su elección: la mayoría de ellos eran el resultado de la expoliación a la que habían sido sometidos por los ingleses. Muchos debían haber sido padres de familia como él, trabajadores de la tierra, gente que lo había perdido todo por defender sus tradiciones, sus creencias, su fe y su orgullo de patriota. Su accionar tenía motivos, la ira que los carcomía era la de haber sido aplastados y negados. Mas era injustificable el grado de violencia que aplicaban a los débiles, personas que, como ellos antes, no tenían adonde ir ni cómo defenderse. En definitiva, se convertían en perpetradores de lo mismo, aplicaban la violencia que habían sufrido.

Colin lo había perdido todo en una de esas incursiones de sus compatriotas. Su casa había sido humilde hogar en el que conoció la felicidad, lugar donde había disfrutado del calor y del amor de una mujer entrañable y buena, que le había dado todo, hasta un heredero. Ese pensamiento se traslució en su cara en un rictus de dolor que le cruzó como un ramalazo, casi partiéndole el corazón en dos.

Como si eso fuera posible...Ese órgano había muerto el mismo día que la horda invadió la aldea y robó y mató sin cuartel, perdida toda humanidad y piedad. Veían a los escoceses, colonos en la tierra por decisión de los ingleses, como los responsables últimos de su desgracia, y sobre ellos cayó su odio. Colin creía que no podría rehacer su vida en Irlanda; esta era su tierra natal y la amaba, pero la sangre derramada por ella, el dolor inabarcable de sostener a su esposa e hijo pequeño en brazos, exánimes e inocentes víctimas de lo que no habían provocado, lo expulsaba de allí. Hasta hacía pocos días, su único objetivo, el que lo había mantenido cuerdo, era proteger a la joven muda, única sobreviviente de la aldea en la que los Campbell los habían encontrado.

Ella estaba bastante mejor, se la veía más animada y recompuesta, aunque aún no hablaba. No le extrañaba; podía entender que el dolor llegara a obstruir la garganta de tal modo que nunca más se pudiera emitir una palabra. Cuando el alma de uno era arrancada, el corazón no se podía recomponer y eso afectaba a todo el cuerpo. Él sentía cada mañana que no podría avanzar, que sus piernas se negaban a pararse, detenidas por una voz, vaya a saber si del Demonio o del mismo Dios, que lo hostigaba y le susurraba al oído que frenara, que no siguiera, que nada valía la pena.

No cejaba, pues lo impulsaba la responsabilidad, esa que se magnificaba al tener más personas a su cargo. En eso se había transformado, en alguien cuya misión era proteger a otros. Había fallado con los suyos; un viaje de compra de ganado lo había llevado lejos y al volver, solo encontró desolación. Por ello, mientras su brazo y su energía le animaran, antepondría su

presencia y su espada para que nadie inocente y desarmado fuera asesinado vilmente.

Estos escoceses habían arribado en el momento justo. Luego del inicial recelo y desconfianza con que los rodeó, entendió que buscaban salvar a los suyos; no eran especuladores o invasores a largo plazo, tenían una misión similar a la suya. Este encuentro terminó de laudando su decisión, la que había madurado en la soledad de los días y noches de quietud e inercia que siguieron a la muerte de su familia. Los acompañaría, viajaría con ellos a las Tierras Altas de Escocia, cruzando el mar por primera vez, lejos de su tierra.

Esos Campbell le habían dado una muy buena impresión; su accionar y sus palabras mostraban honestidad y hambre de justicia. No se podría decir lo mismo de quienes les seguían, pero el férreo control que establecían sofrenaba a los hombres de los distintos clanes. Al más joven, Brod, se le notaba su inexperiencia, aunque aprendía rápido ayudado por una natural cualidad para el mando y la persuasión.

Los hombres valientes y justos tendían a reconocerse, razonó sin vanagloria; era por eso que le habían dado la confianza para guiar a esta columna que se desplazaba hacia el mar. Recién rescatados, ansiosos y temerosos escoceses, colonos desconocidos, además de algunos guerreros de segundo orden que bien poca defensa podrían ofrecer si él se había equivocado y los encontraban.

La noche caía y el viento húmedo se colaba entre las rocas. La cercanía del mar daba un olor salobre al aire y el frío comenzaba a sentirse. Colin pensó que el único que no lo debería sufrir era ese abrigado escocés que no quitaba sus guantes o las lanas que lo cubrían ni siquiera cuando la tibieza del sol así lo posibilitaba. El timorato joven estaba en proceso de abastecer la naciente hoguera con brazados de ramas secas. Él, justamente, era un buen ejemplo de la debilidad de su improvisada hueste.

Le llamaba la atención y lo compadecía, además de que le remordía la conciencia la forma en la que lo había amenazado con su cuchillo el día en que llegaron a la aldea, por más que había sido necesario. Se le percibía débil y por eso no entendía cómo había podido tener lugar en un ejército que se suponía selecto. Eso suponía él, tal vez era más realista pensar que quienes habían llegado a Irlanda, cruzando el mar, eran guerreros capaces, pero, sobre todo, dispuestos. Después de todo, ¿qué podía importarle a la mayoría de los lejanos escoceses lo que pasara con aquellos que se habían ido por propia voluntad? No era el caso de Lyle Campbell, que había hecho cuestión de honor ayudar a sus antiguos amigos en problemas.

Como fuera, ese muchacho, cuya faz estaba constantemente baja y en actitud medrosa, era muy curioso. Colin sentía sus ojos clavados en su espalda, siguiendo sus movimientos. Le había sorprendido varias veces observándole. Era probable que le tuviera miedo y que aún le durara la impresión del acero en su garganta.

Se obligó a incorporarse y circular por los distintos grupitos que acampaban en torno al fuego, procurando incentivarlos a tener confianza en que todo iría bien, haciéndoles saber que faltaba muy poco, además de recordarles el continuar la marcha juntos para evitar los peligros innecesarios. Obtuvo conformidad y aceptación de todos; la fiera voluntad de vivir los impulsaba y sabían que esa era su única oportunidad: llegar al mar y embarcarse de vuelta rumbo a las Highlands, lugar que los debía acoger y donde deberían comenzar de nuevo. Estarían a salvo y eso no era algo menor.

A medida que las conversaciones se fueron apagando y los fuegos perdieron fuerza hasta que solo quedaron rescoldos, Colin se fue dejando invadir por la melancolía y el sueño. Las imágenes del desastre solían venir con la oscuridad a hostigarlo y apremiarlo, sometiéndolo a la tortura del

descanso a medias. Sus instintos y sentidos no se apagaban nunca del todo y fue por ello que se encontró en alerta extrema a mitad de la noche. Al comienzo no supo a ciencia cierta el origen del despertar abrupto; no podía distinguir demasiado, la luna iba y venía entre los nubarrones. Entonces, vio una sombra escurrirse con cautela para ganar la arboleda. Maldijo en silencio, despotricando contra la estupidez del que se alejaba; había establecido con claridad que nadie debía separarse. Si es que era alguien de la comitiva. ¿Y si era un vigía o espía de los enemigos? En extrema alerta, decidió seguirlo para saber a qué atenerse: traer de vuelta a quien fuera o atrapar al espía.

Lanzó un silencioso exabrupto cuando se adentró entre los arbustos; era demasiado tarde, no percibía nada. Casi volvía atrás cuando el sonido de piedras chocando o siendo pateadas lo hizo avanzar. En el silencio de la noche cualquier ruido, por nimio que fuera, se veía aumentado. Trató de evitar la zona de canto rodado y pisó sobre el mullido colchón de lo que adivinó trébol. Al acercarse al claro que se abría al acercarse al agua, vio una sombra que se movía enérgica. Debía ser alguien de su grupo pues, ¿quién más podría pensar en hacer algo así cerca de una comitiva donde había soldados?

A cincuenta metros, el imprudente se inclinaba sobre el arroyo quitándose la ropa con presteza. No podía creer que el muy tonto pensara en bañarse en este momento, en la oscuridad y soportando el frío del agua, que debía ser lacerante. Fue a salir detrás del árbol desde el que observaba, cuando el asombro lo inmovilizó. El muchacho se había quitado sus botas, sombrero, bufanda, plaid y kilt, y lo que pudo ver, bien iluminado por la luna que en ese momento se destapaba de nubes, fue el cuerpo blanquísimo y exquisito de una muchacha. No pudo articular palabra, impactado y a la vez encantado, como bajo un sortilegio ante la belleza que emergía de los sucios ropajes.

—¡Qué diablos! —pudo entonces barbotar, mientras tomaba su espada y avanzaba.

De seguro era una banshee, un hada que anunciaba la desgracia o la muerte. Si quebraba en gritos y llanto se comprobaría. Mal que pesara, era la aparición más bella y sensual que hubiera pensado o soñado. Colin se animó a hablar y sus palabras taladraron el aire e hicieron que la aparición se volviera enteramente hacia él, mostrando por un instante la fémica, real o no, en todo su esplendor.

Megan por poco muere del susto al escuchar el grito detrás; sintió que se desvanecía, pero se recuperó con rapidez, precipitándose sobre el plaid, con el que se envolvió como pudo mientras la sombra que entonces identificó como el irlandés avanzaba con la faz enardecida. Antepuso sus brazos para defenderse, vista la furia del que se aproximaba y la increpaba:

—¿Quién o qué eres? ¡Responde ya si no quieres morir bajo mi espada!

No interpretó lo que él decía, ¿quién más podía ser? Entonces, la comprensión se abrió como un rayo en su mente. De noche, desnuda, una mujer que no conocía. Era obvio que él suponía que las hadas o el Demonio le jugaban una mala pasada. No sabía que era peor, si la verdad o eso, pero no podía permitirse dudar. No sabía que podía hacer un hombre que se creía objeto de un encantamiento.

—Irlandés, Colin... —mencionó su nombre y lo repitió, tan claro como pudo, sin moverse ni hacer movimiento que pudiera ser mal interpretado—. Soy ...yo, uno de los soldados escoceses.

Hasta a ella le sonó loco al decirlo, por lo que se mordió el labio.

—No hay mujeres soldado, no trates de engañarme. Te doy una oportunidad más, ¿quién eres?

—Soy una mujer soldado —elevó su mentón, picada por el comentario—. Pero como la mayoría de los hombres piensa como tú, no he tenido otra alternativa que vestirme como ustedes.

Mira, estas son mis ropas. Sin dudas las reconoces.

Se acercó con cautela y le bastó echar un vistazo para reconocer todas las lanas y ropas oscuras que cubrían al soldado torpe. La miró con perplejidad, más tranquilo, pero a la vez sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Quién eres y por qué has hecho esta locura? ¿Cómo has podido exponerte de esa manera?

Ella no supo si se refería a su desnudez o a su disfraz y la gran mentira que había sostenido. En este momento hubiera querido que un precipicio la tragara. No sabía bien qué o cuánto decir. El color iba y venía de su rostro; un poco por el susto y el frío, pálida pero también roja por la vergüenza. La había visto... La estaba viendo desnuda, había descubierto su secreto.

En mala hora había decidido que era por fin momento de un baño completo. Pensó que el cansancio, que hacía obvia mella en todos, aunado a la cercanía de la meta y el hecho de que eran pocos guerreros y si varias mujeres, le daría el tiempo para quitarse la mugre que se colaba por cada agujero de su anatomía. Lo había decidido en la tarde; esperó a que todos durmieran, vigiló y cuando creyó estar segura, se escabulló sigilosa hasta el agua. Sin embargo, él la había seguido. Tan luego él, el último hombre que hubiera querido que la encontrara en esa situación. Se sintió empequeñecida.

—¡Tendrás que explicar qué es esto! —sostuvo Colin con fiereza, procurando mirar solo sus ojos.

Megan sostuvo su mirada, a la vez que sentía que la rebeldía la ganaba, superando el desconcierto inicial.

—¿Te queda alguna duda? —lo desafió, adelantando su rostro, centellantes sus ojos.

Él desvió sus ojos y luego la volvió a mirar con una mueca de cierta diversión en su boca, permitiéndose observarla de cabo a rabo, con impudicia, lo que la indignó.

—En verdad, hay cosas que están bien puestas... Claras, quise decir.

Era una mujer con todas las letras, una hembra magnífica, joven y tal vez más impertinente de lo necesario.

—Estoy seguro de que sabes bien de qué hablo —volvió a la dureza de su tono—. No sé quién eres ni por qué te has disfrazado de esta manera, engañando a todos. ¿Qué planeas?

—Era la única manera de venir, de formar parte de esta aventura.

—¿Aventura? —el ánimo de Colin se soliviantó—. ¿Esto para ti es una aventura, una diversión? Para la mayoría de nosotros es la vida que se destruye.

Ella bajó su cabeza con contrición. Se había equivocado en los términos usados, no era su intención sonar liviana.

—¡Me refiero a que quise ayudar!

—¡Eres una mujer!

—¡Claro que lo soy, y tan buena guerrera como cualquiera!

—Podrías haber muerto en cualquier momento. Yo mismo pude haberte matado —se escandalizó él.

—Y hubiera sido la consecuencia natural de la decisión que tomé convencida. Porque no querían que viniera, porque quisieron evitar por todas las formas que mi camino fuera revelado y que hiciera lo que mi corazón disponía.

Nada podía desprender a Colin de observarla: el mentón que temblaba, las lágrimas que parecían asomar en esos ojos hermosos, el cabello cortado en chuzas, las manos que defendían pudorosamente la desnudez envolviendo malamente las telas contra el cuerpo, nada podía distraerlo de la magnética atracción de esa desconocida. Sacudió su cabeza, preso de la turbación

y también de la indignación.

—¿No entiendes que esa decisión caprichosa pudo haber afectado a todos? ¿Qué hubiera ocurrido si te hubiera descubierto alguien más? Algunos de los guerreros que conforman el ejército que integras no parecen de los más honorables.

—Sin duda no lo son. Me hubiera defendido. ¿Crees que no manejo la espada o el cuchillo? ¡No vine aquí a jugar, esto no es un capricho!

—¿Qué es entonces?

—Te lo dije. Era la única forma de venir. Si mi hermano y mi tío saben que estoy aquí...

—Un momento... Me estás diciendo que Brod y Lyle...

—Soy una Campbell. Brod es mi hermano.

Él tomó su cabeza con ambas manos y suspiró. No alcanzaba a entender cómo alguien así, que sin duda debía vivir muy bien y tranquila en su castillo, en la lejanía y protegida por una red de lacayos, una muchacha cómo esta, quisiera enredarse en las lides de la guerra y la muerte.

—Me llamo Megan —continuó ella—. Siempre he querido viajar, conocer, defender lo que creo justo.

—Megan... Sabes poco de la vida y persigues una quimera. La aventura, dices. Crees que esto que hacemos son juegos... Los hombres mueren de verdad en estas lides; las familias se desarman y destruyen; las manos quedan vacías.

La tristeza evidente en la voz del irlandés tranquilizó sus nervios y se permitió observarlo. Él no entendía ni creía nada de lo que le explicaba, creía que era una aburrida y caprichosa niña.

—¡Date la vuelta! —le señaló con tono algo chillón, molesta—. Me he de vestir ahora.

—Ya he visto todo lo que se podía mostrar —la desafió él y ella respondió con una mirada asesina, aunque él se volteó con lentitud.

—No tiene sentido que me descubras ante el resto —ensayó ella el pedido, rogando ser persuasiva—. Te lo pido como un favor. Estamos terminando, ya casi hemos llegado. Si todo va bien estas personas que hemos rescatado tendrán una nueva oportunidad. Los míos llegarán después y no necesitan saber.

—No necesitan saber —repitió él, y aún de espaldas, Megan supo que su boca había hecho una mueca. Lo había observado varias veces y parecía un gesto casi mecánico—. No me parece aceptable ni siquiera honorable. Entiendo que esta farsa pueda durar hasta que nos reunamos—. Se dio vuelta ahora y la observó; ella aún se encontraba a medio vestir. No había expresión ni malicia en su mirada, solo tristeza—. No seré cómplice de tu locura, muchacha. Cuando tu familia se reúna con nosotros, haré evidente la verdad, no quieras imponerme la carga de un silencio que no comparto.

Ella asintió.

—Vamos ahora. Termina de vestirte. Esas nubes son cada vez más negras. Habrá tormenta, hemos de guarecernos. Mañana temprano marcharemos y llegaremos a la costa.

Volvieron presurosos, ella casi corriendo delante y él más lento, pensando y procesando la novedad. Sería absurdo negar el impacto que el descubrimiento había provocado en él. Esa mujer debía estar loca, recurrir a un truco tan osado y peligroso solo para estar en un lugar del que todos desearían huir. No había nada que justificara esa atropellada parodia que la caracterizaba como una caprichosa, indiferente a las buenas previsiones de su familia que, sin duda, habían advertido con buena causa y justicia el peligro de esa situación. La guerra no era un sitio para mujeres, no era un sitio para nadie en realidad.

La conciencia del dislate que pudo haber cometido si hubiera cumplido su amenaza de

eliminarla cuando la tomó como rehén lo estremeció. No podría quitarse la culpa de haber herido de muerte a una mujer, una inocente, a pesar de sus aspavientos de guerrera. Pretender que él escondiera su situación, prolongándola, no era más que un absurdo. Cuando se reencontrara con los Campbell, les haría saber la verdad. Esa muchacha merecía un buen castigo. Se recostó y arrebujó en su manta para conciliar el sueño, uno que estaba más lejos que de costumbre.

Contra toda previsión y a pesar de que le fastidiaba haber sido engañado por esa chiquilla, no podía evitar recordar su piel tersa y las curvas que la mostraban como una mujer de una belleza que quitaba la respiración. Justamente eso volvía más peligrosa la situación. ¿Cómo no había considerado los peligros de exponerse así? ¿Cómo había logrado evadir el cerco de tantos hombres y disfrazar su condición? La visión curvilínea pegada a sus retinas lo retrotrajo a otro tiempo y a otra figura, esa tan amada que había perdido.

La silueta sutil de su Fiona tomó su pensamiento y entonces el pasado vino a él con la fuerza de un viento huracanado, tomando toda su mente. El dolor de sentirla tan cerca en sus pensamientos y corazón y tan imposible físicamente hizo aletear sus párpados, pugnando por contener sus lágrimas, esas que durante tanto tiempo había sofrenado para no derrumbarse por completo.

Extraño momento este que su corazón elegía para desahogarse, rodeado de desconocidos. No había podido llorar abrazado al cuerpo de su esposa inerte o el de su pequeño niño, a los que había abrazado como si a él también se le fuera la vida. Sus ojos habían permanecido secos e impasibles, negándose a creer tamaño dolor. Ahora, dejó que las salobres gotas se hicieran caudalosas, como si pudiera drenar con ellas la amargura y el pesar. Casi podía sentir la tibieza del amado cuerpo a su lado. Le pareció que habían pasado horas hasta que al fin el cansancio lo ganó y los recuerdos se fueron esfumando a medida que llegaba el bendito sueño.

Despertó con premura al sentir el movimiento a su alrededor. Todos se alistaban para encarar la última parte del trayecto. Se levantó con calma y su mirada recorrió el lugar hasta encontrar los ojos de Megan sobre sí, en ellos una muda súplica para que callara, para que no dijera nada. Desvió la vista y ayudó a organizar al grupo. Esta era la etapa más importante y los llevaría por una zona más descampada, rocosa y con vegetación más rala. Al salir les pidió que se prepararan para un trayecto rápido y de ritmo sostenido. El premio sería ganar la costa y alcanzar la meta sin daños.

Largas horas de cabalgata los aproximaron finalmente a una zona de una belleza extraña y que no estaba exenta de exóticas leyendas, unas que habrían asustado a más de uno si las relatara. Serían tema del futuro, cuando no estuvieran expuestos. El lugar era una enorme extensión descubierta de vegetación y tapizada de rocas recortadas por la naturaleza en caprichosas formas geométricas, grises y desparejas. Por su monumentalidad era llamada La calzada de los Gigantes y era un lugar tan fantástico, extraordinario y peculiar que los hombres adjudicaban su creación a los dioses o demonios.

Colin no creía en nada de eso, pero no podía negar la singular belleza de ese páramo rocoso, antesala de los gigantescos farallones de roca que se extendían por kilómetros haciendo muro al mar. Le preocupó no ver al otro contingente esperándolos. Había supuesto que llegarían primero, dado que iban más rápido y mejor montados. Eso enfatizaba la idea de qué habían tenido que enfrentar obstáculos. Tampoco veía las naves, aunque no dejó que esto le preocupara y pudiera contagiar al resto generando un clima adverso. Dio orden de desmontar y armar un precario campamento. Esperarían el tiempo que fuera necesario y se aseguraría de tener controladas todas las zonas desde donde podían atacarlos.

Nueve.

Escocia, Castillo Campbell

Isobel se desplazó con agilidad por el largo pasillo que la conducía a la habitación de su sobrina Beth. La había visto en dos oportunidades ese día y ya le había inquirido por Megan, a quien no veía desde la noche anterior. La primera vez durante el desayuno, la propia Beth le había dicho que había ido por su recámara y estaba durmiendo. Supuso que le había costado conciliar el sueño.

La noche anterior se había retirado muy disgustada y molesta con la marcha de los guerreros hacia Irlanda y la negativa de Glenn de permitirle ir con ellos. Megan, por lo habitual de mente abierta y liberal, se bloqueaba cuando la contrariaban. A pesar de esas contadas situaciones, Isobel confiaba en la claridad e inteligencia de su hija, que ya no era una niña, aunque sus ojos tendían a observarla como tal.

Habían tratado de educarla con la misma libertad de pensamiento y oportunidades que a su primogénito Brod. Pero el mundo en el que vivían era uno de hombres y acciones donde las mujeres no tenían el lugar que deberían; Isobel comprendía perfectamente la decepción y el desencanto de Megan. Su padre había sido inflexible, negándose de plano a la posibilidad de que su delicada descendiente marchara con hombres toscos, por más que sabía que Lyle y Brod la protegerían.

«El campo de batalla es una zona fría y dura, lo sé muy bien», le había dicho varias veces sin que la joven lo comprendiera. «No es un lugar para ti». Todas las comidas de esas semanas habían estado plagadas de esas discusiones. Megan había probado con la súplica, con el desplante y la indiferencia, y nada había funcionado.

Isobel se alegraba en secreto. No dejaba de considerar los peligros que su propio hijo enfrentaría en esas tierras desconocidas, no podría tolerar tener a ambos allí. Claro que descontaba la valentía y bravura de Brod, y ni que hablar que Lyle era una espada que tranquilizaba, aún con el atropello que a veces rodeaba a sus acciones.

Megan también estaba enojada con ella por no haber intercedido lo suficiente. Su hija suponía que ella tenía más influencia de la que realmente ejercía. Su esposo era un hombre coherente que la amaba con intensidad, sentimiento al que ella correspondía hasta la adoración, pero nunca aceptaría a su hija como guerrera. Eso era así y Megan debería entender.

El ejército ya había partido, por fortuna, y eso haría que la tensión entre ellos tendiera a aliviarse. Tenía que hablar con Megan y hacerle ver que nada podían hacer ya, que buscara otras diversiones y que dejara de enfrentar a Glenn con sus caprichos y pensamientos. Supuso que, ya más calma, estaría con su prima Beth, cansándola con sus quejas. Eran primas y también amigas inquebrantables.

En la puerta de la recámara de aquella golpeó con suavidad, sin obtener respuesta. Tocó más fuerte, algo impaciente, y entonces Beth le abrió, con una sonrisa que era una mueca y una chispa de temor en sus ojos que no dejó de advertir. Esto le dio mala espina y la inquietud comenzó a agitarse en ella.

—¿Está Megan contigo? No la he visto en todo el día. Entiendo que esté fastidiada, pero dile que está bien. Todo tiene que volver a la normalidad. Los hombres han partido y están muy lejos.

—Sí... Bueno... —contestó con nerviosidad la muchacha, mirando a todos los lados.

La aprehensión cobró cuerpo en Isobel.

—¿Qué es lo que pasa? Anda, llámala. Dile que se deje de tonterías. ¡Megan! —procuró que su voz se colara por la abertura y penetrara con claridad a la habitación.

Ya estaba bien de caprichos, los chicos tendían a tomar todo a juego.

—No la he visto —susurró Beth mientras su cara palidecía.

Isobel vio que mentía. Beth era una muchacha que traslucía con facilidad sus enojos, alegrías y frustraciones y su cara transmitía temor y nerviosismo.

—Lo que sea que ocurre, necesito saber. ¿Qué te ha dicho esa tonta? ¿Está escondida? Es molesta esa actitud tan caprichosa. ¿Me escuchas, Megan? Si estás por ahí, sal. Ya ha dejado de ser gracioso.

Su voz alta, para nada habitual, mostraba su enojo y Beth se encogió.

—Tía Isobel —retorció sus manos sobre su falda.

Estaba tan pálida que su tía comenzó a preocuparse seriamente.

—No quisiera tener que llamar a tu madre, Beth. Puedo ver que me estás mintiendo. Eso no es bueno ni para ti ni para Megan.

De pronto, la tensión hizo quebrar a la pobre Beth, que se debatía entre la lealtad a su prima y lo que la razón le imponía.

—Tía Isobel, ¡¡perdóname!! —sollozó—. ¡Te aseguro que yo no quería, le advertí que era una locura, que provocaría cientos de problemas!! Pero tú la conoces, sabes lo obstinada que es...

—¿De qué hablas, Beth? ¿Qué es lo que ha hecho? —Isobel trató de que su voz sonara demandante, pero no histérica. Tenía que tranquilizar a esa chica si quería saber qué ocurría.

—Me dijo que, si no la ayudaba, lo haría igual y yo sentí que si iba a hacer esa locura, tenía que ser de la mejor forma posible.

—¿Hacer qué? ¡Habla ya, niña!

En ese preciso momento llegó Kirstie, alertada por el diálogo fuerte entre ambas y Beth se abrazó a ella como si se le fuera la vida. Se desconcertó y miró a Isobel con muda pregunta. Por la tormentosa expresión de la mayor, supo que algo grave ocurría.

—¿Qué es lo que pasa?

—Megan no está por ningún lado y tu hija me dice que ha hecho una locura.

—¿Una locura? ¿A qué te refieres, Beth? —la apartó de sí y la sostuvo por los antebrazos para mirarla de hito en hito, forzándola con la mirada a no mentir.

—Mamá, quise ayudar. Me doy cuenta que debí haberles dicho antes, pero Megan me lo prohibió...Se fue con los hombres, en la expedición hacia Irlanda.

Sollozó, quebrándose aliviada de poder contar, aunque tardíamente, el secreto que su prima le había hecho jurar que no diría. Isobel se tomó el pecho y se apoyó contra la pared, bajando la cabeza y cerrando los ojos con una pesadumbre indecible.

—¿Qué ha hecho qué? ¿Qué tú le has ayudado? —gritó Kirstie, enardecida—. ¿Acaso perdiste el juicio tú también? Sabes lo peligroso que es eso.

—Es mi niña... Apenas una joven rodeada de hombres desconocidos, yendo hacia la guerra —susurró Isobel, perdido el interés de inquirir a Beth. Ya todo estaba dicho.

—¿Cómo es posible que Brod o Lyle no la hayan obligado a regresar? —argumentó Kirstie, que no podía entender.

—Iba disfrazada, muy bien disfrazada, yo mismo le corté su cabello —Se encogió ante la fiera mirada de su madre—. Me lo ordenó. Sus brillantes cabellos...

—Beth, ¿crees que eso es lo importante? ¿Su cabello? ¿No entiendes que estará rodeada de personas que no saben quién es? ¿Qué podría sufrir cualquier accidente? Caer de un caballo, enfrentarse malamente con un enemigo que desconozca que es mujer y la mate —gritó Kirstie, enloquecida por la falta de criterio de su hija.

Isobel tomó su mano, demudado su rostro, a la vez que llevó un dedo a sus labios para suplicarle silencio. No podía escuchar en alta voz las terribles posibilidades.

—Por favor...Calla. No digamos nada, tenemos que pensar qué hacer... En cierta manera, aunque no justifico, entiendo lo que Beth hizo. Mi hija es impetuosa, insistente y convincente. Habló a Glenn hasta el cansancio y cuando no obtuvo la autorización que buscaba, decidió que iría de todos modos. Beth tiene razón, lo hubiera hecho igual, la ayudara ella o no.

—Tal vez —sentenció Kirstie, mirando a su hija con severidad—. Pero si lo hubieras dicho antes, hubiéramos podido prevenirlo. Ahora ya no hay remedio. ¿Qué podemos hacer? Está muy lejos.

—Nadie que la vea la reconocería —dijo Beth, tratando de aliviar la desesperación que leía en los adultos—. Tomó muy en serio su papel. Aprendió a fingir la voz. Tiene ropa, espada y caballo que no pertenece a los Campbell. Arregló todo. Si la hubieran visto, estaba feliz —sentenció más animada, solo para bajar la vista ante la advertencia que vio en los ojos de su madre.

—Me temo que la obstinación de Glenn en elegir un hombre para su compromiso precipitó las aventuras de Megan. Lo sabía, y no hice caso a mis instintos. Mi niña tiene sed de vivir.

—No podrías haber imaginado algo así, Isobel —indicó Kirstie, tomando su mano, buscando llevar algo de paz a su alma—. Beth, me has decepcionado —miró a su hija.

—No seas dura con ella, de seguro lo lamenta una y mil veces. Por Dios, Glenn va a enloquecer cuando regrese.

—Tal vez aún hay tiempo y pueda enviarse a alguien a buscarla.

—No es una decisión que podemos tomar a la ligera —suspiró Isobel. Sentía el cansancio del mundo sobre sus hombros.

—Vayamos con Ewan, él nos dirá qué hacer —sugirió Kirstie.

—Poco, me imagino —suspiró—. Esto es una complicación extra considerando las dificultades que estamos teniendo para negociar con el clan Mac Donald.

Ambas mujeres eran conscientes de los esfuerzos de sus esposos, eran confidentes y a la inquietud normal, se agregaba esto.

—¡Esos malditos hombres, cada vez cierran más las posibilidades! Tanto tiempo ha pasado sin conflictos que llegué a pensar que la paz entre los clanes se había establecido para siempre, gracias a los esfuerzos de Glenn —dijo Kirstie.

—Hizo mucho... Pero ese Alistair Mac Donald es un ambicioso y está pendiente de cualquier debilidad de Glenn. Siempre se ubica en la posición contraria.

—Entiendo que por ello debió irse con rapidez a solucionar un altercado con él, en las fronteras de las tierras.

—Así es —musitó Isobel—. Mac Donald envió tropas a esa región, que claramente nos pertenece, como una provocación. Glenn llevó a los mejores guerreros con él. Eso supuso la división de nuestras fuerzas. Estamos débiles, en una posición un poco complicada. Por eso Glenn cedió tan a regañadientes a las presiones de Lyle de ir en auxilio de esos colonos en Irlanda. Entendía sus necesidades, pero hace tiempo que teme que dentro de poco se desate un conflicto de grandes proporciones con ese clan.

—¡Eso no lo sabíamos! —dijo con sorpresa Beth.

—Claro que no lo sabían —Isobel sacudió su cabeza con tristeza—. Le corresponde al laird y a sus más allegados resolver estos asuntos, no a niñas que deberían estar pensando en otras cosas.

—Tía... Tú siempre has dicho que las mujeres debemos estar preparadas para lo que sea —apuntó Beth con timidez.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, hay momentos en que todo tiende a complicarse y este es uno de ellos. No nos queda más que rogar que Megan tenga la suficiente inteligencia como para evitar conflictos con los otros hombres que forman la expedición y esconder su condición. Y que, llegado el momento de enfrentar el peligro, acuda con su hermano y su tío. Vayamos con Ewan para que esté enterado de lo que ocurre. Glenn no debería demorar más que unos días, si todo sale bien.

—Confíemos en ello.

—Mi corazón apenas va a latir en mi pecho todo el tiempo que Megan esté lejos de nuestro castillo. Kirstie, quédate con Beth —miró a esta, se notaba llorosa y avergonzada, además de muy temerosa—. Necesita tu contención. Que te cuente todo en detalle.

Kirstie asintió e Isobel tomó camino hacia el salón donde Ewan pasaba parte del tiempo, con sus libros y registros. Las piernas parecían pesarle y el miedo y dolor hicieron que las lágrimas se desplazaran por su rostro. Se recompuso como pudo, procurando alentar a su corazón a tener esperanzas y, sobre todo, confianza en su hija. Era alocada su aventura, irresponsable y temeraria, mas debía confiar en la educación que había recibido.

— —

Tres días transcurrieron, tiempo en el que la familia aún trataba de entender la treta de Megan, una que sorprendió por lo osada y falta de lógica. Ewan recibió la noticia con estupor, tomándose unos minutos para pensar qué hacer, qué decir que diera sosiego a la desesperación que estaría atravesando Isobel. Cuando habló, fue para anotar lo que ella ya había asumido: estaban lejos, no tenían forma de alcanzarla sin comprometer hombres necesarios en el castillo, Brod y Lyle la protegerían. Se lo dijo no sin pesar; como padre podía aquilatar lo que pasaba por el corazón de Isobel y también lo que pensaría Glenn.

«Hemos de esperar y confiar, Isobel», le dijo, con mayor calma de la que sentía internamente. «Glenn ha de estar por regresar. Se sentirá furioso y deberás calmarlo, hacerle ver que no está ya en nuestras manos. Megan tomó una decisión que nos duele, pero la pone fuera de nuestro alcance. Y hay asuntos urgentes que lo necesitan calmo y muy claro». La faz de Isobel se veía pálida y Ewan sintió parecer tan duro. Se acercó y tomó su mano. «No quiero sonar frívolo o frío, me inquieta muchísimo y rogaré hasta su vuelta por su seguridad. Me alienta que está con Lyle y Brod, confío en ellos».

Los ruegos nocturnos estaban todos dirigidos a eso, buscando la protección del Supremo para esa muchacha querible e irreverente. Al promediar el cuarto día, los guardias anunciaron la llegada del laird, lo que precipitó a Isobel a esperarlo. Como cada vez que lo veía regresar, su corazón dio un salto de alegría. Hacía muchos años que ese retorno era de esperar sin sobresaltos, pero su corazón siempre temía. Eso tenía que ver con el intenso amor que sentía por ese laird orgulloso, valiente y justo que era Glenn Campbell. Cuando una situación o una preocupación lo alejaban de ella, su vuelta suponía la misma emoción de antaño; aquella que sintió en el acantilado o en el bosque caledonio en que se topó las primeras veces con él, hacía de eso veinticinco años.

Tanto tiempo transcurrido, tanto amor prodigado, tantas bendiciones logradas. Una vida, un amor, dos hijos. Y vaya si él conservaba su gallardía y agilidad. Sus ojos la buscaron de inmediato, desde que atravesó el portón de entrada, sabedor de que estaría esperándolo. El suyo fue un cruce de miradas que dijo mucho, bocas que sonrieron deseando el encuentro, manos que se extendieron en saludos que eran como caricias. Muchos matrimonios se desgastaban con el tiempo, los cuerpos cambiaban, se encanecían los cabellos, los humores se agriaban. Sin embargo, los sutiles cambios que el implacable transcurrir imponían no habían resquebrajado un ápice la adoración entre Glenn y ella. Ojalá lo que se acercaba no rompiera la magia.

Con un suspiro comenzó el descenso por las escaleras que la llevarían al sitio donde los hombres ya descabalgaban. Se preguntó cuál era el mejor modo de contarle la novedad y decidió que no había otra que ser directa. Megan era la luz de los ojos de su esposo, lo sabía; se preocupaba por ella a pesar de que muchas veces se imponía arbitrariamente, sea en relación a los hombres que quería presentarle como prometido o en la negativa cerrada a que participara en actividades y competencias.

Esto no era óbice para que los dos se entendieran. Eran tan similares, obcecados y cascarrabias ambos, atropellados. Esa característica era más bien de la rama Campbell, con excepción de Ewan. Al pisar el patio sintió los brazos que la rodeaban con fuerza y la elevaban por el aire como si fuera una niña y esto la hizo sonreír. Quienes los veían solían comentar que parecían dos tórtolos recientes y ella así lo creía.

—¡Mi adorado amor! —la voz grave del laird tomó posesión de su oreja como una caricia—. ¿Cómo has estado?

Enmarcó el rostro entre sus manos para tomar sus labios en un beso largo y dulce, uno que deseó la tranquilizara y le devolviera el alma al cuerpo. Él correspondió con pasión, para luego separarse y posarla en el piso. Notó de inmediato que estaba preocupado.

—No han ido bien las cosas, ¿no es así?

Él suspiró y meneó la cabeza.

—Es así, Isobel. Por más que he redoblado esfuerzos esta situación de guerras y rebeldías por todos lados han venido a romper la tranquila placidez de años.

—Lo has arreglado otras veces, amor, sin duda podrás esta vez.

Trataba de calmar su inquietud, que se traslucía en el ir y venir nervioso.

—Es difícil. Alistar Mac Donald se complace en confrontarme desafiando toda lógica y verdad. Tuvimos un enfrentamiento como hacía muchos años no conocíamos. Tenemos un muerto, para nuestra desgracia, y varios heridos.

—¡Qué tragedia! ¿Y tú?

Lo miró con atención, tomando sus brazos, buscando alguna herida que diera cuenta de la batalla. En su apuro por recibirlo, había dejado de percibir la agitación de la tropa, los heridos y los lamentos.

—Estoy bien. Puedo decir que ellos salieron peor que nosotros. No debería haber pasado nada de esto. Estuvimos todos de acuerdo en la última reunión. Nos comprometimos a que las desavenencias de los hombres de las Tierras Bajas y los ingleses no hicieran mella en nosotros. Pero Alistair es un hombre ambicioso que lleva agua para su propio molino. Ha convencido a los Grant y a los Stewart de que tienen réditos por ganar.

Glenn hablaba rápido, con rabia, e Isobel lo frenó. Necesitaba que estuviera más calmo para que recibiera la mala nueva que le tenía.

—Ven, vamos adentro. Debes descansar, comer. Nada se va a solucionar ni va a empeorar hoy,

eso es seguro.

El suspiró y le sonrió. Ella lograba, como de costumbre, aplacar sus ánimos y ayudarlo a pensar. Vio entonces que Ewan se acercaba y lo saludó, a la vez que le hacía un rápido racconto de lo ocurrido.

—Son malas noticias, hermano. Hay también oídas sobre los Farquarson y su alianza con Alistair. Hemos perdido aliados, justo cuando nuestros guerreros están divididos en distintas misiones. Esperemos que todo se mantenga hasta su vuelta y nadie decida nada alocado. Nos vemos en un rato en el salón.

Ewan asintió y miró con atención a Isobel, que con un gesto le indicó que le diría luego la novedad sobre Megan. Se colgó al brazo de Glenn y lo condujo a su dormitorio, previa orden para que le prepararan un baño. Le hizo sentar y quitar sus botas, a la vez que atizaba el fuego y alentaba a la criada a traer un poco más de agua. Demoró la charla, pues sabía que sería tormentosa. Cuando lo percibió más relajado, libre de sus ropas e inmerso en el enorme tonel, suspiró y acariciando su cabello mientras lo frotaba le dijo:

—Esposo mío, lamento tener que agregar sal a tus heridas. Pero no puede demorar. Es sobre Megan.

Glenn la miró con atención sabiendo que algo complicado se acercaba; su expresión nerviosa la delataba.

—¿Qué hizo ella ahora?

—Se ha ido. Hace unos días, con el contingente a Irlanda.

La escuchó y demoró en dimensionar lo que le decía, para luego incorporarse y trastabillar.

—¿Qué dices? —sacudía su cabeza y la miraba desorbitado, mientras envolvía su cuerpo en el plaid de manera mecánica.

—Se marchó disfrazada entre los soldados. Nos dimos cuenta mucho después. Nada pudimos hacer.

Él se dirigió como un rayo hacia la puerta, y ella se interpuso.

—No puedes hacer nada. Ya están fuera de tu alcance. Ella se encargó de que no pudiéramos detenerla.

—¿Dices que nuestra hija se ha ido con un ejército de hombres, rumbo a una guerra y no quieres que haga nada? ¡No puedo pensar en más que ir a buscarla!

—No hay nada para hacer, salvo confiar en que tu hermano y nuestro hijo la protejan. No está en nuestras manos, tú mismo lo has dicho —él negaba con energía, sin convencerse de lo que escuchaba—. No puedes dejar descubierto tus tierras y el castillo. ¡No te puedo explicar cuánto lo siento! Tengo el corazón estrujado, no puedo dejar de pensar en ella. Pero tomó una decisión y deberá hacerse cargo de la misma. Así como nosotros la debemos aceptar. Lloraré lágrimas de sangre a la espera, ansiosa de saber que ocurre con ella. Vuelvo a decirte: tengamos confianza. Ella es digna hija tuya y mía. Aprendió mucho. Roguemos que lo use con sabiduría.

Todo lo dijo buscando poner convicción en los términos, una que no tenía tanta, pero se veía necesaria. Mientras rodeó el cuello de Glenn, que se había desmadejado en una de las sillas de madera. Se abrazaron. Eran la misma imagen del desconsuelo.

Diez.

Ewan ingresó al salón de armas y distinguió a su hermano de espaldas, encorvado y en una pose que no recordaba haber visto antes en él. Hacía un tiempo importante que el nervio y el ímpetu habían abandonado a Glenn para dar paso a una actitud mucho más serena y contemplativa, una que lo distinguía del resto de los lairds de la región. Gracias a eso y a su temple, se ganó el respeto de todos y había sido capaz de enhebrar alianzas que mantuvieron a la región en paz durante mucho tiempo. Cada vez que fue necesario, había reaccionado adecuadamente, de forma medida y casi quirúrgica, frenando o controlando desde la palabra o con la amenaza de su espada a quien se interpusiera en la meta de lograr el fin de los conflictos entre clanes.

Ewan conocía de primera mano la intensa preocupación que le había ido ganando en estos meses en los que el clima general de conflicto en todas las islas británicas había comenzado a incidir en muchos líderes, despertando los impulsos de poder y las ambiciones adormecidas. En este momento, no obstante, estaba seguro de que lo que lo tenía más alerta y preocupado era la imprudente e inesperada acción de Megan. Un golpe a la confianza y orgullo del laird y una prueba pues, si no podía contener a su propia hija, ¿cómo lo haría con el resto? No es que Ewan creyera eso, pero era evidente que este sería el pensamiento generalizado si la información se extendía

—Glenn, ¡qué bueno que has regresado! Imagino que has tenido encuentros que te han complicado.

—No lo sabes bien —señaló aquel con amargura.

La barbilla elevada y los puños crispados denunciaban su estado de ánimo, uno que su hermano conocía bien. Se contenía, pero estaba furibundo; el ceño contraído y la boca de lado denunciaban su furor interno.

—No tengo que decirte que lamento mucho que Beth no haya confesado a tiempo para detener a Megan.

Ewan ya había descargado su estupor e indignación en un discurso muy enérgico sobre su hija, al que se había sumado además Lean. Cuando Kirstie le había dado cuenta de tal ayuda, el desconcierto lo envolvió de tal modo que por primera vez se sintió de manos atadas para hacer algo. Megan era la niña bonita de Glenn, quizá tal vez más parecida a él que Brod, y se encontraba rumbo a una aventura que podía ser sangrienta. Era una situación muy difícil.

—No te martirices, Ewan, sabes que no te culpo. Nadie puede interponerse en el camino de mi hija cuando se le pone algo entre ceja y ceja. Pero la imaginaba con un poco más de seso.

Ewan lo observó, meneando su cabeza, sabiendo lo que pasaba por la mente de su hermano. Se culpaba por no haber previsto que la obcecación de Megan podría llegar a tal grado.

—No saben nada de la vida, Glenn. Su vida en las Tierras Altas ha sido distinta a la nuestra. Crecieron en momentos de paz, en un recreo y juego constante. Esa extraña calma les hizo ser testigos de algunas revueltas concretas y de poca monta. Ignoran la crueldad de los enfrentamientos reales y la sangre vertida. La marcha del ejército fue como un gran festejo. No tenemos otra opción que confiar en nuestro hermano Lyle y en tu hijo. Y también en la astucia de la misma Megan y su habilidad. Que la tiene y mucha.

—He llegado a la misma conclusión. Tal vez si hubiera estado más atento, más pendiente... —

se lamentó—. Pero con lo que está ocurriendo...Tener que lidiar con lairds cada vez más belicosos, sumado al viaje de Lean y su discusión con Brod...Te confieso que ha sido bastante.

Ewan vio meditabundo a Glenn y supo que quería preguntarle algo.

—¿Qué otra cosa pasa por tu cabeza, Glenn?

—Ese hombre, Mac Day... ¿Confías en él? ¿Te parece que será un aliado fiel?

Suspiró. Difícil pregunta que él mismo se hacía desde que lo conoció. Tenía que ser honesto, algo que había evitado con Kirstie o Lean para no alarmarlos o entristecerlos.

—Ni siquiera lo hubiera considerado en otro momento. Tú bien sabes cómo es esto. Cuando un hijo se demuestra tan extasiado como Lean, un padre es capaz de tragar sapos para verlo feliz. Te agradezco que hayas sido tan receptivo y no hayas emitido comentarios. Lo que en verdad pienso es que ese laird es insidioso y a pesar de su grandilocuencia y de sus ínfulas frente a nosotros, su poder es limitado. No te confundas, no es eso lo que me preocupa en verdad. No concibo las alianzas de mis hijos en esos términos. Pero desde que llegaron todo ha ido mal. Sé que el desencuentro entre nuestros hijos tiene que ver con la prometida de Lean. Nada me ha dicho e imagino que tampoco Brod.

—Confieso que no le pregunté —señaló Glenn con contrición—. Hablé poco con mi hijo.

—Esa muchacha no me gusta y a pesar de lo que diga Kirstie de dar la oportunidad a las personas, no me convence —meneaba Ewan su cabeza—. Lo he conversado con Isobel...

—¿Qué te ha dicho ella? —dijo Glenn, suspirando.

Ahí estaba otro de sus problemas, los tiempos limitados para los suyos; siempre a caballo para aquí o allá, para hablar con los otros líderes, para convencerlos de lo inútil de sumarse a algún levantamiento, para mantener el ánimo. Su familia sufría sus ausencias y pasaban cosas como las recientes.

—Intuye algo malo en ella. La tuve que convencer para que me dijera su impresión, sabes lo cuidadosa que es. Pero no me gusta estar ciego frente a lo que tengo alrededor.

—Y eso es lo menos complicado que se viene, hermano —suspiró largamente Glenn, recostándose contra el muro de la pared y mirándolo, de brazos cruzados—. Todo parece deshacerse bajo nuestros pies, sin remedio. El esfuerzo, los diálogos, los acuerdos... Todo lo que he hecho para mantener nuestros clanes relativamente unidos. Todo se desmorona.

—¿A qué te refieres con exactitud?

Ewan conocía a Glenn y no era un hombre de premoniciones ni de exagerar. Hablaba desde los hechos.

—He recorrido sin descanso las tierras de cuatro de nuestros más fieles amigos...Hasta ahora. Los Grant, los Stewart, los Mackintosh, los MacDowell. Con la única excepción de estos últimos, todos han sido claros al mencionar que las cosas han cambiado y que no creen poder mantenerse ajenos a futuros conflictos. Como si supieran algo que nosotros no, como si estuvieran plenamente conscientes de que las gaitas de la guerra están cerca. He reivindicado con vehemencia lo que hemos construido juntos y lo que incluso hacemos aún, pues en la legión que partió rumbo a Irlanda hay miembros de todos los clanes. Sus evasivas, sus silencios, fueron incómodos y hasta humillantes. Algo se trama, algo grande se gesta y nos están dejando por fuera. Y mi conclusión es que nos involucra, Ewan, para mal.

—¿Qué te dijo Ian? —le inquirió, preocupado. Su cuñado, el laird de los MacDowell debía haber dado más datos.

—Es el único que me habló con claridad, como era de esperar. Me dice que los mensajeros de uno y otro cruzan de lado a lado por las tierras, evitándole expresamente. Saben de su fidelidad

hacia nosotros, sellada por los vínculos de la familia. Él también cree que algo se gesta y no es bueno. Nos mantienen por fuera, Ewan, y eso sólo puede señalar o sugerir algo.

—¿Somos el objetivo! —concluyó Ewan, con incredulidad—. ¿Cómo es posible? ¿Acaso han enloquecido todos? ¡Con lo que te deben, nos deben! —rugió furioso.

—No nos deben nada, estuvieron con nosotros porque les servía. Tal vez alguien más les amenaza o promete lo que quieren. Ian me dijo que estaba a punto de partir hacia aquí. Sospecha lo mismo que nosotros. Me confirmó que sus espadas se van a batir junto a las nuestras, de ser necesario.

—Es increíble como el correr de los años dan vuelta situaciones que parecían irremediables. ¡Quién hubiera dicho, años atrás, que los MacDowell serían nuestros aliados!

—Tu amor por Kirstie lo logró, Ewan. Tan sencillo como eso.

—Y también el cambio de Ian. No entiendo qué puede haberse modificado para el resto de los clanes.

—Esto es obra de Alistair Mac Donald. La muerte de su padre rompió cualquier alianza que él pudiera considerar válida con nosotros. Su ambición es extensa y no respeta nada de lo que pudo haberse generado previamente. Sabes que siempre estuvo en desacuerdo con la postura de su padre. Ha llegado su momento y lo aprovecha. La guerra es para él un tiempo de cosecha de tierras y de expansión.

—Puedo entender que ese maldito piense así, pero... ¿Qué hay del resto? ¿Cómo pueden dejarse convencer tan fácil y echar por la borda todo lo bueno que has hecho por ellos?

—¿Eso fue tan así, Ewan? —el laird resopló pensativo—. Trato de ponerme en su lugar. Tal vez desde su punto de vista simplemente acordaron como iguales con nosotros y es probable que muchos coincidan en que en estos momentos, la mejor defensa es el ataque. Es un tiempo donde todo lo que dábamos por cierto se descompone. Mi postura de sostener al Rey, cuando hemos despotricado y elevado voces contra él tantas veces, incluso luego de haber levantado nuestras espadas en más de una ocasión, ha rechinado a muchos.

—¡Fuiste muy claro al respecto! Estar en desacuerdo con prácticas o hechos concretos no significa abandonarlo, menos cuando las opciones que están en la otra punta son tan malas. Ese Cromwell que confronta al monarca es un hombre duro, difícil de desentrañar y mucho menos contemporizador que nuestro Rey. Se trata de elegir lo menos malo. Es evidente, al menos para cualquiera con un poco de seso, que Cromwell no nos hará una sola concesión.

—Sí. Esa parte no la perciben. Y todo sucede en un momento en que estamos debilitados, Ewan. Nuestras fuerzas están muy divididas. ¡Si no hubiera aceptado que aquel contingente nuestro fuera en apoyo de las tropas del Rey a territorio inglés, amén de los que se fueron a Irlanda, hoy estaríamos más fuertes y no seríamos blanco tan débil para el ataque!

—¿Tan grave es? ¿Crees que vienen por nosotros? —Ewan se alteró, pensando en las implicancias de lo que Glenn musitaba.

—No lo sé, estoy pensando en la peor de las posibilidades. Debemos pensarlo y movernos en consonancia. Explorar quiénes son nuestros aliados. A estas alturas, probablemente sean solo clanes menores, como los Edwards y por obligación. Y los Mac Day, imagino. ¿Ya se fueron?

—Están a punto de abandonar el castillo para volver a su lugar. Lean ha sido muy claro sobre su viaje y se ha comprometido a realizar el matrimonio a la vuelta.

—Bien, ve con ese laird que tanto te disgusta y hazle saber que contamos con él. Es casi parte de la familia y él vino a nosotros. Veremos de qué está hecho —suspiró. Al menos la necesidad de planear y asegurar las líneas quitaba por instantes a Megan de su cabeza.

Tristán Mac Day estaba preocupado. Había delineado la alianza matrimonial de su hija con profundo cuidado y astucia, ya que le aseguraría el concurso y la protección del clan más importante de las Tierras Altas. El suyo siempre había sido un clan de segundo orden, apenas tenido en cuenta por su pobreza y escasez de recursos a los efectos de la guerra y, por tanto, expuesto al apetito de otros. La belleza de su hija Sarah, brillante flor que atraía las miradas y pasiones de líderes y soldados, era su carta de victoria.

El suyo había sido un vago plan por años y se decidió a concretarlo en una noche de desvelos y pensamientos alocados alentados por la cerveza de brezo. Esto lo llevó a armar un contingente y partir al castillo de los Campbell. Ya en el camino, había pensado volver más de una vez, atemorizado por la osadía de su acción. ¿Qué podría decir, ofrecer, honestamente? Mas desde el momento en que se presentó en el castillo y pidió parlamentar con el laird, supo que lograría que alguno de los hijos del clan se fijara en su hija. Vio los ojos de todos los muchachos presentes, prendados de una manera hipnótica de su Sarah. Así había sido desde que floreció y bien que utilizaba a su favor sus encantos para acceder a sus caprichos. Pues era hora de que rindieran fruto para los suyos.

No se equivocó; dos días habían bastado para que Lean, hijo del segundo de los Campbell, mostrara su interés ineludible en ella, lo que había llevado a una acelerada relación que desembocó en un compromiso entre ambos, uno sorpresivo por su velocidad. El muchacho era apasionado e impulsivo, eso era una bendición para él. Pronto todo se finiquitaría, una vez que el muchacho volviera de su viaje a Inglaterra. Algo que ya estaba decidido, aunque él ignoraba que podría querer un joven escocés en las tierras de los ingleses.

Su hija había hecho lo que debía, aunque él la conocía bien. Temió desde el comienzo que arruinara las cosas, como solía hacer cada vez que actuaba siguiendo sus propios intereses. Ella era de las que se encaprichaban con lo que no podían tener y prueba de ello fue el incidente que provocó entre los dos primos. Cuando se lo contó, medrosa, él temió que todo se derrumbara y se los expulsara a empujones del castillo. La obcecación que él vio en sus ojos desde que conoció al hijo del laird la llevó a hacer tonterías.

Era verdad que habría sido la mejor de las suertes que el tal Brod se fijara en ella, pero había declinado. Ella lo había puesto sobre aviso de que había cometido un dislate, con temor en la mirada, aunque sus labios derramaban confianza. Los días siguientes parecieron mostrar que todo iba bien, en especial luego que el contingente de soldados partió a Irlanda, con el chico en cuestión a la cabeza.

Ahora, con Ewan frente a él y pidiendo que caminaran para hablar, temió que todo fuera más grave. Se mostró distendido y con una sonrisa, aunque aquilatando la situación. Para su sorpresa, la conversación discurrió por otros asuntos, de los que su hija estuvo ausente. El alivio que sintió comenzó a deshilacharse una vez que entendió el rumbo del diálogo.

—Estimado laird... Tristán... Mi hermano Glenn lamenta no poder hablar personalmente con usted, pero hay asuntos urgentes que lo convocan.

—Lo entiendo, lo entiendo. El laird Campbell tiene mucho por hacer —sacudió la cabeza con vehemencia.

—Mi hijo Lean parte mañana.

—Así se lo ha dicho a mi bonita niña. Ella está ansiosa, como debe imaginarse. Estos jóvenes, con tanto por delante. Ella teme que él la olvide rápido —soltó al pasar. No estaba de más

cerciorarse de las cosas.

—Esté tranquilo, usted y su hija. Los Campbell somos hombres de confiar.

—¿No he dicho otra cosa! —dijo con firmeza, esperando no haber molestado a Ewan.

—Lo entiendo. La palabra es lo más importante que tiene un hombre. También esperamos que los compromisos mutuos que supone esta alianza matrimonial, se mantengan firmemente, en las buenas y en las malas.

La curiosidad se apoderó de Mac Day al escuchar las ominosas frases de Ewan. Lo había visto poco, pero le parecía un hombre serio y poco dado a alarmas infundadas.

—¿Está hablando de algo en particular?

—Corren versiones de conflictos por las tierras, ¿no ha escuchado nada de eso?

Tristán lo miró sin entender a qué se refería.

—Todos están alborotados, pero es algo ya de años. Todo eso del Rey, los irlandeses.

—No, algo que involucre a los nuestros.

Ewan se había detenido y escrutaba su rostro.

—No he escuchado nada, pero como usted entenderá, soy un líder de segunda clase.

—Para los Campbell no es así

—Le agradezco, pero para los más grandes apenas si tengo un papel residual. Cada uno es lo que es —sonrió con socarronería.

Si a algo aspiraba con fuerzas era a que la futura unión con los Campbell cambiara las cosas. Sus ambiciones limitadas y su orgullo habían sido muchas veces perseguidos por el desprecio de los más grandes.

—Mi hermano Glenn está preocupado. Se ha enterado de que hay algunos líderes boicoteando la alianza que tanto trabajo ha costado conformar.

—Ignoro de qué habla —contestó con honestidad Mac Day, cada vez más alarmado.

—Los Mac Donald están empeñados desde hace un tiempo en correr a mi hermano de la posición que ostenta.

Esto sí lo conocía el hombre, aunque nunca le había dado mayor importancia. Glenn era un hombre de fama merecida, con un poder de convicción enorme y respaldado en múltiples éxitos como guerrero. No había duda de que su liderazgo permanecería por mucho tiempo más.

—Pero no es algo que sea que preocuparse, ¿verdad? —señaló—. El clan Campbell es fuerte y con muchos aliados.

—Sí —aceptó Ewan con cierta reticencia, para luego volver a la carga con su objetivo:

—Como miembros anexos de este clan contarán con nuestra ayuda y auxilio cada vez que sea necesario. Esto es algo que deberá ser recíproco.

Tristán afirmó su conformidad y se apresuró a asegurar que su fe y alianza era inquebrantable. Ewan le dio la mano y se retiró. El laird Mac Day se quedó con un sabor agridulce en su boca. Nada había cambiado, el compromiso se mantenía; la imprudencia de su hija quedaba sin efectos. Sin embargo, algo en el tono y en los gestos de Ewan Campbell le habían alarmado. Él permanecía ajeno a cualquier complot que se estuviera gestando, pero si esto ocurría debía saberlo. Decidió que la incógnita ameritaba enviar a dos o tres de sus hombres hacia distintos lados de las tierras, de forma inmediata. Debían averiguar qué era lo que ocurría, qué rumores atravesaban las Highlands y tan pronto tuvieran novedades, volver para enterarlo y ver qué hacer. Ser útil y confiable ante los Campbell era importante.

Decidido, pospuso su partida aludiendo que su hija deseaba despedir a Lean. No hubo reparos, el castillo era enorme y rico, unas bocas más no eran nada para ellos. En el interín, sus

enviados cabalgaron sin descanso, cumpliendo sus órdenes. Volvieron tres días después, cada uno con las mismas alarmantes novedades: los Mac Donald estaban reclutando a otros clanes y lo hacían con éxito. Creían que la partición de las tropas de los Campbell volvía a estos momentáneamente débiles. Al parecer, muchos desconfiaban de su postura a favor del Rey y sobre esa disconformidad, Alistar Mac Donald había ido logrando aliados impensables.

Esto planteaba un panorama de una inestabilidad increíble, dedujo Mac Day. De sentirse en la cima de la montaña y pisando roca firme, de pronto pareció que comenzaba a hundirse en el fango. Debía pensar y volver a medir sus movimientos. Había comprometido su palabra con Ewan Campbell, pero esto tenía poco valor frente a la emergencia de la guerra. A él poco le importaba a quien seguían: el Rey, el tal Cromwell... Ninguno de ellos mejoraría su pasar.

Pero estar mal alineado en estas tierras suponía perecer. Pasó la noche en vela, intentando que las implicancias del conflicto se tejieran en su mente y le ayudaran a elegir. Tristán no se distinguía por su inteligencia, pero su instintiva astucia y el afán de supervivencia para su clan le indicaban que debía medir sus pasos de aquí en adelante, con una cautela inigualable. Al día siguiente impulsó a su hija a que hiciera la despedida de la manera más circunspecta y adecuada a su prometido.

Este tomó sus manos al verla derramar alguna lágrima. Lean era un muchacho sensible, quería conocer el mundo, pero se sentía atado a sus afectos. Prometió volver pronto y Sarah le sonrió, jurándole que aquí estaría. Al retirarse Lean, el clan Mac Day hizo lo mismo, a las pocas horas, previo agradecimiento y juramento de apoyo. En su fuero interno, Tristán pensó que todo dependería de lo que pasara. Tendría que ver cómo seguir. Cuando la guerra llegara, estaba decidido a estar en el lado correcto.

Era una sensación muy extraña y excitante esa de partir solo por primera vez, rumbo a un destino desconocido y desafiante. Lean sentía que sus deseos comenzaban a tomar forma y lo único que lamentaba era que justo este momento coincidiera con la enorme dicha de haber conocido a una mujer soñada, que parecía brotar de sus mejores fantasías.

Sarah había llegado como una tempestad para poner de cabeza su mundo seguro y protegido, uno del que desde hacía buen tiempo deseaba partir para tomar otras oportunidades y afrontar cambios. Le había costado mucho convencer a su padre Ewan; este era un hombre racional para todo excepto para su familia. Al fin, luego de muchos diálogos y confesiones, había podido hacerle ver cuán importante era para él viajar a Inglaterra y conocer todo su entramado político. Su principal jugada fue recordarle que había sido él quien lo había ido formando a lo largo de los años en su interés político, siempre presto a charlar o a discutir con personas que viajaban, ávido de información sobre los sucesos del poder.

Lean había heredado esa pasión por el conocimiento y la urdimbre del poder, pero, a diferencia de su padre, quería conocer de primera mano a los ingleses y su contexto. La negativa primaria de Ewan no se sustentaba solamente en la tradicional animadversión que los escoceses sentían hacia aquellos, que eran tan súbditos del Rey como ellos, aunque se sintieran de primera clase, sino que tenía que ver con el enrarecimiento cada vez mayor del gobierno y las crecientes protestas y rebeliones.

La progresiva pérdida de poder y prestigio de Carlos II le estaba llevando a aliarse con quienes tradicionalmente había dejado de lado y sus enemigos cobraban fuerza. El Parlamento era cada vez más importante y coartaba todos los intentos del Rey por afirmar su autoridad absoluta.

Estas consideraciones desanimaban a Ewan, pero su hijo había finalmente logrado convencerlo de que extendiera sus redes con algunas amistades inglesas, esas que había gestado con el tiempo. Cuando recibió la invitación de uno de ellos, que solía comerciar en la región y tenía vínculos con la Cámara de los Comunes, Lean sintió que por fin lograba sus objetivos.

Fue un poco después de esto que la arrebatadora presencia de la primogénita de los Mac Day había hecho estragos en su corazón, dándole expectativas y llevándolo a soñar con su rostro angelical, uno que le suscitaba pasiones impuras que debía esconder para no generar temores infundados. Era una joven tan diferente a las otras que conocía; tenía esa rara mezcla de inocencia y audacia difícil de desentrañar. Era una perla, una joya, su corazón se estremecía de gozo al verla. No dudaba de que sería muy feliz a su lado.

Lo único que lamentaba era que su primo Brod no percibiera su felicidad y echara sombras sobre la imagen de su adorada, fruto de la incompreensión y los prejuicios que tenía. Tan inteligente y valiente como era, solía ser apresurado en sus juicios. Lean lo sabía bien; habían sido compañeros, compinches de travesuras, más que primos, casi hermanos. Por eso le dolía en el alma el enfrentamiento al que estaban sometidos y la mala acción con Sarah, una que luego de pensar, adjudicó a una locura momentánea o fruto del alcohol. Brod no era un ruín, lo conocía.

Confiaba en que el viaje que emprendió a Irlanda, donde encontraría la aventura que anhelaba para probarse como el líder que estaba seguro que era, calmaría sus ánimos y a su propia vuelta de Londres, ambos habrían madurado y podrían hablar con tranquilidad. Él no cedería en su objetivo, ya compromiso formal, de desposar a Sarah; en verdad la adoraba. La dulce y melancólica despedida hacía que se llevara el recuerdo del tacto de su piel y el olor de su cabellera y que estos recuerdos entibiaran su llegada a Londres. Iba nutrido de todos los conocimientos que su padre y la biblioteca del mismo le podían dar más allá de lo limitado que pudiera resultar. De su tío Glenn había aprendido el arte de la negociación y el liderazgo.

Londres era las ligas mayores; poder acercarse a los lugares donde los políticos lidiaban, negociaban y debatían, era su máxima ambición. Entablar contacto con aquellos que decidían la vida y la muerte, las fronteras, los impuestos y el comercio era una oportunidad dorada. Tenía ambiciones políticas más que guerreras, y eso lo diferenciaba de Brod. Era capaz de manejar la espada con bastante decencia, fruto del esfuerzo de años de su tío Lyle, pero no se consideraba tan hábil como un laird debía. Aunque su padre y su tío Ian solían decir que las labores de un líder excedían por mucho a la guerra y ameritaban otras cualidades.

Miró hacia delante y se fue despidiendo de la silueta alta de las montañas Cairngorms, del bosque, ese que tantas veces lo había visto cabalgar tras algún ciervo o simulando alguna batalla. Estas eran tierras agrestes y las amaba. Tal vez Londres lo decepcionara, podía ser que le desanimara el ruido, la hipocresía inherente a la política, los entramados ruines de los que solo tenían intereses personales. Así se lo había repetido Ewan una y otra vez, preocupado por la idealización que hacía de la capital inglesa. Pero era algo que tenía que vivenciar en primera persona y estaba más que dispuesto.

Once.

Irlanda

Había sido una cabalgata tremenda, días de intenso avance, buscando hacer el suficiente ruido como para atraer cualquier grupo armado que estuviera interesado en enfrentarlos. Esa fue la manera que encontraron para quitar el foco enemigo de la segunda columna, más débil y lenta que avanzaba bordeando las rocas por un camino alterno muy poco conocido. Cansados, sucios, con la convicción de que habían logrado apenas en parte lo que habían venido a hacer, los escoceses marchaban ganando cada vez más terreno para alcanzar la costa y abandonar estas tierras.

Lyle, contrario a su costumbre, avanzaba silencioso. Perder a casi todos a quienes había venido a rescatar, fieles compañeros de sus momentos más difíciles, lo había golpeado duro; la pesadumbre lo envolvía, sentimiento que ni siquiera opacaba la perspectiva de volver a ver a su Brittany y estar al resguardo en el castillo Campbell. Taloneaba su caballo imponiendo un ritmo por momentos demoledor, pero necesario. Era fácil morir en estas tierras si se les daba chance a los lugareños, y esta convicción fue refrendada el cuarto día al encontrar frente a ellos a un batallón poco organizado y con aspecto feroz.

Eran al menos treinta hombres armados con picos, hachas y otros elementos que mostraban su pobreza, pero que no dejaban de ser peligrosos. Brod, sin vacilar, dio la orden de pasar al galope y sin detenerse, cobrando las vidas que fueran necesarias. Fue una carnicería atroz, pues sus hombres, armados y experientes, furiosos y sedientos de venganza, arrasaron con los irlandeses sin piedad. Apenas algunos escaparon y Lyle conminó a todos a seguir. Regodearse con una victoria fácil y sangrienta no era de su estilo y no le importaban esos desgraciados que quedaban atrás. Su misión era avanzar.

Para Brod fue una experiencia impactante. Cuando cargó con su espada en mano, sintió que la sangre corría con furor por su cuerpo, y no pudo contener el grito salvaje mientras atravesaba el pecho de un atacante y abría el mismo en canal. Ver como la vida abandonaba los ojos del desgraciado y caía como un tronco le hizo detenerse. No era bueno alegrarse de la muerte de otro; para poder ser un buen guerrero tenía que luchar con frialdad, sin empeñarse en odiar a los rivales. Después de todo, esta era su tierra y ante sus ojos, los invasores eran ellos.

Su tío lo trajo a la realidad, conminándolo a continuar. Había sido un enfrentamiento fácil y rápido, tan evitable para esos irlandeses que se preguntó qué los empujaba a una lucha tan desigual. «No ha de ser más que orgullo y furia. Por lo que han perdido. Al menos es una forma más decente de expresarlo que la de matar inocentes».

Las horas fueron calmando los ánimos y el agotamiento hizo reclamar descanso desde el fondo de la formación, pero como ya se comenzaba a sentir en el aire húmedo la cercanía de la costa, la orden fue continuar sin desmayo. Cuando ya no podían más y rogaban por parar, el grandioso espectáculo de los acantilados de Moher, gigantescos y extensos muros de piedra agreste enmarcando el mar tempestuoso, apareció frente a ellos. Era un paisaje fabuloso, antiguo y curtido por el tiempo, que dejó a todos maravillados.

A la impresionante y bella visión le siguió la alegría de dar con el campamento de la otra columna, ya establecido en el lugar. Lo habían logrado y a mayor velocidad que la de ellos. El camino en verdad era más corto de lo pensado o el irlandés se había asegurado de imponerles un

ritmo vertiginoso. Brod rogó que no hubiera sido a costa de nadie. Miró al mar, oteando por las naves que debían llevarlos a casa, pero no se veían. No le preocupó. Habían pactado que cuando estuvieran en el lugar prepararían las fogatas que anunciarían su voluntad de retorno. Debían estar al abrigo rocoso, adecuadamente escondidas para no ser visualizadas y saqueadas. Esa había sido una buena previsión, contando con lo que estaban viviendo.

Se aproximaron y debieron enlentecer la marcha al comenzar a rodear las extrañas rocas que tapizaban el suelo. Los corceles procuraban evitarlas, asustados por la posibilidad de mancar alguna de sus patas, por lo que hubo que azuzarlos sin exagerar. Necesitaban los caballos, varios habían muerto en combate y no tenían para reponer. Pronto los bultos comenzaron a volverse figuras identificables. En el centro, Colin les esperaba inexpresivo, para luego sacudir la cabeza dándoles la bienvenida. Las familias a su cargo se encontraban congregadas en torno a pequeños fuegos, observando con ansiedad. Sobre un costado, Brod distinguió al soldado que le había salvado la vida, resguardando a la joven muda.

Ver a esta otra vez le causó más impacto del que debería una desconocida. Se la notaba más entera, más calma, sentada con su espalda recta y su cabello cayendo en bucles interminables por su espalda. Su perfil se le antojó frágil y cuasi perfecto y él sintió que el cielo se abría cuando sus ojos, refulgentes estrellas, lo envolvieron en una mirada quieta. No había aquilatado adecuadamente antes lo hermosa que era, tal vez por conocerla en un contexto de temor extremo, suciedad y desprotección. Aseada, en calma y sintiéndose segura, brillaba como una gema a la que hubieran pulido. El joven desvió la mirada con premura, increpándose por tener pensamientos tan triviales en momentos tan complejos.

—Bueno, muchacho, aquí estamos —gruñó Lyle—. Hemos llegado casi enteros y con media misión cumplida. No es poca cosa, dados los percances. Apresurémonos a descansar y alimentarnos. Montemos las guardias correspondientes.

La voz de su tío era fuerte y procuraba que todos lo escucharan. Brod asintió mientras se acercaba a Colin.

—¿Cómo estuvo el trayecto? —le preguntó.

—Todo salió de acuerdo al plan. Estamos seguros. Me preocupa que no veo las embarcaciones.

—Mañana, antes de que amanezca, haremos las fogatas para atraer a los barcos y abandonaremos esta maldita tierra. Mis disculpas —sonó contrito—. Es tu patria. Ha sido mala para nosotros...

Colin asintió y miró adelante.

—Es una tierra bella. Somos los hombres los que hacemos terrible el espacio en que habitamos.

—¿Qué harás? —Brod preguntó con curiosidad.

El irlandés hizo una mueca con su boca y miró a un costado, hacia el lugar donde Megan estaba sentada. Sintió los ojos atravesarlo, consciente ella de que el fin de su engaño se acercaba. Esperaba que la delatara de inmediato. No era momento ahora, sí más tarde, cuando los Campbell descansaran. Miró de nuevo a Brod.

—Nada me queda por hacer aquí. Esta es mi tierra, pero no tengo nada para mí en ella. Me preguntaba si puedo ir con ustedes.

—Eres bienvenido —aseguró Brod—. Tienes un lugar en nuestras naves. Voy a desensillar. Estoy cansado, debimos enfrentar algunos hostiles en camino. No fue agradable.

Colin asintió, y miró a Megan mientras Brod marchaba. Observó que esta se relajaba

observando a su hermano dirigirse hacia donde estaban los caballos y ayudar a los demás. Cuando sus ojos se encontraron, ella los separó con rapidez.

Al abatirse la noche, los hombres debieron ponerse todo lo que tenían encima pues el frío les caló como cuchillos helados, atravesando músculos y dejando articulaciones ateridas. Lo único que alentaba sus cánticos y risotadas era la convicción de que les esperaba la parte más dulce del recorrido, la que los llevaba de vuelta a las Tierras Altas, devolviéndolos a su patria.

El irlandés alimentaba la fogata central con ramitas, distraído, inmerso en sus pensamientos, alejado de la realidad actual. Su mente vagaba recordando otros momentos, jornadas de solaz y de alegría, cuando su familia era lo único que importaba y el amor le desbordaba el pecho.

—Hombre, irlandés, has hecho un buen trabajo —Lyle se sentó a su lado con estrépito—. No lo hubiéramos logrado sin tu ayuda, al menos no hubiéramos salvado a esta gente.

—Hice lo que tenía que hacer —señaló Colin sin apartar la vista de las finas volutas de humo y chispas que desprendía.

—Esta expedición no resultó tan buena como esperamos. Gran parte de los que vinimos a buscar no están —Lyle miró en derredor—. Pero sí ayudamos a esta gente y eso vale mucho.

La pesadumbre de su rostro hacía ver su tristeza por la suerte trágica de sus amigos.

—Entiendo lo que se siente una pérdida, vaya que sé cómo duele. Es claro que están a salvo y eso se lo deben agradecer a ustedes. No es poco, sobrevivir en estas condiciones. La mayoría de ellos se va con dolor en el corazón por abandonar no solo sus pertenencias sino a aquellos que perecieron. Todo esto no tiene otra razón de ser que la maldita política, los hombres poderosos que juegan a quitar y dar de acuerdo a sus ambiciones, sin pensar ni por asomo en los de abajo.

—Presiento que tú has perdido bastante más que algunos de ellos —lo miró pensativo Lyle.

—Podré superarlo. Hay algunos que es difícil saber si podrán recuperarse. Esa pobre muchacha, por ejemplo —le señaló la joven muda—. ¿Qué será de ella, sin poder hablar ni expresarse?

Había genuina preocupación en Colin y esto apiadó a Lyle.

—Le buscaremos un lugar. El castillo Campbell es grande como para hospedarla.

El rostro de Colin demostró alivio. No era poca la responsabilidad que sentía por la mujer, una inexplicable pues no eran familia. Les unía la tragedia y el pesar. De seguro ella estaría bien con esta gente. Sentía que eran de fiar y de alguna forma les debía. Era momento de decir lo que había pospuesto, decidió.

—Quise decirle a tu sobrino algo que he descubierto, pero él está agotado.

Lyle lo miró con curiosidad.

—Ha atravesado mucho. Hasta ahora, todas las peleas y los conflictos habían ocurrido en sus prácticas. Estas semanas han sido duras. Ha conocido la muerte, el temor, la ruindad, el odio, de primero mano, así como sus efectos. Eso afecta a cualquier espíritu, más a uno joven como el de él. Es fuerte y se recuperará; ha demostrado las dotes de liderazgo que sabía que tenía. ¡Es un dignísimo hijo de mi hermano!

Era evidente la satisfacción en la cara del gigante Campbell.

—Entiendo lo que dices, le reconozco bríos y un temple que lo llevará por caminos importantes. Aunque no es eso lo que quería decir... —carraspeó para luego agregar—. Hay otra Campbell en el campamento.

Lyle lo miró sin entender, y justo entonces Brod apareció a su lado, dejándose caer con pesadez para calentarse.

—Sí, hay muchos integrantes del clan —siguió Lyle, atendiendo una vez más a Colin. No

entendía adónde iba.

—No, no. Me refiero a que hay una integrante directa de tu familia. Una mujer. La descubrí disfrazada de soldado. Hizo todo el trayecto con ustedes.

Lyle seguía sin comprender y el estupor de Brod al escuchar la última frase fue evidente.

—¿De qué hablas, irlandés? —barbotó en voz alta, lo que hizo que los que estaban más cerca miraran con curiosidad.

—Baja la voz. Lo que les diré es importante y me parece necesario que lo manejen con cautela. ¿Recuerdan el soldado que pusieron a cuidar a la mujer muda, el debilucho?

—El que me salvó la vida —dijo Brod.

—¿El que tú lo tomaste como rehén? —completó Lyle.

—Es tu hermana, tu sobrina —los miró alternativamente y lanzó la información de sopetón, no queriendo hacerse ya cargo del secreto imprudente de la mujer.

El impacto de su frase en las caras de ambos hombres fue mayúsculo. Brod no alcanzaba a encajar la información, su boca demoró en cerrarse y sus ojos iban del irlandés a las sombras, buscando entre los bultos a aquella de la que se hablaba.

—¿Qué dices? —farfulló cuando pudo argumentar—. ¡Eso es imposible! Está lejos, en el castillo. Dile —conminó a su tío, que estaba callado, procesando lo dicho.

—Está aquí y los ha engañado todo el trayecto. Debo reconocer que es muy astuta. La descubrí por casualidad una noche, internándose peligrosamente en el bosque para darse un baño, uno que con seguridad extrañaba pues ha debido contenerse entre los guerreros.

Los dos hombres pugnaron por incorporarse, dispuestos a encarar a su engañosa pariente, pero entonces el irlandés los tomó por ambos brazos.

—No hagan nada estúpido —su voz sonó baja y grave—. No la he delatado, he protegido su secreto hasta ahora, pero ella sabe que les contaría apenas regresaran.

—Le voy a dar la tunda de su vida —dijo Lyle indignado, sin poder contenerse.

Comenzaba a pensar en todo lo que podría haberle pasado y la imagen lo enfermó. Brod se veía demudado; su expresión era tormentosa, augurando una buena pelea con su hermana. Había ido más lejos de lo que jamás hubiera imaginado.

—Supongo que no entienden que puede haber pensado ella y confieso que yo tampoco. Pude ver que es tozuda y está acostumbrada a salirse con la suya.

—¡Esto es inaudito! Tendrá que rendir cuentas, a mí primero y luego a su padre. Glenn debe estar furioso e Isobel... no me imagino como debe estar sufriendo su pobre madre. ¿Es que no piensa?

—Megan solo piensa en una cosa cuando se obsesiona. ¡Salirse con la suya!

Colin veía que los ánimos se exaltaban otra vez y trató de atemperarlos.

—Si le hacen el escándalo que se merece ahora mismo, si la descubren ante al resto, no provocará más que malestar y problemas. A la curiosidad de los hombres seguirá el intento de muchos de molestarla o acercarse, vaya a saber con qué intenciones.

—Nos puso en riesgo... —expresó Lyle—. Se expuso ella misma de un modo inconcebible —musitó quedamente.

—Pudieron haberla matado... Por lo menos en tres ocasiones su vida estuvo en peligro cierto. ¿Qué hubiera sido de mi madre, de mi padre, de mí, si algo le ocurría en estos lares? La hubiéramos enterrado sin más, inconscientes de su identidad. ¿Cómo ha podido ser tan loca, tan egoísta?

Brod sentía su furia crecer y sustituir a la sorpresa. Megan era una caprichosa que no dudaba

en recurrir a triquiñuelas inimaginables para salirse con la suya, eso lo sabía. Mas esto... ¡Esto era demasiado! No podía imaginar la preocupación de su madre y el desasosiego del laird. Lyle meneaba la cabeza, aún sin poder creer la desmesura de la decisión de su sobrina.

—Esa jovencita se merece una buena lección.

—Puede ser. Pero les sugiero que todos los reproches que quieran hacer y los castigos que deban imponerle, esperen al final de la travesía. Háganle saber que tienen conocimiento de la verdad, pero no lo hagan ostensible al resto, esa sería mi recomendación para no alterar el buen final de esta expedición.

—Es verdad —dijo Brod, masticando sus palabras y conteniendo las ganas de ir y tomarla del brazo—. No tiene sentido, después de todo esta será la parte menos peligrosa de nuestro viaje. Estamos llegando al final. Puede jactarse de que ha tenido su aventura, aunque esta haya sido a costa del dolor de la familia que, seguramente, está sufriendo por ella en el castillo.

—¡Qué bríos, qué bríos! —agregó Lyle—. La castigarán, estará rodeada de reproches... Pero le debemos reconocer un temple de hierro —a la preocupación, sorpresa y rabia inicial se le comenzaba a colar una pequeña chispa de orgullo.

—Nada la justifica —gruñó Brod.

—Nada. Pero debes reconocerme algo de mérito como instructor —soltó una risa contenida, que se extendió a Colin.

Él no podía dejar de pensar en lo valiente y cabezona de esa mujer; ingenuidad, temple y arrojo en un precioso envoltorio. Suspiró, espantando malas ideas.

Doce.

La joven muda, como la nombraban, observó expectante el movimiento de hombres y caballos que iban y venían, alistándose para el cruce de esa gigantesca masa de agua que tenía ante sus ojos, la que había visto por primera vez hacía algunas horas y la había asombrado, desmesurando sus pupilas. Sabía de la existencia del mar, claro está, pero jamás se le había permitido traspasar los límites de su comarca ni algo así había sido imaginado por ella.

Había sido feliz en aquel lugar, con su familia, viviendo de lo que el buen Señor les proveía y de lo que el esfuerzo de sus brazos le arrancaba a la tierra. No pedían más que paz y pan en la mesa. Y de pronto, como un viento arrasador y furibundo, aquella turba enloquecida de ira y sangre había eliminado toda alegría, desplazando el amor e instalando el dolor en su corazón.

Ya no estaban, los suyos ya no estaban, habían sido arrancados de su vida. Ella misma se había salvado porque había ido por ramas al bosque cercano. Escaso tiempo había estado fuera y al asomar la cuesta de regreso a la pequeña aldea, el panorama ante sus ojos fue tremendo: hombres a caballo que corrían y clavaban dagas y espadas sobre espaldas o pechos descubiertos, pisoteando sin piedad a los caídos, como si no tuvieran alma ni conocieran humanidad.

Su garganta se había cerrado en el mismo momento en que vio morir a su madre ante sus ojos, luego de sufrir vejaciones, como las otras mujeres. Sintió el dolor en su propia carne, como si le infligieran a ella las heridas, escondida sin poder hacer nada. Deseó que sus ojos perdieran la luz para no tener que observar los horrores y la inmisericordia, mas fue su voz la que se perdió.

Aquí y ahora, rodeada de guerreros alborotados y caballos bufando que se dirigían a los huecos de esas que parecían casas marinas, volvía a sentirse amedrentada e insegura, preguntándose qué hacer, sin tener alternativas en verdad. Parecían tan frágiles esas maderas flotantes que se mecían al compás del mar bravío. Estaba tan cansada de temer; no entendía por qué divino designio seguía con vida, aunque se sometía con obediencia a ese Dios al que amaba a pesar de que le reprochaba la suerte de los suyos. Se hubiera quitado la vida si no fuera tan creyente y si hubiera tenido valor.

La llegada de Colin había sido providencial. La encontró sola y sollozante sobre los cuerpos de su familia, cuando aún humeaban los restos de su hogar. Logró calmar el paralizante temor que la atravesó al verlo, creyéndole uno de los asesinos. Con su voz y sus gestos sencillos y tranquilizadores, que lo desnudaron poco a poco como un hombre de bien, la convenció de confiar en él. Enterró a los suyos, le compartió su comida, entendió su imposibilidad de hablar. ¿Quién sabe cuál hubiera sido su destino si él no hubiera atravesado por su poblado aquel infausto día? Expuesta a los elementos de la Naturaleza, a la inanición y a la barbarie de los que cruzaban aquí y allá buscando víctimas o presas fáciles.

Él la había protegido y juntos habían experimentado días de zozobra e inseguridad. La llegada de quienes hoy eran sus protectores hizo que se escondieran, esperando a que pasaran de largo al ver que allí no había nada que tomar. Ser descubierta por el soldado y luego rodeada por hombres vociferantes con vestimentas que los mostraron como escoceses, fue aterrador. Una vez más fue Colin quien pugó por protegerla.

Sintió que la hora de ambos llegaba cuando aquel gigante la tomó por la cintura y vociferó para que Colin se entregara. Cerró sus ojos, esperando lo peor, y eso no había acontecido. Las

voces calmas de los líderes y su actitud comprensiva la tranquilizaron poco a poco. Venían por los suyos, a buscar y proteger a los escoceses de la región. Ellos no lo eran, al menos no enteramente en su caso, pues su madre sí era de ese origen. No importó, bastó que los identificaran como víctimas para que los protegieran y les dieran un lugar en su marcha.

Tanto para agradecerles a esos hombres y no podía hacerlo. Los dos que controlaban a la hueste eran familia, sus rasgos y camaradería lo mostraba así. Días y horas de observación continua y escucha silenciosa le habían permitido hacerse una idea cabal de los roles de cada uno y si al principio temió al más grande de todos, el que la había elevado por los aires, luego percibió su naturaleza amable, aunque distante. Desde el inicio, empero, le impactó el más joven de ellos, ese al que llamaban Brod. Nunca había visto antes un hombre tan armonioso, tan evidentemente varonil, tan cercano y ajeno a la vez.

Sentía su mirada de tanto en tanto, una fuerte y penetrante, pero no invasora. Esos ojos le atraían especialmente, parecían encerrar mensajes, se encendían o apagaban al ritmo de sus emociones. Ella estaba acostumbrada a los propios, esos tan claros que la solían mirar de vuelta en el reflejo del río, en otra vida, cuando era feliz. No había apreciado antes miradas como las de Brod y las comenzó a atesorar con ingenuidad. Él se convirtió en la razón por la que seguía, el impulso para ir hacia ese lugar nuevo, quien guiaba su corazón. No había estado así obnubilada antes y no entendía que le pasaba, solo sabía que lo seguiría donde fuera y rogaba que se lo permitiera. Le hubiera encantado poder decirle su nombre, escucharle decir «Elise».

No se hacía falsas ilusiones, comprendía su importancia y jerarquía, estaba claro que no se fijaría en ella como mujer y no es lo que pretendía. Sabía su lugar, al menos entendía que le tocaba ser una sierva de aquí en más. La llevaba a lugar seguro, a ella y los otros. Le debería la vida. Haría lo que fuera necesario por no defraudar su confianza ni ponerlo en riesgo. Su fiel servidora, eso debía ser. Quien lo confortara y alimentara. En silencio y cerca, aunque él no se percatara siquiera, estaría dispuesta a demostrarle agradecimiento.

Había comenzado a entender sus estados de ánimo y lo había visto furioso la noche anterior, cuando confrontó al soldado que la había ayudado todo el viaje, el que hacía las veces de cocinero ese día. Lo observó esperar y mirarlo ceñudo, para luego avanzar, cuando nadie más quedaba por servirse. Los escuchó discutir en voz baja, susurrante, con mal disimulado énfasis. Elise sabía que ese guerrero era una mujer desde el mismo instante en que le habló buscando llevarle tranquilidad con sus gestos y su sonrisa, cuando olvidó disfrazar su voz y esta sonó mucho más fina de lo que correspondía a un hombre.

El temor de ella fue desestimado por su gesto tranquilizador; jamás la descubriría, entendía que debía tener buenas razones para estar disfrazada así. En realidad, eso le había llevado a dudar de su propia seguridad, pues si aquella se escondía, tal vez los hombres que la rodeaban no eran tan de confiar. Con el pasar de los días había entendido que había algo más. La muchacha se esforzaba por trabajar y actuar a la par de los demás y en cierta forma lo conseguía, pero ante el ojo atento de Elise, las pequeñas virtudes de la femineidad asomaban.

Esa noche supo, al escuchar la discusión junto al fuego, que Colin había descubierto el secreto a los líderes. La sorpresa de Elise fue intensa al escuchar que Brod y el soldado se hablaban de igual a igual y se nombraban hermanos, reprochándose mutuamente la falta de confianza. ¡Así que eso era! Esa joven disfrazada era una mujer de posición y había elegido marchar a tierras extrañas, a luchar y a exponerse.

«¿Quién en su sano juicio haría algo así?», pensó horrorizada, sin poder comprender. Entendió a la perfección lo que Brod reprochaba y decía a la joven, a quien llamó Megan.

Evidentemente era un buen hermano. La imprudencia y la ira de ambos llevó a que ella escuchara todo. Tal vez por su imposibilidad de hablar, ya la consideraban parte del paisaje. Megan sabía que estaba allí, tal vez Brod simplemente no la había visto; estaba un tanto más retirada y cubierta de mantos.

Todos y cada uno tenían sus preocupaciones y sus tristezas en este campamento, eso era evidente al recorrer palmo a palmo las caras: algunas apagadas, otras tristes, soñadoras y expectantes tal vez deseando la vuelta a sus familias. ¿Qué podría decir de ella misma? Nada tenía propio, salvo su soledad y la convicción de que solo podía seguir atada a aquellos que le brindaban protección: se sentía más segura. Y no podía despegarse de la presencia de Brod.

Dejaría atrás su patria y marcharía a lo desconocido. Quería confiar en la honestidad de todos los miembros del clan Campbell. Cómo sería su vida y que haría de aquí en más, no lo sabía. Ignoraba si su imposibilidad de hablar sería permanente, pero poco le preocupaba. No podía pensar en emitir en palabras el acuciante dolor que sentía instalado en su pecho. Solo un grito que cubriera el cielo y rodara por las montañas podría dar cuenta de tanto pesar. En ausencia del sonido, las lágrimas brotaban una noche sí y otra también.

Enfrentó la inevitabilidad del adiós a su tierra mientras Megan, con gentileza, le indicaba el camino al barco. Eran muchos y al parecer harían más de un viaje para llevarlos a todos. Se preocupó al subir y la inquietud la dominó. Sintió que la muchacha disfrazada también se envaraba, a pesar de las palabras de consuelo que le dirigía.

—Es seguro, pero no te puedo mentir, no es lindo. Se sacude como el demonio y el estómago parece querer escapar por tu boca, pero estaremos bien.

Leslie la miró y tomó con fuerza su mano, transmitiendo su agradecimiento infinito con este sencillo gesto.

—Estarás bien, lo prometo —aseveró Megan—. Escocia te recibirá y nos ocuparemos de que estés establecida y segura. Tendrás un hogar con nosotros.

Brod pasó en ese instante a su lado y la miró con seriedad y gentileza, para luego dirigir su vista a un costado, ocupado probablemente en asuntos más urgentes. Ojalá no la considerara una carga. Él no cesaba de cobrar estatura ante sus ojos. La llevaba hacia lo que suponía otra oportunidad en la vida, ojalá no se equivocara.

Para Elise el viaje fue más tranquilizador de lo esperado y sugerido por Megan. La brisa fría y el bamboleo no la molestaron, por el contrario. Aferrada al borde, observó la costa desconocida aparecer ante sus ojos y se preguntó qué le esperaba, que le depararía el futuro allí. Se apresuró a auxiliar a Megan en varias ocasiones, quien sufría los embates del agua en su estómago. En una ocasión en que le alcanzó un paño para enjugar su boca de vómito, vio a Brod a su lado y se sobresaltó. Le sacaba un buen palmo y el roce en su brazo la estremeció. Era un hombre hermoso, físicamente perfecto y se sentía empujada a su lado. Él observó a Megan, ceñudo:

—Esto es una pequeña muestra de lo mal que te sentirás cuando llegues al castillo y nuestros padres te pongan en el lugar que corresponde. No volverás al bosque ni accederás a fiesta ni reuniones por meses, eso es seguro.

Megan tuvo la suficiente entereza como para contestarle con altanería:

—Si crees que me asustas o un poco de malestar va a matar mis bríos, te equivocas. Aunque terminase encerrada por meses, lo que acabo de vivir bien vale la pena.

Elise la admiró. Era una mujer valiente. Sintió sobre sí la mirada escrutadora del hombre y su

rostro se arreboló.

—¿Estás bien? —le preguntó con gentileza.

Ella movió afirmativamente su cabeza.

—No sientas temor, es comprensible que lo desconocido te desconcierte, pero estás a salvo con nosotros. Te protegeremos.

Sus palabras sonaban dulces y ella sintió que la confortaban. Había una promesa de cuidado en sus ojos y en su voz, una que reafirmaba que podía confiar en él.

—Que no te engañe su postura gruñona y fastidiosa —le dijo Megan una vez que el líder se retiró—. A pesar de su enojo conmigo, el que solo ante ti confesaré como comprensible, mi hermano es un hombre noble y su palabra es un compromiso. También la mía, aunque como sabrás, las palabras y promesas que suelen ser consideradas importantes son las de los hombres. Esa es la razón por la que he tenido que viajar disfrazada y someterme a la ignominia de ver tanto varón en posiciones desagradables e innecesarias, hasta degradantes. He vivido situaciones que de otro modo me serían ajenas y lejanas.

A los oídos de Elise el discurso de Megan tenía mucho de desahogo y catarsis, por lo que la alentó a continuar con un asentimiento de cabeza.

—No me malentiendas, adoro a mi familia y sé que mis padres han de estar más allá de los preocupados. Pero hay veces en que las mujeres hemos de tomar las riendas de nuestra vida si pretendemos que esta valga la pena.

La miró con admiración. Debía ser tan poderoso sentir que uno era su propio guía, quien construía su futuro. No era algo que le pasara. Criada bajo la protección de sus padres, les había perdido, y al borde de la muerte Colin había actuado como su guardián y ahora los Campbell. ¿Sería ése su destino? ¿Transitar, sobreviviendo en los brazos y a horcajadas de otros, de lo que estos pudieran darle? Ojalá ella tuviera la mitad del espíritu de Megan y controlara sus caminos y decisiones. La voz de Brod, alta y clara, anunció que llegaban a la costa y una nueva agitación se despertó en ella. Este era el primer paso de su nueva vida.

Debieron esperar varias horas al resto y una vez juntos, la marcha se reestableció, aunque ahora la urgencia de la vuelta daba más alas a los jinetes, algunos de los cuales comenzaron a desprenderse de la columna principal rumbo a sus tierras. En terreno conocido, cada pequeña legión buscaba volver con los suyos. A los ojos de Elise la campiña escocesa tenía muchas similitudes con la de Irlanda. Miraba a todos los lados; iba a horcajadas con Megan, quien gentilmente la tomó bajo su protección.

Los bellos paisajes y las siluetas de las montañas armoniosas y coloridas comenzaron luego a variar; amaneceres y atardeceres hermosos transcurrieron llevando quietud a su alma, que solo se estremecía al mirar a Brod. Su agitación se volvió nervio cuando él sugirió a Megan que diera descanso a su caballo y la invitó con su mano extendida a subir con él. Abrazada a su espalda esperó que no sintiera el palpitar de su corazón, estremecido por el contacto. Deseó que no percibiera que ella apenas respiraba y su faz permanecía ruborizada. Comprendía que él era un hombre bueno y gentil, que se preocupaba por el bienestar de los otros; nada había en su actitud que habilitara sus tontos sueños. Él, un gran laird, no podría fijarse en una mujer tan tosca y poco importante como ella. Y a pesar de ello, su corazón latía fuerte por él.

Trece.

Escocia, castillo Campbell

El laird Mac Day se acercó al castillo Campbell con lentitud, seguido por la pequeña guarnición que lo custodiaba, unos pocos guardias. Los nervios atenazaban su estómago y le hacían sentir la garganta trabada, y no era para menos. La suya era una apuesta muy arriesgada: de precipitarse a la acción planeada y fallar, si esta salía mal, su cabeza y la de los suyos estarían en la punta de una lanza, eso era indudable. Maldijo una vez más la posición de segundo rango que lo obligaba a someterse a los designios y caprichos de los señores más grandes.

Su exitosa idea de acercarse al clan Campbell para conseguir un esposo para su hija, esa jugada que tanto júbilo le había provocado, se fue desdibujando y desinflando a medida que se internó de regreso rumbo a sus tierras y todos daban cuenta de las alianzas poderosas que se gestaban contra sus nuevos aliados firmes, los Campbell. Los clanes menores se abstenían, a la espera de lo que ocurriera y tal vez eso debería haber hecho él, correr a sus tierras y esperar.

Fue su primera tentación. Luego, el considerar con más cuidado los riesgos de quedar atado a los Campbell lo impulsó a moverse. Había sido su instinto de supervivencia y la prédica de su hija Sarah los que le llevaron a presentarse al castillo Mac Donald y solicitar humildemente audiencia ante Alistair.

Este le recibió luego de muchas horas y odió su prepotencia, una que lo mostró impenitente y sin respeto por los otros. Debió tragarse la humillación de sus palabras e insultos, pues aquel estaba bien enterado del compromiso de su hija con uno de los Campbell. Fue necesaria mucha persuasión, juramentos de lealtad y la participación melosa y contrita de su Sarah, que aseguró al poderoso laird absoluta obediencia, las que le abrieron camino para ser aceptado en la alianza.

Alistair Mac Donald no era ningún tonto y no desestimaba el poder de una carta tan interesante como la que se le presentaba. La llegada providencial de Mac Day y su torpe intento de plegarse a sus deseos le hicieron concebir una idea algo loca, con la que no tenía nada para perder y sí mucho por obtener. Este hombre podría ser de suma utilidad, mas no como el pobre pensaba. La condición para aceptar su ingreso a la alianza fue su total obediencia y que se prestara a sus planes.

Esta era la razón por la que el atribulado Tristán estaba ahora esperando que le habilitaran el ingreso al gran castillo de Glenn, donde hacía pocas semanas había sido un invitado bien atendido y tratado como un igual. Algo que jamás sería en la mesa de Mac Donald, eso era seguro. Aunque tal vez, si cumplía y demostraba su valía, eso agrandaría su imagen ante Alistair.

Si lograba llevar a cabo su misión, pensó, esa que ni siquiera podía imaginar sin temblar. No podía más que avanzar; todo estaba jugando y Sarah había quedado en manos de Alistair, no sabía definir bien en qué condiciones, si prisionera o aventajada mujer que podía seducirle con su arte y ponerlo de su lado finalmente. Tan astuta y hábil era su hija con los hombres como ruin y cruel era aquel líder.

Decidido a actuar y no pensar más, ya que el momento de la verdad se aproximaba, espoleó su cabalgadura y dio orden a la guardia de seguirlo al corazón del dominio Campbell. No había tiempo que perder, así se lo había establecido Mac Donald. No sabían cuándo y en qué condiciones, pero pronto volverían las huestes desde Irlanda y era necesario que lo más crucial

ocurriera antes de que los Campbell recuperaran poderío.

Jamás había considerado que él, un humilde laird sin peso alguno en los acontecimientos de las Highlands, podría convertirse en la punta de flecha de una avanzada tan temible y menos contra el gran líder Glenn Campbell. No podía ser cobarde ni mostrarse nervioso, este tenía que ser su momento más preclaro. Aún sin desmontar, luego de haberle sido dado el paso con la confianza que se tiene al que se considera un amigo del clan, solicitó entrevistarse con el líder.

Glenn estaba en el salón cuando se le trasmitió la solicitud de Mac Day para ser recibido y le provocó no poca curiosidad. Hacía bien poco que se había ido, luego de disfrutar de su hospitalidad por más tiempo del previsible. Era probable que su vuelta tuviera que ver con los complots y traiciones que atravesaban las Highlands; recordó que Ewan había hablado con él solicitando le informara cualquier aspecto o situación que fuera importante, por lo que dejó lo que estaba haciendo, que no era otra cosa que meditar, para descender por la escalera hacia el patio central.

Glenn no era temeroso ni se arredraba, su historia le precedía. No retrocedía ni atacaba sin razón; su cautela era una de sus cualidades y percibía que su situación actual era débil, tal vez como nunca antes. Esto ameritaba una defensa inteligente y una consideración de todos los aspectos y detalles que pudieran ayudarlos, así como reducir cualquier debilidad intrínseca que los complicara. Estos pensamientos lo habían impulsado a pedir a Ewan que se trasladara con los MacDowell y llevara con él a su esposa Kirstie y sus hijas Bonnie y Beth, además de Brittany con los suyos.

Eran los miembros más desprotegidos, quienes debían ser preservados frente a cualquier situación de ataque y caída. Debía considerar lo más grave. Era imposible saber con exactitud las fuerzas leales y las enemigas, por lo que restaba planificar. Hubiera deseado que Isobel también se hubiera marchado, pero fue imposible convencerla. Se negó por todos los medios a abandonarlo. Le rogó, incluso, sin éxito. «Mal me conoces, amor mío, si crees que voy a dejarte en esta hora tan cruenta. No podría estar lejos pensando que tú estás en peligro. Me estremecería de pavor al imaginarte indefenso y sin mi cuidado», había contestado ella.

Lo había conmovido y en cierta forma sintió el alivio y el confort de su consejo y de sus caricias, esas que calentaban sus noches y alentaban su pasión, una que no se agotaba. Beber de su néctar era como hacerlo de una inagotable fuente de delicias; en esos brazos y bajo esos ojos podría dormir por la eternidad. Solo Isobel podría convertirlo en un mal poeta, sonrió mientras caminaba para alcanzar al visitante.

En estos momentos era imperiosa la vuelta del contingente que había marchado a Irlanda y de aquellos que habían ido en auxilio del Rey, aunque estos últimos eran menos probable, dado que Carlos tenía enfrentamientos constantes aquí y allá. Esperaba que Tristán le trajera novedades de mayor aliento. Le fastidiaba un poco su pomposidad y aires de importancia, mas no podía desconocer que todo aliado para su causa sumaba. Al desembocar en el patio le vio pasearse con agilidad, murmurando a sus guardias. No bien le vio, se acercó rápidamente.

—Sea bienvenido. No lo esperaba tan pronto —desestimó todo intento de charla inocua, no estaba para parlamentos largos.

—Las novedades que porto ameritaron mi inmediato regreso, estimado laird. No ha estado usted desencaminado al considerar que los clanes mayores estaban aliándose en su contra. El movimiento es incluso más grande del que usted piensa y planifican pronto venir contra usted.

Glenn asintió, los brazos en la espalda.

—He enviado mi gente por todos lados y creo que podemos anticipar algunos movimientos. La

estrategia del enemigo parece bastante novedosa, quiero mostrarle algo si puedes seguirme, algo que usted no ha considerado. Tiene que ver con los accesos a su castillo.

Glenn se dio vuelta con los brazos en jarra, llamada su atención.

—¿De qué habla con exactitud? —preguntó curioso y preocupado a la vez—. Nuestro único lugar de ingreso firme es el camino que usted recorrió.

—Usted lo ha dicho. Firme. Venga, será más claro si le muestro.

Lo tomó por el brazo, y Glenn se sacudió con fastidio para mirarlo con fijeza, mientras Mac Day bajaba la cabeza, contrito.

—Mis disculpas. Es la ansiedad.

—Vamos —le hizo señas y el otro se adelantó en dirección al exterior de las murallas—. Tengo muchos arreglos por realizar.

Cuando alcanzaron el lugar Glenn notó que los guardias de su visitante no habían dejado sus caballos y miró hacia atrás. Tal vez su comportamiento distaba de la hospitalidad, pero eran tiempos revueltos. En ese mismo instante, sintió la punzante quemazón en su estómago, un golpe demoledor que le quitó el aliento y le dobló en dos. La feroz cuchillada lo tomó por sorpresa, la misma que le hizo mirar con asombro absoluto a Mac Day, quien entre horrorizado y excitado, aún sostenía el cuchillo.

El hombre más fuerte de las Tierras Altas, el poderoso Glenn Campbell, cayó sobre sus rodillas sin poder emitir palabra, sintiendo que la sangre escapaba por la herida y con ella su vida. Miró con estupor e ira al cobarde sujeto y entonces este retiró su cuchillo con violencia, para azuzar a los suyos, a los gritos, a la retirada.

Mac Day subió a su corcel y emprendieron el galope enloquecido. Era necesario escapar y poner tierra tras de sí, mientras en el castillo los guardias despertaban a la tragedia y trataban de hacer algo por el líder que yacía a la entrada de sus dominios. Tristán miró hacia atrás y vio que no los seguían: el desconcierto y la sorpresa eran sus aliados. No estaba orgulloso de lo que había hecho; había matado con alevosía y con cobardía. Eso era lo que le quedaba. a los grupos como el suyo.

Isobel no había pasado buena noche. No solía ser así en los brazos de su amado, pero una nerviosidad interna la carcomía, una que procuraba contener sin resultado. La suerte de sus hijos la preocupaba y convertía sus días y noches en interminables, rogando por su regreso. Sintió en varias ocasiones el arrepentimiento por haber dejado en reposo su capacidad de presentir problemas y prevenirlos; debió haber enseñado a Megan a manejar y controlar ese don, como había hecho amorosamente la abuela Davina con ella. Había querido protegerla, evitarle el malestar de sufrir por anticipado, sin considerar que era una herramienta eficaz.

Ojalá esta amarga sensación que tenía en su garganta y esa opresión de su pecho no tuviera que ver con algún hecho infausto allá en las tierras lejanas. Suspiró y trató de enfocarse y completar su labor. Necesitaban toda la medicina que pudiera preparar, sus hierbas y ungüentos podrían tener pronto uso si las previsiones de Glenn eran correctas. Y sabía que era así.

Escuchó entonces los gritos desesperados y al asomarse por una de las finas ventanas de la torre sur, vio a los guardias correr en masa hacia la puerta de entrada, la que de inmediato captó su atención. Vio al hombre acostado y sin movimiento y una pesada losa pareció instalarse en su pecho al identificarlo, aunque su mente se negó a dar crédito a sus ojos.

Corrió como si hubieran puesto alas a sus piernas para descender desesperada por la larga

escalinata, desembocando como un viento al espacio abierto. Varios guardias trataron de detenerla, pero les golpeó sin piedad, gritando como una posesa para que la dejaran pasar. Así llegó hasta el cuerpo exánime de su esposo, que cuán largo era, yacía en espantosa inmovilidad, bañado en sangre.

—¡Despierta, despierta! —lo sacudió, procurando enloquecida que se moviera, que la mirara y que no fuera verdad lo que percibía.

—Mi señora... —dijo uno de los guardias—. Por favor, él ha muerto ya.

—¡Glenn no puede morir! —lo miró furibunda—. ¿Cómo podría? —susurró mientras sostenía su mano y notaba su frialdad—. Es imposible, estuvimos juntos recién. Estaba bien, estaba bien.

Su mente se negaba a aceptar la idea tan loca de que su amor hubiera escapado del mundo de los vivos sin siquiera un adiós.

—Fue ese maldito Mac Day, señora —explicó el jefe de guardias, excitado—. Solicitó hablar con él y fueron hasta el portón. Nada sospechamos, nunca creímos que podía ocurrir algo así.

Escuchó el relato como si viniera de lejos, una voz que trataba de racionalizar una situación que era espantosa. Su Glenn estaba muerto. El hombre cálido que la abrazaba y la besaba con ternura ya no estaba. El amante fogoso que la llevaba a la cima, el padre de sus hijos, una de las razones más importantes de su vida, le había sido arrebatado de improviso y de la manera más vil y cruel.

La sensación de vacío tan inconmensurable que sintió al entenderlo hizo que, luego de acariciar con su mano izquierda el amado rostro para cerrar sus ojos inexpresivos, otrora llenos de pasión, expresara su lamento en un alarido que pareció más un aullido. Era demasiado, no podía lidiar con la muerte de su amante. No podía, debía hacer algo, algo que facilitara el pasaje de su esposo al mundo de los muertos.

—¡Cárguenlo en un carro! —ordenó enloquecida a los guardias que, nerviosos, desesperados y expectantes, sin una autoridad real a quien seguir, no sabían cómo actuar.

Deberían estar persiguiendo a ese desgraciado, pero la sorpresa los inmovilizó. No estaba ninguno de los líderes y ahora la señora estaba fuera de sí.

—Miladi... —terció el jefe, tratando de interceder y calmar a Isobel, cuando él mismo apenas podía con la furia y la impotencia.

—¡Que lo carguen en un carro he dicho! —gritó con ira, y a pesar de lo pequeña que quedaba entre los soldados, la autoridad inconfundible de su tono y lo decidido de sus ojos los llevó a obedecerla.

—Señora, debemos preparar la defensa. Ese hombre ha de estar aliado con Mac Donald. Cuando este sepa que nuestro líder ha muerto, cargará contra el castillo.

Isobel no podía escuchar razones en este momento. Saltó al pescante para tomar el control del carro, azuzando con saña a los caballos que partieron a la carrera, dejando atrás a los desconcertados hombres que veían cómo se perdía en la pradera en dirección al monte caledonio. Hacia el corazón del bosque iba Isobel, al lugar primigenio de su encuentro.

Tantas veces habían recorrido juntos el lugar, jugando a buscarse y encontrarse, disfrutando de la brisa y los rayos del sol, tratando ella de lograr que él fuera capaz de escuchar a los duendes que susurraban detrás de los árboles o a los Espíritus que dormían en las plantas. Nunca lo había logrado, por supuesto, pues Glenn siempre tenía una razón que le impedía escuchar a la naturaleza. Solía decir que era ella la que lo conectaba a los Espíritus.

Detuvo a los corceles en el mismo lugar donde se habían visto por primera vez, hacía más de veinticinco años. Se deslizó hacia atrás y tomó el gigante cuerpo de su esposo, abrazándolo sin importarle cubrirse en sangre, para luego arrastrarlo y caer con él al musgo. Allí tendido, lo acicaló cómo pudo, rompiendo su falda y buscando agua fresca con la que limpió su rostro y sus manos. Lo cubrió de besos, tratando de que despertara, por si era solo una pesadilla, pero la realidad era cruel. Buscó las flores más coloridas, el brezo más tierno y con él adornó su frente y su pecho, para tenderse junto a él y cantar antiguas oraciones que despertaran a los espíritus más piadosos. El alma de su Glenn tenía que irse en sus brazos, acunada por su amor y su dolor. Solo así podría estar en paz.

Catorce.

Era poca distancia la que faltaba para arribar a su hogar y para Megan, a pesar de los seguros castigos que le esperaban en forma de enojos, recriminaciones y prohibiciones, resultado de su desobediencia, llegar implicaba llevar tranquilidad y alivio a los mismos que la reprenderían. Era el fin de una aventura soñada, aunque mucho más dura de lo esperado. Había aprendido cosas invaluable, y una no menor era la convicción de que podía desenvolverse con autonomía y superar sus miedos, límites y torpezas. Aquí estaba, orgullosa y altiva de saberse una mujer capaz de afrontar las peores condiciones y sobrevivir.

Por supuesto que debía agradecer a los suyos, a su hermano y a su tío, quienes, aun desconociendo su condición, habían tomado las decisiones y recaudos para que los objetivos de la cruzada se cumplieran, al menos aquellos que estaban a su alcance. Se habían mostrado valientes, prudentes y firmes, cuidando a quiénes les seguían. No solo ella volvía diferente, también su hermano Brod, y eso la enorgullecía. Al liderar con solvencia se había demostrado a sí mismo que era tan capaz como el mejor guerrero y eso le había ganado el respeto de todos, y de seguro le había insuflado la confianza que necesitaba. Megan sabía que crecer a la sombra de un laird tan imponente como era su padre no era fácil y que para Brod las lecciones aprendidas eran invaluable.

Sentada con tranquilidad, en esta que era la última parada del viaje antes de que todo cambiara y que volviera a su lugar y rutina, observó con atención a quienes eran los nuevos integrantes del clan, por decisión propia y por adopción. La frágil joven muda a su cuidado se notaba con más serenidad y fuerza a medida que avanzaban, dejando atrás un hogar que había dejado de serlo; estaba segura de que tendría una vida infinitamente mejor aquí en las Highlands de la que podría haber soñado en Irlanda. ¿Qué hubiera sido de ella, inerme y sin poder expresarse, expuesta al vandalismo y la ignominia? Ella se aseguraría de tenerla cerca, tal vez para que la ayudara en los quehaceres propios y los de Beth, en tareas que le fueran dando confianza hasta que se sintiera realmente parte del clan Campbell.

Colin era otro cantar. Un hombre entero, con la gentileza justa dentro de lo que parecía un duro caparazón, marcado por un pasado tremendo, un guerrero que sin duda aportaría a las huestes de su padre. Estaba segura de que se ganaría pronto su consideración. La suya...La tenía sin dudar, aunque era más que eso y Megan lo sabía. No podía dejar de sopesarlo, de mirarlo; cada rasgo de su rostro lo tenía grabado y lo soñaba con candor. Era nueva para ella la sensación de tibieza que la envolvía al estar cerca, el sentirse afortunada de que la observara y ruborizarse por ello mismo. Le pasaba algo serio con él y lo debería controlar; él era varios años mayor y sin duda el recuerdo de su esposa y de su hijo perdido lo ataban y torturaban.

¿Cómo podría fijarse en ella, por otro lado? Ojalá que esto que experimentaba no fuera más que un deslumbramiento producto de todo lo nuevo que había vivido. Sentimientos fugaces que eclipsaran sus sentidos de manera corta y que pudieran ser espantados al regresar a su rutina. Esto le recordó que una vez en el castillo, tal vez volvieran los ímpetus de su padre por encontrarle un prometido. Debería considerarlo, aunque desafiaría abiertamente a todo aquel hombre que le quisieran imponer en la medida en que no correspondiera a sus deseos y a sus parámetros, los que a estas alturas eran bastante altos.

Entonces, como de la nada, una súbita y opresiva sensación en su pecho le nubló la vista y la hizo jadear buscando con desesperación aire fresco que ahuyentara el malestar feroz. Era una emoción desconocida y terrible que parecía provenir de lo más profundo de su mente y que apenas pudo dilucidar, pero la golpeó con la certeza de que era un mensaje espantoso. Su corazón se aceleró, agitado por un pesar nuevo y fuerte, uno que anunciaba que la tragedia los había alcanzado. Cayó de bruces y se arrastró, impulsada por un sentimiento explosivo que parecía venir de lejos, como si no le fuera propio, pero le tocara sufrirlo también. Una pena que no era suya ni tenía explicación racional se apoderó de todo su ser.

El primero que reaccionó para socorrerla fue Colin quien, sentado con su espalda apoyada en un tronco la miraba en silencio hacía un buen rato, preguntándose como alguien tan joven podría ser tan osado, tozudo e impactante como ella. La vio estremecerse y caer, lanzando gemidos que parecían estertores, y se elevó alarmado en su ayuda, a la par que gritaba a los Campbell. La agitación que el extraordinario comportamiento del supuesto flaco soldado provocó hizo que le rodearan todos los hombres, por lo que Lyle y Brod tuvieron que hacerse lugar a codazos para alcanzar a Megan, quien ya entonces gritaba enloquecida y fuera de sí, poniendo a todos en estado de extrema alerta y preocupación.

—El laird ha muerto, lo sé. Brod... —este se acercó corriendo y rodeó sus hombros, alarmado y desconcertado por el estado de tremenda agonía que se notaba en la faz de su hermana, uno como jamás había visto. Esta tomó su rostro desesperada y continuó—. ¡Nuestro padre ha muerto, Brod! Lo siento, siento la desgarradora tragedia como si un mensaje de nuestra madre llegara de pronto.

—¡Debes tranquilizarte! —susurró Colin a su lado, sin lograr hacer mella en el discurso enloquecido.

—¿Qué dices, Megan? —espetó Lyle, quien en el pandemonio no guardó cuidado en cubrir su identidad—. ¿Es que acaso te has vuelto loca?

—Lo sé, lo siento —sollozaba ella—. No me pregunten cómo, pero la convicción y el dolor me han alcanzado con la celeridad de un rayo. Siento en mi pecho la pena más intensa y esto no puede tener otra explicación. Madre está sufriendo el dolor más lacerante que jamás podría, tú lo sabes, tiene que ser nuestro padre. Tenemos... Tenemos una conexión especial, madre y yo. ¡Algo espantoso ha sucedido!

—¡Cálmate!

Brod trataba de pensar y mantener su cabeza fría, pero en el fondo sabía que la verdad se traslucía en las palabras de Megan. Su hermana era una mujer práctica y cuando era niña en más de una ocasión había tenido premoniciones, había adelantado sucesos, sabía detalles de antemano. Hacía tiempo que no ocurría, mas esto no podía ser casual. Miró a Lyle y vio que él pensaba algo similar.

—Brod —señaló aquel, inquieto—. Tú sabes que yo soy un hombre de acción y realidades, pero también creo a pies juntillas en las premoniciones de tu madre. Y conozco a mi sobrina. Algo no está bien, algo no está bien con los nuestros.

Su propia convicción y estas palabras dieron pie a Brod para mandar hacer lo que fue su primer instinto.

—Lo que sea, en el mejor de los casos una falsa alarma, nos enteraremos hoy mismo —dio la vuelta y enfrentó a los hombres que, en silencio, acababan de enterarse de que el soldado del que se habían burlado todo el viaje era su señora Megan y ahora anunciaba desgracias—. Cabalgaremos sin descanso y en pocas horas llegaremos al castillo. Los más débiles deberán

montar a horcajadas de los mejores jinetes. No llevamos más que lo necesario.

Cualquier indicio de broma o calma había desaparecido cubierto por la ominosa sensación de que algo grave se había gestado y les afectaba a todos. Volver junto a los suyos se convirtió en lo perentorio.

—Colin... —nombró Brod al irlandés, que lo miró interrogativo—. Ella no está en condiciones de cabalgar, ¿puedes encargarte?

Este asintió y se dirigió a Megan, tomándola con cuidado por la cintura para instalarla en la grupa de su caballo, al que había alistado rápidamente. Ella no mostró gestos de rebeldía, por lo que montó detrás y la envolvió con sus brazos al tomar las riendas de caballo. Ella se recostó contra su pecho, permitiendo que su cabello suave le acariciara el rostro. Le conmovía su sufrimiento notorio, el que hubiera querido contener y sofocar.

—Algo terrible ha pasado con mi familia, Colin —susurró ella y él le respondió en su oreja que tenían que esperar.

—Cabalgaremos y lo averiguaremos. Lo que sea, estaré allí para acompañarte—. Sus palabras, firmes, eran una promesa.

A esas alturas la gran columna que había marchado junta a Irlanda se había ido disgregando en diferentes grupos que se soltaban de la principal para retornar cada uno a la tierra de sus clanes y los que restaban eran solo miembros del clan Campbell. A efectos de poder marchar rápido y sin exponer a los más débiles, algunos niños y ancianos, Brod dio la orden que cuatro guardias los custodiaran hasta llegar a destino.

Él y el resto se dirigirían a galope tendido hacia sus tierras. Antes de partir, Colin quiso asegurarse de que su protegida estuviera bien, pues temió que al verlo marchar se sintiera abandonada e hiciera alguna locura. Se lo planteó a Brod apresuradamente, cuanto este le gritó para partir. Este le escuchó en silencio y sin mediar palabra, se dirigió a ella al trote, ofreciéndole su brazo, que Elise tomó luego de dudar. La subió con facilidad a la grupa de su caballo y la instó a tomarse de él, diciéndole claramente que galoparían fuerte. Ella solo asintió.

Colin temió que no soportara un viaje en esas condiciones, pero al pasar a su lado vio que sus brazos se envolvían a la cintura del guerrero con una seguridad desconocida, casi con devoción. Entendió que ella presentía que ese hombre era su salvación y no podía dejar pasar la oportunidad de una nueva vida.

La marcha fue intensa y al promediar la tarde alcanzaron el camino de acceso a un castillo que a Colin le asombró por su porte majestuoso, yaciendo como una joya en el medio del agua, con el marco de montañas y bosques. Un largo camino de acceso parecía el único sitio de entrada. Sin embargo y a pesar de lucir inexpugnable, a medida que se acercaron, les llamó la atención el silencio y la falta de movimiento. Cuando estaban por ingresar al sendero de roca viva sobre el agua, se escucharon gritos de evidente júbilo, seguidos por la aparición de los guardias, que estaban apostados y escondidos, como si esperaran algo o alguien diferente.

Los líderes Campbell arengaron a los hombres para que bajaran el portón y una vez realizado esto, ingresaron a la carrera y desmontaron con agilidad en el gran patio, donde fueron inmediatamente rodeados. Aún desde lejos y entrando varios metros detrás, Colin pudo advertir como sus rostros se demudaban y Lyle irrumpía en insultos e improperios, así como Brod bajaba la cabeza en señal de contrición y pena evidente. Megan pareció despertar en la grupa de su caballo y como enloquecida se desprendió de sus brazos para tirarse al piso, y dirigirse corriendo a los suyos, a quienes inquirió a los gritos. La voz de Brod, monocorde y alta envolvió el aire y llevó a los recién llegados la noticia:

—El laird ha muerto... Mi padre... —Su voz se quebró—. Mi padre ha muerto. ¡Ha sido asesinado!

Megan cayó de rodillas, los ojos cerrados, partida al medio y con la certeza total de que el sufrimiento que había experimentado hacía bien poco había sido el de su madre al vivir la traumática muerte de su padre.

—Padre.... Padre —susurró, meneando su cabeza; se negaba a aceptar una realidad tan dolorosa e inesperada, a pesar de la evidencia. Tenía que ser imposible—. ¿Cómo puede ser? ¿Quién lo podría matar? Padre era un hombre imbatible.

—Fue el laird Mac Day, mi señora —agregó uno de los guardias, quién había reconocido a Megan pues esta ya no impostaba su tono y se había quitado el sombrero que la había cubierto todas esas semanas—. ¡Fue una trampa, una burda trampa!

—¿Dónde está nuestra madre? —interrumpió Brod, ahora consciente de que no la veía, de que no estaba.

—Su madre... Su madre se ha ido...

Todos miraron al jefe de guardias, quien era el que hablaba y nervioso trataba de justificar lo que sonaba como una locura.

—Lo ordenó... Estaba fuera de sí y nos ordenó con fiereza poner al laird en un carro y se fue rumbo al monte.

—¡Eso es inaudito! —rugió Lyle—. ¿Cómo lo permitieron? ¿Acaso perdieron toda cordura? Es una mujer frágil y quebrada, ¿nadie fue con ella?

—Procuramos hacerlo, pero nos conminó a dejarla sola. Nos amenazó, nos gritó maldiciones...

Megan entendió a los hombres a pesar de su desasosiego. Su madre era una mujer querida, mas todos sabían que tenía una cuota mística que les asustaba tanto como les ayudaba en la enfermedad y desazón. Eran conocidas sus premoniciones y las malas lenguas decían que durante años había sido una bruja. Los cuentos habían potenciado su figura, dotándola de un halo particular. No era raro que temieran a su furia y angustia, máxime cuando esta debía ser apoteósica al tener a Glenn muerto en sus brazos.

—¿Hacia dónde se dirigió? ¿Saben eso al menos?

—Uno de nosotros la siguió de lejos mientras se dirigía al bosque. No quiso aventurarse más... Su madre conoce esos lugares mejor que nadie...

Brod escuchaba en silencio, su mente pugnando por recuperar la compostura y que el dolor que sentía no nublara su rol y la necesaria organización. Era el laird ahora, esa era la idea que se coló como principal, tenía que hacerse cargo de liderar. Ese había sido su destino siempre, aunque nunca soñó que debería tomarlo ante la muerte atroz de su progenitor.

—Megan... —buscó dotar de mando a su voz—. Debes ir por ella. Nuestra madre está sola y sufriendo. Debe estar enloquecida. Solo a ti te va a escuchar en este momento. Además... Si lo que creo está en marcha, es fundamental organizar la defensa. Ese cobarde laird no habría cometido un acto tan vil si no tuviera la convicción de que el apoyo es inminente.

—Esto es obra del clan Mac Donald, de Alistair. Sabe que nuestro castillo y nuestras tierras están desprotegidas —señaló Lyle que había ingresado a los gritos a la edificación y al no encontrar a nadie más se desesperó—. ¿Dónde están mi mujer y mis hijos? ¿Ewan, Kirstie?

La alarmó ganó los rostros de Megan y Brod.

—Mí señor —grito al jefe de los guardias—. El laird Glenn envió a su hermano con todos ellos a tierras MacDowell, antes de que todo pasara. Sabía que aquí podían estar en riesgo y

prefirió protegerlas. Estábamos esperando la llegada de ustedes para reforzarnos —agregó con tristeza—. No han dejado de venir noticias sobre la coalición de los principales clanes contra nosotros.

A la tremenda novedad de la muerte del gran líder se sumaba la convicción de que pronto estarían en guerra. Brod sintió que la situación lo abrumaba y Lyle se percató, por lo que trató de hacerse cargo mientras su sobrino procesaba la tragedia.

—Es necesario proteger el castillo. Y también debemos pensar en nuestros arrendatarios, en todo nuestro clan.

—Su hermano ya envió emisarios a todos lados. Todos saben a qué atenerse. Se les advirtió que trataríamos de protegerlos, pero que nuestras fuerzas están disminuidas. Muchos han optado por tomar sus cosas y marchar, otros resistir.

—En otro momento les daríamos refugio aquí —sentenció Brod.

—Eso les fue ofrecido por el buen laird... Para muchos, sin embargo, venir aquí podría ser una trampa mortal. De ser derrotados... —la idea sobrevoló a todos—, Alistair no tendría piedad.

—Glenn previó todo... —dijo Lyle, admirando a su hermano aún más—. Por lo que veo, hay dos posibilidades. Que lo he hecho por ese maldito asesino haya sido la avanzada y los ejércitos coaligados estén esperando en un lugar cercano, organizando el ataque... O que haya sido un golpe a ciegas y una vez seguros de su éxito, decidan coaligarse y venir por nosotros. Me inclino por lo segundo —sentenció—. Ese Mac Donald no confía en nadie y de seguro menos en Mac Day. Ahora, seguro de la escasa resistencia que cree encontrará, no dudará en venir por todo. Nuestras tierras, nuestro hogar, nosotros...

Brod escuchó con atención, buscando con desesperación una solución que trajera el mismo estado de cosas que existía al momento de su partida a Irlanda. No había siquiera soñado que era la última vez que hablaba y veía a su padre. Lyle se acercó a su sobrino y apoyó su mano en el hombro.

—El mismo terrible dolor que sientes, lo tengo clavado en mi corazón... Glenn... Fue el mejor hombre, el guerrero más valiente y noble, el laird más sabio. ¡Su muerte no deberá ser en vano!

—No tenemos muchas opciones... —agregó Brod—. Como lo veo, y por lo visto como lo vio también nuestro padre, todo parece jugar en nuestra contra.

—Si... Debió pensarlo muy grave, de no ser así jamás habría enviado a Ewan a tierras MacDowell

—Ni este hubiera considerado ir... No debe saber nada aún.

—Alguien debe ir de inmediato a avisarle. Debemos saber si contamos con la ayuda de MacDowell —barbotó Lyle.

—No sé... Obligarlo a tomar postura en nuestro favor es precipitarlo a la guerra, una desesperada. Y los nuestros no tendrían lugar seguro donde permanecer. La neutralidad de Ian, tanto como no nos ayuda en el combate, nos asegura la protección para la familia y tal vez algunos de los campesinos.

Lyle asintió, entendiendo que estaban en una encrucijada terrible. No temía ir a la guerra o morir en la pelea, pero la sola idea de que su Brittany y sus hijos sufrieran el oprobio y el dolor lo enloquecía.

—Todas las probabilidades están en nuestra contra —cerró amargamente Brod—. Por más que pudiéramos ejercer una cerrada defensa aquí, duraríamos un tiempo. La falta de recursos, el desgaste y la inanición jugarían en desfavor nuestro. Parece un camino sin retorno.

—Por lo pronto, deberemos enviar un emisario a todo galope que informe a Ewan y a Ian

MacDowell lo que ha ocurrido y lo que haremos, cuando lo tengamos claro. Instaré a Ewan a que se mantenga allí. Uno de nosotros debe sobrevivir.

Las palabras parecieron crueles y crudas, más Brod entendió que tenía toda la razón. Debían alistarse para todo.

Quince.

Megan había recuperado la capacidad para moverse y tomar decisiones. El dolor permanecía, aunque opacado por la imperiosa necesidad de encontrar a su madre. Había emprendido la marcha al bosque caledonio ni bien Brod lo sugirió, a todo galope procuraba alcanzar el sitio, rogando que Isobel no hubiera cometido ningún desatino. Era seguida muy de cerca por Colin, que no dudó en ir tras ella para protegerla y ayudarla en lo que fuera necesario.

Se internaron por el camino que surcaba el bosque, uno en el que la calma parecía reinar, un ambiente sensiblemente diferente al trágico que acababan de dejar atrás. El irlandés estaba impactado por el vuelco fundamental que habían sufrido los Campbell, tan cruento que lo acercaba a su pasado. Lo lamentaba, no solo porque comprometía su propia posición, sino porque entendía que no lo merecían. En particular lo sufría por Megan, a la que veía bajo otra luz, una que la mostraba menos segura y mucho más débil.

La luz que tendía a menguar entre los árboles, pues el sol caía lento en el horizonte, los cantos y gritos de los animales, hicieron sentir a Megan en el terreno conocido que solía visitar y por el que deambulaba con su madre desde niña. Miró a Colin, agradecida por su presencia, y su rostro mostró cuan atribulada se sentía. Él inclinó la cabeza en señal de apoyo y con ese solo gesto demostró que la acompañaba y entendía. «Él sabe de dolor y muerte, sabe lo que es que el corazón se estruje», se dijo. Respiró con fuerza, haciendo esfuerzo para no llorar y continuar. No ganaba nada con envolverse en pesar.

Finalmente, la vieron. La escena era de un patetismo tan impactante que Megan se frenó de golpe, como si una pared invisible le impusiera no pasar. Lo que sin duda era el cuerpo de su padre yacía rodeado de flores y ramas. A su lado, su madre sentada y con el rostro bajo, con las manos elevadas, entonaba cánticos que se le antojaron incomprensibles. La escena se le antojó casi irreal a Colin, que nunca había presenciado nada igual. Tal parecía que la madre de Megan se encontraba en medio de un ritual y cuando ella quiso adelantarse y esbozar palabra, solo atinó a tomar su brazo para detenerla. Lo que fuera que estuviera haciendo, no parecía buena idea interrumpir.

—¿Confías en tu madre, Megan? —susurró.

—No podría confiar en nadie como lo hago en ella —lo miró, entendiendo la sorpresa de él ante una escena tan extraña—. Mi madre es de una percepción aguzada y noble, ella aprendió con su abuela a hablar con los Espíritus del bosque, Colin. Seguro está buscando la forma de despedir a mi padre de la única forma que puede en medio de tanta desazón.

Dicho esto, se soltó con gentileza de su brazo para desmontar y se dirigió al centro con más calma, acercándose a su madre y sentándose a su lado. Isobel reaccionó entonces y al ver a su hija sana y salva rompió en llanto y la abrazó tan fuerte, tan fuerte que parecía que la vida se le iba en ello.

—¡Hija mía, hija mía, está bien!

—Sí, madre, aquí estoy contigo —le acarició el cabello como si de una niña se tratara, emulando lo que Isobel había hecho tantas veces con ella.

—Mi niña, nuestro laird ha muerto —sollozaba bajo, casi sin fuerzas, con ostensible dolor—. No pude más que traerlo al bosque, al lugar donde lo vi por vez primera. Murió tan abruptamente

que sentí que debía traerlo al lugar de los Espíritus, para que estos pudieran calmar su alma, para transportarla y que no pene por los valles. Él no merece esa suerte.

Megan asentía y lloraba tomada de las manos de su madre.

—Llegas a tiempo, mi niña, solo tú y yo podemos entender algo así. El cuerpo ha de volver a la Naturaleza para que su alma viva. Pero no he tenido el valor para hacerlo yo sola.

Megan miro a Colin, quién había escuchado todo y entendió. Este, con paciencia y diligencia hizo fuego y cuando el chisporroteo anunció el mismo, Isobel pareció percatarse de su presencia y se sobresaltó.

—Él viene conmigo, madre, es de confianza.

El irlandés envolvió una madera en pedazos de tela embebida en resina de las coníferas circundantes y encendió una antorcha. Megan se incorporó y se dirigió hacia él tomando la misma, a la vez que su mirada le daba cuenta de que le agradecía infinitamente su presencia y su silencio. Con la ardiente tea en sus manos, se dirigió a su madre. Ambas tomaron la antorcha, sus manos algo tembleques y los rostros arrasados de lágrimas y encendieron la pira que, con rapidez, rodeó el cadáver de Glenn y lo convirtió en pasto de las llamas. Ardió por un buen rato, convirtiendo al gran líder en cenizas.

—Él es libre, ahora es libre. Cuando el viento sople en la noche, esparcirá sus cenizas al aire y las llevará por todas las tierras que tanto amó —señaló Isobel, en un hilo de voz.

—Madre... —le dijo ahora Megan—. Sentí el dolor que tú experimentaste al verlo muerto. A kilómetros y kilómetros de ti, lo sentí aquí —se tocó el pecho.

—Lo lamento tanto, Megan —Isobel la abrazó—. Nunca te enseñé verdaderamente lo poderoso que puede ser el don de la premonición. Debí hacerlo, tal como Davina hizo conmigo.

—Estamos solas, madre.

—Y estamos en peligro, si usted me lo permite señalar, señora —intervino Colin, que veía a las mujeres más fuertes y se daba cuenta de que era momento de moverse—. Debemos regresar. Su hijo Brod ha de estar muy preocupado. Ellos sabrán que hacer.

—Sí, he de volver con mi hijo —Isobel levantó la cabeza y observó a Colin con mayor atención—. La muerte de mi esposo debe tener un objetivo sórdido, tanto como ha sido su muerte. Es terrible, pero no permitiré que su legado se extinga. Hemos de sobrevivir.

La desesperación se notaba en el ambiente y Colin la percibió con claridad al reingresar al castillo, custodiando a las mujeres, Megan sosteniendo a Isobel en la grupa de su caballo. Se apreciaba la especial conexión que ambas sostenían, madre e hija unidas en pensamiento y sentimiento. Esto era un elemento revelador más del carácter de la joven; su cualidad premonitória y su sensibilidad frente a la tragedia. Esta era palpable en el rostro contraído de Megan y no era para menos.

Su padre, ese laird del que había escuchado hablar mucho entre los soldados, ensalzando sus dotes de líder y guerrero hasta el cansancio, había muerto de una manera ignominiosa. Eso exponía a todo el clan a un ataque que parecía cernirse inminente y por ello la nerviosidad manifiesta en comentarios excitados ante la falta de directivas. En ausencia del gran Glenn Campbell este lugar, que hacía poco había sido visto como un refugio seguro, parecía casi condenado a la destrucción. De uno de los laterales del gran patio emergió Brod, acercándose a su madre con presteza, en su rostro evidente su inmensa preocupación. Esta acarició su cabeza y le abrazó, para luego decirle con un gesto de tristeza en su faz:

—Hijo mío, este día que tanto temías ha llegado. Más temprano de lo que debería, pues el destino parece haberse ensañado con nuestra familia.

—Madre...

—Deberás ser fuerte y demostrar tu temple y esa nobleza que yo sé que posees.

La ayudó a bajar y la sostuvo cuando pareció que tambaleaba. Las palabras de Isobel llevaron algo de consuelo a Brod, eran un bálsamo de comprensión. Ella bien sabía que su hijo temía no estar a la altura de Glenn, quien incluso ausente, proyectaba una sombra grandiosa difícil de equiparar.

—Lo que ha ocurrido es trágico y mi corazón llorará por ello de aquí a la eternidad. Es así. Pero debemos concentrarnos y no lamer nuestras heridas, inmóviles. Glenn no nos perdonaría que abandonáramos a los nuestros y cediéramos frente a esos villanos que cobardemente tomaron su vida.

—Debes descansar —señaló Megan, pues veía a Isobel agotada y alterada, pero esta sacudió su cabeza en negación.

—Es probable que mi reacción inicial haya asustado a los guardias, y a ustedes cuando se enteraron. No se inquieten, no fue más que la pobre forma en la que pude procesar el pesar más inmenso que jamás haya sentido. ¡Estoy lúcida, hijos míos, y dispuesta a ayudarles! Es momento de pensar con extremo cuidado, para considerar las opciones que tenemos.

—No existen demasiadas —señaló Brod, sombrío—. Desde el fondo de mi corazón los gritos son de venganza. Mis impulsos claman por la cabeza de esos traidores.

—Brod —intervino Megan—. Debes conservar la mente fría, recuerda que no solo velas por nosotros, sino que todo el clan espera una señal de liderazgo.

—No serías hijo de tu padre si la pasión no te obnubilara de tanto en tanto. También has heredado de él la capacidad de razonar. Este no es el tiempo de la venganza, que tal vez vendrá en su momento. Es el tiempo del resguardo y del cuidado.

—Lo que pienso cuando contengo mis emociones puede ser mal interpretado... —dijo en tono bajo, dubitativo—. Pienso en que es necesaria la retirada, el abandono de este que ha sido nuestro hogar por generaciones —Agachó su cabeza al expresarlo, pues sentía que su pensamiento equivalía a sugerir lo que podía verse como una huida cobarde.

Colin escuchó con atención, observando los rostros de la familia, sobrecogido por la intimidad de las palabras que escuchaba y la intensidad que encerraban. Una rápida mirada a su alrededor, más temprano y ahora mismo, permitían entender que las fuerzas de los Campbell estaban menguadas y sin el gran líder, toda alianza que pudiera haberse gestado que contuviera a otros clanes, estaba finiquitada. Los hombres tendían a someterse ante los más fuertes, pero cuando la debilidad aparecía y se evidenciaba, ese era el primer blanco de ataque. Como las jaurías, todos tendían a ir contra el caído. Y eso eran los Campbell ahora, mal que les pesara reconocerlo.

—A veces —intervino con cautela—, una retirada a tiempo es esencial para reagruparse. Asumir una derrota temporal, organizarse para volver con todo a recuperar lo que se quiere.

Megan le miró con agradecimiento, aliviada de que él participara para aportar tranquilidad a los suyos. Continuaba mostrándose una y otra vez como un hombre sensible y lógico. Su talante aumentaba a cada instante ante sus ojos.

—Este pensamiento que acabo de esbozar en voz alta, que a mí mismo me parece tan impuro, tal vez lo interpretan ustedes adecuadamente, pero... ¿Qué hay de los demás? ¿Cómo tomarán la propuesta de un líder inexperto, que lo que les sugiere es correr?

Había tal tono de desesperanza en las palabras de Brod que tanto su madre como Megan lo abrazaron.

—¿Cómo entenderá nuestro tío lo que pienso?

—¿Cómo he de entender qué? —la voz de Lyle se escuchó a un costado—. Isobel, me alegra verte bien —tomó su mano—. Por un instante temimos también por ti. En mala hora dividimos fuerzas. Solo dimos a nuestros enemigos la oportunidad que esperaban. ¡La muerte de Glenn será vengada! —había pasión en su voz.

—Tío... —dijo Megan—. Hay asuntos de mayor urgencia.

—Lo sé. Tú eres el líder ahora —sostuvo, mirando con fijeza a su sobrino, al que notó alicaído—. Tú debes decirnos cómo proceder. Te prometo que te seguiremos en lo que decidas.

—Es muy difícil decidir qué hacer. Nuestros enemigos parecen proceder de varios lados y nuestra fortaleza ha cedido mucho. Ha habido deserciones, las lógicas de aquellos que procuran marchar con sus familias para protegerlas de la mejor forma que pueden. Las tropas que fueron en apoyo al Rey Carlos están lejos y tardarían semanas en retornar, eso contando con que se enteren rápidamente de lo ocurrido... Si nos quedaba algún aliado, este se irá rápidamente de nuestro lado al enterarse de la muerte de Glenn.

—Los MacDowell están con nosotros —sostuvo Isobel.

—No les podemos pedir que nos sigan y se plieguen en una guerra casi perdida —masculló Brod—. Bastante es que sostengan a la familia —Giró sobre sí mismo para mirarlos—. Tengo una propuesta, y lo digo así porque resulta tan temeraria que no obligaré a nadie a sostenerla.

—¿De qué hablas? —inquirió Lyle.

Brod sostuvo su mirada, decidido a hacer caso a su pensamiento.

—Aunque temo cómo me miraras cuando diga esto y que lo interpretes de la peor manera, considero que nuestra única opción es la retirada.

—¿Retirada? —sostuvo el otro con enorme sorpresa—. ¿Dejar nuestro hogar, nuestro bastión por siglos y que el nombre Campbell caiga en el fango? ¿Que todo lo que nuestro padre y mi hermano hicieron se pierda? ¿Eso es lo que propones?

Brod se mostró altivo, por primera vez confrontando a su tío, enardecido por el tono de reproche de sus expresiones.

—¿Crees que no conozco nuestra historia? ¿Qué valoro tan poco nuestra tradición y nuestro clan? ¡Mal me conoces si así lo planteas!

—¿De qué otro modo interpretar lo que propones?

—¿Cómo lo único posible que aseguraría la sobrevivencia? —terció Megan en la disputa, haciendo que Lyle la mirara con extrañeza.

—¡Nuestro deber es luchar, defender lo que tenemos!

—No tenemos nada más que inseguridad y traición a nuestro alrededor.

—¡No abandonaré a los míos!

—¡No es lo que estoy diciendo! —Brod se acercó otra vez a él—. Es una cuestión de salvar lo que se puede mientras aún hay tiempo. Irnos a lo más recóndito de nuestras montañas para reagruparnos y urdir nuestra venganza.

—Estoy convencido de que si convencemos a Ian...

—Deja a Ian, Lyle —la que intervino fue Isobel, que entendía la incompreensión del gigante, quien siempre había sido apasionado y temerario, poco dispuesto a razonar en los momentos de mayor tensión—. Tu familia está segura con él, Kirstie y Ewan también. No los exponamos a la incertidumbre. ¿Es lo que quieres, que no haya refugio para ellos? Porque si te empeñas en ir allí

y empujar a Ian a una definición, también llevarás la furia de Alistair Mac Donald.

El discurso de Isobel, lúcida y cada vez más convencida de que tenía que apoyar a su hijo, dejó a Lyle sin palabras. Caminó en círculos, buscando pensar en frío y apagar el fuego incendiario que lo consumía, el odio que sentía que lo impulsaba a correr al galope tendido para tomar la vida de Alistair. A la par, escuchaba las palabras de Brod, que trataba de explicar su estrategia a las mujeres y a Colin, que le miraba con atención extrema.

—Todas las probabilidades están en nuestra contra. De quedarnos, podríamos sostener la posición en el castillo tal vez algunos días, pero seríamos arrasados al final. Y en el interín, las tropas de Mac Donald harían estragos en nuestros campesinos, buscando quebrarnos y dejarnos sin resistencia. Irnos también afloja presión sobre ellos. Alistair es ambicioso y no dejará de considerar que es mejor explotarlos que eliminarlos. Estarán en la miseria, pero vivos.

—Algunos de seguro prefieren morir con orgullo que vivir así —acotó Lyle, aunque Brod continuó.

—Marcharemos al norte, por los senderos más estrechos y peligrosos. Nos adentraremos en el corazón de las montañas. Será duro, durísimo. Que crean que huimos y no volveremos. Allí, buscaremos reagrupar fuerzas. Enviaremos emisarios para que vuelvan nuestras tropas en el sur.

—Glenn hizo el acuerdo de sostener al Rey —sentenció Lyle.

—Glenn no está —dijo amargamente Brod—. Cualquier compromiso que pueda haber asumido ha caído y de seguro nuestras tropas estarán ansiosas de retornar a luchar por lo suyo. Por otro lado, debemos hacer saber a Ian nuestras intenciones. Procurar su compromiso de neutralidad, por ahora, pero conminarlo para apoyarnos en nuestra vuelta.

—Todo eso es muy difícil cuando el resto de los clanes parece apoyar sin remilgos a Alistair.

—¿Cuánto puede durar eso? Hasta que comprendan que hicieron un pésimo negocio —intervino Isobel—. Su traición a Glenn, cuando este no tuvo más que consideraciones para ellos, será la piedra que les hundirá. La ambición de Alistair no tiene límites. Tomará de ellos lo que quiera. Es cuestión de tiempo para que se rebelen o se mantengan al margen si otro lo hace.

—Incluso... —intervino Colin, para interrumpirse al pensar que se involucraba en un asunto muy privado, aunque el gesto de Brod para que continuara lo alentó—. Podemos propiciar ese descontento si actuamos con inteligencia y desde las montañas, en pequeños grupos. Golpear una y otra vez el bolsillo de los lairds aliados del tal Mac Donald, o hasta él mismo.

—¿Actuar como bandidos? —torció el gesto Lyle.

—Si mal no recuerdo, eso fue lo que hiciste en su momento —le recordó Isobel y él agachó la cabeza con contrición, aceptando su verdad.

—No es más que actuar con astucia y usar las debilidades de los enemigos, sus disidencias, que de seguro existen, a nuestro favor —siguió Colin.

—Nada de eso será posible si nos quedamos aquí, esperando a morir como guerreros. Mi oferta es replegarnos para luchar cuando estemos listos —Brod miró a todos y recibió la aquiescencia de su madre, de Megan y de Colin. Lyle lo consideró algunos minutos más y luego asintió.

—Tienes razón. El orgullo y la ira no me pueden cegar. Acepto lo que dices y lo apoyo, Brod. Es difícil para mí reconocer que las cosas han cambiado, pero tienes razón. Irnos dará tranquilidad y seguridad temporaria a los nuestros. Temo que lo interpretarán como un abandono.

—Nuestra familia no. Enviaremos a Isobel y Megan allí, más otros que deseen y lo harán saber.

—¡Estás muy mal si crees que yo voy a ir a tierras MacDowell! Soy una guerrera, creo

haberlo demostrado —siseó Megan.

—Megan, no lo hagas difícil. Lo que viene será tremendo, no quisiera...

—¡No me importa lo que tengas que decir en este aspecto! Para lo demás, respeto tu liderazgo y admiro tus planes. Y estaré a tu lado para instrumentarlos.

—No me arriesgaría a una nueva triquiñuela de Megan para ir con nosotros. Sabes que solo perderíamos energías tratando de detenerla —sostuvo Lyle.

—También iré con ustedes —agregó Isobel y negó cuando Brod quiso hablar—. Hijo, no tienes idea de los desafíos que plantea la montaña. Viví protegida por ella hasta que conocí a tu padre. Conozco esos caminos y sus refugios como la palma de mi mano. Los guiaré.

—Hace demasiado tiempo de ello —intervino Megan, preocupada por su madre.

—¿Qué puede haber cambiado? Estaré más segura con ustedes. Alistair me odia y me desprecia, siempre tuvo comentarios ofensivos sobre mí. El mote de bruja ha sonado muchas veces en su boca. No dudaría en usarme para hacer su victoria más entera.

Brod suspiró y entonces Colin intervino:

—De seguro puede ser fácil perderse en esas montañas, sin acceso a agua o alimentos. Nos ahorraría caminos y tiempos, y Dios sabe que los necesitamos ahora.

Suponía que, dada la obvia terquedad de Megan, no habría fuerza humana que la dejara atrás, eso le constaba a pesar del poco tiempo de conocerla. Podía defenderse bien y seguro no la consumiría el pesar de quedar encerrada entre murallas amigas mientras los suyos iban a un desafío que podía implicar su final. Porque lo que le quedaba muy claro al irlandés es que la estrategia podía funcionar, pero ameritaría muchos sacrificios y contaba con ayudas o disidencias que podían o no acontecer.

—¿Decidido entonces? ¿Tengo tu apoyo, tío Lyle? —buscó cerrar la discusión Brod.

—Lo tienes.

—Es momento de reunir a los nuestros y explicarles todo. Habrá resistencias.

—Debes exponer tus razones como has hecho conmigo. De seguro es público menos complicado —sonrió el gigantón, alentando a su sobrino a pesar de que aún su corazón temía estar tomando la peor de las decisiones.

Esa noche y junto a una gigantesca fogata en el corazón del castillo, el gran salón que a tantos líderes y hombres necesitados de ayuda había recibido cuando Glenn lideraba, los principales guerreros del clan escucharon a Brod. La primera reacción de algunos fue exponer sus reparos, pero estos fueron uno a uno rebatidos. Brod habló con autoridad y seguridad, pero también fue muy claro al decir que no tenían opciones próximas que los salvaran. Les habló de contener el orgullo, como el gato montés que se retrae y huye al ser herido y muestra sus garras al recuperar vigor, usando su astucia y destreza. Les prometió volver, les juró que así sería, en lo que sonó como un compromiso de honor.

—Que la retirada indigna que mañana haremos para sobrevivir, sea el comienzo de nuestra recuperación. Que nuestros enemigos crean que la traición hizo efecto y huimos como cobardes. Bien sabemos que no lo somos. Volveremos desde las sombras, cuando no nos esperen. ¡¡Y ay de ellos, ay de ellos!! No habrá lugar en el mundo donde puedan esconder sus inmundas caras. La venganza será nuestra, pero nosotros impondremos cuándo.

Los coros de voces se elevaron y pronto todos coincidían, embargados por una comunión de convicción, dolor y deseos de revancha.

—Nuestros enemigos creerán que nos han vencido y querrán tomar lo nuestro. Pero acá no quedará nada, salvo las negras paredes. Arrasaremos con todo, para que nada de lo que amamos

sea mancillado. Nuestro espíritu marchará orgulloso, pues el clan somos nosotros. Este castillo, nuestro símbolo, el de mi familia, será tomado. Pero estará despojado de valor. Y cuando el momento llegue, lo recuperaremos. Soldados, descansen. Mañana es el comienzo de una nueva aventura.

Dieciséis.

Los grupitos de hombres en el salón hablaban y debatían, todavía rumiando las acciones padecidas y las decisiones tomadas:

—Es lo único posible dadas las circunstancias...

—No hemos de tomarlo como una derrota permanente...

—Dejaremos que ese cobarde de Alistair Mac Donald crea que nos ha vencido...

—El espíritu Campbell es mucho más que este castillo...

Por todos ellos discurrió Brod, seguido muy de cerca por Lyle. Querían dejar bien sentadas todas las implicancias de lo que acababan de decidir, nadie podía tener dudas de que era transitorio, aunque difícil estimar por cuánto tiempo.

—Tal vez nuestros enemigos piensen que, al hacerse con este castillo, al retirarnos en lo que va a aparecer una huida, toda la historia está contada. Esa es la intención. Mas juro por la memoria de mi padre que no van a encontrar más que rescoldos. ¡Quemaremos todo, reduciremos a cenizas aquello que no podemos trasladar! —sentenció Brod

—Que solo encuentren la sombra de nuestro poderío. ¡Carguen solo lo necesario e indispensable y prepárense para marchar! Iremos rápido y sin pausa hasta alcanzar el refugio temporal de la montaña. La coalición de clanes ha de estar cerca e intrigando en nuestra contra. Todo lo que no pueda ir en la grupa de un caballo, será prendido fuego.

Isobel y Megan observaron su deambular y sus palabras seguras, así como las respuestas honestas y sentidas. Rogaron porque los escucharan y asumieran su liderazgo sin lesionar al clan desde adentro. Ante la amenaza externa, era esencial la unidad.

—¡Ya escucharon! —bramaba Lyle, con su corazón estrujado, pero entendiendo que el plan de su sobrino era de una lógica irrefutable—. A todos nos impulsa la ira y las ganas de venganza inmediata. Pero estamos en clara inferioridad, darían cuenta de nosotros en un cantar. Ya llegará la hora de tomar nuestra revancha.

—Esta será una retirada larga, quién sabe por cuánto tiempo. El compromiso aquí es que volveremos por lo nuestro, por los nuestros —gritó Brod a todos los que se volvían a reunir a su alrededor, cabizbajos y desolados por lo que el destino les deparaba luego de tantos años de tranquilidad y esplendor—. No estoy obligando a nadie a seguirnos, este sacrificio debe ser asumido por convicción. La hora de la venganza y la victoria será más adelante.

—¡Estamos con usted, lord! —gritó uno, seguido de inmediato por otros, en lo que fue un alarido colectivo de furia, desesperación y coraje.

Brod asintió y miró a su tío, agradeciendo el apoyo con un gesto. La siguiente jornada fue de agitación y quehacer furibundo. Isobel y Megan volvieron a afirmar una y otra vez su postura de ir con ellos, y se dedicaron a recolectar lo básico para la sobrevivencia; abrigo, alimentos secos, agua, algunos recuerdos, objetos que daban cuenta del lindo pasado que quedaba atrás y nada más.

Los soldados alistaron sus caballos y les dieron buenos piensos y agua porque era mucho el sacrificio que deberían hacer a partir de la siguiente jornada. La noche les encontró a todos en lo que sería la última cena en el salón que tantas alegrías y buenas noticias había presenciado. La circunspección y el silencio reinaban. Brod no osó ocupar el lugar de Glenn en la cabecera, como si su espíritu aún se elevara poderoso sobre lo que habían sido sus posesiones. Sus herederos,

quebrados y cabizbajos, elucubraban y daban vueltas pensando en lo que les tocaba.

Colin y Leslie habían preparado la cena y la servían en silencio, buscando ayudar en tareas simples y necesarias dado que sus salvadores, devenidos en desgracia, tenían demasiado por pensar y sufrir. Había poco apetito, la desazón cerraba los estómagos y Lyle los estimuló a comer.

—Debemos mantener la energía. Nos espera un largo periplo, peligroso e incierto. Lo mejor es afrontarlo con todas nuestras fuerzas.

—Lyle —le dijo Isobel—. Lamento mucho que debas separarte tan cruelmente de Brittany y tus pequeños. Dura prueba será esta en verdad. Has de tener la confianza en que el mutuo amor que se tienen sostendrá a tu esposa y la mantendrá firme para consolar a tus hijos y esperarte.

—Me conoces muy bien, Isobel, sabes cuánto amo a Brittany. Por eso mismo debo marchar, tiene razón Brod, para no exponerla —la tristeza se colaba en su voz a pesar de sus esfuerzos—. Si ese mugroso de Alistair sabe que varios de los Campbell están refugiados con Ian, no dudará en romper su tregua con los MacDowell y el flanco más débil de los nuestros sufrirá irremediamente. Por eso y porque también sé que ustedes me necesitan, voy, los sigo. Será durísimo, sobreviviremos como podamos, pero lo haremos, no tengo dudas. Los Campbell somos fuertes y esta es una prueba que deberemos sortear con unidad y astucia. Repondremos nuestras fuerzas y planearemos nuestra estrategia con cuidado. Confío en ti, Brod, muchacho. Tú nos traerás de vuelta, lo sé, y estaré a tu lado entonces. Tomaremos nuestra revancha y será dulce. Nuestro amado Glenn obtendrá la justicia que se merece.

—Que así sea —levantó su copa Colin, gesto que fue emulado por todos los presentes en una sentida expresión de dolor y de recuerdo.

El resto de la velada fue corta y silenciosa. Al finalizar, Brod se dirigió al salón de armas, donde permaneció mucho tiempo, mientras los demás trataban de conciliar el sueño en lo que sería una noche muy especial. Observó largo rato la espada Claymore de su padre, la que había recibido del abuelo Gordon y, antes que él, habían sostenido todos los líderes Campbell. Retazos de su infancia y primeras armas pasaron ante sus ojos, nublados por las lágrimas que se sintió libre de derramar en la soledad del salón. No había querido hacerlo frente a los otros para no dar una imagen de debilidad que le quitara convicción como líder. Ocultó su dolor con solvencia, aunque supuso que su madre y Megan sabían que estaba desgarrado por dentro.

Lo agobiaba la culpa de no haber estado para defender a Glenn, amén de sentirse poco merecedor de un puesto que su padre había manejado con tanta naturalidad y claridad. Seguro que aquel hubiera tenido una mejor solución que la que él proponía. Huir... ¿Era en verdad lo que quedaba? No podía pensar en otra opción. Lo que sí estaba seguro era que lo hacía no por temor, sino porque era el camino para ganar tiempo y recomponer las fuerzas de su ejército.

Esperaba estar tomando una decisión que salvara a los suyos. Se incorporó y fue hasta la pared donde estaba la espada y la tomó, sopesándola y trazando golpes en el aire con ella. Luego la acarició y juró en un murmullo que sus enemigos pagarían por lo hecho y que esa arma atravesaría el corazón de los traicioneros; el despreciable laird Mac Day, mísera marioneta, y Alistair Mac Donald.

El leve ruido le hizo girar y entonces vio que, a algunos metros, la joven muda lo observaba en silencio. Ella se había convertido casi en su sombra, una presencia constante a su alrededor que, sin molestar ni interferir, le acercaba con presteza y dulzura lo que necesitaba. Había estado tentado de decirle que no lo hiciera, que él no la consideraba una criada ni tenía por qué hacer tareas a su favor como pago por haber sido salvada. Lo que lo había detenido era que le gustaba tenerla cerca; ella era uno de los pocos rostros que podía observar sin sentir urgencia.

Ver a Megan, a su propia madre o a su tío era sentir la espina de la responsabilidad: por seguir los pasos de su padre y ser un buen líder; luego por ser el mejor guerrero, y ahora, en la decadencia, por la venganza. Esta para él no solo era un deseo, sino que se imponía como un deber para los suyos. La veía como la única posibilidad de redimirse y de poder ocupar el puesto que su padre había dejado al morir. No podía considerarse merecedor del mismo si no tomaba revancha. Entre todas esas presiones que se auto imponía, la faz de Leslie era un remanso; en su silencio y la inmensidad de sus ojos encontraba descanso.

—¿Necesitas algo? —le preguntó, mientras se acercaba con la espada entre las manos, lo que hizo que ella apurara un paso hacia atrás, tal vez asustada por su postura. Él se detuvo y levantó su mano para decirle—. No me tengas temor, no recibirás dolor de mi mano. ¿Estás bien?

Se la veía tan desvalida y frágil en su pura belleza. Había estado tan inmerso en la terrible situación de su clan que no había tenido tiempo para considerar qué sería de ella. Se compadeció y preocupó, entendiendo por instinto qué le querían decir esos ojos mansos.

—¿Tienes miedo? —le preguntó y recibió el asentimiento apurado de su bello rostro.

Se acercó a ella y extendió su mano para acariciar su mejilla, tersa como una tela de seda fina. Ella permaneció quieta, aunque sus ojos lo miraban formulando preguntas que su garganta trémula no podía articular.

—Lamento tanto no haberte podido dar lo que te prometimos. Viniste a estas tierras siguiéndonos y confiando en que tendrías un hogar y la tranquilidad que perdiste en el tuyo. Te fallamos.

Su voz era triste y sentida, a tal punto que llevó a Leslie a tomar sus manos y apretarlas, en un gesto que trató de mostrar que ella estaba compungida por él. Podía experimentar el dolor que Brod estaba atravesando porque era el mismo, salvando las distancias, que ella había sentido en Irlanda. Perder lo más querido y lo más sentido se sentía como si el pecho se desgarrara. Luego, al comprobar que no había vuelta atrás, venía un vacío tan atroz y temible que no había presencia que pudiera llenar. Hubiera deseado poder hacer algo por él, algo más que alcanzarle objetos o estar pendiente de sus necesidades.

Entre todos quienes conformaban la legión que la había rescatado junto a Colin, solo a él se sentía atada, de una manera poderosa y difícil de comprender. Hubiera sido más entendible que se sintiera unida a Megan, quien se había encargado directamente de su bienestar en las semanas que compartieron. Sin embargo, su imán era él, quería seguir a su lado, no podía perder algo más.

Y en el momento que comprendía que la tranquilidad que había ganado se esfumaba, se preguntaba con inquietud que ocurriría con ella y, sobre todo, con él. Ojalá su garganta pudiera formular tales incógnitas y expresar los deseos que tenía, pero por más que trataba, su lengua no respondía. Soltó las manos de Brod e hizo un gesto señalándose y elevando los hombros, esperando que eso fuera interpretado como pregunta por el hombre que la observaba.

—¿Quieres saber qué pasará contigo?

Ella asintió con energía, agradecida de que él la interpretara bien.

—Me gustaría poder darte alguna seguridad, decir que estarás bien. En este momento, empero, tan solo puedo pensar en que lo mejor para mi clan es irnos montañas adentro, en que nuestros enemigos no nos alcancen y se confíen, para dar el zarpazo en el momento menos esperado. Eso implicará sacrificios notables, privaciones y un ritmo de marcha que será muy difícil de sostener. Nos van a perseguir y tenemos que ser más rápidos.

Ver como su rostro se cubría de tristeza evidente y su cuerpo parecía encogerse le hizo entender que ella temía por su vida. Por ello, movido por una intensa piedad y en contra de su

lógica, su corazón le llevó a asumir otra responsabilidad, una que no estaba seguro si podría cumplir, pero no podía evitar.

—No temas. Juro que te protegeré, estarás bajo mi cuidado y no te dejaré. Tú eres una de las mujeres de mi clan ahora, y como tal asumiré tu protección

Las lágrimas se desprendieron como pequeñas gotas de lluvia de sus bellos ojos y ella le abrazó con desesperación, tomándolo por sorpresa e inmovilizándolo. En otro momento se hubiera sentido desconcertado y confundido sobre sus intenciones, pero la serie de tristezas y muertes vividas le permitían entender el alivio de ella al asumir que él acababa de tomar recaudos por su destino. Ojalá pudiera responderle, a ella y a los suyos. La calidez de su cuerpo trémulo casi hizo que la abrazara de vuelta, necesitado de contención y refugio, aunque reaccionó a tiempo.

—Ve ahora y trata de descansar. Partiremos al amanecer. Asegúrate de tener buen abrigo y conseguir suficientes alimentos secos, lo que puedas cargar. Viajarás en mi grupa y te cuidaré. Sin duda Colin hará lo mismo cuando sea necesario el relevo.

Diecisiete.

Castillo MacDowell

Ian MacDowell azuzó a su caballo para apurar la llegada al castillo. La recorrida por sus tierras, que había emprendido como algo de rutina, acción que le permitía acercarse a los arrendatarios y conocer de primera mano sus problemas, había quedado trunca al escuchar el rumor que se extendía con rapidez por todo el territorio, llevado a lomo de caballos por jinetes y trashumantes. El grito que se repetía por las llanuras era increíble por lo intempestivo: Glenn Campbell estaba muerto, eso decían.

La sorpresa lo dejó estupefacto y se le antojó algo imposible, hasta que las distintas voces completaron el esquema. Se hablaba de su asesinato, cruel y vil, por sorpresa, aunque los autores se desconocían. No pudo más que suspender sus actividades y regresar, no podía ser otro que él quien diera cuenta de la mala nueva a Ewan Campbell. Este había llegado apenas unos días atrás, pidiendo refugio para Kirstie, su hermana, así como la familia de Lyle, el gigante menor de los Campbell.

No tenía que pedirlo, este castillo también era de su hermana y sus hijos, estaba fuera de discusión. Este acto trajo más cerca la inquietud y zozobra que atravesaban las Tierras Altas, una que había estado observando y de la que ya había dado cuenta a Glenn. Al parecer, esta información era la que había llevado al laird Campbell a pedir a Ewan que condujera a las mujeres con él, donde estarían seguras. Se avizoraba la inminencia del conflicto armado y no quería exponer a los más débiles del clan. Que el mayor líder de la región tomara tales recaudos daba cuenta de cuánto habían cambiado las cosas. Y si los rumores eran reales, había tenido razón, los había sufrido en carne propia, lamentó.

Ian hacía mucho tiempo que no tomaba partido en los conflictos y escaramuzas entre los lairds de la región; los años de ostracismo a que lo habían sometido los otros clanes hacía mucho, cuando aconteció la muerte de su padre Blair MacDowell, habían terminado con la decisión de Glenn de considerarlo para la unión, así como por su propia actitud de acercamiento al resto. Esta lejanía le había provisto de la adecuada mirada ante tales contiendas: entendió que era capaz de convivir y mantener la neutralidad necesaria para el bienestar de su clan.

Una que los otros respetaban porque la magnitud de sus fuerzas era considerable y peligrosa. Que no luchara innecesariamente no quitaba solvencia y fuerza a sus guerreros, que no dejaban de ejercitar y estar bien armados. Creía mucho en eso de evitar los conflictos, pero estaba preparado en la eventualidad de que las cosas cambiaran. Su mente viajó atrás mientras cabalgaba: luego de idas y venidas, incentivado por el viejo Edwards, su suegro, había apoyado con entusiasmo la decisión de Glenn de conformar una federación que permitiera discutir y negociar frente a los conflictos que siempre surgían por las tierras, los límites y ganados.

No había sido un proceso fácil para él; buen tiempo le había costado comprender que los Campbell no eran su enemigo y en eso había sido fundamental su hermana melliza Kirstie, a la que durante muchos años mantuvo lejos, considerando que les había traicionado, al clan y a Blair, por Ewan Campbell. Cuando el amor llegó a su propia vida con Elsbeth Edwards, entendió cuán poderoso era ese sentimiento, tanto que era capaz de cambiar a las personas, haciendo que aflorara lo mejor de ellas. Eso y su propio cariño entrañable por Kirstie, con la que lo conectaba

ese especial sentimiento que solo los nacidos de la misma entraña y al mismo tiempo podían experimentar, lo hicieron retomar sus vínculos y abandonar su orgullo para conocer a sus sobrinos.

La paz que había caracterizado a las Tierras Altas comenzó a romperse cuando los ingleses redoblaron sus luchas por el poder y extendieron estas a sus dominios de Irlanda y Escocia, exigiéndoles tomar bandos. La decisión de Glenn de apoyar al Rey Carlos, incluso enviando sus propias fuerzas, dejando atrás el hecho de que habían sido enemigos, no fue bien aceptada por algunos clanes y comenzó a erosionar la hasta entonces incuestionable figura del líder Campbell. Esto fue aprovechado por el ambicioso y trepador de Alistair Mac Donald, quien se posicionó en el extremo, manifestando su apoyo a las fuerzas de Oliverio Cromwell.

Como si le interesara; para Ian estaba claro que la suya era una postura oportunista. Lo grave fue comprobar que otros líderes coincidían con aquel, abandonando el apoyo a Glenn, aunque sin manifestarlo expresamente en la cara, como debió ser, como correspondía a hombres valientes. El propio Ian se había preguntado varias veces si era prudente apoyar a Carlos; después de todo, los ingleses tendían a tomar lo ajeno sin consideraciones de ningún tipo. Sin embargo, confiaba en la claridad y en la inteligencia de Glenn.

Había aprendido a hacerlo a regañadientes y luego de muchos años de odiarlo por la muerte de su padre. El buen Glenn no solía equivocarse y, por sobre todo, lo guiaba un natural sentido de justicia. Alistair Mac Donald, por otro lado, era un ambicioso sin freno; casi tanto como lo había sido el padre de Ian, Blair. Como aquel, no dudaba en utilizar cualquier estratagema para tomar aquello que deseaba. Los rumores de alianzas de los clanes menores eran un ejemplo; de seguro les ofrecía más de lo que les daría en verdad. Lo más notable de eso era que demostraba lo efímero que eran algunas alianzas y lo lábil de algunos líderes.

Sin dudas, si Glenn realmente estaba muerto, muchos no dudarían en pasarse de inmediato a la tutela de Alistair. Era mejor estar a su lado que en su contra, pensarían, máxime si no existía contrapeso a su poder. No sería el caso de su clan, eso lo tenía muy claro. Pero debía proteger a los suyos. Suspiró y al avistar su reducto, apuró más a su cabalgadura, para ingresar y desmontar con celeridad. Caminó a grandes zancadas, buscando a su esposa Elsbeth.

Necesitaba su consejo, no podía llegar a los Campbell con tal rumor sin más, debía pensar como transmitirlo. Estarían devastados, querrían volver al castillo a comprobarlo, lo que sería peligroso y se prestaría a más violencia y derramamiento de sangre. No quería que se expusieran, como tampoco a los de su clan. Era momento de planear mucho y con calma, algo que solía faltar en la desesperación.

—¡Elsbeth! —la llamó al ingresar a la habitación, donde la servidumbre le dijo que estaba.

Ella estaba descansando y se elevó, intrigada por el tono perentorio. Su esposo solía ser menos enfático. Ian se alegró de encontrarla a solas y avanzó para sentarse a su lado y tomar sus manos, para luego darle un beso intenso, al que ella respondió con la misma pasión. Al separarse, Elsbeth acarició su cabello y sus ojos le interrogaron. Los años juntos habían sido un bendito tiempo que el destino o el «Buen Señor», dijera ella, les había concedido luego de tanto pesar y dolor. Sentía que lo entendía a la perfección. La única mujer con la que podría haber compartido sus días y tuvo la fortuna de que llegara a él en su peor momento de soledad.

Nunca podría agradecer lo suficiente al difunto Edwards, que había sido el promotor de conseguir su alianza. Cuánto había trascendido desde su primer encuentro, en el que ambos habían quedado molestos, pero que fue el puntapié de otros. Cada uno de ellos ayudó a que su armadura se resquebrajara hasta caer, ante ella y a sus pies.

Iguales sentimientos de agradecimiento, alegría y amor atravesaban a Elsbeth. Haber encontrado a Ian y su amor había sido su salvación; con él había logrado la redención de un pasado doloroso que la había marcado por años, desde su tierna juventud. Él fue el justo pago para el dolor mayúsculo de sentirse vacía y quebrada; con él conoció la ternura, la pasión y la felicidad. El amor le había llegado en su madurez de mujer, cuando creía todo perdido en el mundo de los hombres y pensaba que debería dedicar su piedad a la comunión con Dios. Estar tan avanzada de edad para lo que era normal en su época, había impedido que tuvieran hijos.

En su lugar y para colmar ese vacío, estaban los sobrinos, benditos ellos. Los hijos de Kirstie les habían dado la oportunidad de cuidar y aconsejar por temporadas. Elsbeth los adoraba y no perdía oportunidad de invitarlos cada año para que permanecieran semanas enteras, tiempo que era una bendición. Por ello, tener de vuelta a Beth y Bonnie, además de los hijos de Brittany, esos pequeños traviesos, era algo de lo que estaba disfrutando, a pesar de que se cansaba. No desconocía la complicada situación que los había traído y oraba para que el buen Dios pusiera a todos en su sitio, olvidando las rencillas que llevaban al conflicto. Había sido así por tanto tiempo que lo creía factible; su buen padre había hecho mucho por ello, Dios lo tuviera en su seno.

La inquietud hizo mella en Elsbeth; la expresión de Ian era tormentosa y revelaba a las claras que algo malo estaba próximo o se cernía sobre ellos. Se preocupó, temiendo que la idílica paz que vivían se rompiera y diera espacio a la incertidumbre.

—¿Qué es, mi querido? ¿Qué te agobia?

Le habló con dulzura, derramando en cada palabra el profundo cariño que sentía por él. Eran compañeros y confidentes, además de amantes. Elsbeth había encontrado en Ian a un hombre paciente, comprensivo, aunque algo cascarrabias, gentil a pesar de las aristas bruscas que parecían rodearlo. Mucho había transcurrido desde sus primeros encuentros, aquellos en los que lo había despreciado y malinterpretado, influenciada por la mala fama que tenía. Enamorarse había sido un imprevisto, por así decirlo, algo que no buscó ni esperó. Diez años después, agradecía a la vida por desmentir sus impresiones iniciales y darle la oportunidad de quererlo y ser querida.

Vivir con él era fácil; era un hombre atento, seductor y cariñoso que no dudaba en elegirla una y otra vez. Ella sabía bien que varios miembros del clan la cuestionaban y consideraban que Ian había hecho una mala elección con ella. Era una mujer que no podía engendrar, Dios no le había concedido ese regalo y lo aceptaba con humildad. Eso implicaba que no daría un hijo, el futuro heredero del liderazgo no saldría de su vientre.

Esa preocupación la había llevado a plantearlo a Ian sin tapujos y casi con rudeza, haciéndole ver que ella entendería si prefería deshacer la unión que tenían. No sería sin dolor, claramente, pero ella estaba dispuesta a dar ese paso al costado si su amado lo pedía. La reacción de él fue primero de desconcierto y luego enojo e indignación. Recordaba sus palabras apasionadas como si fuera ayer:

«¿Cómo crees que sería capaz de dejarte, abandonarte a tu suerte como si fueras un objeto? Tú eres mucho más en mi vida que alguien con quien tener hijos. Eres la mujer que amo y bajo ninguna circunstancia querría quedarme sin tus caricias, tus afanes y tu cariño. Amada mía, sé que te preocupa no haber podido tener un hijo, y es factible que creas que a mí me afecta. No es así. Deja los pesares y no te culpes por lo que la naturaleza o ese Dios que tanto amas no te ha provisto. No es sano. Tú eres la señora del Clan MacDowell y nadie va a modificar eso».

«¿Qué pasará cuando tú debas dejar el puesto?».

«Eso será dentro de mucho, si nada cambia. De todos modos, cuando llegue la hora, alguien más lo asumirá, es tan simple como eso. Además, considera que tenemos más familia con la que contar. Lean mismo podría ser una gran opción. Es un joven despierto, bien entrenado y preparado. Es algo que le propondré en el momento adecuado».

El alivio que ella experimentó al saber que a Ian no le inquietaba el futuro y que tenía opciones para él, la liberó de la culpa y se desentendió de los rumores para concentrarse en vivir el día a día.

Verlo ahora tan inquieto la alteró. Acarició el cabello rebelde y rojo, bajando por su mentón y enredando sus dedos en la barba.

—Las cosas se van poniendo mal —dijo él.

—Eso ya lo sabemos, ¿no es así? —argumentó tratando de llevar calma y de que no hubiera exaltación innecesaria.

—Corren fuertes rumores —siguió Ian—. Son recientes y hablan de la muerte de Glenn...

Las facciones de Elsbeth se contrajeron y se llevó ambas manos al pecho, horrorizada ante lo que escuchó.

—¡No puede ser, no puede ser posible! —gimió.

—Eso pensé. Suspiró—. Pero no es uno solo, son varios los jinetes con los que nos cruzamos y todos llevan esa novedad a sus tierras. Hablan de asesinato.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo alguien podría acercarse tanto a Glenn sin que sus soldados o él mismo provocaran la muerte del perpetrador?

—No lo sería en circunstancias normales. Pero no son las actuales. Estos años de alboroto y guerras por todos lados han quebrantado el liderazgo de Glenn y el clan Campbell ha perdido fuerza. Lo sabes, la presencia de Ewan y su familia aquí es buena muestra de ello.

—Sí, eso es verdad —musitó con pesar, impactada hasta las lágrimas por lo que estaba escuchando—. ¿Qué pasará con el resto de su clan, si esto es así? ¿Qué pasará con las alianzas que tanto bien le hicieron a nuestra tierra? Glenn llevó cordura y pacificó nuestras laderas, esas que solían estar teñidas de sangre. ¡Todo será una locura! —susurró con pesar, arrastrando las palabras.

—Eso creo —asintió Ian, compartiendo su desazón. Él era buen guerrero, pero nada estimaba más que la paz del hogar. Había aprendido a hacerlo con Elsbeth—. Eliminado Glenn, el laird Mac Donald no tendrá a nadie que se interponga ante sus deseos de poder. Quienes se planten como enemigos a su paso, sufrirán.

—¿Qué haremos nosotros, Ian? —señaló con ansiedad.

—No debemos precipitarnos y sí estar muy alertas. Me corresponde proteger a los míos y tú sabes que no comprometeré mi neutralidad a menos que sea estrictamente necesario. Esa ha sido mi estrategia desde que tomé el liderazgo. No es cuestión de cobardía.

—Lo sé, no pienso eso —acarició su brazo.

—Siempre he considerado que acabarnos en luchas estériles solo refuerza a los ambiciosos y desprotege a los débiles, nuestras familias de trabajo. Si nos atacan, repeleremos con fuerza y no tendremos piedad. De lo contrario, nos mantendremos neutrales.

—¡Debemos proteger a los Campbell! Ellos han venido aquí para obtener nuestra ayuda.

—Así será. Son parte de mi familia también. Quienes están en nuestro castillo tienen nuestra protección. Pero no podemos recibir a todos, querida. Expondríamos la propia supervivencia y nos convertiríamos en blanco de los demás.

—¡Es terrible! Un líder tan justo y fuerte como Glenn, morir así... —movió su cabeza con pesar.

Elsbeth sentía una opresión fuerte en su pecho; había admirado desde siempre al gran líder Campbell, confiando sin dudar en su idea de la unidad. De hecho, había sido gracias a él que había terminado conociendo a Ian, tantos años atrás. Por la idea de unidad entre todos los clanes de Glenn, su padre, su querido padre y ella habían visitado a Ian buscando integrarlo y que dejara su ostracismo, en una alianza que únicamente Glenn pudo pensar y lograr. Una que había durado mucho y parecía que acababa de colapsar con su homicidio.

—La única explicación que encuentro es que le hayan traicionado —suspiró Ian—. Cuando los fuertes tiemblan o muestran un flanco, los cobardes encuentran hueco para sus malas artes. Debemos decirle a Ewan. Hay que sopesar acciones y hay decisiones por tomar.

—Yo iré con tu hermana Kirstie y le informaré. Debemos velar por los chicos y asegurarnos de que sufran lo menos posible. Se avecinan tiempos muy revueltos y peligrosos, hemos de prepararnos y asumir posiciones defensivas.

Ella se recostó en su hombro y él la abrazó con ternura, enredando sus dedos en el largo cabello mientras besaba sus sienes.

—Afortunadamente cuento con tu sostén, querida mía.

—No te equivoques, milord, es al revés —le sonrió—. Ve ahora, es importante que Ewan sepa sin demora lo que está ocurriendo.

Ian asintió y se incorporó con pesadez, dirigiéndose a la puerta para luego tomar por el pasillo que conducía a los dormitorios que habían sido asignados a su hermana y sus sobrinos, además de Brittany y los niños pequeños. Debía confesar que todos habían traído ruido y diversión a su hogar, un lugar de habitual más sereno y silencioso. Era algo que le gustaba; disfrutaba de la charla incesante de Beth, de la revoltosa Bonnie y sus ideas, así como de las corridas y los juegos de los hijos de Lyle Campbell, que parecían ser tan salvajes como aquel mismo. Tener a Kirstie otra vez bajo el mismo techo luego de tanto tiempo era placentero. Supuso que a su madre Catriona le hubiera encantado tanta asistencia y bullicio en las comidas de la noche.

Un pinchazo de angustia le recordó que todavía no superaba del todo su muerte hacía apenas un año, a pesar de que había sido tranquila y en paz. Así había sido su vida luego de sufrir décadas de maltrato por parte de Blair, su padre. Le quedaba la tranquilidad de conciencia de haber podido recuperar la relación y vivir en armonía con ella sus últimos años.

Dieciocho.

Llegó a la puerta deseada y golpeó con suavidad. La voz de Ewan le allanó la entrada. Estaba solo, mirando unos libros y tomando algunas notas. Era el más educado de los Campbell, disfrutaba de conversar con él y enterarse de lo que ocurría por todos los extremos de las tierras. Su sobrino Lean tenía mucho de él y probablemente ese viaje que había emprendido a Inglaterra surgía de los intereses y las curiosidades que Ewan había sembrado, aunque no le gustara admitirlo.

Esperaba que su sobrino pudiera satisfacer esa curiosidad, lograr el conocimiento y la aventura que buscaba, una diferente a las que solían darse en estas tierras. Por Inglaterra y sus salones, esa otra jungla, se luchaba con la lengua y con ardides. Cuando Lean volviera, eso esperaba Ian, estaría más maduro y apreciaría las bondades de esta tierra. Después de todo, era un highlander a pesar de sus intereses por saber y conocer de otras. Le comentaría su interés por hacerlo su heredero. Era algo que consideraba natural, una transición justa para la que debería prepararse. Ian solía pensar que había tiempo, aunque ahora dudaba; la muerte temprana de Glenn le hacía ver cuán frágil eran las alianzas y la vida misma.

—Ian —le saludó Ewan.

—¿Puedo sentarme? —contestó, con una prisa y nerviosismo que no pudo evitar.

El otro le indicó una de las butacas y se sentó a su frente, observándole.

—Pensé que demorarías más en recorrer tus tierras.

—Así es, de habitual... Malas nuevas me han hecho volver con celeridad, una de las que no tengo plena seguridad y prefiero detallarte sin demora.

—¿De qué hablas? —Ewan se adelantó en su asiento, alerta.

—Hay rumores... Se extienden como una peste y he cruzado a más de tres mensajeros que los transmiten.

—¡Habla ya! —le urgió el otro con cierta rudeza, preocupado.

—Se trata de Glenn... Dicen que ha muerto.

El rostro de Ewan se contrajo y se incorporó con estupor.

—¿Muerto? ¿Cómo sería eso posible? Todo estaba bien cuando salimos, él estaba haciendo sus cálculos y pensando estrategias. ¡No pueden haberlo atacado tan pronto!

—Al parecer lo asesinaron, por sorpresa —dijo Ian, también de pie, mirando como Ewan detenía sus pasos para observarlo con incredulidad y furia—. No sé más que esto y no tengo la seguridad absoluta, aunque me inclino a creerlo.

Ewan sintió como si las palabras de Ian llegaran a través de una niebla, anunciando una tragedia en la que jamás había pensado. Las prevenciones de Glenn y los movimientos de sus enemigos habían sido discutidos por ambos. Estaba en el castillo MacDowell por precaución de aquel, por la seguridad de las mujeres y los chicos y era su intención volver pronto. Si esto que le contaba Ian tenía asidero, era algo tan trágico e inesperado que dejaba a todos desarmados y expuestos. Esto sin contar con lo doloroso de asumir que su hermano, su compañero de todas las horas, estaba muerto. Se desesperó.

—¡Tengo que partir de inmediato! He de comprobar si esto es verdad y asumir la defensa del castillo y de nuestras tierras.

—No te lo aconsejo —sentenció Ian, recibiendo la mirada de incompreensión.

—¿Qué quieres decir, Ian?

—Entiendo que la furia y el dolor te cieguen en este momento, y por ello creas que la única opción es ir corriendo a tu hogar, con los tuyos. Como yo lo veo, esto podría ser una trampa, un rumor que se extiende que, con o sin fundamento, lo único que provoca es que te quieras exponer sin objeto.

—¡Son mis hombres, mi clan el que está siendo atacado!

—No lo sabemos en realidad.

—¡No puedo permanecer de brazos cruzados mientras todo se derrumba alrededor!

—No te pido eso. Te aconsejo prudencia. Si en verdad algo terrible ocurrió en tus tierras, uno de los tuyos vendrá pronto a dar cuenta de eso. Tu deber es cuidar a los que tienes cerca, esa fue la tarea que te asignó tu líder.

Ewan se encontraba perdido, desesperado y ansioso. Entendía las razones de Ian, mal que le pesara, pues su instinto le incitaba a ir a sus tierras.

—Ellos están bien protegidos aquí, contamos contigo para eso.

—Eso está descontado. Te pido paciencia. Mañana mismo enviaré a alguien para que averigüe que ha ocurrido con certeza. Entonces podrás decidir. No ganas nada con salir el descampado, desprotegido.

En ese momento ingresaron Kirstie y Brittany, quienes ya habían sido avisadas de la situación por Elsbeth. El rostro de ambas estaba demudado y lloroso. Kirstie se lanzó a los brazos de Ewan, rodeándolo con los suyos, sabiendo que en este momento su cabeza y su corazón debían ser un caos de ideas y sentimientos encontrados.

—Ay, querido mío, ¡cuánto siento esto! Aún no lo creo del todo.

—¿Puede ser verdad? ¿Cómo saberlo con certeza? —inquirió Brittany, con la angustia arrugando su entrecejo, mientras se mesaba el cabello con extrema preocupación.

—Iré y lo comprobaré con mis propios ojos... —exclamó Ewan.

—¡Tú no puedes ir! —gritó Kirstie palideciendo—. ¿Qué tal si es una trampa? Debes serenarte y pensar con la calma que habitualmente te caracteriza, el dolor puede ser atroz, pero tú eres el único Campbell en estos momentos, no puedes exponerte.

—¡Algo debe hacerse!

—Le he dicho que mañana enviaré a alguien para que averigüe lo ocurrido con la mayor discreción. Debemos movernos con cautela, Ewan, debes hacer caso a Kirstie.

La zozobra y la preocupación era evidente en todos los rostros y la tensión comenzaba a elevarse ante la negativa de Ewan a quedarse de brazos cruzados mientras lo que fuere que estuviera ocurriendo en el castillo avanzaba. El golpe fuerte en la puerta interrumpió y al abrir, como respondiendo a plegarias recién levantadas, ante ellos vieron a uno de los lacayos, quien avisó que había un mensajero llegado de tierras Campbell. Con tono perentorio Ian le indicó que lo dirigieran al mismo al lugar donde estaban. No quería que las jóvenes ni los niños, ni siquiera la servidumbre escuchara lo que fuera que tenía que decir ese enviado. Los minutos que demoró en llegar parecieron interminables.

Una vez que traspuso el umbral, Ewan lo reconoció como uno de los guardias y se precipitó a él.

—¿Que ha ocurrido?

La angustia y el rostro compungido del guardia fueron suficiente prueba; su congoja trajo la certeza de la muerte del líder y estrujó el alma de todos.

—¡Entonces es verdad! —dijo Ewan con amargura.

—Milord, nuestro amado y gran líder Glenn fue cobardemente asesinado por aquel que considerábamos amigo. El laird Mac Day se presentó al castillo y solicitó hablar con él, en el patio. Cuando se acercaron al portón central, sin que mediara sospecha alguna, pues la suya parecía una charla amistosa, el cobarde lo hirió de muerte, para luego huir sin que pudiéramos evitarlo, en nuestro desconcierto. Tratamos de salvar a su hermano, pero nada pudimos hacer por él.

—¿El laird Mac Day? —gritó con horror Kirstie—. ¿Cómo pudo hacerlo? Recibió nuestra hospitalidad, comprometió a su hija en matrimonio con nuestro hijo. Santo Dios, Lean va a estar devastado.

—No lo entiendo —señaló Brittany, desconcertada—. Tuvo muchas oportunidades de hacerlo antes. ¿Qué gana con esto?

—El muy maldito no tenía idea de las alianzas que se tejían en nuestra contra cuando comprometió su palabra —dijo Ewan—. Yo mismo le vi desconcertado cuando se lo pregunté. Solo le tocó sumar y ver que había hecho un mal negocio con el compromiso y corrió a ofrecerse a Alistair. Este sumó dos más dos y debe haberle exigido una prueba de fidelidad. ¿Quién con mejor oportunidad para acercarse a Glenn que un futuro integrante, alguien que se había ganado la confianza? Así se debe haber conformado la alianza entre ambos —todo aparecía tristemente claro para él—. Eso significa que el castillo está absolutamente expuesto. Debo ir a tomar liderazgo —agregó con decisión.

—Milord, hay más. Estoy aquí porque el nuevo laird me ha enviado.

La sorpresa se dibujó en los rostros de todos y antes de que pudieran emitir palabra, el guardia continuó.

—Las tropas de Irlanda regresaron a las pocas horas de muerto Glenn.

—¿Lyle ha vuelto? —inquirió Brittany, con angustia en la voz, temiendo lo peor.

—Sí, miladi. Envía esto para usted —Le entregó una nota breve, que Brittany leyó con rapidez.

En pocas palabras, las que Lyle podía escribir, su esposo la instaba a permanecer allí y a esperarlo. Levantó su rostro lloroso y solo pudo decir:

—Se marchan...

—¿Cómo que se marchan? ¿Adónde?

—El laird Brod ha dado la orden de abandonar el castillo y quemar todas las pertenencias. Somos muy pocos y no podremos resistir los batallones que se forman en nuestra contra. Iremos hacia las montañas. Contamos con que Mac Donald crea que nos ha vencido. Buscaremos sobrevivir hasta que el enemigo se confíe. En poco tiempo, comenzaremos acciones de hostigamiento, y a la vez esperaremos por las tropas que están en el sur, a su regreso

—¿Es imposible saber cuándo puede acontecer eso! —agregó Ewan.

—El laird pide que usted se dirija por escrito a Lean para que él se encargue de ir en busca de las mismas, las entere de lo que ha ocurrido y les ordene volver.

—Es peligroso —musitó Kirstie.

—Pero necesario —agregó Ewan.

—El lord Brod confía en la fractura que pueda producir la actitud ambiciosa de Mac Donald en esa ocasional alianza de líderes; esto jugará a nuestro favor y podremos recuperar las tierras. Entonces, tomaremos la revancha por la muerte de nuestro líder, el gran Glenn.

—¿Eso es algo que podría llevar meses! O no ocurrir —razonó Ian—. Requiere mucho conocimiento y disciplina para sobrevivir.

Ewan asintió, con pesadez.

—Implica un sacrificio terrible de su parte, uno que no sé si podrá tener frutos.

—¿Por qué Lyle no vino con su familia? —explotó Brittany, histérica, sollozando quebrada—. En su lugar, apuesta por una aventura alocada que pocas posibilidades de éxito puede tener...

—Querida... —la consoló Kirstie—. Sin dudar, lo hace por nosotros... Venir aquí convertiría al hogar de Ian y Elsbeth en un blanco para Mac Donald.

—¿Qué hay de Isobel y de Megan? —Kirstie inquirió directamente al guardia.

—Ambas están bien, pero se negaron a venir. Irán también.

—¡Eso es una locura!

—Fue su decisión y no hubo quien las convenciera de lo contrario.

—Isobel conoce mejor que nadie los caminos por los que deberán transitar, es la verdad —afirmó Ewan—. Están tomando una decisión tan compleja...

—No han de tener otra opción. Implica un sacrificio atroz y una confianza desmedida en las acciones ajenas. Poder convocar a nuestras fuerzas desperdigadas, que Mac Donald rompa el propio tejido que formó con el resto...

—Es toda una situación terrible. Lamento no poder proveerles de nada más que de refugio —intervino Ian.

—Es todo lo que necesitamos, te lo agradecemos profundamente.

—Mi compromiso es que si funciona ese arriesgado plan y las previsiones de Brod se concretan, las fuerzas de mi clan estarán a su servicio.

Ian tomó la decisión con rapidez, evaluando evaluar la situación tan fríamente como pudo. Debía sostener su neutralidad lo máximo posible, pero eso no significaba entregarse al enemigo ni dejar a sus aliados en la estacada. Sintió que Elsbeth tomaba su brazo y lo apretaba, en señal de apoyo. Solo podían esperar que los Campbell encontraran un refugio que les sostuviera mientras lo más terrible pasaba.

Diecinueve.

Castillo Mac Donald

Alistair Mac Donald se paseó con calma y evidente satisfacción frente a los hombres del dispar ejército reunido en la explanada, tropas variadísimas en plaids y clanes en las que sus hombres lideraban. Su felicidad era antológica; por fin tenía lo que merecía, lo que su destino marcaba. Su trabajo subrepticio de meses, las intrigas derramadas, las orejas en las que susurró la necesidad del abandono de la fútil alianza sostenida por Glenn Campbell, terminaron dando los frutos esperados.

En esta instancia de triunfo, uno que lo excitaba sobremanera, comandaba más de seis clanes, los que le reconocían autoridad y se plegaban a sus órdenes y designios. No importaba si esto era por convicción o temor, prefería el pie encima de los demás que la mano tendida; los hombres obedecían por miedo y cuando negociaban, nunca era para siempre. Que lo dijera Glenn desde el Infierno o donde estuviera; sonrió frente a su sarcástico pensamiento. Elevó su cabeza con orgullo mientras arengaba a los hombres dando cuenta de lo sencillo que sería ir al, hasta entonces, inexpugnable castillo de los Campbell y tomar lo que querían; estaba claro que el combate sería a su favor.

Era un hombre de una ambición irrefrenable, la que completaba con escasos escrúpulos y crueldad llamativa, incluso entre hombres acostumbrados a la rudeza y el combate feroz. Había discrepado desde temprana edad con su padre, un laird timorato y despreocupado por liderazgos, que había hecho de la cerveza y el whisky su razón de ser, dejando arrinconada la que su hijo soñaba como la responsabilidad de llevar a su clan a lo más alto. A él, por otro lado, lo caracterizaba un mal talante notable que se transparentaba en su boca de trazo fino y mueca despectiva y en la nariz aguileña, hasta desproporcionada en relación al resto de su rostro. Sus ojos de un negro profundo miraban calculadores, evaluando lugares, personas y situaciones.

Tenía una natural cualidad para alentar las ideas o sentimientos oscuros de los otros, en la medida que sirvieran a sus objetivos. Estos eran de meridiana fijeza hace años: comandar las Tierras Altas y tener a todos sujetos a sus órdenes e intereses. Durante el mismo tiempo el escollo fundamental fue Glenn y su absurda perorata por la unidad de los escoceses. Su infausta decisión de apoyar a un Rey desgastado y mal conceptuado le habían restado aliados y eso lo había capitalizado él con paciencia y astucia. El resultado era que, a diferencia de lo que podría haber pasado en años anteriores, hoy los Campbell no solamente estaban fregados, sino que habían perdido al líder de líderes. «El magnífico Glenn Campbell», pensó sardónico mientras su caballo giraba y miraba adelante. «Bastó bien poco para terminar con él, quien lo hubiera dicho».

Dio la vuelta para observar otra vez a los hombres que aprontaban armas y cabalgaduras y sus ojos buscaron instintivamente al que había hecho posible tamaña novedad: Tristán Mac Day, ese hombrecito tan insignificante y despreciable. «La suerte y el destino tramaron a mi favor cuando este ignoto líder arribó para ofrecer su ayuda. Mucho habría perdido si hubiera cedido a mi primer instinto de expulsarlo sin más».

Dentro de las acciones de las que Alistair desconfiaba estaba la traición, más que por prurito personal por cuestiones estratégicas. «Traidor una vez, traidor siempre» solía considerar. Sin embargo, la oferta que había traído había sido muy difícil de rechazar y hasta de una tontería

evidente. Ostentaba a su hija como trofeo al anunciar que hacía días que su compromiso con uno de los jóvenes Campbell había sido anunciado y, por tanto, tenían acceso y llegada al líder de ese clan. Recordó cada frase del diálogo y situación.

«¿Por qué vienes a mí, peligrando que mi espada tome tu pecho, vanagloriándote de tu alianza a los Campbell cuando sabes que es mi enemigo?». Había curiosidad y fastidio en su voz.

«Mi buen lord», había respondido con la adecuada contrición el tal Mac Day. «Lo difícil que es sobrevivir o mantenerse para los pequeños clanes como el mío, hace que busquemos alternativas. Eso pensé que era el clan de Glenn: mi oportunidad. Sin embargo, apenas conseguido el objetivo, me he percatado del error cometido. Sus fuerzas están menguadas y temen. Le temen a usted, milord», dijo arrastrando el tono para sonar convenientemente lisonjero, en un gesto que Alistair vio natural. «Por ello, no dudamos en venir aquí, considerando rota nuestra promesa de manera unilateral».

Tristán usaba la verdad a su favor. El instinto de supervivencia le había empujado a tierras de Mac Donald al comprender que los Campbell estaban rodeados y sus oportunidades eran pocas. No podía darse el lujo de permanecer del lado vencido. El laird Alistair le escuchó con atención y evaluó con rapidez la utilidad que podría encontrar al hombrecillo, al que además flanqueaba su apetecible hija, una mujer con desafío y promesa de placeres en su mirada. Apreció la redondez de sus formas, su boca roja y entreabierta en un gesto que de inmediato adjudicó al hambre de hombre e imaginó mil oportunidades de placentera pasión. El qué hacer se le ocurrió cristalino.

«No suelo confiar en hombres que escapan de otros, pero haré una excepción contigo», sonrió con frialdad. «Espero no tener que arrepentirme de haber creído en ti, hombrecito», recitó lento y pausado. «Vas a tener que ganarte mi confianza».

«¡Haré lo que sea necesario, mi buen lord! He reaccionado a tiempo para ver que no hay otra opción correcta que no sea a su lado».

«Tengo una tarea para ti. Es peligrosa, aunque te imagino temerario. De otro modo no habrías venido aquí exponiéndote a que te rebanara el cuello».

La faz regordeta del otro enrojeció.

Por lo que me dices, los Campbell aun te creen de su lado».

«Es así, sí. Cuando abandonamos el castillo fue con la intención de volver una vez que el prometido de mi hija vuelva de Londres».

«Irás allí, mañana mismo».

«¿Volver?». La expresión de Mac Day fue de incompreensión.

«Sí. La prueba que te impongo para aceptar tu alianza conmigo es ir allí y pedir hablar con Glenn...». Su tono era casual, pero se endureció, como su mirada, que atravesó a Tristán. «Y matarlo».

Había dicho esto sin que su expresión cambiara; fue una idea que se le ocurrió mientras escuchaba a Tristán. ¿Qué perdía él? Nada. El que se expondría sería aquel que quería demostrar su lealtad. Y sí podía ganar mucho.

«Pero buen señor, Glenn es poderoso y está rodeado...» —gimió Mac Day.

«Si eres astuto puedes encontrar la manera. Tienes a tu favor la confianza y la sorpresa; bien usadas, ambas pueden ser armas formidables».

Mac Day traspiraba y trató de encontrar un argumento, pero la cara de Alistair era de una decisión tal que entendió que contrariarlo sería su sentencia de muerte. Miró a su hija, que estaba tan alelada como él, pero entendía que eran momentos de peligro y no cabía la indecisión. Le hizo un gesto para que accediera y así lo hizo, inclinándose ante Alistair.

«No esperaba otra cosa de un aliado. Tu hija te esperará aquí, tomaré buen recaudo de ella. No te inquietes, la cuidaré bien».

La sonrisa torcida y el gesto de sensualidad en su voz y mirada estremecieron a Sarah, que supo que no tenía muchas alternativas. Maldijo a su padre y a su idea de dejar atrás a los Campbell e ir con este viejo asqueroso. No le arredraba que su esposa estuviera a metros. Había fijado su mirada en ella ni bien entró y ella, acostumbrada al deseo masculino, no pudo dejar de temblar. Ella disfrutaba de la atención de los hombres, pero le gustaba elegir con quien yacer y lo hacía con quienes podía disfrutar y dirigir.

Nada de eso pasaría aquí, estaba segura. La voz untuosa y con dejos de crueldad, la mirada libidinosa del que suele tomar lo que desea sin pedir... ¡Cómo se torcía su destino, ese que había avizorado brillante al lograr enamorar a Lean Campbell! Pasaba de ser la prometida de un joven ágil y apuesto a quien sabe qué. Mas no parecía que tuviera opciones, lo entendía. Debería ceder. Así como su padre.

Todo este había sido el entramado que había preparado el asesinato de Glenn y en verdad, cuando Alistair le pidió a Mac Day que volviera a tierras de los Campbell y matara a su líder, supuso que sería un golpe sin efecto si no ponía un aliciente adecuado. El pobre líder se veía irresoluto y poco eficiente. Amenazarlo veladamente e incluir a su hija en el trato pareció lo más lógico.

No había sido en vano; el hombrecito había logrado arreglárselas para zurcir una traición en grande, sorprendiendo a todos al asestar brutal estocada de muerte a Glenn y huir sin ser ultimado, descabezando así al principal clan de las Tierras Altas. Así, el principal obstáculo para los planes de expansión de Alistair quedó eliminado sin mover un dedo, solo con tramar y usar a otros.

Mac Donald no confesó a nadie su incredulidad ante la acción, pues dio por sentado que la misma no fue otra cosa que resultado de su liderazgo: este era de tal fortaleza que movía a todos al menor gesto o pedido. Este era el comienzo; muy pronto todos tendrían bien claro quién era el principal de las Highlands, todos sin excepción deberían inclinarse a sus pies.

Para celebrar tamaña hazaña, gozó de las mieles de una amante joven y fogosa que encendió sus noches. La joven Sarah Mac Day era una de esas mujeres que le gustaban y le excitaban; una decidida fémica, sin pudores ni recato o siquiera prurito por su diferencia de edades. Una mujer brava, que no necesitaba espada para desarmar a un hombre. En pocos días, trocó su posición de garantía para que su padre cumpliera el trato por otra de amante favorita y exclusiva.

Logró esto en tiempo récord, lo que daba plena cuenta de su habilidad y capacidad para entender su situación, aún mala, y modificarla a su favor. Sarah no lo hacía sin sacrificio; hubiera preferido yacer en otros brazos y satisfacer a alguien que le diera placer a ella. Entendió que era lo que le tocaba y decidió sacar el máximo beneficio posible, aunque se daba cuenta que debía ir con cuidado.

Alistair era un hombre insaciable en todo sentido. Ella no tenía intenciones de quitarle mucho, solo susurrarle en su oreja lo suficiente para que diera a los suyos algunos privilegios menores y a ella cuidados y objetos lujosos. La esposa de Alistair lucía hermosas telas y piedras, unas que jamás había visto y fulgían como fuegos. Estaba segura de que una vez él obtuviera la obediencia y las tierras que ambicionaba, su humor y su generosidad mejorarían. Los suyos tendrían la protección necesaria y ella el lugar que merecía. Incluso, podría pensar en ser algo más que su favorita. Su mujer no lucía muy saludable. Quien sabe, pensaba y tejía ideas.

Cuando el laird Mac Day regresó con la noticia de la muerte de Glenn, lo hizo pleno de remordimientos por lo hecho, que lo transformó en un cobarde asesino ante todos, incluso ante sí

mismo. Esta ingrata sensación desapareció con relativa rapidez al comprobar la extrema complacencia de Mac Donald, quién rompió en gritos de felicitación y frases de excitación, para mandar de inmediato emisarios a los clanes aliados, exigiendo las tropas comprometidas. Era hora de ir por lo que quería, el camino estaba allanado.

Apenas un par de días le tomó reunir los más de trescientos hombres que tenía a su frente en este momento. No habría fuerza que pudiera resistirles, se regocijó. Por fin tomaría el reducto más importante de las Tierras Altas, el que le aseguraría el control y la influencia sobre todos los demás líderes, los que todavía le esquivaban, haciendo que su poder fuera evidente. Todos aquellos que no se plegaran de manera explícita ante él, sufrirían las consecuencias. No tendría piedad, los hombres no entendían eso más que como debilidad.

—¡Hombres, es hora de marchar! —arengó ahora, dejando detrás reminiscencias y con un vozarrón que acalló murmullos—. Marchemos a tierras Campbell, sin descanso. Tengo la convicción de que será tan fácil como pasear —sonrió con cinismo—. El ánimo y las fuerzas de nuestros enemigos flaquean. El hecho de que hayan regresado algunos de Irlanda, en especial el joven hijo de Glenn, no modifica su debilidad ¡Cabalguemos a por la victoria!

Dicho esto, hizo girar a su caballo y emprendió loca carrera, escuchando a los jinetes moverse. El sonido de los cascos y los gritos de los hombres pronto tomaron el espacio, acallando los ruidos naturales y propiciando que todo aquel ser vivo que avizorara al batallón se escondiera. Con el correr de las horas de avance, el ritmo se enlenteció y Alistair lo aprovechó para recorrer su improvisado ejército y asegurar la convicción y apoyo de los distintos clanes que lo componían, haciendo saber sus intereses e intenciones.

Untó con palabras agrídulces los oídos de los otros líderes, hora con halagos y promesas, hora con amenazas veladas. Algo dulce y algo agrio; los hombres luchaban por conseguir mejoras y eso les alentaba, pero también por evitar el mal mayor, que bien podía ser él y su furia. Tenía que estar seguro que frente a cualquier situación, todos acatarían sus decisiones y palabras como mandatos. Era la garantía para el funcionamiento efectivo y en unidad de tantos hombres diferentes.

Cerca del mediodía de la siguiente jornada apareció ante ellos el imponente castillo Campbell. Alistair sintió el goce en su estómago; de todos los lugares importantes que había en esas tierras, esa estructura le había parecido siempre la más impactante. Tal vez por su significado, porque en ella estaba el clan más fuerte que había liderado hasta entonces a los demás. Como fuera, pronto estaría en sus manos. Dio la orden de avanzar y pronto el sentido de triunfo fue sustituido por el impacto.

A medida que se acercaban fueron cada vez más visibles las gruesas columnas de humo negro que partían desde distintos puntos de las estructuras, elevándose al cielo. No había movimiento en las almenas ni guardias en las aberturas del reducto. Todo daba la sensación de desolación. La desconfianza hizo que Alistair sofrenara su caballo y levantara su mano, ordenando a los demás que enlentecieran la marcha y se cuidaran de posibles trampas o estratagemas.

Cuando llegaron al portón de acceso, extrañamente bajo y sin el escollo de la gran reja, Alistair se detuvo. No había más que silencio y desierto en el patio. Volvió a otear las zonas altas para descubrir arqueros, pero nada. Decidido y con curiosidad no exenta de fastidio, dio la orden de entrar y cedió el paso a otros. No quería exponerse de primera a una encerrona. Nada ocurrió, por lo que avanzó el también. Desmontó en el centro y miró con total incredulidad. El lugar estaba abandonado.

—¡Recorran todo el castillo, que no quede nada sin revisar! —aulló, furioso.

La victoria que había soñado se le escapaba y le enfurecía. No pensaba que iba a tener mucha

resistencia, pero tampoco que no habría ninguna. Eso casi le quitaba emoción a su avance. Casi. El lugar era una desolación. Aquí y allá ardían los fuegos que aún consumían objetos. Sus hombres ingresaron por todos lados, revisando los distintos espacios como si fueran una gran avanzada de insectos que buscara tomar cada rincón. Nada, por todos lados destrucción.

Lo que había sido un castillo adornado y rico, pleno de vida y objetos, estaba vacío. La ira ganó a Alistair con lentitud, poco a poco, consciente de que su victoria era renga. Maldijo mientras pateaba maderos, furioso de que los naturales del lugar hubiesen preferido quemar y destruir antes de que él lo tomara. Era de un desprecio tan atroz que le hizo palidecer.

—¡Malditos cobardes, los Campbell han huido como lo hacen las ratas! No son más que eso, hombres sin honor —aulló ante los otros, buscando desestimar la sensación de victoria vacía que pudieran tener. Ante todo, debían mantener su posición y reforzarla, de lo contrario, siempre quedaría el estigma de que había ganado porque lo habían dejado. No podía darse el lujo de que ocurriera, elucubró con astucia—. Triste decisión han tomado estos guerreros. No pudieron tolerar la inminencia de un combate que les asegurara una muerte digna. Pobre destino les espera.

Algunos asintieron, con desdén. Dentro de las cosas que eran malas para un luchador, la cobardía era lo peor. Muchos se miraban, intrigados. Habían enfrentado a los hombres del clan Campbell en varias ocasiones, y si algo les caracteriza era ardor en las batallas; huir de la pelea jamás había estado en su vocabulario o accionar. Pero así parecían estar las cosas. Era probable que la muerte del gran laird Glenn les hubiera dejado sin saber qué hacer y, faltos de liderazgo, el temor los hubiera llevado a la desbandada. Cualquiera fuera la explicación, el castillo era de ellos y sin lucha. Esta idea se extendió y la satisfacción los fue conformando, momento en que Alistair aprovechó para sentar sus condiciones.

—¡Este lugar es nuestro! Que nadie se confunda, que no haya existido pelea no significa que no triunfamos. Ha sido el temor a confrontarnos el que hizo que se fueran... —elevó su tono para que lo siguiente quedara bien claro—. Izaremos la bandera de mi clan aquí y ahora —su voz cobró casi tintes de rugido, sus ojos como carbones.

La violencia que emanaba de todo su cuerpo le hacía parecer más grande de lo que era; muchos conocían la fuerza de su espada y la contundencia de sus puños. También estaban conscientes que el número favorecía a los de su clan. Si alguno de los otros líderes había pensado disentir, no lo manifestó.

—Las tierras de los Campbell pasan a control de los míos ya mismo —siguió Alistair—. Los arrendatarios que se plieguen a esta condición trabajarán para mí y no sufrirán la oprobiosa muerte que deberían tener por la cobardía de sus líderes. Seré dadivoso. Veré luego de repartir de una manera más equitativa los beneficios para que todos tengan el premio que merecen sus esfuerzos.

Para todos era evidente que ese luego estaba bastante lejos, pero nadie osó levantar su voz en protesta. No era momento de exigir reparticiones ni justicia. Esa palabra no estaba en el vocabulario de Alistair. Sin embargo, la inquietud surgió por otro lado.

—¿Les dejaremos ir? ¿Huir? —apuntó uno de sus guerreros—. Debemos saber adónde han ido. Podrían estar tramando algo ahora mismo.

—Es cierto. ¿Y si están reuniendo sus fuerzas? —complementó el laird Grant, con inquietud—. Podríamos estar celebrando por anticipado.

—¡Nos aseguraremos de que eso no ocurra! —sentenció Alistair—. Es justo lo que estaba pensando. Los fuegos no se consumen aún, no pueden estar muy lejos. Y no pueden haber tomado otra vía que la de las montañas. ¡Preparen sus cabalgaduras! Dejaremos algunos hombres aquí,

que den cuenta de que es lugar tomado. Los demás perseguiremos a esas ratas y les haremos lamentar su decisión. Podrían haber salvado el pellejo, haberse mostrado humildes y luchar por sus vidas. Ahora, solo les quedará el acero como opción —sentenció.

Veinte.

Hacia las montañas Cairngorms

El grupo avanzaba con lentitud, desacelerando el ritmo agotador que habían mantenido por horas, empeñados los líderes en poner tierra entre ellos y los factibles perseguidores, esos que no dudaban irían tras ellos cuando descubrieran que habían encendido todo lo utilizable del castillo que dejaron atrás. En la falda de la ladera sur de una de las montañas Cairngorms comenzaba el trayecto más costoso y peligroso, como bien les hizo constar Isobel, que detuvo a todos para explicar lo frágil del terreno que pisarían.

Colin, por su condición de extranjero y absoluto desconocedor, se preguntaba si no era temerario confiar en la guía de una mujer que había vivido en la zona hacia tanto tiempo atrás. Mas la total entrega a las órdenes de los Campbell y el hecho de que nadie discutiera le hizo seguir también, sin cuestionamientos en alta voz.

El sendero pedregoso y angosto zigzagueaba en ascenso constante, lo que provocaba que las patas de los caballos resbalaran de tanto en tanto, poniendo en peligro a sus jinetes. Lo más seguro era ir lento y pegado al muro de piedra, pues los escasos metros entre este y el vacío ponían nerviosos a los corceles. Cuando esta distancia fue aún menor, Isobel hizo detener a los hombres y les sugirió ir a pie, llevando de tiro a las cabalgaduras. La familia lideraba con decisión al grupo de setenta jinetes que habían partido urgidos del castillo, con las pocas pertenencias que podían cargar.

Colin apreció el dolor de sus rostros e imaginó que cada uno guardaba la amargura de haber perdido la felicidad y la tranquilidad. Por supuesto que el principal hecho de luto era el asesinato del líder, pero él sabía lo terrible que era abandonar lo que se construía con celo y amor. Era notable cómo cambiaban de fácil y rápido los destinos de los hombres, este era un ejemplo en una larga cadena. Sus patrias vivían de guerra en guerra, por objetivos que los más débiles y pobres desconocían, aunque sufrían en primera persona por ellos.

Su principal preocupación era Megan. La joven tenía que cargar con la culpa de haber desobedecido lo que a la postre fue la última disposición de su padre y no haber podido aclarar las cosas con él. Les quedó pendiente una última charla; la idea de que él tal vez no la había perdonado debía rondar en su cabeza. Ella le dijo en un breve diálogo cortado por un sollozo, que le remordía la conciencia y por ello trataba de aliviar su pena tanto como podía. No la perdió de vista ni un segundo, dispuesto a consolarla y a ofrecerle el aliento de las palabras. Podía parecer poca cosa, pero una voz y una mano amiga que se ofrecían podían atemperar la pena o hacerla menos pesada.

Las bellas facciones de Megan, libres del hollín, de las prendas grandes y el sombrero que usó durante todo el viaje a Irlanda, la mostraban como una mujer atractiva en grado sumo. Era encantadora desde toda perspectiva y sus virtudes espirituales complementaban el cuadro. Colin se confesaba cada vez más subyugado por su encanto y lo reconocía ante sí mismo.

La suya era admiración pura, como la que se siente frente a una bella obra de la Naturaleza. Sin conocerlo, odió al causante de los desvelos de una familia que no dejaba de demostrar su temple y fortaleza. Había quien lo negaría y se mofaría de los Campbell atribuyendo su retirada a cobardía. Él comprendía la necesidad de hacerlo para salvar lo que podían y reagrupar fuerzas.

Su mirada se despegó con desgano de Megan, que avanzaba sorteando rocas y atendiendo las palabras de guía de su madre, para ir hacia los líderes, metros adelante. La expresión de Brod era reconcentrada y huraña. Había cambiado, dejando atrás el natural buen talante y ánimo más jocoso. Llevaba sobre su espalda el peso de un liderazgo que le caía por una situación terrible e inusitada. No podía imaginar los sentimientos encontrados en la cabeza de ese joven, no envidiaba para nada su posición. Era la cabeza de un clan diezmado y debilitado al que debía encontrar un refugio temporal.

De seguro las tropas de los otros clanes no tardarían en encontrar o imaginar su rastro y tratarían de exterminarlos. Alguien tan ambicioso como el líder que consideraban culpable de todo no dudaría en eliminar toda posibilidad de venganza en su contra. Por eso la urgencia y la necesidad de ir más y más arriba, al corazón de esas montañas agrestes.

El otro Campbell, Lyle, también marchaba en silencio, uno que quebraba de tanto en tanto para animar a los jinetes que los seguían. Entre estos estaban quienes no habían dudado que la única opción era hacia adelante y con sus líderes; otros menos convencidos o con familias detrás, habían optado por volver a las tierras de pastoreo y confiar en que, si no demostraban hostilidad, Alistair Mac Donald toleraría su presencia. La mayoría había ido con Brod antes de que partiera para explicar su situación y habían recibido su asentimiento seco. Sin excepción, todos quienes se quedaron juraron que volverían a sostener sus espadas por los suyos apenas recibieran la señal de que había llegado la hora de tomar la revancha.

Al cabo de un buen rato de empinado ascenso, no exento de gritos cuando alguno resbalaba o un caballo se negaba a seguir, se escuchó el grito de Isobel, que les instó a detenerse. Habían logrado llegar a la meta, una explanada de rocas enormes, circundada por otras similares, que se plegaban y superponían, formando un espacio protegido por tres lados. Sintieron que el ulular del viento, constante en la subida, también se detenía. Fue un alivio.

—¡Allá! —señaló Isobel.

Decenas de metros adelante las rocas confluían para formar algo que parecía una entrada, y hacia allí se dirigió Isobel con velocidad, seguida por Brod y Lyle.

—¡Aguarden aquí! —ordenó Brod al resto.

Así lo hicieron, aprovechando el tiempo para distender los músculos y dar descanso a los corceles. Megan extendió las riendas del suyo a Colin, que se hizo cargo mientras ella se dirigía deprisa tras los suyos. Colin llevó los caballos a un costado y los amarró a un arbusto que parecía fuerte, sin preocuparse de que pudieran escapar. Los pobres animales estaban cansados, tanto como ellos. Vio a pocos metros a Leslie y le sonrió, buscando darle ánimo.

Su cuerpo debía estar sufriendo el impacto del agotamiento, del bamboleo sin parar. Ella era tal vez la más frágil de todos quienes viajaban y Colin volvió a inquirirse sobre lo oportuno de su venida. Brod había dicho que ella le había pedido con gestos que quería seguir bajo su protección. Probablemente era la única opción de sobrevivir que ella imaginaba, aunque esto fuera solo una posibilidad para todos. No hablaba, pero no era tonta.

Para una joven mujer bonita y fina como ella, sin poder expresarse o defenderse, quedarse detrás era estar a merced de los apetitos de hombres sin freno ni límites. Mal podía imponerlos quien no los tenía, como el tal Alistair. Le alcanzó su agua y le preguntó cómo estaba, con amabilidad y ella le hizo gestos de que estaba bien. Parecía menos asustada y desanimada de lo que hubiera creído. Había fortaleza detrás de esa fachada tan delicada. La necesitaría.

Las voces altas le distrajeron y le llevaron a ubicar a los Campbell, a pesar de que no los veía. Excitada su curiosidad, avanzó hacia las paredes rocosas detrás de las cuales habían

desaparecido. Así fue como descubrió que las rocas se plegaban sobre sí mismas generando espacios protegidos que eran imperceptibles para quien no lo supiera. Incursionó entre los huecos y senderos creados por la Naturaleza y les encontró, escuchando las explicaciones de Isobel.

—Este lugar es ideal para esconder los caballos y para descansar los días de buen tiempo. Ahí adelante —señaló con un gesto—, hay dos cavernas. Pueden ser refugio, a pesar de la humedad. Pocos saben de su existencia, salvo algún que otro cazador. Son terrenos alejados de los clanes. Los conozco porque fueron los espacios de mi infancia.

A Colin le resultó difícil imaginar cómo una niña podría sobrevivir en estos paramos rocosos, pero escuchó con atención.

—Del otro lado de la montaña, bajando por la ladera posterior, corre un hilo de agua clara y cristalina que se vuelve algo tempestuosa cuando el deshielo. Eso nos proveerá bien y, además, es muy rica en peces. En los bosques aledaños obtendremos la carne y la madera para encender los fuegos. Tenemos todo a disposición —cerró con convicción.

Brod asintió con gravedad y avanzó para investigar las cuevas señaladas, seguido muy de cerca por Lyle, que era el que parecía menos convencido. Megan quedó detrás y Colin tocó su hombro. Se la veía algo renuente.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pálida y forzando una sonrisa para mostrarse animosa. Le entristecía saber que su madre había tenido una infancia tan solitaria y extrema. A esto se agregaba que comenzaba a darse cuenta de la inminencia de los sacrificios que deberían hacer para sobrevivir. Esto hizo que su ánimo decayera, aunque no lo demostró, pues no podía permitirse debilidad.

Ella era, tanto como su hermano, su tío y su madre, la cabeza de un clan perseguido que no podía hacer más que levantar la cabeza y aprovechar las oportunidades que les brindaba la tierra. No era poca cosa que la información y la guía de su madre los hubiera llevado al que debía ser el único lugar donde estarían a salvo. Volver atrás era impensable y tomar otros caminos implicaba cruzar tierras de clanes que estarían avisados y expectantes. Nadie quería enemistarse con el nuevo hombre fuerte de las Tierras Altas, eso era seguro. Les denunciarían y perseguirían sin cuartel.

Le alivió tener a Colin de su lado, verlo tan pendiente. Era el hombro que necesitaba, una persona con la que podía expresarse y que la entendería, pues él mismo había atravesado por lo peor que le puede ocurrir a una persona. Mientras así reflexionaba vio que Brod y su tío retornaban de su inspección. Lyle se veía más animado y convencido y eso levantó un poco su propio humor.

—Madre —se dirigió Brod a Isobel, tomando, emocionado—. No imagino cómo puedes haber vivido aquí ni lo que debiste pasar, pero todo eso, toda tu experiencia y tu pasado nos permite el refugio necesario para resguardarnos y fortalecerlos. Desde aquí planearemos nuestro retorno—. Sonaba esperanzado, el rostro con convicción y orgullo—. Les diremos a los hombres.

—Debemos organizarnos —dijo Lyle—. Podríamos tener que estar meses aquí. Todos debemos tener tareas asignadas y claras. Los tiempos libres dan espacio para pensar y si lo hacemos demasiado, nos vamos a desesperar —hablaba con la seguridad del que ha pasado por eso—. Lo primero es proveernos de alimentos y agua. Que todos vean y se convenzan de qué vivir aquí es posible. Hay que ser muy cuidadoso con nuestros movimientos para evitar que alguien nos ubique.

—Hemos de hacernos amigos de este territorio, explorarlo y conocerlo palmo a palmo. Eso nos dará la ventaja. Una vez que esto ocurra, podremos volvernos más temerarios y poner en

marcha el plan. Permitamos que todos crean que nos hemos ido lejos, que desaparecimos. Esto nos dará invisibilidad y provocará que nuestros enemigos se confíen. Entonces, les golpearemos sin piedad.

—Vamos despacio, Brod —agregó Lyle—. Descansemos nuestros cuerpos y espíritus, démonos el tiempo de llorar a Glenn. Sembremos en nuestros hermanos la convicción de que estamos a salvo. Que todos tengan la sensación de seguridad. No es poca cosa. Isobel —se volteó —te conocí cuando era un niño y te sabía habitante de los bosques, no imaginé que dominabas tan bien los caminos de las montañas.

—No tuve otro remedio. Mi abuela, mi amada Davina me trajo aquí para protegerme, escapando de la persecución. Como nos pasa ahora mismo a nosotros. Todo el pasado nos conduce a este presente tan peculiar. Creo como tú, querido Lyle. Lloremos y brindemos nuestros mejores pensamientos a mi amado Glenn —su voz se quebró—. Cuando estemos fuertes, enteros, podremos hacer lo que deseas con tanta fuerza, Brod —se dirigió a su hijo con cariño, haciéndole ver que lo entendía—. Estén seguros de que este sitio es casi inexpugnable y desconocido para todos.

Colin había dado unos pasos respetuosos hacia atrás, saliendo del círculo que la familia había armado improvisadamente al hablar, emocionados. Este momento apenas duró; fue rápidamente quebrado por Brod al ponerse en movimiento y desandar el camino, dirigiéndose a los hombres, con ellos detrás.

Tal parecía que el líder no quería pensar ni caer en la tentación de la catarsis, moviéndose constantemente, organizando, inspeccionando, planificando. Lo que fuera, en lugar de dejarse ahogar por la pena y la desazón. Llegaría el momento en que debería hacerlo, pensó Colin. Nadie puede escapar de sí mismo y el dolor encuentra el modo de doblegarnos. Era eso o enfermarse por dentro.

—Mis hombres —elevó el tono e hizo que todos se reunieran a su alrededor—. Hemos llegado al que será nuestro hogar por un tiempo —notó el desconcierto en varios rostros y les instó—. Vengan a conocerlo. Traigan sus cabalgaduras. Del otro lado de esas rocas está todo lo que necesitaremos: protección y resguardo, agua y alimento. Acomodémonos, hagamos fuego. Una vez instalados y alimentados, empezaremos a tomar las decisiones que hagan falta. Les pido que confíen en mí. Para poder funcionar como un verdadero clan, aún en el exilio, es menester que todos nos sintamos hermanados y aceptemos lo que nos toque hacer. La emergencia nos unirá, lo prometo. También les garantizo que serán consultados cada vez que haga falta. Creo que podemos salir de esto más fortalecidos de lo que se espera.

Todos fueron mostrando su conformidad y se alzaron algunas voces de ánimo. Eran un clan de iguales que reconocían a Brod como su líder, que aceptaban su voz y eso era mucho, considerando la fuerte huella que había dejado Glenn.

Esa noche, luego de instalarse y explorar brevemente la zona, hubo una improvisada asamblea en la que Brod expresó sus ideas y planes, solicitando a todos opiniones para hacer que la vida en el campamento que acababan de instalar fuera llevadera. Probablemente su estadía, que todos deseaban corta, se prolongaría por buen tiempo. La mayoría expresó sus dudas e inquietudes con buen ánimo, uno que reinaba pese a las condiciones. La próxima jornada sería de accionar en base a los elementos que encontrarán.

—Este es el primero de los días de nuestro exilio. Hagamos que cada día cuente, que cada sacrificio y privación aumente nuestro odio hacia ese enemigo al que enfrentaremos cuando nosotros así lo dispongamos. Estamos solos y por nuestra cuenta. Somos un clan orgulloso y

altivo, hombres, eso no ha cambiado —les arengó Brod—. Descansen.

«Es como si nos hubiéramos convertido en hombres primitivos, buscando arrancar de la Naturaleza lo más básico que esta provee para poder subsistir», razonó Megan acomodándose cerca del fuego, al que observó chisporrotear con ruido, convertido en el único centro de calor de una noche que se presentaba inhóspita y fría. Hacía algunas horas que habían llegado y tomado posesión de rincones y lugares dentro de las cuevas que, por fortuna, eran mucho más grandes y espaciosas de lo que hubiera imaginado en primer lugar. Le asustaba la oscuridad reinante, aunque el hecho de ser tantos y con distintas habilidades hizo que todo fuera tomando otra forma.

El fuego dispuesto y las antorchas colocadas en zonas bien elegidas de la caverna cortaban la oscuridad. Hizo una mueca. Cuán lejos estaba este lugar de ser un hogar, sin intimidación alguna ni comodidades, sin los objetos más preciados que alivianaran y facilitaran la vida. «Al menos estoy con los míos, con los que quiero. Con mi familia. Y con Colin». Él ya formaba parte de aquellos a quienes sentía imprescindibles en su vida. Bostezó y se envolvió en sus mantas, para luego tenderse junto a su madre. La expedición por Irlanda la había acostumbrado a dormir en las peores condiciones y con nulas comodidades y eso era bueno, pues así sería quien sabe por cuánto tiempo.

—Te extrañé y me preocupé mucho por ti, mi niña —susurró Isobel en su oreja.

—Madre... —trató de contestar, pero sintió que su garganta se cerraba. La culpa de haber dejado a su familia en un momento tan difícil la castigaba desde el momento en que arribó al castillo y se enteró de todo —.No quise enfadarlos y contrariar a mi padre. Sentía que podía y debía probar mis aptitudes. No podría lamentarlo más...Llegar y encontrarme con una situación tan atroz...Fue desgarrador y la conciencia me remuerde —dijo y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No debes hacerlo, no debes dejar que eso te oprima. Tu padre se enojó mucho, era inevitable, pero terminó confiando en que podrías sobrevivir y que tu hermano te cuidaría y protegería de ser necesario. Lo ocurrido excede tu conducta; tiene que ver con otras cuestiones. No sirve de nada culparse; debemos mirar hacia adelante, apretar nuestros vínculos para soportar lo que sea necesario.

—Lo sé. Resulta tan doloroso pensar que mi padre no estará para regañarme ni imponerme nada. Suponía que llegaría y sería castigada, que me prohibirían cabalgar por semanas...En su lugar, esto.

—Ay, Megan... —murmuró Isobel, quebrada, ante lo cual Megan se recriminó el egoísmo de pensar solo en su dolor—. Si supieras que por un momento pensé en dejarme morir, yacer junto a Glenn. Y entonces, tu imagen y la de Brod me levantaron. ¡Hemos de ser fuertes!

—Así será, madre. Descansa —le acarició el cabello. Ella misma sentía el agotamiento en cada región de su cuerpo. Lo último que vio antes de dormirse fue a Colin, semi sentado contra una roca, mirándola, y eso la hizo sentir segura.

Veintiuno.

Fue una noche muy extraña para Brod quien, a pesar de esforzarse, no pudo pegar un ojo hasta muy tarde. Las escenas de los recientes acontecimientos desfilaban en su cabeza y provocaban gestos y ademanes mudos, solo percibibles para quien estuviera muy cerca y no quitara ojos de sus facciones. La imagen de su padre muerto perseguía a Brod a pesar de no haber visto su cuerpo; el relato de Megan había sido tan explícito que se había grabado en sus pupilas como si de verdad lo hubiera visualizado.

El peso de haber tenido que tomar una decisión tan extrema como partir, sin saber si eso era lo correcto; sentirse dividido entre lo que quería y podía hacer; la responsabilidad, que pesaba en sus espaldas, de mantener con vida a los suyos en tan precarias condiciones, todo se acumulaba en su mente y giraba. Le parecía que había envejecido años en pocos días.

«Al menos hoy estaremos amparados y escondidos. No es lo que mis antecesores hicieron, pero de seguro ninguno enfrentó condiciones tan extremas». ¿Qué habría hecho su padre si estuviera en su lugar? Imposible saberlo. La inquietud lo hizo mirar en derredor y entonces sus ojos quedaron prendados de los de la irlandesa, que lo observaba desde la penumbra, sin pestañear. A la mortecina luz de las pocas antorchas, su blanco rostro aparecía perlado, como el de una aparición de una hermosura impactante.

Al percatarse de que él la miraba tan quietamente, ella se movió con suavidad y se colocó a su lado, para luego rodear sus hombros y presionar su cabeza hasta su falda, permitiendo que esta fuera improvisada almohada. Brod le permitió hacerlo sin protesta ni duda; pareció natural entre ambos. Sintió sus suaves caricias en el rostro y dejó que la calidez lo envolviera, una que le permitió dormirse finalmente. Leslie lo sostuvo en su regazo, grabando cada facción, dibujando con su dedo las curvas de su boca, acariciando con levedad su cabello. Lo amaba, eso era seguro. No podía ser otra cosa que profundo amor ese sentimiento de que junto a él todo lo podía.

Los siguientes días fueron de exploración y acondicionamiento del lugar. Todos se fueron percatando de que su ubicación era estratégica y al ser desconocido, además de casi inaccesible, se convertía en ideal para la resistencia que pretendían. Brod dividió a los hombres en acuerdo a lo que ellos mismos manifestaron eran sus fortalezas. Los más diestros en el uso de arcos y flechas serían los encargados de cazar y pescar. Conformó además dos grupos para que recorrieran con cuidado los alrededores. Primero fueron orientados por Isobel, quien recordaba bien los pasos menos riesgosos por donde convenía ir, donde dejar los caballos, los senderos menos expuestos. Otro grupo fue encargado de acomodar las cuevas de modo de generar algunos espacios y divisiones rudimentarias que permitieran intimidad, en especial para las tres mujeres.

Brod y Lyle tomaron la dirección de los grupos de exploración, los que en primer lugar recorrieron los peñascos para encontrar los sitios más adecuados para vigilar los accesos a las montañas desde las alturas. Eso fue lo que les permitió ver la larga columna de guerreros que acamparon por unas horas, sin escalar. Brod creyó distinguir entre ellos y a lo lejos su odiado enemigo Alistair y chirrió sus dientes. Lyle tomó su hombro, experimentando la misma sensación.

—Nos han seguido, pero no se atreverán a subir. Ya llegará nuestro tiempo. Ese maldito creará que tiene la victoria en sus manos. ¡Que la disfrute mientras pueda! Cuando menos lo espere, estaremos frente a sus narices, reclamando su sangre.

Nada contestó. Mantuvieron un hombre observando y fue este quien llevó la novedad del levantamiento del campamento y el retroceso de las tropas, lo que dio cuenta de que su tío tenía razón. Diluida la amenaza, el alivio fue evidente y pudieron enfocarse a sobrevivir. El transcurrir de los días les hizo diestros en el ir y venir por las rocas y caminos angostos. Megan, sin poder evitar ser contestataria, rogó varias veces que le dieran las mismas tareas de los hombres. Leslie e Isobel podían hacer las tareas que fueran necesarias en el campamento.

En respuesta, Brod le asignó tareas de recolección de frutos y caza, junto a Colin y algunos más. Terminaba la jornada agotada, pero al menos sentía que hacía algo importante por los suyos. La piel de su rostro y manos se sentía áspera; el esfuerzo del trabajo las moldeaba a su antojo. Pensaba en eso esa noche, una oscura como pocas. Restregó sus manos con lentitud, extendiendo sobre ellas el jugo de unas hojas que su madre le indicó daban suavidad. Tal vez en un gesto fútil de femineidad, se resistía a abandonar algunos de los cuidados que su prima Beth tanto insistía en alabar. Parecía tan lejos ese tiempo de mujeres en la tranquilidad de sus habitaciones, cuando reían y cotilleaban y nada de la actual situación se avizoraba ni en pesadillas.

—Tus manos se recuperarán y tu piel recuperará el brillo y la belleza que la caracteriza.

Megan levantó su rostro y miró con timidez a Colin, que así se había expresado, mientras acomodaba el creciente cabello detrás de sus orejas, en un atisbo de coquetería. No quería que él la viera como una rústica campesina o una machona. «Él era un campesino y su esposa también», se dijo, sonrojada por lo tonto de su pensamiento.

—No es algo que debiera importarme, un detalle sin importancia —contestó.

Era tarde, pero ninguno de los dos parecía sentir sueño. A esa hora de la noche, en la que todos se retiraban a sus rincones improvisados en la explanada de roca o en las cuevas, ambos habían comenzado a encontrar los momentos para compartir miradas, silencios o diálogos, todos ellos de intensidad, y a partir de ellos se afianzaba su conexión, una que la convivencia profundizaba día a día.

Él estiró su brazo y tomó una de sus manos, observándola y acariciándola para luego darle un beso largo. Ella sintió la suavidad de sus labios en su piel y su garganta se reseco. En ese gesto íntimo de cariño ella encontró el aliento para hacer lo que deseaba hacía tiempo: inclinarse hacia adelante, abrazarse de su cuello y posar sus labios en los de él, besándolo, explorando por primera vez la boca de un hombre.

Lo hizo con vehemencia, con pasión, buscando la respuesta que anhelaba. Él se quedó quieto por unos segundos, sin reacción, para luego desestimar la idea racional de empujarla suavemente hacia atrás. En su lugar, tomó su rostro con ambas manos, apretando el beso, abriendo sus labios y explorando la dulce boca de Megan como si con ello se le fuera la vida. Besó una y otra vez sus labios y solo pudo soltarla con lentitud cuando sintió que la pasión se inflaba en su pecho y nublaba su juicio. Megan respiró agitada y sus ojos miraron con ardor al irlandés, reprochándole en silencio que la dejara. Hubiera deseado que siguiera, que el beso la explorara por entero, pero él se separó luego de darle una caricia en su mejilla.

—¿No te gustó? —le susurró nerviosa.

—¿Cómo puedes decir eso? —contestó él deteniendo el gesto de incorporarse para ir a su lugar—. Eres una mujer de una belleza extraordinaria, por dentro y por fuera. Una flor bella y exquisita. Mereces alguien mucho mejor que yo, alguien menos dañado por la vida —la ternura de sus ojos y la tristeza de su queda voz era notoria, pero ella no lo dejaría ir tan fácil.

—¡No quiero alguien mejor! —Él puso un dedo sobre sus labios, llamándola a callar—. ¡Te quiero a ti! ¡Tú eres la única persona con quien puedo imaginarme!

—Estás rodeada, desbordada, y tienes pocas opciones —quiso hacerla entender, con el dolor de saber que sentía igual, y la responsabilidad de detenerlo—. Cuando vuelvas a tu vida, que lo harás, tendrás las oportunidades de amor que mereces —desvió la vista.

Si ella supiera el sacrificio que suponía decir estas palabras. Iban en contra de todo lo que deseaba. Al transcurrir las semanas luego de haber descubierto quien era en verdad detrás de su disfraz, su mente había sido colonizada por la silueta femenina, aquilatando mentalmente cada gesto y cada fino rasgo, de tal modo que sus ojos eran las antorchas que lo guiaban y sus pasos los únicos que quería seguir. Mas no se lo diría jamás. No creía estar engañando la memoria de su esposa, a la que había amado en vida y de la que guardaba el más dulce recuerdo. Era simple: no creía merecer a alguien tan especial como Megan. Ella era una joya para alguien más joven, menos marcado, con más futuro.

—¡Tú estás equivocado! —señaló ella, como si pudiera adivinar todo lo que pensaba.

—Descansa, Megan —y fue hasta su sitio, donde se acostó para dormir.

Ella hizo lo mismo, mirándolo, sin poder conciliar el sueño. Las palabras de Colin eran lógicas y hablaba desde la razón y lo que se debía hacer. Pero ella no procedía así cuando su corazón le decía que tenía que ir por lo que creía o quería. Tenía la convicción que él sentía lo mismo que ella, lo veía en sus ojos y en el tono de su voz, lo sintió en la urgencia de su beso y en la tibieza de su contacto. Era evidente que solo lo detenía la diferencia entre ambos, la que él creía que existía, probablemente el respeto por su hermano y su familia.

Ella era una mujer libre, con responsabilidad y amor por su familia, pero no aceptaría que le impusieran a alguien que no quería. Él estaba en su destino y si no lo entendía, ella debería hacérselo ver. La vida era corta y los obstáculos constantes y variados como para esquivar al amor.

— —

Isobel y Leslie tomaron el rol de organizadoras del lugar, atendiendo la alimentación y la higiene, manteniendo los fuegos encendidos, las teas adecuadamente listas para la noche, el agua fresca en cuencos. La mayor era consciente de que sus fuerzas y agilidad no eran las de antaño y se conformaba con dar el mejor marco posible a lo que era una vida de privaciones.

Agradecía haber mantenido la cordura para poder guiar a sus hijos y a los del clan a un sitio seguro y evitar su muerte. Le preocupaba Brod tanto como lo admiraba. Lo veía implicado y en total consonancia con los suyos, buscando las mejores soluciones para los pequeños problemas diarios, a la vez que comenzaba a elaborar la estrategia de ataques sistemáticos a tierras de los clanes enemigos. Temía que su encono y ansiedad de venganza lo nublaran, aunque era consciente de que debía dejarlo hacer.

En varias oportunidades le planteó sus temores a Lyle, en quien encontró al hombre maduro que tanto habían deseado su suegra Ailsa y su esposo Glenn. El gigante se condolía de los suyos en silencio, anhelando la presencia y el amor de Brittany a su lado, de sus pequeños, pero ejercía su labor de consejero de manera constante. Su antigua experiencia como bandolero fue compartida y Brod la escuchó y asimiló con cuidado, para diseñar lo que sería una táctica de repetidos golpes, simultáneos y rápidos.

Los mismos comenzaron dos semanas después de haberse establecido en su precario reducto; luego de que conocieron el terreno palmo a palmo, con plena consciencia de sus debilidades, pero sobre todo de las oportunidades de sus escondrijos. La primera experiencia fue en grupos de cuatro, dando uso a los caballos más rápidos, vestidos de formas que no parecían pertenecer a

ningún clan, armados con cuchillos, arcos y espadas; fueron tres los grupos que partieron al despuntar el alba. Su misión era clara: tenían que llegar a tierras de los Grant, los Edwards y los Mac Donald y hacer todo el daño posible.

—No se toman vidas, nuestro objetivo es perjudicar lo más posible el bolsillo de los lairds. Afectarlos, ese será nuestra meta.

Lyle fue con uno de los contingentes, Brod con otro y el antiguo jefe de guardias lideró el tercero. Cuando ya salían, Megan se posicionó junto a Brod y este la miró con severidad.

—¡Tú te quedas! No aceptaré un no, Megan. Nos jugamos mucho. Te quedas aquí

—¡Puedo hacerlo tan bien como tú!

—No me desafíes —le dijo su hermano con dureza, y en su rostro y palabras Megan distinguió que en verdad no lo permitiría.

Se bajó de su caballo con furia y no insistió.

—Colin —pidió Brod al irlandés, que había sido comisionado para la protección del lugar—. Cuida de ella. Ve si puedes hacerla entrar en razones.

Este asintió y los vio partir. Entendía la posición de Brod, era lógica. Necesitaban ser eficientes y no tener ninguna preocupación extra para lograr su objetivo. También entendió la frustración de Megan, habida cuenta de su ansiedad por ser igual a su hermano y comportarse como guerrera. Sonrió y fue tras ella, lo que le obligó a esforzar el paso, pues había ido del otro lado, bajando hasta el pequeño y espeso bosquecillo que limitaba con el curso de agua que bajaba sinuoso desde la cúspide nevada. Descendió con calma, agachándose para pasar entre los arbustos y la vio, sentada en la orilla, tirando piedras y observando los círculos que estas hacían en el agua. Era tan frágil y bella, a la vez que porfiada y combativa.

—Megan... —la llamó, pero lo ignoró, por lo que se aproximó y se sentó a su lado, sin que ella diera señales de que fuera a escucharlo—. Tu hermano tiene razón.

—Por supuesto, todos la tienen, excepto yo.

—No seas niña —la increpó, tomando su barbilla y obligándola a mirarlo.

—¡Soy una mujer! ¡Una mujer guerrera, que quiere luchar por los suyos! —dijo con rabia, separando el rostro.

—Este no es el momento para eso.

—Nunca lo es.

—Vamos...Lo que tu hermano propone es riesgoso y necesita la sincronía y conexión de soldados acostumbrados a luchar juntos.

—Cabalgo rápido, manejo armas, he matado. ¿Qué más se necesita?

—Obediencia total al líder y trabajo en equipo. No es lo que te caracteriza y lo sabes —se lo dijo casi con rudeza, mirándola a los ojos y sin hacerle concesiones. Ella debía entender que no podía hacer lo que quería siempre—. Los caprichos no tienen lugar en esta situación.

Vio que su rostro se descomponía de ira y ella se tiraba sobre él con vehemencia.

—¡No te permito que digas que priorizo mi interés sobre el de mi familia!

Se debatieron en el piso, él tratando de contenerla y frenar sus manotazos, hasta que logró inmovilizarla con un abrazo fuerte. Su rostro agitado y su pecho palpitante, su boca a centímetros y sus ojos encendidos, toda ella era la imagen de la pasión y Colin no pudo resistir besarla con ansias, aprisionando su boca en un beso devorador e incendiario, con el que dio rienda libre a sus deseos contenidos. Ella rodeó su cuello y abrió sus labios, respondiendo con hambre, pidiendo más. Deslizó sus manos debajo de la camisa de él, acariciando su pecho, gozando del contacto con la firmeza de sus músculos, aspirando el aroma masculino. Necesitaba de él, de su roce. Colin

estaba embriagado por completo de sus labios y de su piel; ardía de deseos, su masculinidad latiendo por ella con urgencia, pero aun con atisbos de realidad, por lo que pretendió incorporarse y huir, gesto que ella frenó con decisión.

—No vas a dejarme y escapar de mí, Colin. No te lo voy a permitir. Soy una mujer y aunque te parezca osada o atrevida en extremo, te quiero para mí. Eres el hombre que quiero y merezco. ¡No te atrevas a rechazarme!

Había súplica enredada en las palabras fuertes y exigentes de Megan y él no quiso desairar sus deseos, que eran definitivamente los suyos. Se dejó llevar por el intenso momento, tomándola por la cintura y tendiéndola en el suave pasto para darle besos en el rostro mientras abría sus vestiduras como si fueran pétalos y dejaba expuesta la maravilla de su cuerpo curvilíneo y blanco. Era una visión de ensoñación, la misma que lo impresionó en Irlanda, solo que ahora yacía para él, dispuesta a estregarse a sus brazos.

—¡Eres tan hermosa, tan perfecta! —musitó, deslizando sus dedos por la carne trémula, que parecía cobra vida y latir.

Los senos, pequeños y firmes, coronados por rosados pezones, se elevaban empinados por la brisa fresca. Tomó aire y trató de resistir. Ella tenía que guardarse para quien la fuera a desposar, él no podía...

—Si es necesario, te perseguiré hasta el Infierno para que me tomes, Colin —lo desafió—. No demores más lo que debe pasar entre nosotros.

Con un rápido movimiento, ella giró y se puso sobre él, elevando el kilt de Colin para dejarlo expuesto. No era la primera vez que veía el miembro de un hombre, vaya si había tenido espectáculos durante el viaje a Irlanda, pero apreciar el de él, rígido y urgido, le hizo abrir sus ojos y gemir, para luego tomarlo entre sus manos y acariciarlo. Verlo estremecerse de placer le encantó, pues él cerró sus ojos y tragó saliva.

De inmediato ella se trepó encima y se frotó lento, descubriendo que con cada sacudida su bajo vientre parecía arder. Eran sensaciones nuevas y poderosas, que la hacían temblar de placer. Él yacía debajo y parecía a su merced, mas pronto cobró vida para tomar sus pechos y acariciarlos con ansiedad. Ella bajó su torso sin dejar de rozarse contra él, ofreciendo la cúspide de sus senos a su boca. Él no dudó y su lengua redondeó los pezones, acariciando uno y otro, succionándolos, encendiéndola. Sus ojos se buscaban y sus alientos se entrelazaban, ambos parecían incendiarse.

Él quiso darle vuelta y liderar, pero ella se lo impidió, con una sonrisa pícaro, haciéndole saber con un gesto de su boca que ella mandaba y él aceptó sin chistar. Aún sin experiencia, los instintos eran claros. Ella elevó su pelvis y dejó que la naturaleza provocara el natural encuentro entre los cuerpos. Sintió el miembro duro y suave explorar los espacios de su zona más íntima, esa inexplorada fuente que de pronto, impuso resistencia y le provocó dolor. Aflojó la presión, con desconcierto, y él tomó sus manos y la hizo tender a su lado.

—Eres una natural y bella mandataria, pero déjame a mí, te voy a amar y te cuidaré.

La confianza de su voz y su propia excitación la hicieron obedecer, para quedar prisionera de su cuerpo, que la envolvió con gentileza. Sintió que sus dedos la exploraban y lo miró con sorpresa, pero la suavidad de la intimísima caricia la hizo doblar y gemir, aumentando su ansiedad. Se sintió mojada y cuando el miembro masculino volvió a presionar, el ingreso fue más fácil y los empujes comenzaron, haciendo que ramalazos de desesperado placer la atravesaran. El dolor fue fugaz y rápidamente cegado por el estallido y vuelo final, uno que pareció elevarlos al unísono. Él la abrazó y susurró en su oído:

—¿Estás bien? —recibiendo su asentimiento mudo, fruto de la magia que aún no acababa, envuelta Megan en los últimos chispazos de un encuentro como jamás hubiera imaginado.

—Ay, mi bella —recitó él en su oído—. Temo que este encuentro, maravilloso y dulce, te pese en el futuro.

—¡Cómo podría! —le miró ella y contestó—. Quise que pasara y no me arrepiento. Nunca lo haré.

La promesa de sus ojos era tan pura que él sintió alivio. Amarla había sido volver a vivir. Tomar de ella la preciada joya de su pureza, recibir el amor de sus caricias y besos, el regalo más sublime del mundo. Lo había tenido una vez y lo había perdido. Rogó en silencio no haberse equivocado al dejar que su pasión y su amor se derramaran.

Veintidós.

Londres

Lean no dejó de mirar a su alrededor al avanzar por el gran salón, donde la multitud de hombres y mujeres charlaba, brindaba y danzaba. Le parecía increíble estar aquí; este era otro mundo, muy diferente del que procedía él y no dejaba de sorprenderlo a pesar de que hacía ya más de cuatro semanas desde que había arribado a Londres. Esta era una ciudad impresionante, colorida y cosmopolita, con un movimiento de personas y de carruajes asombroso a sus ojos de hombre de campo abierto. La realidad superaba todos los días a lo que había imaginado o soñado cuando insistía a su padre con el viaje.

Sabía de antemano que, como centro político de los reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda, esta ciudad era el nudo neurálgico del poder y los entramados partidarios y económicos y por tanto debía ser impactante, pero lo que veía superaba todas sus expectativas. Era como estar siempre rodeado por enjambres de caballeros con trajes y sombreros de copa, señoras con vestidos de colores y encajes interminables, muchachas que escondían sus miradas de interés detrás de abanicos. Si se acercaba al puerto, el incesante ir y venir de caballos y carruajes de productos que convergían allí no tenía igual. Ese era sin duda su lugar favorito dentro de los que había visto. Barcos y bergantines de distintos calados, variada y variopinta marinería iba y venía por el Támesis, haciendo de la ciudad punto vital del comercio de todo el Mar del Norte. Esto era tan contrastante con su patria que le hacía sentir pequeño y poco mundano.

Louis Hamilton, el amigo de su padre, le había recibido en su casa con una cordialidad y hospitalidad que agradecía, e hizo posible que le abrieran las puertas de las importantes mansiones de sus amistades. En estas había ingresado como la novedad y entretenimiento de las Tierras Altas, que tantos veían exóticas y bravías, brutas. Su propia vestimenta, a la que no renunciaba, lo hacía llamativo y curioso, atrayendo la atención de las damas, en particular, lo que le hacía sonrojar. Escapaba de los suaves e incesantes interrogatorios con torpeza, buscando filtrarse en las rondas de los caballeros de la gentry londinense, la mayoría comerciantes o nobles liberales, que no cesaban de discutir de estrategias y necesidades políticas.

Su curiosidad era bien recibida por los hombres que, con severidad y sapiencia no exenta de altivez, le explicaban el mundo desde su óptica. Cuando la reunión era más variada e incluía a algunos representantes de la nobleza caballeresca tradicional, los diálogos parecían duelos verbales. Lean comenzó a pensar que había más violencia en ellos que en algunos enfrentamientos armados que había visto en su hogar. La burguesía no dejaba de protestar por las campañas del Rey Carlos y por el destino que este daba a sus impuestos, enfatizando el importantísimo papel del Parlamento y su Cámara de los Comunes. En las bocas de varios sonaba el nombre de Oliverio Cromwell como el gran líder que representaba los intereses de los sectores que realmente trabajaban en Londres.

Lean se apasionó durante un tiempo con estas discusiones que elevaban su mente a otro nivel. No obstante, con el correr de los días, la repetición y la esterilidad de algunas de estas conversaciones comenzó a mostrarle que lo que en principio confundió con dos posturas filosóficas y de vida, no eran más que dos bandos convencidos de la importancia propia y sin tolerancia por las ideas ajenas. Las diferencias se ahondaban cuando las cuestiones religiosas

afloraban.

En lo que todos coincidían sin excepción, empero, era en adjudicar un papel de segundo orden y de desprecio enervante a sus propias tierras de Escocia o Irlanda. Las damas de abolengo miraban sus modales con mohines, elevando sus cejas al menor tono destemplado o implemento mal utilizado. Varias contenían a sus hijas de acercarse; esto sin mucho éxito, pues las muchachas reconocían su apostura y le rodeaban con coquetería para preguntar, curiosas, sobre Escocia, de la que tenían una visión bastante más romántica de la que deberían. Tenía que reconocer que había varias tan agraciadas que podían hacer latir el corazón de un hombre con fuerza.

Sin embargo, Lean permaneció fiel a la figura de Sarah, tratando que sus pensamientos pecaminosos, inevitables ante escotes profundos y caídas de ojos magistrales, no se desbordaran. Mantenía con orgullo su compromiso, ese que le había hecho a la adorable mujer que había atrapado su corazón en pocos días. Por eso, su galantería no pasaba de un gentil cabeceo o beso en el dorso de las manos, en gestos que las elegantes ninfas de salón atribuían a falta de roce social o timidez. No pocas damas más experimentadas lo rondaron y asediaron, sin conseguir que el vital garañón escocés las rozara o complaciera como algunas hubieran permitido sin pudor.

El transcurrir de las semanas, con su consecuente rutina, fue limando sus primeros asombros y comenzó a echar de menos a los suyos. En ese apretado lugar que era Londres, donde las reuniones se realizaban en espacios limitados, la posibilidad de una buena cabalgata o contacto directo con la naturaleza no era tan obvia como en las Highlands. Todas las virtudes que había admirado de Londres cuando soñaba con conocerla, fueron desapareciendo. La ciudad era imponente y superpoblada, la higiene no era buena y los edificios de madera se apiñaban en algunos barrios en amasijos intolerables, en especial en los sitios donde los más pobres moraban. Y de ellos poco escuchaba en los salones.

Niños en la calle pidiendo limosna, barro, animales, aguas fétidas, convertían algunas zonas en pantanos urbanos, a su juicio. Sus esperanzas de aprender de los prohombres londinenses, a los que había imaginado imponentes y sabios, comenzó a evaporarse. No había allí nada que no pudiera encontrar en sus tierras. Ambiciones, conflictos, disputas por el poder, todo eso lo había vivido.

En todo caso, los suyos habían demostrado ser de una anticipación notable y una altura política que no encontró en Londres. La búsqueda de las alianzas que no distorsionaran la paz y facilitaran la vida, proeza conseguida por su tío Glenn, fueron comentadas con respeto por varios. Tan súbitamente como había sentido el entusiasmo del viaje y la expectativa de lo nuevo, se encontró añorando a su familia y todo su entorno. Agradecía la oportunidad de haber llegado allí y conocido tanto, vivenciado situaciones que serían incomprensibles desde lo lejos. Pero sentía que su interés y su tiempo allí se agotaba.

Justo cuando estas ideas se formaban en su cabeza, a seis semanas de discurrir por las callejuelas y las casas principales de la nobleza londinense, una repentina noticia modificó su vida. La casa Hamilton recibió una carta desde las Tierras Altas, de su padre, y él se precipitó con alegría sobre ella. Parecía que hubieran adivinado que necesitaba el aliento de los suyos y que le contarán como iban las cosas por el hogar. Pronto estaría con ellos, si todo se desarrollaba como pensaba.

Se había comprometido con su anfitrión a ayudarlo con los libros contables y correspondencia, y pretendía cumplir con los tres meses pactados. Probablemente después querrían que siguiera, pero él estaba decidido a retornar. Su compromiso de casamiento sería razón entendible, pensaba, además de su falta de inserción en un medio que solo podría calificar

como hostil. No creía que alguien proveniente de tierras tan abiertas y francas como las suyas pudiera adaptarse a Londres sin sufrir o cambiar. No era algo que quisiera.

El tono y la información contenida en la misiva cambió toda su planificación y lo dejó helado, casi sin respiración. Ewan le contaba sin rodeos que Glenn estaba muerto, que había sido asesinado, que su familia estaba dispersa y exiliada, perdido el castillo y las tierras que les pertenecían. Sus padres y hermanos estaban amparados en las tierras del clan MacDowell, su tío. Los demás; Brod, Megan, su tía Isobel, su tío Lyle, se habían marchado en un impuesto auto exilio que implicaría una dura supervivencia. Solo Dios diría que ocurriría con ellos. Dejó la carta a un lado, tratando de calmar su angustia y desesperación, tomando aire con los ojos y los puños cerrados.

¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas? ¿Cómo podía estar muerto su tío Glenn, líder entre los líderes, tan eficaz y sin rival con su espada? El principal y casi único promotor de la paz y la unidad, ese era él, y le habían matado. Sintió un agrio sabor de boca al enterarse de que el responsable del cobarde asesinato no era otro que el laird Mac Day, el mismo que con tanta complacencia y alabanzas a los Campbell había comprometido la mano de su hija con él. Falsa hermandad era la que había esgrimido, que pronto había tornado en traición al tomar la vida de su tío. Al decidir su apoyo al clan de Alistair Mac Donald, había tirado al lodo su honor y buen nombre, pues nadie podría pensar en él de otra forma que como un vulgar asesino, razonó con ira. No era lo único que se rompía, se dijo. Su compromiso en matrimonio con Sarah desaparecía.

Tan impactado estaba que no pudo aguantar la desazón y el dolor, rompiendo en un sollozo que trató de ahogar a manotazos. La impotencia y el pesar de saberse lejos y no haber podido ayudar a los suyos lo agobió. Su tío Glenn había confiado en los Mac Day por su culpa; su precipitado encandilamiento con Sarah empujó a sus padres a la tolerancia, a pedirle al laird que lo recibiera y aceptara. «Cerré mis ojos, caí rendido a los pies de Sarah y no vi ni consideré nada más. Tal vez si hubiera prestado más atención, si hubiera hablado más con su padre, habría podido anticipar algo». Si no hubiera insistido en su admiración y hubiera estado tan empecinado en comprometerse, eso se hubiera evitado, tal vez. Solo podía elucubrar, no podía modificar lo que ya estaba hecho.

Mesó su cabello una y otra vez, recorriendo desesperado la habitación, sabiéndose imposibilitado de hacer nada. Su familia separada y dividida, en una huida que sin duda debía ser oprobiosa y de privaciones, dejando tras de sí lo que había sido el orgullo de generaciones, el hogar de decenas de Campbell. ¡Qué terrible destino para los de su clan! Tenía que volver, no podía seguir en Londres, disfrutando de las mieles del baile y la buena comida mientras su familia sufría y luchaba por la sobrevivencia.

Tomó de nuevo la carta que había abandonado a media lectura y lo siguiente que leyó lo tomó desprevenido. Su padre le conminaba a hacer algo concreto, algo que solo él podía, por su posición y por ser el único en libertad de movimientos. Tenía que ir al encuentro de las tropas de Carlos II para ordenar a las tropas Campbell, contingente nutrido de cien hombres de los de su clan que luchaban junto al monarca, que volvieran a tomar la defensa de los suyos.

Era una tarea delicada, pues no había forma de que el abandono del ejército real se viera con complacencia y de seguro podría implicar la declaración de traidores para todos ellos. Mas eso no importaba. Glenn, el líder que había comprometido tal apoyo al Rey, ya no estaba. Y, ¿qué podía ser más inútil que tropas defendiendo a otro cuando los suyos se debatían y casi desaparecían?

Decidido, se dirigió a su habitación. Buscaría sus cosas y le solicitaría apoyo a su anfitrión

para conseguir los caballos necesarios para la cabalgata. Debería contratar a alguien para que lo guiara hasta el lugar donde acampaban temporariamente las tropas, que estaban en un impasse entre combate y combate. Esto lo sabía por casualidad, porque alguien lo mencionó la noche anterior.

No dudó ni una vez en hacer lo que su padre le pedía; había estado ausente cuando los suyos más habían necesitado. Su tarea estaba clara, tenía una misión en la que no podía fallar. Una vez que ubicara al ejército y convenciera a los hombres de su nuevo destino, su sino era cabalgar sin descanso para retornar a las Tierras Altas. Allí deberían esperar instrucciones, contactando discretamente a Ian cuando estuvieran cerca, procurando avanzar sin ser ubicados.

La sorpresa formaba parte de un plan que Ewan esbozó apenas, y que dependía en buena parte de la buena fortuna de los dirigidos por Brod y Lyle, los más complicados en la actual situación. Su padre terminaba diciendo que fuera cauteloso, que no confiara en nadie. Era importante que solo él conociera el objetivo. Si Alistair Mac Donald tenía aliados en Londres, gente a la que le interesara que estuviera en control de las Highlands, delatarían sin dudar a Lean y lo detendrían sin piedad, haciendo añicos la esperanza de Brod.

Una vez terminada su frenética recolección de objetos, se detuvo y se sentó a pensar. Pensó en Brod y no pudo evitar la compasión y cierta culpa. Cuando este le había advertido sobre Sarah, había adjudicado todo a la envidia y a sus celos. Eran hermanos y amigos; entendió que había sido infantil y lo había cegado la posibilidad de que compitiera con él por aquella. ¡Cuánto debía estar sufriendo! Tenía sobre sí una responsabilidad tan pesada como amarga.

Luego su mente trajo la imagen de Sarah; ¿qué sería de ella? ¿Sabría de antemano la siniestra intención de su padre? ¿No había sido más que un señuelo del mismo? Esto le provocó dolor. Prefería pensar que no era más que una débil mujer empujada por los suyos. Ojalá fuera así. No se permitió pensar más en ella y en él. Su familia lo necesitaba. Lo que hubiera que averiguar de su prometida sería un trago amargo o no, pero último orden entre sus prioridades.

Restaba pensar cómo hacer para dejar la capital sin levantar sospechas. De seguro la noticia de lo que había ocurrido con su tío pronto llenaría los salones y las elucubraciones de los políticos. Le convenía irse de inmediato, antes de toda polvareda, esgrimiendo su deseo de conocer las tierras más allá de Londres, poniendo por delante su sed de conocimiento y cultura. Así debería hacerle saber a su hospitalario anfitrión. Contratar a alguien para que lo guiara estaba entre lo previsible y le allanaba el camino. Suspiró y se dispuso a cumplir con la parte que le tocaba.

Veintitrés.

Montañas Cairngorms

Brod se encontraba agotado y dolorido, producto de las acciones de hostigamiento desplegadas por él y los suyos en tierras de distintos clanes. Habían sido intensas las dos últimas semanas, siguiendo a la primera en la que habían logrado hacerse con tartanes del clan Mac Donald, tal como habían planeado. No había sido fácil superar el desprecio que sentían por esos colores, pero el objetivo superior de lograr generar rencillas y disputas entre quienes se contaban como aliados de Alistair los convenció.

La idea había sido del mismo Brod y la habían aplicado sin descanso: tanto su grupo como el comandado por Lyle se habían movido incesantemente, buscando golpear en horas de poca actividad, cuando ya los hombres habían vuelto a la comodidad y calidez de sus casas. Entonces, iban por el ganado, matando alguna que otra res para obtener carne, aunque lo esencial era el trasiego con las mismas de tierras de uno a otros. Que se disputaran y enfrentaran, culpándose mutuamente del robo, era la meta.

Su falta de experiencia en el manejo de los animales más el apuro por no ser notado o descubierto, hizo que ese día una de las reses cortara a Brod en la pierna. Era un roce, pero dolía como el demonio. Cuando llegó al campamento de la montaña, sangrante y fastidiado, Leslie fue la primera que lo vio y al percatarse de su herida corrió hacia él con desesperación, con la sorpresa y el miedo tiñendo su semblante. Él vio su apuro y le hizo un gesto de tranquilidad, desmontando con dificultad, rengueando y sosteniendo su pierna.

—No es nada importante, no te preocupes. Es solo el corte provocado por un animal. Estaré bien.

Ella tomó su brazo y trató de sostenerlo, sin éxito, pues él era demasiado grande. Dos de sus hombres lo hicieron sentar en uno de los troncos que oficiaba de silla y la joven se movió presta para alcanzar agua y unos trozos de tela para limpiar la herida, levantando el kilt con extremo cuidado y dejando al descubierto la fea cornada, que sangraba. Sus manos se deslizaron en la piel del muslo provocando un cosquilleo tentador que Brod trató de contener. La dejó hacer; sus manos se sentían como caricias. Era tan agradable e íntimo que al laird se le secó la garganta, con el recuerdo de caricias más osadas y tiempos menos revueltos a flor de piel. Desvió la vista de la dulce faz de la mujer, que afanaba cuidados para atenderlo. No podía desconcentrarse y dejarse ganar por debilidades. Agradeció el cariñoso cuidado que ella le daba tomando su mentón y mirándola a los ojos fijamente.

—Gracias. Siempre te preocupas por mí y eso me reconforta.

Leslie le hubiera dicho que lo cuidaría toda la vida si la dejara, que iría donde fuera por él. La sensación de ahogo que experimentó minutos antes al ver que estaba herido, casi la consumió. Agradeció en silencio que no fuera nada importante y atesoró sus palabras, como hacía con cada momento junto a él, procurando que su alimento y su bebida estuviera dispuesta, consolando sus momentos de desvelos. Nadie, salvo el mismo Brod, podía dejar de percibir la adoración que esa chica sentía por él, una que la hacía olvidarse de sí misma.

La incomodidad, el cansancio, la poca intimidad y más, todo era un segundo plano para Leslie y se solventaba con un gesto amable de Brod, que por fortuna era de prodigarlos con ella. Algunas

noches se despertaba angustiada por algún mal sueño que la hacía rumiar la posibilidad de que él se fuera o lo mataran, o peor aún, que la dejara a un lado sin considerarla más. Entonces, bastaba observarlo y revivir. Le asustaba la fuerza de su sentir, la profundidad de su vínculo hacia él, uno unilateral y expuesto a los caprichos del destino.

Isobel lo veía con claridad y la miraba con ternura no exenta de preocupación. Era evidente que esa muchacha amaba a su hijo, su constante atención con él, sus miradas dulces y largas, casi melancólicas, la delataban sin dudar. No había tenido una vida fácil, supo su historia por Megan y comprendía que ella no quisiera perder la seguridad que había ganado con los Campbell. En este momento, eran su única familia, una adoptada por las circunstancias, pero igual o más importante.

Podía leer la tristeza en su cara, esa de rasgos finos y bellos, que llamaban la atención de todos, aunque nadie se atrevería a acercarse a ella sin exponerse al malestar de Brod y de cualquiera de la familia. Compadecía que no pudiera expresarse, que su voz no pudiera elevarse para dejar salir sus penas, pues esto hacía más triste su situación. Los ojos hablaban por ella, empero, y en lugar de lucir apagados por sus pérdidas, contaban de su amor por su hijo.

Sus cuidados y apuros por él, que no iban en desmedro de su activa participación en el mantenimiento del campamento, la mostraban decidida y ferozmente atada a Brod, tal vez convencida de que él era su destino. Sin embargo, para pesar de la chica, Isobel veía a este demasiado urgido por la necesidad de la venganza y de recuperar lo que habían perdido como para poder notar que, tras la gentileza y el obsesivo cuidado de la mujer hacia él, había un amor inconmensurable.

Le resultaba triste, porque nadie merecía dar tanto para recibir menos, y aunque no podía culpar a su hijo por su ceguera, la pena la llevó a hablar con la chica, tratando de hacerle ver que debía cuidar más de sí misma. Lo hizo una de las tardes en que la vio sentada sola en uno de los riscos, oteando el horizonte, como solía hacer esperando la vuelta de los guerreros. Se la veía tan ilusionada y esperanzada que quiso anticiparle lo que podría pasar.

Fue allí y se sentó a su lado, sonriendo. Algo de ella le recordaba a sí misma, insegura y llena de pensamientos esperanzados por Glenn, en aquella cabaña entre las rocas que la había visto crecer. Recordó el golpeteo de su corazón al pensar en aquel laird que la obsesionó desde el inicio de sus encuentros, la ansiedad con la que corría a verlo, deseosa de estar con él y de que su mirada la envolviera con ternura y fuego. Tanto tiempo atrás de eso, tanta vida atravesada y bien vivida. Y tanta muerte, pensó. Suspiró, dejando atrás sus propias memorias y miró otra vez a Leslie, que se removió nerviosa ante lo que sintió como una inspección.

—Este es un sitio especial, entiendo que te guste sentarte aquí. Se puede ver todo alrededor, la imponencia de las alturas, la intensidad de los colores del cielo. Y se siente una paz increíble. Solía venir aquí de niña y sentarme a imaginar mil cosas.

Leslie la escuchó, respetuosa. Veía a Isobel con admiración y no podía evitar sentirse pequeña al lado de alguien tan importante, aun cuando supiera su humilde procedencia y su comportamiento fuera el de una mujer sencilla. Había escuchado de su vida cuando Megan le relató detalles de su infancia a Colin y la hacía más grande ante sus ojos. Isobel continuó:

—Largo camino has recorrido hasta llegar aquí, no dudo que salpicado de dolores. Es una pena que no puedas contarnos tu vida anterior, niña. Nos permitiría conocerte mejor —le dijo—. De todas formas, eso queda guardado en tu corazón. Debes mirar adelante y pensar que los buenos tiempos han de llegar. No te inquietes por el mañana. Probablemente hay un lindo destino para ti trazado en tu futuro. Esperemos que también para nosotros —suspiró—. Me apenaría que te sintieras desilusionada cuando todo este mal sueño, esta aventura loca y despiadada, acabe. Mi

hijo... Él está en una posición muy especial y es probable que agradezca tus cuidados, aunque no percibe con claridad lo que hay detrás de ellos.

Leslie se encogió con vergüenza al escuchar la última frase, dicha con calma y al pasar. ¿Era tan evidente su sentir? Seguro que sí, no hacía mucho por disimularlo, se dijo. También sabía que Isobel tenía la capacidad de percibir y ver cosas que los demás no. Tal vez le decía esto porque no podía permitir que alguien como ella, tan pequeña y poca cosa, fijara los ojos en su hijo y cifrara posibles esperanzas. ¿Quién era ella más que una mujer que no podía hablar, sin rango ni futuro cierto? Agachó su cabeza, tratando de contener las lágrimas que hicieron temblar su labio inferior. Isobel atribuyó la reacción a la consideración lógica de sus palabras, al hecho de que percibía lo mismo que ella con relación a Brod y su actitud.

—Debes estar tranquila. Cada uno de nosotros tiene una tarea que cumplir, aquí y ahora. Concentrémonos en hacerla bien, por pequeña que sea. Confío en que el Señor nos acompañe y los espíritus nos guíen para volver triunfantes al sitio que nos corresponde.

Leslie asintió, pensando con amargura que el lugar del que hablaba Isobel probablemente no la incluía o, si lo hacía, era en el último escalón de la jerarquía de los Campbell. De todas formas, donde estuviera, en el lugar que le designaran, desde allí amaría a Brod, en silencio y sin reclamo alguno. No importaba qué le dijeran y cuánto le advirtieran. ¿Qué mal podía hacer con amar, si nada esperaba y nada exigía?

No era ese el destino que había soñado cuando era feliz y disfrutaba de todo, con su familia alentándola a superarse y a elegir entre varios candidatos, sencillos hombres de la pequeña aldea. En Irlanda habían quedado sus esperanzas y su familia. En Escocia estaba él, Brod. No llenaba los vacíos de su vida, eso era imposible. Su figura poderosa había abierto otro hueco en el corazón de Leslie y ella había permitido que se instalara allí, reconfortando su pecho y provocándole suaves sensaciones, agrídulces por lo imposibles. Asintió a todo lo que Isobel le decía y se dijo que no entorpecería nunca el camino de su amor ni el de su familia. Tener un pequeño espacio en las fronteras de su vida sería suficiente. Debía serlo.

Esa noche lo sintió quejarse entre sueños y se sentó a su lado, revisando y limpiando la herida. Él respondió a su desvelo mirándola fijamente, dejándola hacer, para luego incorporarse sobre su brazo y acariciar su cabello con suavidad, provocando en ella una electrizante sensación de calidez.

—Tengo tanto que agradecerle, mi bella irlandesa. Me encantaría que hablaras y pudieras contarme lo qué piensas, lo qué esperas. Si como yo confías... —se corrigió—. Si crees que mi plan es demasiado loco. Solo ante ti puedo manifestarme de esta manera, sin tapujos. No puedo generar incertidumbres entre los míos, no sería un buen líder. Solo tú sabes la inquietud y la inseguridad que me conmueve. Esos bellos ojos tuyos iluminan mis noches y alivian mis angustias. Lamento no escuchar tu voz, no dudo que ha de ser tan dulce como tu mirada. Gracias por curarme —le sonrió.

Él era amable y cariñoso y la trataba como si fuera de su familia, la hacía su confidente y compartía sus sentimientos más profundos. Para alguien que lo había perdido todo esto era más que bueno, Leslie lo sabía. Pero hubiera deseado con el alma que su corazón y sus sentimientos los conectaran como amantes. Isobel tenía razón; él confiaba en ella y descargaba en sus hombros y en su oído lo que no podía con los demás. En definitiva, ella no era del clan y no podía hablar, pensó amargamente, mirándolo dormir.

Amar era doloroso, escocía y lastimaba cuando era un sueño no correspondido. Mordió sus labios, conteniendo sus lágrimas y repitiéndose, para que se grabara en su mente y no soñara con

algo más, que el suyo era un amor destinado a no florecer, uno que tenía raíces sólidas en ella, pero no podía dejar crecer ni alimentar, salvo que estuviera dispuesta a sufrir.

Veinticuatro.

Castillo MacDowell

Las jornadas transcurrían interminables y si bien nada rompía la rutina de las tareas en las tierras de labranza del clan MacDowell, al interior del castillo era otro cantar. La parte de los Campbell que había logrado la protección y seguridad antes de que el desastre cayera sobre ellos no podía dejar de pensar, añorar y esperar con ansiedad que todo cambiara, rogando que no fuera una esperanza estéril. Pasaban de un estado de ansiedad a otro de excitación en base a las noticias que llegaban de tanto en tanto, o bien ante la falta de ellas.

A la primera y terrible novedad acontecida hacía ya meses, la que dio cuenta de la muerte de Glenn, se había sumado la de que el castillo había sido abandonado por Brod y los demás para emprender una incierta retirada hacia zonas agrestes y salvajes, adonde aspiraban a sobrevivir. El plan trazado, del que el mensajero había dado cuenta a Ewan y Ian, parecía tan endeble que sembraba pavor, en especial en Kirstie y Brittany, que imaginaban enorme cantidad de escollos y emergentes que podrían hacerlo fracasar.

Por fortuna, el primero y más peligroso de los problemas había sido evitado: las tropas de Alistair se habían movido tarde y no habían podido alcanzar a Brod y los suyos; pareció como si estos se hubieran desvanecido en el aire, argumentaron algunos desconfiados, que no ignoraban la fama de bruja que había rodeado a Isobel por mucho tiempo. Si habían llegado al lugar planeado y habían conseguido lo básico para vivir estos meses, no tenían la seguridad. Esto aumentaba la angustia de los Campbell, por lo que dura tarea le había tocado a Elsbeth: sostener el ánimo de todos, buscando actividades y generando distracciones que hicieran el tiempo menos angustioso, en especial para los más pequeños, que no podían dejar de preguntar y llorar con nostalgia por Lyle, Brod, Megan e Isobel.

La enorme voluntad y confianza en Dios que caracterizaban a Elsbeth hacían de ella una compañía que aliviaba pesares y eso lo agradecía Brittany en particular, que no podía dejar de pensar en su Lyle, en su salud y bienestar. Estar sin él tanto tiempo era como si le faltara la mitad, aunque pareciera tonto pensarlo así. Él era gran parte de sus alegrías y sus enojos diarios, la mayoría fugaces; su pasión y su destino. Se afanaba con su imagen y se regodeaba con su recuerdo, sin poder evitar la angustia de no saber si vivía, si estaba bien. La incertidumbre era como tener un peso en el pecho, uno que tenía que fingir que no estaba para que sus pequeños no sufrieran y alentarán su vuelta sin miedos.

Luego de algunas semanas de silencio y falta de novedades comenzaron a circular noticias de problemas y asaltos en distintos puntos, en los límites de las tierras de varios clanes. Los portadores de las nuevas, comerciantes u hombres en tránsito, hablaban de la molestia creciente entre los lairds aliados, así como mencionaban la soberbia y la avaricia de Alistair Mac Donald, que no dudaba en enviar a sus hombres contra sus propios aliados, para luego negarlo con insolencia. Varios habían visto sus tartanes en los hombres que asolaban las tierras al caer el sol.

Para Ewan esto no era otra cosa que la evidencia de que los suyos estaban vivos y habían comenzado a golpear con acierto sobre lo que a los hombres más dolía: su economía. Socavar la unidad gestada por Mac Donald, que por fuerza tenía que ser débil, considerando la naturaleza de su líder, el personalista Alistair, era una idea propia de un líder de altura. El orgullo por su

sobrino Brod le infló el pecho; era un digno hijo de Glenn. Al lado de este sentimiento se instaló la urgencia y la preocupación. Era su turno, les correspondía hacer lo que estuviera en sus manos y más para que el sacrificio notable de la familia no fuera en vano.

No podía asegurar que Lean hubiera recibido su carta y emprendido la tarea de conducir a las tropas de vuelta a las Tierras Altas. Su retorno era imprescindible para que el plan trazado se ejecutara a la perfección. La duda lo hostigaba y el no poder hacer nada era frustrante. Por fortuna, tenía el consuelo y la seguridad de Kirstie, quien sostenía la convicción de que todo saldría bien. Confiaba ciegamente en su hijo Lean, quien era un hombre de curiosidades y sed de conocimientos, pero no dejaba de ser un guerrero bien preparado y un inteligente estratega. Haría lo necesario y más para traer esas tropas.

Ambos lo echaban de menos y Kirstie en particular sabía que las noticias contenidas en la carta debían haber calado muy hondo en él, pues involucraban a su familia, en una tragedia compartida, pero a él le tocaba de primera mano. Había dado su palabra y sostenido su compromiso frente a los Mac Day con tanta alegría y confianza. La decepción sufrida debía haber sido profunda.

—Nuestro hijo es fuerte, Ewan —sostuvo, de todas formas, con la seguridad de quien conocía su temperamento—. Tenemos que confiar en él. Tomará todos los recaudos para venir de vuelta con esa hueste que tanto necesitamos.

—Eso espero. No dudo de Lean, sino que no tengo la certeza de que haya llegado la comunicación. Los tiempos conspiran en nuestra contra. Pienso en los otros, en Brod, Isobel, todos...Deben estar haciendo un esfuerzo superior a sus fuerzas, viviendo en condiciones terribles.

Tantas preocupaciones hacían que su entrecejo estuviera fruncido casi todo el día, mirando el horizonte desde las altas murallas, buscando percibir movimientos que dieran cuenta de la buena nueva del retorno de Lean. Los días corrían y las acciones de punzante golpeteo lideradas por Brod eran eficientes de momento, pero... ¿Cuánto tiempo podrían sostenerlas? No era posible mantener un hostigamiento como ese por mucho más. Requería esfuerzos, recursos, astucia y también buena fortuna.

Y ésta no podía durar por siempre; llegaría el momento en que Alistair, quien era un astuto cobarde, identificaría lo que en verdad ocurría. Resopló con inquietud y miró al interior del castillo. Volvió a apiadarse del desasosiego de Brittany, quien se refugiaba en uno de los extremos del patio central, penando la ausencia de Lyle, en silencio y a solas. Admiraba su fortaleza, todos los días poniendo su mejor cara frente a los niños, que preguntaban sin cesar por su padre. Este jamás había pasado más de algunas noches afuera antes y su diaria rutina era correr y jugar con ellos alborotadamente. Tal como hacía todo su hermano, en realidad, sonrió nostálgico.

Ewan sentía la culpa de no haber podido realizar nada por sus hermanos. Glenn había sido asesinado en su ausencia, con una alevosía que no merecía. Lyle, desaparecido y luchando por sobrevivir, vaya a saber en qué condiciones. Las veces que le había mencionado este doloroso sentimiento a Kirstie, esta había tratado de consolarlo y sostenerlo, convenciéndolo con dulzura de que a él le tocaba el papel de proteger a los demás y gestar los movimientos de los ejércitos que asegurarían la victoria y la revancha, recuperando con honor lo que habían perdido.

En pos de este objetivo había conversado gravemente con Ian hasta encontrar el convencimiento de que él realmente les ayudaría cuando el momento fuera propicio. Las espadas MacDowell eran esenciales para el éxito. Suspiró. La buena relación de Kirstie con su cuñada Elsbeth, y en especial el amor que esta tenía por sus hijas Beth y Bonnie hicieron que ella también

ayudara y despejara toda duda en Ian.

Sabía que este lo hacía por ella, pero sobre todo por su hermana Kirstie y también por Lean, en quien Ian veía el futuro del Clan MacDowell. No podía decir que esto le agradara en particular, aunque estaba seguro de que era la mejor oportunidad para su hijo. Sería el líder de un clan mayor. Ewan confiaba en que tenía la aptitud y las virtudes para ello, aunque no sabía si era de su interés. Pero esto era tema para el después; la guerra se avecinaba y no permitía consideraciones menores.

El grito del guardia anunciando que venían jinetes lo sacó de la distracción en la que había caído. Se inclinó hacia delante y se tomó con fuerza del sillar de piedra cuando reconoció, sin sombra de dudas, a su hijo en uno de los cuatro hombres que se acercaban. No tenían plaid o bandera que les identificara, pero su forma de cabalgar era inconfundible. Bajó a trompicones, con apuro por comprobar que el reconocimiento era correcto y no producto de su ansiedad.

—¡Abran las puertas! —aulló y se paró en un costado mientras la gran reja de hierro era jalada hacia arriba, luego de la primaria duda de los guardias MacDowell. La autoridad de su voz fue tal que la orden fue obedecida.

Reconoció a todos antes de que ingresaran, lanzando un grito de alegría por el reencuentro, uno que era alivio y esperanza. Casi no pudo esperar a que su hijo descabalgara para abrazarlo y golpear su espalda repetidamente, en gesto de amor y bienvenida.

—¡Hijo, hijo mío, aquí estás! ¡Has cumplido, sabíamos que sería así!

Lean miró con emoción a su padre, aliviado de que la larga trayectoria de días de dura cabalgata, que lo había llevado primero al sur de Inglaterra y luego hacia las Tierras Altas, hubiera terminado. Alcanzar al ejército había sido lo más sencillo; solo fue necesario un buen conocedor del terreno y ese lo consiguió fácilmente. Unirlo había sido otro cantar: los generales del Rey Carlos habían dividido a los guerreros Campbell en distintas tropas, en un intento por evitar que hubiera complots o desobediencias. Sabido era que los escoceses no eran soldados dóciles cuando no había buen liderazgo.

Frente a esta situación inesperada, Lean tuvo que improvisar, deambulando cerca de los que conocía y haciéndoles saber a qué había venido y qué pasaba con el clan. Sembró la noticia e instó a que la difundieran boca a boca, incentivando a todos a la desertión. Había implicado varios días de espionaje, conversaciones pretendidamente casuales en tabernas y calles por donde las tropas discurrían, hasta lograr el momento y el lugar adecuado para la reunión. Al amparo de la noche y sin que faltara ninguno, los hombres emprendieron el galope feroz, cien jinetes que durante horas no dejaron de poner tierra entre ellos y los realistas, escapando al castigo ineludible con el que se pagaba la desertión.

Sin dudas ni condiciones, todos juraron vengar la muerte del laird Glenn y recuperar las tierras perdidas, aceptando el liderazgo de Lean, en quien reconocían la autoridad de los Campbell. Y llegaban con el mismo ardor, dispuestos a dar dura batalla. todo esto desgranó con rapidez Lean a su padre, a la par que le contaba que estaban acampados de manera muy precaria al amparo de uno de los sitios más recónditos y tupidos del bosque en los confines de las tierras MacDowell. Allí permanecerían hasta que se diera la orden de atacar.

—¿Qué hay de Brod y los demás? —inquirió a continuación, con ansiedad.

—Nada sabemos con seguridad —contestó su padre, mientras le hacía un gesto para llevarlo dentro—. Ven, entremos. Tu madre y tus hermanas han estado preocupadas y ansiosas por saber de ti. Toma un tiempo para descansar, luego hablaremos.

La novedad de su llegada logró reunir a todos en pocos minutos, manifestando su cariño y

alivio con alegría. Los niños de Lyle lo atosigaron con preguntas, inquiriendo si había visto a su padre, con ansiosa preocupación, y esto le hizo entristecer. No tenía respuestas para darles. En circunstancias normales todos estarían preguntando por su estadía en Londres, lo que había visto y disfrutado, contaría mil anécdotas y no dejaría de dar datos curiosos. En el momento que atravesaban, solo deseaba que los tiempos corrieran para hacer lo que fuera necesario, que la lucha se produjera lo antes posible y la pesadilla que atravesaban se acabara.

Había cambiado, se había endurecido en pocos días al tener sobre sí la urgencia por apoyar a los suyos, esto había sido lo único en que su mente pudo pensar. La gravedad de su semblante no pasó desapercibida a su madre, que le dio un largo brazo, en silencio. Estaba feliz de que hubiera vuelto.

Bonnie y Beth revoloteaban a su lado, dando chillidos de alegría, disputándose la atención del hermano que siempre era paciente con ellas. La segunda, en su afán por ponerlo al día y compartir lo que creía era un espanto imperdonable que él debía saber, filtró al poco rato una noticia que Kirstie sabía sería punzante. Lo hizo sin maldad alguna, en la urgencia por hacerle saber la verdad, conociendo cuan impactado estaba él por Sarah Mac Day y tal vez temiendo que aún estuviera obnubilado por ella e hiciera tonterías.

—Esa prometida tuya y su padre, ellos causaron todo, Lean. Sin escrúpulos ni piedad mataron a nuestro tío. Corren rumores de que Sarah es amante del laird Mac Donald.

—¡Beth! —gritó Kirstie tomándola con rudeza de un brazo.

—Escuché a varios hablar de eso. No miento —hipó ella, asustada de la cara de su progenitora—. ¡Lean debe saber, estar advertido!

—Déjala, madre —intervino Lean con calma.

Entendió que su hermana no pretendía más que lo supiera, en un afán por protegerlo antes que de herirlo. Para eso estaba Sarah, pensó con acritud e ironía. Seguían agregándose perlas al collar de las traiciones. Poco importaba eso en el contexto de lo que habían perdido.

Se reunió con su padre y Ian un rato después, satisfechas la curiosidad y calmados los ánimos. Le urgía hablar y planificar; no podían quedarse mucho tiempo. Era importante que supieran que estaban listos y lo que fueran a ejecutar no podía demorar demasiado, pues a pesar de los recaudos que tomaron para llegar, una cantidad de hombres como la que constituía la tropa arribada no pasaría desapercibida por muchos días. Así lo hizo saber y los dos mayores asintieron.

—¿Que toca hacer ahora? —apuró el diálogo.

—Debemos contactar a los nuestros en las montañas, deben saber que estamos listos —sostuvo Ewan.

—¿Cómo haremos eso?

—Antes de perder contacto, Brod hizo saber su plan y envió instrucciones para ello.

—¿Con cuántos hombres contamos? —preguntó Lean inquieto—. Entiendo que Mac Donald mueve un gran grupo y tiene aliados.

—Sí, pero estamos seguros de que no lo acompañarán si solo vamos contra él —dijo Ewan—. La sorpresa está de nuestro lado. Alistair ni siquiera imagina que los Campbell viven y laten por la venganza. Que no dejan de pensar un instante en recuperar su honor —dijo Ewan con emoción.

—Tienen mi apoyo y el de mis hombres —interrumpió Ian con seriedad.

Le emocionaba el retorno de su sobrino y la confirmación de que era un valiente; había cumplido a carta cabal lo que se le había pedido, mostrándose fuerte y capaz. Era lo que él pensaba; tenía madera para el liderazgo.

—Eso me da más esperanzas —le contestó Lean—. Confío en el ardor y la ferocidad de los Campbell, pero necesitamos más que eso.

—Y lo tienen. Estoy de acuerdo en que no podemos demorar demasiado. Mañana mismo hemos de poner en marcha el plan y en alerta a nuestras tropas. Ni bien amanezca, partiré con dos hombres y nos acercaremos a las montañas. Allí haremos las señales que hemos convenido. Cuando nos pongamos en contacto con su gente en la montaña, le haré saber de nuestras posiciones y decidiremos cuándo y cómo actuar. Entonces, enviaré de uno de mis hombres contigo, Lean, con las instrucciones precisas.

—Iría también, Ian, pero temo que, si alguien nos cruzara y me reconociera, provocaría inconvenientes y llegaría a oídos de Alistair —señaló Ewan.

—El momento que ansías, el de actuar y hacer algo con tu espada, va a llegar, Ewan. Falta muy poco —le aseguró.

La siguiente mañana Lean y Ian partieron en direcciones contrarias, dejando atrás a las mujeres con el corazón encogido. Brittany alcanzó a Ian antes de que saliera y le pidió que, si veía a Lyle, le dijera que estaban bien y que más le valía volver sano y salvo, entregándole a la vez un pañuelo que él guardó con gravedad. Al percibir el sollozo de Elsbeth, que no pudo evitar la emoción, le sonrió desde el caballo y le hizo un gesto de tranquilidad que ella recibió asintiendo.

Fueron varias horas de galope hasta alcanzar la ladera de las montañas Cairngorms y allí desmontaron, para encender un fuego al que agregaron resinas, las que hicieron que el humo resultante fuera más negro de lo habitual; esa había sido la consigna establecida por el mensajero hacía varios meses. Cuando ya la luz del sol caía detrás de las montañas, vieron acercarse a un par de jinetes, en uno de los cuales Ian reconoció de inmediato a Lyle Campbell. Nunca pensó que experimentaría tanta alegría de ver a ese ruidoso gigantón, pero así fue.

—Saludos, laird MacDowell —se escuchó el vozarrón—. Veo que el tiempo lo ha tratado mejor que a nosotros.

Ian sonrió ante la mención de su vientre que tendía a abultarse.

—La buena cerveza hace eso. Me temo que ustedes hace buen tiempo que la desconocen.

—Que estés aquí significa que es cuestión de días para que volvamos a brindar por la salud de los Campbell.

—Es así, todo está dispuesto. Los conflictos han aumentado entre los aliados y eso tiene que ver con lo atinado de sus acciones armadas.

—Ha sido duro, difícil, mas hemos conseguido mantenernos firmes —agregó Lyle.

—Lean ha llegado con el ejército del sur. Están listos, y mi ejército también lo está.

Lyle suspiró, agradeciendo internamente la decisión que veía en la mirada y las palabras de Ian.

—Nosotros también lo estamos. Muy bien —cabeceó con alivio—. Así que ha llegado el momento de salir de esas malditas rocas en las que nos hemos escurrido una y otra vez, al punto de que ya parecemos cabras. No hay por qué perder más tiempo. Mañana mismo emprenderemos la vuelta. Nuestra primera parada será nuestro castillo. Hemos espionado y está poco resguardado. Una vez que lo tengamos en nuestro poder, avisaremos y todos a la vez iremos por Mac Donald. Directo a él, usando la sorpresa, rodearemos su castillo y evitaremos que pueda recibir alimentos, acceder al agua o a la ayuda externa.

—Ese me parece un buen plan —agregó Ian, asintiendo.

—Pues que así sea —dijo Lyle, sin más.

Cuando el gigante iba a darse vuelta, Ian llamó su atención:

—Lyle... Tengo un mensaje para ti, de tu esposa.

Notó la ansiedad atravesar los ojos del hombre.

—¿Cómo está ella? ¿Y mis hijos?

Había evitado mencionarlos o preguntar, no por falta de ganas, sino porque sentía que si sabía que algo no estaba bien, cabalgaría como un poseso dejando todo atrás, para buscarlos.

—Están bien. Este mensaje de Brittany es casi una amenaza clara para ti: más vale que retornes en buenas condiciones o te las verás con ella.

—No puedo más que esperar a que eso suceda —sentenció con emoción, tomando el pañuelo que Ian le extendía y espoleando su caballo, para dirigirse otra vez hacia la montaña. El tiempo de cobrar lo perdido comenzaba.

Veinticinco.

La tensión flotaba en el aire y se notaba en cada charla contenida que apuraba los preparativos, en cada espada que se blandía cortando el aire con celeridad para comprobar que no habían perdido eficiencia, en cada caballo que se acicalaba y alimentaba apropiadamente. El momento para el que habían vivido esos meses, ese tan esperado y para el que se habían sacrificado, había llegado.

Con el retorno de Lyle al campamento habían llegado las noticias anheladas. El ejército que estaba en el sur había regresado y esperaba convenientemente resguardado en los confines de las tierras de los clanes. Había sido Lean quien logró su retorno, liderando con éxito la tarea asignada hacía meses. Brod no cabía en sí de alegría y orgullo, su corazón conmovido por el hecho de que su primo hubiera actuado tal y como se esperaba de él.

No dudó nunca de su lealtad y eficacia, aunque imaginó que no debió ser sencillo recorrer tierras ajenas y lograr despejar a los hombres del ejército del Rey. Tal vez esto trajera incluso problemas futuros con el monarca, ofendido por la traición, pero ¿qué importaba eso en estas circunstancias? Estaba en juego su propia supervivencia como clan, ellos no podían darse el lujo de mantener una alianza impropia. Lo primero que tocaba a los hombres, como un mandato divino y lógico, era defenderse a sí mismos y a su familia, y en eso estaban.

—¡Todo está listo! —dijo Lyle al arribar de su reunión con Ian—. No habrá mejor momento que éste. Ian también está convencido y sus espadas lucharán junto a las nuestras, lo que nos dotará de fuerza superior.

Esta era la otra buena nueva; que Ian MacDowell rompiera su neutralidad hablaba de posibilidades mayores, de conformar un ejército de dimensiones.

—Dijo que los lairds aliados de Mac Donald están inquietos y molestos, que hablan de despojos y de abusos por parte de Alistair. Hay una corriente subterránea de inconformismo que juega a nuestro favor.

—Sin duda debe haber cometido abusos. Pero las acciones repetidas que hemos hecho han calado hondo y han promovido la podredumbre y el fastidio, como lo pensamos. Esa alianza está muy débil. Nadie moverá un dedo para defenderlo sin pensárselo dos veces. Ese será nuestro objetivo. ¡Iremos por él!

—A nuestra señal, cuando estemos listos, los dos ejércitos se moverán y rodearán por distintos sitios las tierras y el castillo de Mac Donald.

—Y ahí estaremos nosotros, liderando el ataque —dijo Brod, en tensión ante la inminencia de lo que había planeado—. Primero, recuperemos nuestro castillo. Una vez asegurado, iremos por Alistair. Y la victoria total.

Brod se preparó con calma, desenvainado y mirando su espada una y otra vez. La Claymore de su padre. En pocas horas el principal responsable de su muerte estaría atravesado por la misma, se juramentó. Sintió en su brazo el suave toque de Leslie alcanzándole su cantimplora con agua y el cinto de cuero para apretar su plaid y la miró con gravedad, aceptando los objetos sin dejar de observarla.

—El tiempo corre hacia atrás, con velocidad. La hora de la batalla se acerca y estoy listo. Quiero que te cuides cuando no estoy —le susurró—. Y que cuides a mi madre. Estaré con ustedes cuando todo termine, lo prometo.

Ella asintió con una mueca. La inquietud era evidente en sus ojos. No temía por ella, su miedo era por él. Era tan fácil morir en la pasión de la batalla, donde espadas y cuchillos iban y venían trazando círculos de muerte. No podría soportar perderlo. Aunque no era suyo, aunque su boca nunca suspirara por ella, por más que su corazón no tuviera espacio para su amor, le bastaba saber que estaba entero y vivo para que su alma viviera en paz.

—No temas —él levantó su mano y le acarició la mejilla y el mentón—. Me he preparado para esto toda mi vida. Nada me va a pasar.

Ella tomó su mano y la apretó más contra su rostro, cerrando los ojos. Él la envolvió tiernamente con sus brazos, buscando dar consuelo a su tristeza.

—Esto que tenemos, no sé cómo llamarle... Esta amistad, este cariño... No sabes cuánto lo aprecio y agradezco. Has sido mi confidente, mi sostén. Me hubiera encantado escuchar tu voz, pero tus gestos y tus actitudes han bastado para darme fuerzas. Tus ojos infinitos y tu escucha serena me dieron la paz que necesitaba en los momentos justos. No podré agradecerte adecuadamente.

Ella hubiera querido sollozar, apretarse contra él y decirle que sí podía, que lo quería entero. ¿Por qué no podía emitir un sonido? Este era el instante para expresarse, él se iba y quizás no volvería a verlo. Intentó, intentó decirle que lo quería, que se cuidara, que volviera a ella, mas su garganta permaneció muda. Lo miró, con el suave velo de lágrimas haciendo brillar sus ojos y él tomó su mentón, mirándola largamente y entonces la besó, rozando apenas sus labios para despegarse de inmediato.

—Voy a volver —murmuró sobre su boca, quemándola con la calidez de sus palabras.

La salida intempestiva la dejó sin aliento, y no evitó tocar sus labios con un dedo, disfrutando del contacto y el sabor. Cerró los ojos y contuvo su llanto.

—Niña... —escuchó y abrió con rapidez sus pupilas.

Isobel la observaba desde la entrada.

—Debes prepararte. Nosotros también iremos, detrás, guardando la distancia. Cuando la toma del castillo se produzca, volveremos a nuestro lugar natural. Debes alistarte.

Así lo hizo. Tenía muy poco para llevar. Volver al castillo. Apenas sí lo había visto. El lugar natural de los Campbell. No así el suyo. ¿Qué papel jugaría ella allí? No lo sabía, pero no tenía dónde ir, no podía elegir. O sí... Donde Brod estuviera.

La marcha comenzó temprano, recorriendo con rapidez el camino inverso al de hace algunos meses. No huían, volvían de su exilio. Los guiaba una ciega determinación y el sabor de la venganza se paladeaba con fruición. Se esgrimían pocas palabras, las esenciales. Cuando la avanzada de guerreros llegó hasta el bosque aledaño al gran castillo del Clan, desde donde este se visualizaba con nitidez, todos lo miraron con emoción y nostalgia. Lo observaron por un rato hasta comprobar que seguía poco vigilado. Alistair Mac Donald había encargado a uno de sus principales el control estratégico del mismo, pero no le importaba el lugar, sino sus tierras, sus arrendatarios y sus impuestos.

Cuando la noche comenzó a caer, la orden fue contundente. Avanzaron con rapidez sin dar tiempo a nada a los distraídos guardias que, convencidos de que no había peligro afuera, no se habían tomado el trabajo de vigilar con solvencia. La bebida y la abulia los había vuelto descuidados y fáciles de sorprender. No pudieron prever ni atajar el ingreso de los jinetes, que se produjo antes de que pudieran cerrar la reja y el portón de acceso.

Las tropas Campbell penetraron con estrépito y griterío, controlando, hiriendo y matando con eficiencia a los que se resistieron. Fue cuestión de poco tiempo para tener control del lugar. Por

varios lados, una vez producida la victoria, emergieron los lacayos, que festejaron con alegría la vuelta de los suyos. No habían podido más que obedecer a los ocupantes, pero esto había terminado.

—En extremo sencillo —hizo una mueca Brod.

—Eso es lo que ocurre cuando uno no defiende lo propio y cuando el líder está lejos y no puede dar ejemplo —dijo Lyle.

—Descansemos —gritó a los hombres—. Lleven a estos a los calabozos. Coman y beban con moderación. Mañana, cuando despunten los rayos del sol, salimos hacia las tierras de McDonald.

Al poco rato entró al castillo el resto de la comitiva, que había esperado en el bosque. Isobel y Megan lo hicieron con lentitud. La vuelta al hogar era emocionante, aunque este distara bastante del que habían dejado atrás hacía un tiempo. Recorrieron todo, recibiendo las gracias de los sirvientes, que lloraban sin poder creer que los señores habían sobrevivido. Les atendieron con pleitesía y arreglaron tanto como pudieron para que estuvieran cómodos, preparando las habitaciones de la mejor forma posible, aunque advirtiendo que faltaban comodidades.

El silencio que imperó esa noche fue sorprendente, considerando que habían retornado y obtenido la primera victoria. Era claro que todos sabían que esto era lo más sencillo y que mañana eran las batallas más difíciles. Era una noche de preparativos.

Megan deambuló por los pasillos, dirigiéndose con decisión a la habitación asignada a Colin. Golpeó quedamente y en el rellano de la puerta se recortó la figura del hombre, mirándola con calidez, tomando su mano.

—Te esperaba —le dijo con sencillez.

Se precipitó a sus brazos y él la elevó con facilidad, abrazándola contra su pecho mientras cerraba detrás de sí y la llevaba para depositarla con suavidad sobre el lecho tibio, como si de un tesoro se tratara.

—Me resulta tan extraño volver. Este lugar está tan vacío que no parece el mismo —le contó ella, con pesar.

—Faltan los objetos, Megan, es solo eso. Es lo más fácil de sustituir. Cuando todo haya acabado y tus familiares estén aquí, llenándolo de vida otra vez, el calor del hogar volverá a sentirse.

—Faltará mi padre. Por siempre.

—De seguro el que mantengan vivo su recuerdo hará menos pesada su ausencia.

Ella asintió y elevó su torso, llevando sus manos debajo de la camisa del hombre y acariciándolo, atrayéndolo hacia sí para besarlo ansiosamente.

—Necesito que te cuides mañana. Tienes que volver a mí. Y cuida también a mi hermano. Está tan embebido con su sed de venganza que es peligroso que baje la guardia y se lance ciegamente contra los enemigos y se esponga.

—Lo cuidaré. No creo que lo necesite, Megan, tu hermano es fuerte e inteligente, más que cualquiera que conozca. Pero estaré pendiente.

—Quiero que nos amemos, que lo hagamos con pasión y con todo el corazón, casi como si pudiéramos en comunión nuestras almas —le dijo con fervor—. Con la convicción de que cuando estamos juntos, no solo se unen nuestros cuerpos.

—Nunca lo he hecho de otro modo —le respondió con ternura.

Desató el cordel de la fina camisa que ella usaba y la dejó expuesta a sus ojos hambrientos.

—Te deseo tanto como te quiero. No sé si merezco tanta belleza. No sé siquiera si esta relación que tenemos podrá durar después de que todo se calme.

—¿Cómo dices eso? —se angustió ella, tomando sus brazos con fuerza.

—Es probable que tu familia piense en alguien más conveniente, con el que tengas otras oportunidades.

—No podría pensar en nadie más que en ti. He demostrado con creces que mi opinión vale y no acepto imposiciones. Sé cuál es mi camino, Colin. Eres tú —cortó con sencillez.

Él se conmovió.

—Deja de pensar en cosas que son secundarias y que no le hacen bien a los que tenemos. Ven aquí —lo atrajo hacia ella para que la cubriera con su pecho poderoso, envolviéndolo con sus piernas, haciendo que la penetrara sin más prolegómenos—. Quiero sentirte en mí, muy adentro.

Las caricias, los besos fieros alternados con los gestos tiernos, las bocas recorriéndose, la cabalgata al clímax, todo lo realizaron con el frenesí de los que se saben amantes urgidos. Los gemidos y estertores de la pasión poco a poco dieron paso al largo abrazo y al silencio. Compartieron las horas hasta el alba, permitiendo que la tibieza de sus cuerpos pegados fuera dulce despedida y motivo urgente para la vuelta. No había otro lugar donde Colin quisiera estar más que con ella. En el castillo, en la cueva, donde fuera. Con ella.

Veintisiete.

Castillo Mac Donald

Alistair gruñó con inmenso fastidio, su humor agriado a punto tal que permanecer junto a él resultaba insoportable y peligroso, pues sus estallidos de ira eran violentos. Bien poco le había durado la tranquilidad y la sensación de estar en la cúspide del mundo y del poder de las Tierras Altas. A las semanas de tener a todos bajo sus órdenes, comenzaron a llegar los problemas, las excusas y los velados reproches que lo enfurecían.

¿Qué creían que era él, un santurrón preocupado por todos, como lo fue Glenn? ¿Qué iba a estar para solucionarles cada una de las situaciones que les surgieran? Lo que más le incordiaba era que sabía que las murmuraciones insidiosas cuestionaban su liderazgo, pero no se atrevían a decirle nada de frente. Sabían a qué atenerse con él. Que su triunfo no hubiera estado coronado por una batalla de éxito ensordecedor y que el principal responsable visible del triunfo hubiera sido ese imbécil de Mac Day con su golpe de efecto, le había quitado brillo a su victoria. Mas era él, Alistair, el artífice del asesinato y la efectividad de su plan fue incuestionable.

El último mes había sido de complicación tras complicación, en especial por los robos y escaramuzas que surgían entre aquellos que le habían tomado como aliado. Algunos se habían atrevido a sugerir que era su propio clan el origen de todos los conflictos y argumentaban que sus colores habían sido divisados en las zonas de problemas. Empezaba a pensar que alguien generaba y se aprovechaba de estas situaciones desde las sombras.

Tenía sus sospechas en relación a los Edwards, que siempre habían sido aliados de los Campbell, a pesar de que el viejo laird había muerto y su hija estaba con MacDowell. Se cuestionaba también la aparente neutralidad de este último, aunque con menor énfasis, pues así había sido por lustros. Eran las complicaciones del poder, pensaba cada vez y el rictus triunfal volvía a su rostro. Tal posición y la voluptuosa Sarah Mac Day eran de las adquisiciones más gloriosas de los últimos tiempos.

Esa mujer tenía tantas curvas como el paisaje escocés y derrochaba sus mieles sobre él con una sabiduría digna de mujeres de mayor madurez. Muchas noches dormía al abrigo de su pasión y eso le había asegurado, con justicia creía él, una posición de cercanía muy especial. Solo por ella toleraba al imbécil de su padre, que comenzaba a darse aires de grandeza ridículos, superado el terror y la vergüenza iniciales por el asesinato cometido. No pasaría mucho tiempo antes de que lo expulsara de sus tierras para que volviera por donde había venido. Pero ella... Ah, ella era suya y no importaba cuánto le suplicara su esposa pidiendo que respetara su posición. Sarah combinaba exquisitas artes amatorias con susurros adecuados en su oído, algunos de los cuales hablaban de caprichos y necesidades mundanas que bien podía satisfacer si eso la contentaba.

Sarah no diría que era feliz, aunque entendía que esa situación era la que le tocaba y si ella no definía la forma principal en que vivía, trataba de sacarle partido. Por eso se entregaba sin pruritos, aunque no placer, a los brazos de Alistair quien, a su fría consideración, lo único que tenía de agradable eran su poder y su posición. Si su figura y su inteligencia le permitían volverse imprescindible, lo aprovecharía, había decidido la mujer luego de los primeros días de desesperanza.

Una vez que dejó atrás el desaliento, se convenció de lo positivo de vivir con comodidad y

lujos, debiendo sacrificar bastante poco. En su castillo cascado y viejo estaría cargando leña, zurciendo trapos viejos y con la inseguridad del que no sabe si podrá comer bien todo el año. Aquí tenía a su disposición los vestidos y joyas que quisiera, así como servidumbre para lo que fuera necesario, y no dudaba en usarla ante el mínimo requerimiento.

Después de todo, nunca había sido otra cosa más que un objeto, tanto para su padre, que la veía como elemento de cambio para una alianza, como para los hombres que la poseían. Sobre estos últimos había podido decidir y frecuentemente había elegido a sus amantes. Este no era el caso, pero no era mal negocio volverse la amante exclusiva, una que incluso eclipsaba a la esposa de quién controlaba todo en las Tierras Altas. Si hacía las cosas bien podría consolidar su posición.

A esas alturas su padre la molestaba tanto como a Alistair, con sus constantes prédicas y quejas para que le otorgaran favores y preeminencias. Incluso para ella el desvergonzado y cobarde asesinato de Glenn había sido demasiado. Esto era más molesto últimamente, pues Alistair se encontraba asediado por los muchos incidentes surgidos, los que, a sus ojos de mujer práctica, debían ser cortados de raíz por el líder. Si no se mostraba poderoso esto iría en desmedro de su capacidad para incidir en los otros. El miedo paraliza un tiempo y hay que mantener el látigo alto para ser temido, susurraba por las noches su consejo para ser implacable y cortar las cabezas que fuera necesario para imponer su palabra como la única de valor en las Highlands.

Solía levantarse tarde en la mañana, pero ese día los gritos la despertaron al amanecer. El inusual movimiento y griterío la hizo incorporar apurada para mirar por su ventana la frenética actividad de los hombres que salían apresurados de los distintos barracones y se arremolinaban en las alturas del castillo, donde también distinguió a Alistair. Se vistió con prisa, sabiendo que algo así solo podía implicar problemas seguros. Corrió por los pasillos y cuando recibió la respuesta que pidió con gritos, quedó congelada:

—¡Son los Campbell, señora! Llegaron con el alba y tienen el castillo sitiado.

—¿Los Campbell? ¿Es eso verdad?

—Son muchos y los tartanes son inconfundibles, mi señora.

Corrió escaleras abajo y buscó a su padre. Le vio en un rincón, lejos de quienes se afanaban alistando sus armas y corceles ante lo que se veía como la inminencia de la batalla. El muy cobarde temblaba y miraba con inquietud a todos lados, bufó con desesperación. A pesar del desprecio por su actitud, era su progenitor y su líder.

—Padre...

—¡Están aquí, Sarah, vienen por mí! Estoy seguro. Pensé que estaba fuera de peligro tras estas murallas. Incluso, pensaba volver a nuestras tierras en el convencimiento de que habían huido para no retornar jamás. De alguna forma, han conseguido reagruparse.

—No pueden ser demasiados. Alistair podrá con ellos sin problemas.

—Afuera hay más ciento cincuenta jinetes. Y comienzan a llegar las tropas de MacDowell.

—¡Pensé que no intervenía en los conflictos!

—Su hermana está casada con un Campbell. Él debe haberlo incitado. Sus tropas son muchas.

Ella se llevó la mano a la boca, genuinamente sorprendida. La situación se veía complicada.

—Alistair tiene muchos aliados. Superarán ampliamente el número de quienes ataquen.

—Sarah, ¿eres tonta? —bufó Mac Day—. ¿Crees que los demás vendrán en apoyo de este hombre? A todos ha humillado y se ha aprovechado de ellos sin dar respuesta a sus pedidos. ¿Quién osaría enfrentarse a los Campbell otra vez, fuertes como están, para defender a alguien que

ha sido tan mal líder?

—No parecías pensar lo mismo hasta ayer —gruñó.

—No teníamos otra opción, hija. Estar aliado con Mac Donald parecía la única y más sabia decisión.

Todo cambiaba tan rápido en estas malditas tierras, pensó Sarah con amargura. Cada vez que ella tenía cierta seguridad y la idea de que el destino tendía a favorecerla, esto se esfumaba como si tuviera agua entre sus dedos. Así había sido con su compromiso con Lean Campbell y ahora con su seguridad material con Alistair. Dejó atrás a su padre y subió con calma por la escalera hacia lo alto de la muralla, al lugar desde donde su amante observaba con nerviosismo hacia el exterior mientras gritaba a sus hombres para que se prepararan para la pelea, una que se veía ineludible.

Su rostro era una máscara pétreo, en la que ella pudo entrever el temor. No hacía falta mucha capacidad para deducir que estaban rodeados, encerrados en un castillo que tenía debilidades. Lo habían sorprendido y habían hilado la invasión con habilidad. Sarah miró hacia el exterior y vio la formación que rodeaba los accesos por todos los lados. Enfrente estaba un ejército que Alistair no podía superar.

Justo entonces vio la figura de un jinete que se desprendía de las filas y se acercaba galopando, deteniéndose a pocos metros del portón cerrado, haciendo que el caballo se parara de manos. Reconoció sin sombra de dudas a Brod Campbell a quien tanto había deseado. En varias oportunidades había pensado, con regocijo, que había tenido su merecido por despreciarla. Y aquí estaba, magnífico y sobreviviente, gritando su desafío:

—Soy Brod Campbell, laird del clan Campbell. Soy el hijo de Glenn, a quien mataron con alevosía. ¡Hemos venido en busca de la justicia que nos deben! Alistair Mac Donald, estás rodeado. No esperes el auxilio de nadie. Si algún incauto comete la tontería de pretender apoyarte, será arrasado sin piedad. Puedes presentar batalla y esto sería lo más noble, aunque expondrías innecesariamente a los tuyos. Estamos dispuestos a perdonarlos si tú y esa inmundada Mac Day se entregan —elevó su voz—. ¡Sé que estás ahí, cobarde Mac Day! Estamos aquí también por ti.

—Todo esto es innecesario —gritó Mac Donald desde lo alto—. Podemos llegar a un acuerdo. Tú no quieres enfrentarte a mí, no tienes que llevar a tus hombres a derramar sangre.

Ante sí tenía a un laird joven y sin experiencia alguna y él sabía cómo convencer a los hombres, explorar sus debilidades.

—No hay acuerdos posibles que no contemplen tu muerte y la de Mac Day —le gritó Brod en respuesta—. Perdonaremos a todos sin excepción, pero tú... Tú Mac Donald, deberás luchar conmigo.

Brod sentía su sangre fluir con fuerza. Este era el momento que tanto había esperado y para el que se había preparado. Todo había funcionado de la manera en que había sido planeada y tenía que dar gracias a los suyos y a su aliado Ian. Le tocaba a él actuar buscando que la sangre derramada fuera la menos posible, en lo posible solo la de los responsables de empujarlos al deshonor y de asesinar a su padre.

Un largo silencio siguió a sus palabras y vio desaparecer a Mac Donald. Ignoraba que decisión tomaría, pero estaba dispuesto a mantener el cerco el tiempo necesario hasta dejarlos sin alimentos. La falta de respuesta le hizo retroceder hasta el lugar que habían elegido y donde esperaban Ian, Ewan y Lean.

—No hubo respuesta —dijo entre dientes

—Ha de estar considerando qué hacer —respondió Ewan—. No esperes valentía de su parte,

siempre se escondió detrás del plaid de su padre. Su talento ha estado en intrigar.

Pasado un buen rato, observaron que la puerta del castillo descendía y esperaron con expectación, para luego ver a dos jinetes que trotaban, sujetando con cuerdas a un hombre que trastabillaba y gritaba, cayendo y levantándose como un poseso. Lo abandonaron a mitad del camino al cerco de hombres y se volvieron al reducto. El hombrecito se levantó y trató de correr de vuelta, aunque ya la puerta se cerraba tras los jinetes.

—Ese no puede ser otro que el laird Mac Day —sentenció Ian, meneando la cabeza—. Lo ofrece en bandeja procurando que ceben su odio en él.

Lyle se adelantó, espada en mano, pero Ewan lo detuvo.

—No vamos a caer tan fácilmente. Ese despreciable hombrecito tomó de nosotros lo máspreciado y asesinó con vileza. No seríamos mejores que él si procediéramos desde la ira ciega.

—¡Es el hombre que mató a mi padre! —susurró Brod, conmovido.

—Y será castigado, Brod, pero lo haremos al modo Campbell, como tu padre procedió siempre. ¡Vayan por él! —gritó y dos jinetes partieron a la carrera para traer a Mac Day.

Como a un tronco, lo envolvieron en las cuerdas y lo trajeron casi elevado en el aire, sin que dejara de gritar por piedad, desesperado y enloquecido de miedo.

—¡Que no pueda moverse ni hablar! —dijo Lyle, sin mirarlo—. —Serás sometido a juicio, uno que decidirá tu suerte. ¡Quítenlo de nuestra vista!

Esta vez fue Lyle quién se acercó a toda velocidad al castillo y gritó:

—Escuchaste a mi sobrino y el desafío está planteado. Tu espada frente a la del laird Campbell. Un desafío entre líderes. ¡Deja de esconderte detrás de otros y de tus murallas, Alistair Mac Donald! Tienes un rato para decidir si te escondes en la cueva más profunda de tu castillo o defiendes a los tuyos como un hombre.

Alistair escuchaba a la perfección y no pudo evitar la furia. Creyó que podría aflojar tensiones y ganar tiempo al entregarles al laird Mac Day, pero esos malditos eran implacables. No tenía opciones, comenzaba a escuchar los murmullos y las miradas aviesas de los suyos. La estrategia de garantizar su seguridad en la medida que fuera él quien se expusiera en la batalla había sido un plan astuto del tal Brod.

Suspiró. Un hombre podía perder muchas cosas en estas tierras, pero ser tildado de cobarde era la peor de las condenas. Sopesó su espada y tomó la decisión. Frente a él lucharía un muchacho de poca experiencia, y esta podía sustituir con creces a la fuerza. Tenía oportunidad y lo sabía. Montó su caballo y dio la orden seca de que bajaran la puerta, hecho lo cual se lanzó en loca carrera por la senda de acceso, haciendo caracolear su caballo en la mitad del recorrido, elevando su espada y gritando con furia:

—¡Aquí te espero! Tu vida o la mía.

Brod montó con velocidad y partió, haciendo caso omiso a las advertencias. Este era un instante crucial y no sintió miedo. Frenó su cabalgadura y descendió con agilidad, desenvainando la espada para enfrentar a Alistair, quien ya estaba en posición de defensa.

—Así que tú eres el hijo del gran Glenn Campbell. No pareces gran cosa. No tengo nada particular contra ti, si te das por derrotado, puede que hasta te perdone.

—No soy gran cosa, eso es verdad. Pero de seguro valgo cien veces lo que tú, miserable cobarde —sentenció y se lanzó al ataque, haciendo que su espada chocara estrepitosamente contra la de Alistair, lanzando chispas.

Volvió a atacar una y otra vez, haciendo retroceder a Mac Donald, que apenas podía repeler las enérgicas y brutales embestidas del enfurecido Brod. En uno de los fallos del joven alcanzó a

rozar su pierna y cortarlo. Corrió abundante sangre, que Brod ni miró, pero enlenteció su movimiento.

—Esto es apenas el comienzo, ríndete.

—Los Campbell no nos rendimos. ¿Por qué crees que estamos hoy frente a tu castillo? Porque hemos aprendido a sobrevivir y a esgrimir con honor la espada de nuestros antepasados.

Alistair pasó al ataque, dando fintas con su espada con habilidad, haciendo retroceder a Brod. Los metales silbaban al cortar el aire y desde los dos lados, todos miraban con expectación. Los Campbell se adelantaron cuando vieron caer a Brod, que tropezó al retroceder, y Alistair se lanzó con alaridos, su espada en mortal estocada que, por fortuna, se enterró en el suelo al rodar Brod sobre sí mismo, mientras su arma se elevaba y cortaba el pecho de su enemigo. Se elevó luego con agilidad y pateó a Alistair, quien cayó pesadamente. Brod lo miró y retrocedió.

—¡Levántate, no mato gente inerme!

Mac Donald se incorporó, apoyado en su espada. El corte era profundo, no mortal, pero sí doloroso. Embistió otra vez y en el cruce de espadas, los rostros enemigos quedaron a un palmo.

—Esto es por los míos —sentenció Brod, empujándolo y haciendo un círculo con su acero, para luego dirigirlo en línea recta al corazón del laird Mac Donald, quien se desmadejó de inmediato. Brod quitó su espada y retrocedió, sin mirar atrás, mientras se escuchaban los ensordecedores gritos de sus hombres. Lyle y Ewan llegaron hasta él y palmearon su espalda, sin palabras. Lean estrujó su hombro y lo confortó.

—Vamos hacia el castillo. Hay muchas cosas por arreglar —agregó Ewan.

Brod asintió. Cumplida la parte más violenta, esperaba que el resto fuera similar a lo que su padre siempre le había confiado: Hablar, convencer, parlamentar. Era lo menos costoso en vidas y lo más eficiente en resultados. Se vería si él podía hacerlo la mitad de bien que su progenitor. Por fortuna, contaba con sus tíos y su primo. No estaba solo.

DESENLACE

Lyle emprendió el camino de retorno con las tropas de Ian, en dirección a tierras MacDowell. También iban su hermano Ewan y Lean, a los que obligó a redoblar galope al imprimir feroz e impaciente cabalgata. La necesidad de ver a Brittany y a sus niños era imperiosa, contenida durante meses la ansiedad y sofrenado el dolor del desarraigo a duras penas. Volvía entero y triunfante, consolidada la idea de que no había mejor lugar que el hogar y la tranquilidad de los brazos de su amada.

Llegar fue recuperar la felicidad, momento solo igualado antes por el vivido al tomar a Brittany entre sus brazos por primera vez. Los chillidos de placer de los pequeños y su mismo alivio y emoción le arrancaron lágrimas. Permitió que ellos le abrazaran, despeinaron y apretaran sin piedad. Después de un rato de desorden, colocó a cada uno debajo de un brazo y avanzó hasta su esposa quien, brazos en jarra, observaba suspirando de alegría y con lágrimas furtivas corriendo por sus mejillas.

—¡Mi bella y pequeña inglesa! Estás más bonita, si eso es posible —dejó a los niños en el suelo y le envolvió la cintura, una mano en la nuca, besándola con pasión desenfrenada, dando cuenta del hambre y la nostalgia que había impuesto la distancia.

—¡Te extrañé! Temí tanto por ti y los demás —susurró ella y su voz se quebró.

—Todo ha terminado. Tranquila —le acarició el cabello con ternura—. Ha sido muy duro, muy duro —agregó, permitiéndose la confesión—. Pasé muchas noches penando y añorándote. Me perdí en lamentaciones que no pude esbozar ante nadie, a riesgo de fomentar el desaliento. Pero todo terminó, hemos cumplido.

—Gracias al cielo, así es. Si esta fue una penitencia que el destino nos impuso, la salvamos con éxito.

—Excepto por Glenn —fue notable la desolación de su tono.

—Ay, amor mío... Esa tristeza está clavada en todos... No obstante, estoy convencida de que fue su espíritu indomable el que se hizo carne en ustedes y les permitió una hazaña impresionante.

—No lo habríamos podido hacer sin la ayuda y la guía de Isobel.

—¿Y quién crees que le da fuerzas a ella? —sonrió Brittany, quien creía a pies juntillas en la capacidad sobrenatural de Isobel para conectarse con los espíritus.

—Vamos adentro. Ian me ha prometido una recepción fantástica y disfrutaré de su hospitalidad. Merezco que me trates muy bien, mi hermosa —le sonrió, dejando que su mano se deslizara por el contorno de su trasero, mientras ella le daba un manotazo juguetón—. Eché de menos cada curva de tu piel, cada susurro y gemido de tus labios. Incluso extrañé tus largos discursos tratando de enderezarme.

—Tal vez no tanto como yo tu desorden y tu impetuosidad. Debo decirte que he decretado que tus días de guerrero ausente han terminado —lo miró con seriedad.

—No permitiré que nada más me arranque de tu lado —asintió, para su alivio—. Tengo futuros guerreros por formar. Mis pequeños están enormes —sonrió con orgullo, mientras les gritaba—. Dejen ese pobre caballo que ha cabalgado kilómetros. Adentro, a por comida —y los chicos le siguieron alborozados.

—Nada ha cambiado —masculló Brittany con una sonrisa en la que se mezcló el alivio.

Lean regresó con Ewan y su familia y había decidido, para alegría de Ian, que permanecería en

su castillo. Emprendería de inmediato la tarea de hacerse conocido y respetado en las tierras de quienes también eran los suyos, los MacDowell. Sería un desafío que estaba dispuesto a enfrentar.

Cuando todos los Campbell se mostraron listos para emprender la vuelta a sus dominios, se despidió de ellos con cariño, sabiendo que estaban cerca, mucho más de lo que habían estado nunca. Su permanencia alivió e hizo feliz a Elsbeth, quien sintió el impacto de la partida de todos; la figura de Lean la reconfortaría y daría qué hacer. Menos, claramente, pues tal parecía como si el castillo quedara vacío y si bien se alegraba por todos, echaría mucho de menos a Beth y Bonnie, aunque ambas prometieron volver muy pronto. Las esperaba con ansiedad.

A Beth le urgía volver a ver a Megan, comprobar que estaba bien y había sobrevivido sin mácula al doble desafío enfrentado, el primero buscado, en Irlanda; el segundo impuesto, en las montañas. La llegada a sus tierras fue de emociones intensas y el abrazo entre las primas fue largo y emotivo. Tantas cosas habían atravesado, tantos sucesos las habían impactado. Pasaron instantes antes de que Beth percibiera lo cambiada que estaba Megan y las miradas furtivas dirigidas al alto y apuesto hombre que desconocía, pero rondaba en la cercanía y no le quitaba ojos de encima a su prima, en respuesta.

—¿Quién es ese? —inquirió entrecerrando los ojos con desfachatez—. No te veo unos meses y te consigues alguien por tu cuenta y sin consultarme.

Ambas rieron y Megan le susurró en el oído:

—Su nombre es Colin y es irlandés.

—Pues tal parece que en Irlanda los hacen muy bien —guiñó un ojo, precipitando el abrazo de Megan.

—¡Te extrañe, Beth! —le dijo con cariño.

—No imagino cómo pudieron vivir todos estos meses —lamentó ella.

—Lo hicimos porque debíamos. Porque nuestra madre nos guio en ayuda providencial, porque Brod nos dirigió bien. Porque los Campbell somos fuertes.

— — —

La novedad del triunfo de Brod sobre Alistair Mac Donald cruzó las tierras como un viento y se relató como una lucha épica, lo que hizo que su figura comenzara a tomar ribetes de héroe, algo que él desestimaba con humildad cuando le felicitaban. Sentía que no había otra recompensa que la convicción de que su padre estaba vengado. La justicia se afirmó con la muerte de Tristán Mac Day, este en proceso justiciero organizado por Ewan frente a los principales lairds de los clanes, a los cuales se había invitado para que presenciaran como se hacían las cosas al modo Campbell. El otro objetivo, trazado y explicado por Ewan, era reconstituir lo que las luchas extrañas a las Tierras Altas habían destruido: la unidad forjada por Glenn.

—Al Rey Carlos, a Oliverio Cromwell, al Parlamento inglés... ¿Creen que le importamos, lairds? Solo en la medida que aportemos hombres e insumos. Luego, para quien triunfe, no seremos más que súbditos salvajes y rebeldes. Tendremos que poner más energía y esperanza en nuestra unión, comprometernos más de lo que hasta ahora hemos hecho —citó Ewan con energía ante la expectante atención de todos.

Varios de los presentes habían apoyado a Mac Donald, más por temor y confusión que por seguridad, y lo habían pagado con opresión. Otros habían permanecido ajenos y lamentaron en sus castillos la muerte de Glenn, aunque sin expresarlo, dejando que los Campbell se sintieran solos. La incógnita que los atravesaba mientras llegaban, respondiendo a la invitación, era si los deseos de Brod eran de revancha, idea que fue desapareciendo al comprobar que el espíritu del clan

mayor permanecía: unir fuerzas sin oprimirlos.

—Soy deudor de mi padre, de sus enseñanzas y sus esperanzas —agregó Brod, dando cuenta de una fortaleza y un don de mando naturales—. Y también de su espada. Conozco las virtudes de estar unidos. Y el dolor de la traición —sus palabras sonaron nostálgicas—. Somos partidarios de estar juntos, pero atenderemos siempre a quienes, con honestidad y de frente, nos digan que disienten. No es la diferencia lo que combatimos, es la traición.

La intervención de Ian, que tomó una actitud más activa, dio fuerza al enunciado, comprometiendo sus hombres en la tarea de sostener la idea de Ewan y la de Brod. También presentó a quien sería su futuro heredero, el próximo laird de los MacDowell: Lean Campbell, para que todos supieran que los dos clanes marchaban unidos.

Tanto Brod como Lyle se sorprendieron sobremanera, pues no lo sabían. Ewan asintió; su hijo había hablado largo y tendido con él antes de aceptar. Era su decisión y la tomaba sin presiones. Lean no había considerado antes que pudiera hacerlo, pero las últimas semanas se había demostrado a sí mismo que tenía la decisión, la resistencia y la inteligencia como para poder influenciar a los hombres. Lo demás lo ganaría con presencia, por lo cual su vida transcurriría en el castillo MacDowell.

Kirstie estaba orgullosa y confiada, superado el temor que sintió cuando se enteró de que Sarah Mac Day había suplicado a su hijo el perdón, apenas habían ingresado al castillo Mac Donald, luego del triunfo. La mujer se las había arreglado para no ser molestada ni perseguida y presentarse frente a Lean, así le contaron a Kirstie, palabra por palabra. La intención de Sarah había sido recuperar brillo ante los ojos de su antiguo prometido, jurando y perjurando su inocencia y el desconocimiento del plan de su padre.

«¡Debes perdonarme, Lean! Soy una pobre mujer, que no ha podido más que obedecer a su padre y luego someterse a Alistar, por temor y ante amenazas», le dijo.

Lean había sopesado sus palabras, observándola con cuidado, preguntándose como había podido ser tan iluso e ingenuo. Esta era una mujer bella y excitante, pero carecía de la virtud de la honestidad. Había creído en sus palabras y confiado en ella en su momento, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo. Poco tiempo y muchas decepciones le habían bastado para no comprar cualquier discurso. No solo en los salones de Londres se tejían falsas promesas, lo entendía.

«No necesitas mi perdón, Sarah. Nada te debo, nada me debes —la frialdad de sus palabras hizo entender a esta que no tenía oportunidad con él—. Eres libre de ir por donde quieras y volver con los tuyos».

Ese había sido el cierre de lo que creyó un gran amor. Para Sarah, fue la decepcionante comprobación de que no tenía oportunidades allí. Debería volver a sus tierras y tomar el lugar que su padre había dejado vacante. Era un clan pequeño y respetaban a su señora. Si procedía con cuidado, podría convencerlos del acierto de sus decisiones.

Al no modificar la posición de Lean, había ido hasta Brod, antes de que marcharan de tierras Mac Donald y, con atrevido empeño, sin reparar en su desprecio, le pidió por la seguridad de los suyos, presentándose como la nueva custodia del clan Mac Day. Él asintió, sin mirarla más ni prestar atención. Para ella fue suficiente; había realizado la jugada en voz alta y ante algunos de los suyos como testigos; haría valer esto como la confirmación de su liderazgo. Vería al retornar como afirmaba su autoridad. Podía ser la oportunidad de manejar su destino sin intrigas ni necesidad de doblegar su espíritu y su cuerpo ante nadie que no eligiera.

Había sido un largo camino desde Irlanda hasta estas tierras nuevas de Escocia, en las que había visto renacer el amor, luego de pensar que no era posible. Colin observó a Megan hablar animadamente y reír; rodeada por su familia y en su lugar natural, su alegría y su verdadera esencia afloraban. Se corrigió, él ya conocía su esencia; lo que ocurría es que aquí se completaba con la plenitud de su exterior. Gran parte de la transformación se debía a la felicidad, pero era obvio que las vestimentas más adecuadas a su hermosa figura le daban contundencia y hacían mayor justicia.

No podría amarla más. Se revolvió inquieto, sabiendo que tenía por delante una tarea que no podía posponer y que podría significar el fin de sus esperanzas. Ella se había negado sistemáticamente a imaginar que cualquier respuesta de su hermano al pedido fuera otra que la positiva. Lo conocía y él a ella; debía saber que jamás renunciaría a su deseo. Este no partía del capricho sino de la convicción de que él, Colin, era el hombre que amaba y había elegido para compartir su vida.

La novedad de que ella creía estar en estado de gravidez había impactado al irlandés, conmoviendo sus cimientos. Ella se lo había confesado con temor, observándolo, con miedo a su reacción, pues suponía que la novedad inevitablemente traería a su memoria al hijo que había perdido. Esto fue así y se notó en el velo que empañó su mirada, pero luego la abrazó tan fuerte como pudo sin lastimarla. Su esposa y su hijo permanecían en su mente y no los olvidaba.

Megan no sustituía la tibieza de las imágenes del pasado; le daban nueva vida y le permitían recordar con menos dolor, priorizando los momentos de intensa felicidad que aquellos benditos seres le habían dado. La idea de un vástago lo emocionó y le hizo agradecer al destino que le había permitido toparse con los Campbell. Acarició el vientre de su bella amante con toda la dulzura posible y la miró.

—Debemos proceder con rapidez. Tu familia debe saberlo. Quiero hacer las cosas bien y eso implica hablar con su hermano y pedirle que me permita el honor de ser tu esposo.

Megan casi no podía enunciar palabra. Había temido que él rechazara la idea y que no quisiera volver a saber de familia o descendencia; era difícil imaginar qué pasaba por la mente de alguien que había sufrido heridas tan terribles. El alivio que significaron su emoción y su alegría le permitieron respirar y volver a tener la seguridad que la caracterizaba.

—Si es tu deseo, habla con mi hermano, aunque mi decisión es clara y está tomada. No creo que exista otro camino y Brod lo entenderá así.

En eso estaba Colin esa noche en que nuevamente había una recepción y festejo, esperando el momento adecuado para hablar y pedir por él y Megan. Toda la camaradería que habían forjado en batalla y convivencia con Brod se desdibujaba ante la nerviosidad que implicaba solicitar anuencia para casarse con una de las principales del clan. Era posible que su madre tuviera otros planes o candidatos más adecuados.

«No puede haber nadie más adecuado para mí que tú», le había asegurado ella entre besos.

Su ir y venir dubitativo no pasó desapercibido por Isobel, quien se acercó a Brod para decirle:

—Colin quiere hablar contigo. Tiene algo importante que pedirte. No debes más que asentir a su solicitud.

Su hijo cabeceó afirmativamente, sin cuestionar. Tantas veces había escuchado eso de su boca, que se adelantaba a los sucesos para facilitarlos. Fue hasta Colin y este parpadeó al verlo a su lado.

—Brod...Buena reunión es esta. Tu convocatoria es sorprendente.

—No tanto si piensas que va de la mano de nuestro éxito reciente y la zozobra que provoca no estar alineado con un clan que lidera.

Colin asintió. Carraspeó.

—Quería... Debo pedirte algo.

—Tú dirás.

—Megan y yo...Las circunstancias nos llevaron a acercarnos.

Brod asintió.

—Agradezco el cuidado y la protección para ella.

—No podría cuidarla menos. La amo.

La declaración tomó por sorpresa a Brod, por lo intensa y sentida.

—Eso... ¿Es compartido por Megan? —inquirió.

—No tendríamos esta conversación si no fuera así. En verdad, lo quiso plantear ella, mas la frené. Me corresponde comprometer mi palabra de hombre por ella.

—¿Qué quieres de mí? —Brod sonó confuso.

—Tu autorización para que la tome como esposa.

—No puedo creer que Megan la necesite.

—Ella no, yo soy el que busca que su familia me acepte.

—Te aceptamos desde el momento que te comprometiste con nuestra lucha y sufriste lo mismo con nosotros. Megan me mataría con sus propias manos si digo otra cosa que sí.

Sonrió y dio una fuerte palmada en la espalda del irlandés, mientras daba voces llamando a Megan, quien rondaba como al descuido. Unió sus manos y observó la mirada de alegría y amor que compartían. El irlandés, adusto y serio de habitual, era otro en presencia de Megan, su faz se iluminaba. En verdad Brod recién se percató de ello y meneó su cabeza, aturcido por su ceguera.

—Hagan los preparativos, una boda traerá alegría a nuestro clan.

Les dejó atrás, sonriendo, su hermana tomada de su mano y arrastrándolo hacia el grupo de Beth, Kirstie e Isobel, de seguro para contarles la buena nueva.

Brod se escurrió del festejo, buscando la soledad en la que solía solazarse últimamente. El fin de la odisea, el triunfo y la venganza obtenida habían calmado su espíritu y podía respirar con calma, afrontando las responsabilidades del liderazgo. Su padre siempre le había dicho que el rol de dirigir era duro y no mentía. Surgían detalles y preocupaciones a diario.

Se asomó por una de las aberturas del pasillo que daba al patio y la vio, sentada de espaldas contra uno de los muros, observando la noche clara en que la luna destacaba como un ojo enorme en el cielo. La irlandesa pensaba; su rostro bello y sereno destacaba con dejos de marfil, adornada la cabellera con complicadas trenzas que coronaban su cabeza mientras el resto de su cabello cubría su espalda hasta la cintura. Beth la había tomado bajo su protección y se complacía en acicalarla y potenciar su femineidad.

Había hablado poco con ella luego del retorno. Tanta tarea había tenido que realizar, situaciones por solucionar, charlas y alianzas que gestar. Se había acercado para hacerle saber su alegría por estar de vuelta en el castillo, le había hablado largo y tendido de su alivio y los sentimientos encontrados por la revancha. Ella fue atenta escucha de su verborragia ansiosa. Luego, las ocupaciones le quitaron espacio.

Hacía algunas noches que había descubierto por azar el sitio en el que se refugiaba y la había comenzado a observar, deleitándose y enredándose con el dulce desasosiego que eso le producía.

Ahora mismo, luego de haber visto y escuchado a Colin, su corazón latía sensibilizado y se confesaba prendado a ella. Permitió que esta idea se corporizara clara, quitada la coraza con la que se había cubierto para resistir todas las peripecias. Lo que nació como compasión hacia su situación se había convertido en necesidad, pues ella lo comprendía y contenía. Sin pretenderlo ni ser consciente hasta este instante, todo mutó hacia el cariño y el amor.

Eso debía ser lo que hacía que la contemplara con veneración, observando cada rasgo, cada movimiento y detalle de ella como si fuera lo único valioso en el lugar. Suspiró con renuencia, la nitidez se colaba en su pensamiento ahora que se quitaba la máscara de los ojos y el corazón. Eso mismo era lo que hacía que le retaceara su compañía; ¿cómo saber si ella compartía sus sentimientos? Era tan fácil confundirse. Su posición actual hacía que Brod no quisiera imponerle nada.

—Brod, querido —sintió la voz de su madre a un lado.

Isobel le había seguido y observaba desde la penumbra, intrigada por su quietud y ansiedad. Al echar un vistazo abajo, pudo apreciar el objeto de su interés. Suspiró, conmovida.

—Es una hermosa mujer. Ha pasado por mucho y su silencio es tan conmovedor como triste.

—No lo veo así. En su silencio ha sido la oreja más atenta y mi confidente más cara —susurró—. ¿Qué pasará por su cabeza ahí sola en la noche, ajena al bullicio y a la alegría? Tal vez los recuerdos.

—O la necesidad de paz. Es lo que te ocurre a ti también, ¿no es así?

—Estoy en paz, madre.

Le sonrió.

—Sé que sí. Al menos en lo que concierne a lo más grave. Algo más te inquieta, no obstante.

—No sabría cómo empezar.

—A mí se me antoja qué es sencillo, pero te cuesta reconocerlo ante ti mismo. Te contienes y no permites que tus sentimientos se expresen ante nosotros. Cuando se trató de ayudarte a seguir, la encontraste a ella y su mudez te hizo sentir seguro. Creíste que era una compañía amable, una presencia segura. Una vez que triunfaste y tus preocupaciones más atroces se diluyeron, compruebas que tu corazón quedó prendado en alguien que sin duda lo merece mil veces, pero no puede responderte.

—No temo que no pueda responderme. Siento que tengo obligaciones que no puedo posponer. Y no quiero imponerle mi presencia, pues tal vez su respuesta tenga que ver con el temor de perder la estabilidad y la seguridad.

—Si algo he aprendido con los años es que las personas pueden fingir muy bien en nuestros mejores momentos, cuando estamos fuertes y parece que nada nos hará caer. En nuestra debilidad y en nuestros altibajos es cuando tenemos a nuestro lado a quienes verdaderamente nos quieren y se interesan por nosotros.

—Es su caso, aunque tal vez no tenía más opciones.

—Eso es verdad. Pero he observado más, he visto en ella un sentimiento que trasciende las palabras y se expresa a través de sus ojos. Ella te cuidó y te llenó de atenciones sin esperar nada a cambio. Nadie que no ame puede sacrificarse así, hijo.

Brod escuchaba con ansiedad.

—Todo lo que tienes de entrega y atrevimiento en la pelea te falta para enfrentar a una dulce muchacha que solo espera una palabra tuya para entregarse con pasión.

La miró y sonrió.

—Me impulsas a una acción que deseo, pero que temo a la vez.

—No debes temer mostrarte débil ante quien puede sostenerte y te ama. Abre tu corazón, permítele expresarse, permítete sentir la alegría.

—Muchos pensarán que estoy eligiendo mal, dejando de lado opciones de alianzas matrimoniales más ambiciosas.

—¿Te importa eso? ¿En verdad crees que a alguno de nosotros le importa? Tu padre me eligió a mí despreciando las convenciones y poniendo de lado un compromiso formal. Por amor.

Brod lo sabía; siempre le había parecido uno de los gestos más valientes de su padre. Suspiró, ambas manos apoyadas en el alféizar de la abertura, sin quitar ojo a quien era protagonista inconsciente del sentido diálogo entre madre e hijo.

—No esperes más, hijo, la vida es corta y más aún en estas tierras. Abraza el amor porque éste nunca decepciona.

— — —

Leslie sentía un profundo agradecimiento por la vida que llevaba; la familia Campbell le demostraba a diario que la apreciaba y a ninguno le parecían importar sus dificultades de expresión. No tenía más que alabanzas para Megan y su prima Beth, quien era un encanto, una dulce muchacha. Todos, en realidad, la adoptaron como parte de la familia e impidieron que ella tomara el papel de servidumbre que pensó le correspondía como una desconocida. Agradecía también que Dios hubiera guiado e iluminado a Brod para que pudiera obtener lo que quería y regresara sin heridas. Lo veía menos y eso le dolía, pero comprendía que su posición era importante y su tiempo valioso.

Por otro lado, era evidente también que con eso llegarían otras mujeres a su vida. Ya eran varias las recepciones nocturnas en las que podía apreciar a las mujeres bellas con vestidos hermosos y sonrisas anhelantes que se le acercaban, mientras ella observaba desde un rincón. La punzada de celos que sentía al ver como se colgaban de su brazo y que él les sonreía la hería. ¿Cómo sería capaz de tolerar verlo con otra, con una esposa e hijos? No sabía, pero debería aprender a soportarlo y rogar que el tiempo la liberara de la procesión de amor que la envolvía y que le impedía mirar a otros hombres.

El movimiento a su lado la sobresaltó y se llevó su mano al pecho con sorpresa al descubrirlo sentado, mirándola con expresión difícil de escrutar.

—Bella noche has elegido para pensar —él echó un vistazo a la luna—. ¿Qué piensas, me pregunto? —Estaba nervioso, aunque no se notara—. Ojalá pudieras contestarme. La respuesta qué más me gustaría es que piensas en mí.

Lo miró, cohibida y sorprendida.

—Diré todo esto rápido porque si me detengo no sabré cómo seguir. Ha sido un largo camino el que nos ha ido uniendo. Me sentí atraído desde el primer instante por ti.

Leslie no podía creer lo que escuchaba, parecía como si su principal deseo se hiciera realidad. Sacudió su cabeza tratando de espantar cualquier mal sueño que estuviera teniendo y siguió viéndolo frente a ella, con una expresión cálida y abierta.

—Quise pensar que lo que me atraía de ti era tu capacidad para escuchar y entenderme, alentarme a tu modo, sin hablar. La urgencia por resolver la situación de mi clan me impulsó a apagar mis sentidos para cualquier sentimiento extra a la venganza. Y, aun así, sentía que se despertaban cada vez que me acercaba...Que me acerco a ti. No quiero asustarte —agregó.

Ella negó con énfasis, tocando su mano.

—Hace poco rato Colin me confesó sus deseos de desposar a Megan. ¡Vi tanto amor entre

ellos! Uno al que estuve ciego.

Ella sonrió ante la sorpresa que manifestaba ante algo que era tan evidente.

—Luego te vi aquí abajo, bañada por la luz de la luna. Debo confesar que casi salté y vine para tomarte entre mis brazos y darte el beso más sentido de mi vida. Me contuvo la indecisión.

Leslie sintió que desfallecía al escuchar tal confesión. Hablaba de su mismo deseo, expresaba sus mismos sentimientos.

—Han sido las palabras de mi madre las que al fin me han animado a venir hasta ti. Con el corazón al descubierto y dispuesto a recibir de ti la respuesta que quieras.

Emoción era poca palabra para describir las mil ideas que se encontraban en su mente. «¿Que quería él? ¿Que buscaba en concreto?», pensó con desmayo. Lo que quisiera lo encontraría, aún si su honor se arrastraba por el suelo. Se sentía sin fuerzas para negarse a sus pedidos.

—Quiero que seas mi esposa...Que alegres mi vida. Qué seas la madre de mis hijos.

Las palabras se apretaban en el apasionado discurso con el que el laird daba salida a meses de contención. Ella pugnaba por no llorar. Tantas angustias, tanta desesperación y desesperanza. Todo quedaba atrás. Su semblante, conmovido y arrasado por las lágrimas, inquietó a Brod, que no sabía si seguir o qué decir que la calmara.

—No te desesperes...

Se notaba que ella buscaba hacerse entender con gestos que parecían hasta desesperados y se asustó. Miró en derredor, buscando ayuda y entonces se inmovilizó.

—Sí...

La breve expresión, vacilante y baja, que ella articuló con esfuerzo, fue sorprendente para ambos. Para Leslie fue una catarsis, sintió el alivio de recuperar lo que había perdido en medio del terror más atroz. Brod quedó atónito, sin poder creer que lo que por tanto tiempo había deseado, escucharla, fuera posible. Tomó su rostro y la incentivó.

—Dime otra vez, por favor, si te escuché o es un engaño de mis sentidos.

—Sí —dijo ella con su voz cascada e insegura.

—¿Cómo es que hablas? —argumentó, entre maravillado y estupefacto.

—Leslie...

—Leslie —aceptó él, paladeando por primera vez el nombre de la mujer que amaba.

Se le antojaba tan obvio y natural aceptar ese sentimiento. Ella quería hablar más y las palabras se le atravesaban. El cubrió su boca con dos dedos y negó.

—Poco a poco.

—Amo... Te amo... —le dijo, eludiendo sus dedos.

—Nos hemos enamorado sin mucho diálogo. Cuida tu garganta, que recobre su capacidad sin presiones.

La besó sin darle más tiempo a hablar, primero suave y luego con intensidad, ambos enredando brazos en un contacto que los fundió y que apretaron por incontables minutos.

—Este ha de ser el regalo más caro de toda mi vida, Leslie, Leslie. Déjame decir tu nombre hasta el cansancio.

Ella lloraba y sonreía a la vez, sintiendo la felicidad más grande de su vida, que recuperaba su color y sentido. Abrazó la cintura de su adorado laird y se dejó acariciar el cabello, los ojos cerrados mientras su mente se calmaba y su garganta también. Tenía tanto por contarle, por decirle. Lo fundamental, empero, estaba dicho.

Hubo decenas de esos instantes casi mágicos en las siguientes semanas, mientras daban cuenta de las buenas nuevas a todos. Si algo provocó la boda de Megan en Brod, fue estimular la

urgencia por la propia, por lo que esta fue fijada sin demora un mes después. El tiempo pareció muy lento y una tortura, pues cada instante que transcurría la necesidad de tenerla en su lecho crecía, a la par que las frases y diálogos entre ambos crecían.

—Colin me protegió y tú me salvaste...Lo mío ha sido un sin vivir desde que te conocí, anhelando tu atención... Te amo, Brod.

A estas expresiones, tan sentidas y vívidas, él respondía con iguales declaraciones de intenso amor. La ansiada noche de la boda, él la levantó en andas y la sentó en la cama, seguido lo cual se arrodilló ante ella y le dijo:

—Has dado sentido a mi vida. Has llenado con amor el vacío que sentí desde la muerte de mi padre. No creí poder enamorarme. Tengo a mi madre en un pedestal y no imaginé a nadie que igualara sus virtudes. Creía que no era posible que existiera alguien que me completara como ella lo hacía con mi padre. Tanto amor hubo entre ambos que no quería algo menos. Tú has logrado el milagro.

Ella lo miró, sorprendida por la emoción en él y respondió:

—Tu amor me devolvió lo que el espanto tomó. Mi voz, mi corazón, mi cuerpo, todo responde a ti.

Las palabras comenzaron a perderse y en su lugar la expresión de los cuerpos tomó lugar. Brod avanzó con suavidad, desprendiendo los cordeles del corsé y luego elevando la camisa, para acariciar la tersura de terciopelo de su piel blanca, que besó sin saciarse. En la curva de su cuello y de su cintura comenzó a perder cordura, acelerando la necesidad del contacto piel a piel.

Frenó para aflojar el cinto y el broche que sostenía el plaid a su hombro. Quitó su camisa para dejar visible su desnudo cuerpo, atlético y musculoso y se tendió junto a ella, preguntando si estaba lista para él. Ella lo atrajo, permitiendo que el calor de sus cuerpos unidos aumentara, como así lo hacía el deseo y la pasión. Permitió que él explorara sus recónditas maravillas, lo que para Brod eran como montañas gloriosas que tomó con sus manos y su boca, hasta que ella no pudo más de placer.

Cuando estuvo seguro de que nada más quedaba por conocer y la unión se hizo impostergable, la penetró con suavidad, sabedor de su candor, para empujar con cadencia hasta que a Leslie le pareció que todo estallaba y lo hizo saber en un grito de gozo que provocó que Brod alcanzara el clímax unos segundos después. Desmadejados, cansados y gozosos completaron la primera noche del resto de sus vidas.

Isobel miró hacia atrás antes de internarse en el camino que llevaba al bosque. El castillo Campbell comenzaba a parecerse a su momento de mayor gloria y en ello había que reconocer mérito a todas las mujeres del clan, que habían trabajado con eficacia, dando color y presencia a los espacios, para recuperar el brillo del hogar.

También era responsabilidad de los campesinos, herreros, carpinteros y costureras que habían acelerado su labor y puesto lo mejor de su oficio para que el reducto de sus líderes reluciera. Estos estaban felices de su vuelta; habían penado bajo las órdenes y pesados tributos de Mac Donald, esperando y rogando por lo bajo la vuelta de la familia. Por ello todos los hombres se habían plegado ni bien esto se produjo, marchando contra Alistair, tal como le habían prometido a Brod cuando tuvieron que huir. El clan mostraba su fortaleza en el compromiso y sacrificio de todos.

Caminó con lentitud, elevando sus brazos, permitiendo que los rayos del sol y la brisa se

colaran por las telas de su vestido y acariciarán su piel. Avanzó paladeando los olores suaves de las flores de brezo y los intensos de acacias y pinos, mientras el sonido de los pájaros imponía dulces trinos.

Era su mundo este, tanto como el del castillo. Había sido así desde niña y hoy, adulta y entrando a los años del otoño de la vida, sentía lo mismo. Alcanzó su meta, la que la traía periódicamente hacía un tiempo. Sonrió con nostalgia y se sentó a un costado de la sepultura de su amado, la que lucía plena de tréboles y hierbas olorosas suaves.

Con un suave cántico, arrulló las imágenes del pasado que se agolpaban sin ton ni son y que daban cuenta del amor y el pesar por la ausencia. Luego pensó en el presente de los suyos. ¡Cuánta vida bien vivida y qué rápido transcurría!

—Solo faltas tú, mi adorado Glenn. Al menos físicamente, te extrañamos. Más de lo que podemos dar cuenta con palabras. Estarás orgulloso del hombre y el laird en que se ha convertido tu hijo. Es un hombre fuerte y sensible, que por fin se ha permitido abrir su corazón y amar sin medida. ¡Tan parecido a ti! Y aunque aún rezongues por esa cabeza dura que es tu niña Megan, debo decirte que ha elegido bien. Estoy segura de que mejor de lo que nosotros hubiéramos hecho por ella. Ese irlandés es un hombre íntegro, valiente. Te gustaría. Ha protegido y quiere a nuestra hija con un amor que me conmueve. Nuestro primer nieto viene en camino. Sé que será un niño, lo presiento —sonrió con placer.

Quedó un silencio unos minutos, los ojos cerrados, de los que se colaron lágrimas furtivas.

—Sé que no debo echarte de menos, que tu espíritu me abraza desde otro lugar. Es egoísta de mi parte sentirme sola estando tan rodeada. Y tal vez difícil de comprender para alguien más el que me sienta tan amada aquí, en este lugar en el que aparentemente estoy sola. Ignoro cuánta vida tengo por delante y de seguro te voy a llorar cada minuto de ella. Me ayuda verte un poco en cada uno de tus hermanos y mucho en nuestros hijos. No te inquietes por mí, me hace bien llorarte. Aquí, contigo, vuelvo a ser esa muchacha a la que conociste libre y en conexión con los Espíritus. A la que amaste sin medida. La que te ama sin final —sonrió, mientras se incorporaba, sabedora de que era suficiente por ese día—. Hasta bien pronto, amor. Los nuestros me esperan.

Caminó unos pasos y entonces, en el repentino remolino de hojas que se elevó en espiral, envolviéndola, supo que tenía su despedida. Su Glenn vivía en la brisa y como tal, la arrullaba siempre.

FIN

Querido lector:

Agradezco infinitamente tu elección por mi pluma y espero que no te haya decepcionado. Esta es la tercera novela de una saga que te relata la vida de los Campbell y su descendencia. Si no leíste la primera, en este link la encuentras; rxex.me/2ZQYPZ y la segunda: rxex.me/WY14ML



Tengo varias novelas más esperando por ti en la plataforma Amazon:

amazon.com/author/isabellaabad



Por más datos de mis novelas, puedes ingresar a mi blog: abadisabella.blogspot.com

Si deseas tener adelantos, anticipos, participar en sorteos y más, te invito a suscribirte a mi

correo: [https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?](https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)

[u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](https://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)